UNA NOVELA DE MAFIA, INVESTIGACIÓN POLICIAL, CRÍMENES Y MISTERIO

EL SECUESTRO FERRARI

RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El Secuestro Ferrari

Una novela de Mafia, investigación policial, crímenes y misterio.

First published by Braccaioli 2023

Copyright © 2023 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2301243257786

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

“Vencer es grandioso, pero combatir es mucho mejor”.

—Enzo Ferrari

Dedicato a ti. Para que lo celebremos en Emberbury, por todo lo Alton…

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

AL FINAL, te he preparado un apartado con las **NOTAS DEL AUTOR** para que puedas descubrir, de dónde ha nacido la idea de esta novela, los personajes y lugares reales que me han inspirado.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres es una pura coincidencia.

PERSONAJES PRINCIPALES

COMMISSARIO MALATESTA: Padre de Bruno y Jefe de la policía de Modena.

BRUNO BARBIERI: Inspector de la policía de Modena y mano derecha del Commissario.

CARLA: madre de Bruno y esposa del Commissario Malatesta.

MARCO BIANCHI: Informador de la policía.

MARGUERITA DE ANGELIS: (RITA) Pareja sentimental de Bruno.

VALERIA: Agente de Policía y pareja de Bruno Barbiero

MENGOZZI: (MENGÙ) Agente de la policía, en la recepción de la comisaría.

DAVIDE PETRUCCINI: Mentor del Commissario Malatesta.

LEONARDO LONGOBARDI: Commissario de policía de la ciudad de Parma.

EUGENIO BORSARI: Inspector de policía jubilado.

LO CARNO: Procuratore della Repubblica della Regione Emilia Romogna.

VINCENZO BERTRAND: Jefe del Clan Chassepot. Bertrand

GUALTIERO LAMBERT: Brazo armado de la banda.

MAPA del norte de Italia

1er ACTO

El conocimiento es poder.
FRANCIS BACON

La muerte nos sonríe a todos, devolvámosle la sonrisa.
GLADIADOR

1

Modena.

Martes, 30 de septiembre, 1975

Veinticinco días antes.

Su informador jamás le había llamado.

Algo importante se cocía por las calles de Modena.

La espesa niebla, típica de la zona, comenzaba a trasladar su dictadura por las calles. Las viejas farolas de luz amarillenta proyectaban una falsa seguridad en el callejón. En la parte derecha, una fila de coches aparcados. Las aceras estaban vacías.

A los lados, edificios grises, tristes, populares, nuevos.

Detrás de las ventanas iluminadas, estaban las humildes familias cenando y viendo el telediario de las ocho.

El tráfico era nulo, por ese motivo elegían esa calle periférica.

Un martes como otros, aunque solo era una falsa apariencia. Todo empezó en esa calle. Sin peatones. Sin testigos.

No tenían la menor idea de que una de las historias más oscuras de Modena y de Italia, daría su pistoletazo de salida.

Una revelación del informador activaría la maquina investigadora del Commissario.

Esa noche se desplazó al callejón.

«En el lugar de siempre», le dijo Marco Bianchi, «hoy Commissario, mañana puede que sea demasiado tarde».

El Commissario Malatesta avisó a su mujer que llegaría tarde.

Se presentó como de costumbre, puntual. Vestía su característico sombrero negro, un Borsalino. Se protegía de la húmeda noche con un impermeable largo. Dejó su coche lejos, acercándose al lugar indicado caminando, sin hacer ruido. No se cruzó con nadie, las calles estaban desiertas. Se alegró.

Avanzaba a paso firme. De vez en cuando, sacaba la mano del abrigo y se rascaba su negro bigote.

Se detuvo en el punto de siempre, al lado de una cabina telefónica. Encima de la puerta a modo de acordeón, el rótulo “Teléfono”. La pequeña estructura estaba compuesta de hierro gris oscuro, que aguantaba grandes cristales trasparentes hasta la cintura. De las rodillas hacia abajo, había plafones amarillos.

En la parte superior, un cartel redondo de color amarillo. En este se

indicaba la parte más conocida de la nueva tecnología, la secuencia redonda de los números que permitían marcar el número del destinatario de la llamada.

Un *"Telefono a gettoni"* de última tecnología.

El Commissario se colocó en la parte exterior de la cabina. Se sacó un cigarrillo Nazionali y lo encendió. Solo fumaba esa marca, tabaco rubio, fuerte, espeso, como la tos que tenía por la mañana.

Esperó al informador analizando la calle.

Todo estaba tranquilo, pero era solo una calma aparente.

Era costumbre del Commissario llegar antes, aparcar lejos, caminar y observar el entorno, fumando. Tranquilo y meditativo.

Todo lo contrario del informador.

Llegaba siempre tarde, corriendo de un lado al otro. Esa noche no fue diferente.

Se presentó a la cita que él mismo había solicitado con más de quince minutos de retraso.

Mario Bianchi, alias el informador.

Pasó gran parte de su vida entrando y saliendo de la cárcel por delitos menores. Un buscavidas. En busca de una vida que jamás encontró.

Conoció al Commissario un día que le salvó de una gorda y desde entonces quedó en deuda con él de por vida.

«Eres una rata», le decía el Commissario, con un matiz de cariño.

Mario se enteraba de los sucesos más oscuros que acontecían por la provincia. Cuando el Commissario necesitaba información, enviaba a Mario de incógnito, era su globo sonda. A cambio, tenía la protección del Commissario más respetado de la provincia.

Mario entró en la cabina telefónica, levantó el auricular gris e hizo como si llamara.

La ausencia del cristal en la parte posterior permitía que los dos hombres pudiesen hablar.

Sin moverse, dio la última calada al quinto cigarrillo que se fumaba allí y lo tiró al suelo, pisándolo.

—¿Qué se cuece, Mario? —preguntó sin mirarle.

—No te lo vas a creer, algo muy gordo.

—Espabila, que llego tarde a casa por tu culpa.

—Esta vez te alegrarás —contestó el informador, con las espaldas arqueadas—. Tienes que saber que están preparando…

En el momento en que Mario entró en el tema, desde un edificio cercano se oyó una explosión.

El informador se calló.

El Commissario encogió los hombros, pillado por sorpresa, desprevenido. Hundió el cuello y miró a su alrededor cuando se percató de que el informador yacía en el suelo.

Se agachó y sacó su revólver.

—¡Mario! ¿Estás bien? —preguntó mientras miraba de dónde podía haber venido el disparo.

No tuvo respuesta.

El Commissario Malatesta se asomó por el lado de la cabina, apuntando con la pistola, pero no consiguió ver nada.

De las ventanas del edificio se asomaban personas asustadas por el disparo.

—Entrad en casa —gritó el Commissario haciendo un gesto con la mano.

Cuando intuyó que no le iban a disparar, se acercó a Mario. Yacía en el suelo y delataba agonía. Tenía el rostro arrugado por el intenso dolor que estaba sintiendo. Una enorme mancha de sangre recubría el arcén.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién te quiere muerto? —dijo mientras veía que el hombre se le estaba escapando.

El informador le hizo un gesto con la mano, cogiéndole de la solapa de su abrigo, manchándolo de sangre.

El Commissario se acercó más.

—Tranquilo Mario, voy a llamar a una ambulancia, saldrás también de esta.

El Commissario sabía que no era verdad. Entendió en sus ojos que estaba resistiendo con todas sus fuerzas para decirle algo antes morir. Se acercó a su rostro, colocando su oreja delante de la boca del informador. Este respiró y soltó el último aliento antes de morir. En la expiación, soltó una palabra. Su última palabra, que llevaba intrínseca un matiz de sufrimiento. Soltó ese nombre y sus fuerzas desaparecieron como una hoja caída del árbol.

Todo el peso del cuerpo se desplomó delante de la cabina telefónica, en un charco de sangre aún caliente.

El Commissario le miró justo cuando su alma le estaba abandonando.

—Gracias Mario, ahora reposa para siempre —dijo con rabia—. Te prometo que voy a coger al hijo de perra que te ha matado —concluyó girándose con furia hacia la dirección que procedía el disparo.

Los vecinos comenzaron a salir a la calle, contemplando la nefasta escena.

A lo lejos, se oían las sirenas de unos coches que se acercaban.

Al Commissario Malatesta solo le quedó la resignación. El espectáculo de su informador muerto en el suelo. Su última información, una palabra, un nombre, aparentemente sin sentido, pero de gran valor. Siete letras que costaron la vida de una persona.

La responsabilidad hacia su informador de que eso no quedaría en

vano. La máquina investigadora del Commissario Malatesta se acababa de poner en marcha, aunque él no fuera consciente.

El último soplo de vida de Mario fue un transportador del nombre de un ilustre personaje de Modena. Ahora, sería el centro del interés del Commissario.

Siete letras que abrían un nuevo capítulo de la vida del Commissario, de Modena y de Italia.

Ahora, toda su atención, se centraría en la palabra “Ferrari”.

2

Carpi, Modena.
Algunos años antes.

Los trenes pasaban delante de él.

Recién salía de la academia de policía, fue uno de los mejores de su generación. No destacó en ninguna especialización, sino que fue bueno en todo. Su inteligencia y capacidad deductiva eran unas buenas armas que la genética le había concedido.

Sentado, veía pasar los trenes.

El último que tomó fue el que lo llevó a Modena. Recién convertido en policía, abandonó su querida Taranto, hacia un norte inhóspito y muy diferente.

Era un agosto caluroso.

A pesar de las altas temperaturas, encontraba fría esa parte de Italia. Era la primera vez que estuvo por encima de Roma y quedó decepcionado. La gente y las tradiciones divergían de la Italia que conocía, del caótico y maravilloso sur.

El destino lo llevó a Modena, a setecientos kilómetros de su pueblo natal. Consciente que eso podía pasar, y pasó. La *"Polizia di Stato"* lo envió a donde más necesitaba agentes brillantes. La provincia de Modena. Esta se encontraba plagada por una nueva tendencia delictiva, los carteristas.

La mayoría venían de Sudamérica y de España. Profesionalizados y efectivos. Italia era un paraíso de riqueza en auge, combinado con leyes livianas para los criminales. Esas variables la estaban convirtiendo en tierra fértil para delinquir.

Jamás olvidó su primer día de trabajo.

Sentado en un banco de la estación de trenes de Carpi, un pueblo cerca de Modena en plena expansión textil. Empresas que comenzaban a tener mucha capacidad económica y necesidad de mano de obra. Muchos trabajadores se desplazaban de pueblos cercanos. Humildes,

con pocas liras en la cartera. Sin embargo, blancos fáciles para profesionales del robo.

Al lado tenía al Commissario Petruccini.

Este observaba, en silencio.

El nuevo agente Malatesta estaba ansioso por echar mano a los carteristas, por comérselos. No tenía ni idea de dónde estaban, pero quería acción, a diferencia del experto y anciano superior, alimentado por la feroz ansia que tienen los jóvenes.

El Commissario representaba la visión Zen.

Sentado, observando y analizando.

Trasmitía paz. Algo que aún era muy pronto que comprendiera el joven Malatesta. En la academia estudió acción y aprendió a ser de pistola fácil. La vida real de los policías no resultó ser lo que se imaginaba. Fue un choque de realidad. Dos mundos contrapuestos que no acababa de entender.

—Yo de ti dejaría de fumar —dijo el Commissario al joven aprendiz—. Llevamos sentados media hora y has respirado menos de lo que has fumado.

—¿Dónde hay que ir? ¿Qué tenemos que hacer? —preguntaba Malatesta, ansioso.

—Ver, observar, retener y deducir. Aprende a ver el mundo, Malatesta, no a mirarlo —contestó tranquilo—. Si lo observas sin pensar, verás el mundo tal y como es y no como crees verlo.

Malatesta encendía un cigarrillo tras otro, de forma compulsiva.

El calor era insoportable. La escasa afluencia de trenes veraniegos, hacía que fueran repletos. La estación solo disponía de dos raíles. El que iba dirección a Modena, en frente a los dos policías y el que iba en dirección contraria, hacia Milano.

El espacio permanecía desierto hasta pocos minutos antes de que apareciera un tren.

Puntual, el convoy de las tres de la tarde se presentó en la estación.

—Ahora —sorprendió el Commissario levantándose.

El anciano subió en la moto que tenía aparcada y la puso en marcha.

—Malatesta, sabes lo que tienes que hacer —dijo justo antes que se marchara acelerando el potente motor.

El joven Malatesta se levantó y tiró hacia atrás sus hombros. Tragó saliva y se enfrentó a la realidad. Hasta el momento solo lidió con los simulacros en los cuales aprendió, edificios falsos y fantoches. Pero desde ese momento se enfrentaría a la realidad, con sus imprevistos y reglas.

La vida real no era un simulacro.

Sintió miedo, profundamente.

Todo lo que estudió en años se diluyó de la misma manera que lo hace una aspirina, en los temores de un joven policía en su primera misión.

Dio la última calada al cigarrillo y arrancó hacia el tren.

A los pocos segundos de cerrarse las puertas entró en el vagón central, siguiendo las indicaciones del Commissario.

La hora punta hacía que los trabajadores ocuparan todos los asientos, incluso el pasillo.

Se colocó en el extremo del vagón y respetó las indicaciones de su superior.

«Ponte en el vagón central. Colócate en dirección contraria a la marcha, en la cabeza mirando al fondo. Estará lleno de gente. Identifica al hombre que mira a su alrededor. Este estará pendiente de dos cosas: la primera, de su mejor víctima, de una mujer con un bolso abierto o un hombre con la cartera en el bolsillo izquierdo de sus tejanos. La segunda, de ir observando al cómplice que estará al fondo del vagón. El centinela. Cuando este vea que es el momento propicio le hará un gesto con la cabeza para darle al primero luz verde. Eso se producirá en segundos antes que las puertas del tren se abran en la siguiente parada. Todo serán décimas de segundos. Estate atento y todo irá bien. Yo cogeré al centinela, porque este bajará en la parada siguiente. En cuanto tengas al primero, lo esposas y me esperas. Si no estás en el tren entenderé que tienes al carterista y te mandaré una patrulla».

El joven agente se repetía las palabras del Commissario en bucle.

El calor se hizo insoportable. A pesar de las ventanas abiertas, el convoy parecía un horno. Los ocupantes sudaban y el olor que desprendían era igual de insoportable.

El tren empezó a reducir velocidad. En medio del rebaño de personas, como magia, apareció un individuo que le llamó la atención.

De piel tostada y barba descuidada. Pelo negro y aire interesado. Nadie se fijó en él. Seguramente sin las instrucciones del superior, él tampoco.

De repente miró al fondo y entre la gente despuntó una cabeza de un hombre similar. En el acto, el vagón comenzó a frenar y el hombre de piel tostada tropezó con una señora. Se miraron y le pidió disculpas. Se puso en la cola y en el momento que las puertas se abrieron, salió.

El joven agente salió tras él, de reojo vio al centinela sentarse. Tal y como predijo el superior, bajaría a la parada siguiente.

El agente, sigiloso, siguió al carterista.

Aceleró el paso, hasta alcanzarlo por detrás.

—Policía. Quieto —gritó Malatesta colocándole la pistola en la espalda.

El hombre levantó los brazos, temblando.

Le giró y miró al ladrón a la cara.

Tenía facciones sudamericanas. Era un adolescente, con una expresión asustada, temblando de miedo.

Los dos se enfrentaron a la realidad; Uno por ser el primer ladrón que cogía y el otro por ser la primera vez que se enfrentaba a un policía y a una pistola.

El joven Malatesta vio en sus ojos el mismo pánico que sentía en su corazón.

—Dame la cartera —dijo el agente al carterista que estaba con las manos levantadas, temblando.

Este bajó su mano derecha y se la entregó.

Miró el interior, solo había papeles y un billete de diez mil liras.

El muchacho sintió la vergüenza de ser arrestado por un mísero billete de bajo valor.

En la billetera seguía el documento de identidad de la mujer y el carnet de conducir.

—Baja las manos —dijo el agente guardando la pistola.

El carterista arrugó el ceño, perplejo, no entendía lo que estaba sucediendo.

Enfundó el arma y guardó la cartera substraída.

Entonces sucedió lo inexplicable.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el agente.

El muchacho no respondió.

Hubo silencio.

—¿Entonces, cómo te llamas?

El chico de barba descuidada con el vano intento de dar la impresión de ser un adulto, contestó.

—Pedro Ramírez.

—¿De dónde eres?

—Ecuador, señor.

—Soy el agente Malatesta —dijo alargando la mano y el muchacho, temeroso, se la estrechó.

El agente sacó un billete de cincuenta mil liras y se lo tendió.

Pedro lo miró y arqueó las cejas.

—Cógelo, es tuyo.

El muchacho miró a la cara al agente y sin entender qué sucedía. Alargó la mano y, justo cuando iba a cogerlo, el agente lo retiró hacia él, impidiendo que lo cogiera.

—Prométeme una cosa antes… que dejarás de robar.

Se miraron a los ojos. El joven hizo una mueca con la boca y movió la cabeza. Adoptó una expresión de culpabilidad. Agarró el billete como si fuera el tesoro del Banco de Italia y corrió.

A los diez metros se detuvo y le miró por la última vez, antes de desaparecer entre los edificios detrás de la estación.

El agente Malatesta sintió que no había llevado a cabo su deber de policía, pero hizo lo que más se acercaba a lo que tenía que hacer. Actuó con el corazón, que era lo que le caracterizaba.

La bronca del Commissario fue monumental, aunque con el tiempo se dio cuenta que fue lo correcto.

Durante años efectuó un seguimiento en el archivo de la policía y jamás hubo ningún delincuente fichado con el nombre del joven carterista.

Así comenzó la trayectoria del agente Malatesta. Con el tiempo, la experiencia y los consejos de su mentor, Davide Petruccini, se convirtió en el Commissario Malatesta.

3

Todo empezó por un suceso inusual.

Las grandes historias y los viajes épicos siempre empiezan por un detalle, una anécdota, una emoción.

En ocasiones nos tomamos la libertad de olvidar, de aparcar los recuerdos en los garajes subterráneos del inconsciente más recóndito. Colocamos recuerdos en cajones polvorientos y los encerramos. Nos tomamos la libertad de prescindir de ellos, pero ellos no prescinden de nosotros

Las personas que han muerto por una causa no deberían ser olvidadas, a pesar de las veces que expliquemos la historia.

Probablemente no es fácil, lo más seguro es que no lo sea, pero tampoco lo fue morir por la causa.

Mario Bianchi lo hizo.

Se llevó consigo el plan que había descubierto. Su asesino solo le concedió el tiempo de pronunciar una palabra, pero fue suficiente.

«Ferrari».

El detonante para activar la máquina deductiva del Commissario Malatesta.

Una palabra que resonó como una bomba.

—Nada tenía sentido, seguramente teniéndolo. Pero yo, en ese momento, aún no lo veía —dijo el Commissario.

El Aston Martin seguía circulando por las autopistas francesas. El rumbo hacia Carpi, puesto en Los Pirineos, seguía invariado. Rita conducía sin prisa, con la atención en la historia.

Guardó en la manga el tema, como si fuera un as, hasta tener el tiempo suficiente y la ocasión perfecta para saber la historia entera. Rica en detalles. Estaba hambrienta de saber, con muchas preguntas. La historia acababa de comenzar y prometía muchos kilómetros de entretenimiento.

—Siempre me reprocho no haber sido más… —Se tomó un silencio— intuitivo. No haber escuchado más mi… no sabría cómo decirte…

El Commissario sabía en todo momento qué quería decir. No era ni la memoria o no encontrar las palabras, era falta de valor en abrirse. Miedo a los prejuicios. Temor hasta el punto de no admitírselo a sí mismo.

—Creo que lo entiendo. —El Commissario se giró extrañado—. Tu hijo es igual. Creo que os habéis perdido muchas conversaciones. Las necesitáis, os las debéis. Como padre. Como hijo.

—¿A qué te refieres?

Rita dejó de mirar por un segundo la carretera y lanzó una mirada veloz al copiloto.

—Me refiero a vuestro sexto sentido. —Al Commissario se le erizó el vello—. Sé a lo que te refieres con “intuición”. Bruno me lo ha demostrado. Lo he visto. Lo he sentido. Y no soy vidente.

El Commissario bajó la mirada. Abrió las palmas y las miró, como si buscara una respuesta en ellas.

El silencio creó una pausa.

—Si hubiese escuchado más a mi intuición, no habrían muerto tantas personas.

—Lo hecho, hecho está. ¿Qué pasó después, Commissario?

—¿Después? —dijo mientras hizo una sonrisa sarcástica, casi con ironía—. Después de la muerte de Mario Bianchi se activó el caos en Italia. Los años más oscuros de nuestra democracia. Desorden y tumultos. La dictadura de las calles tomó el poder. Desde entonces todo cambió —reflexionó—. Lo que te voy a contar es la historia que no se cuenta. No la leerás en los libros de historia. Lo que sucedió solo son anécdotas para explicar delante del fuego, aunque en esos años murieron muchas personas. Sin embargo, Italia se trasformó y, sobre todo, su criminalidad organizada.

El sol de la mañana comenzaba a calentar el paisaje francés. Los verdes horizontes tomaron el relevo a los mares mediterráneos. El tráfico, casi nulo, era interrumpido por esporádicos camiones.

—Mi informador no murió en vano, o eso quiero pensar. Comenzamos a investigar con mi mano derecha. Pero antes pasaron más cosas, pequeñas noticias camufladas a pie de página en las secciones de crónicas de los periódicos locales. Noticias sin importancia aparente. Al final de la historia, sí la cobraron. ¡Ya te digo si la cobraron! Al final lo entendí todo pero, por desgracia, fue demasiado tarde.

Affi, Verona.
Miércoles, 01 de octubre, 1975
Veinticuatro días antes.

Un día cualquiera.

La noche pasó dejando un manto de gotas por toda la campiña de Verona. Los coches, las plantas, los edificios, todo estaba mojado. La humedad, propia de la época del año, desvelaba el inicio del otoño.

La actividad seguía, a pesar del frío. Cíclica, como la vida y la muerte.

La Luna, casi desvanecida, perdía protagonismo. Apareciendo el Sol, la apartaba con su fuerza lumínica y se perdía en el cielo.

Eran las siete y media de la mañana. Los coches de los empleados del ayuntamiento de Affi iban entrando. Estacionaban en el aparcamiento frente al ayuntamiento. Un terreno coloreado de blanco con la gravilla de una cantera cercana.

Salían de sus vehículos como autómatas y entraban en el nuevo edificio, recién construido. Al entrar en las estancias, la humedad de la noche despertaba el olor a pintura reciente. El ayuntamiento olía a casa estrenada y a mudanzas.

Los empleados estatales entraban fumando, dejando el olor de tabaco en el aire. Los que presentaban las caras más adormecidas, se detenían en la cocina y se preparaban un caffè de moca. Algunos entraban con el periódico bajo el brazo y la cajetilla intacta comprada en el quiosco.

Las jóvenes mujeres entraban mayoritariamente con expresiones resacosas. Las más a la moda, llevaban pantalones acampanados de tendencia y blusas de flores, estilo Hippie.

Los hombres, mayoritariamente serios y con bigote, llevaban pantalones de pana de colores pastel y mocasines oscuros con calcetines blancos.

A las ocho de la mañana todo el personal del ayuntamiento se encontraba en sus puestos. Los ciudadanos comenzaban a llegar. Algunos con problemas y algunos con quejas. Entrando en los despachos, encontraban una capa de niebla creada por cigarrillos encendidos compulsivamente.

Los ocupantes del edificio público no eran conscientes de que en pocos

instantes iniciaría un plan. El mismo que había sido diseñado para dar inicio a otro plan maestro. El inicio de una nueva era, el principio del final.

El día transcurría con normalidad hasta que aparcó un coche para nada sospechoso. Un vehículo como cualquier otro. Conducido por una persona como muchas. Un Renault 4, color verde cerceta. Coche francés con matrícula italiana. Un hombre de mediana edad, calvo, con un bigote negrísimo que resaltaba en una piel blanca. Bajó del vehículo, abrió la puerta trasera y cogió su monedero. Se detuvo delante del edificio, lo miró, suspiró y arrancó de nuevo a caminar. Se arregló la cazadora y entró con la misma desenvoltura de un trabajador.

Subió las escaleras del ayuntamiento y giró a la derecha. Con decisión, sin levantar sospechas, se sentó en las sillas para esperar su turno de consulta. Mientras esperaba, se encendió un cigarrillo, disfrutándolo como se saborean las victorias fáciles. El ambiente presentaba una boina de humo enganchada al techo, casi incrustada.

Cuando faltaba poco para que se terminara, sin apagarlo y evitando que le vieran, lo tiró en la papelera. A los pocos segundos le llamaron, era su turno. Se levantó y comenzó a exponer su problema, con soltura.

El cigarrillo no tardó en hacer el efecto esperado.

La colilla encendida comenzó a prender todos los papeles y diarios que se encontraban en la papelera. El humo que desprendió el papel quemado se mimetizó en la boina de tabaco. Cuando dio sus primeros avisos, era demasiado tarde.

El humo se convirtió en llamas, la papelera en una hoguera. Cuando se enteraron del fuego, la oficina ya estaba llena de humo. Los empleados, aterrorizados, comenzaron a escapar con los visitantes. El conserje, viendo el éxodo masivo, llamó los bomberos.

Las llamas siguieron localizadas en la oficina de atención al ciudadano, pero por las ventanas salía una columna de humo que pronosticaba que la situación estaba empeorando.

Tardaron muy poco en llegar los camiones de los bomberos. Aparcaron delante del edificio. Estiraron la escalera hasta el segundo piso y activaron los hidrantes. Los chorros de agua entraban por las mismas ventanas que salía la columna de humo.

Un equipo de emergencia decidió entrar por la puerta. En cuanto la cruzaron, comenzó la segunda parte del plan.

Al otro lado del edificio en llamas, se encontraba estacionado otro coche. En su interior estaba un francés, de origen italiano, Gualtiero

Lambert.

Su historial delictivo era más largo que la Biblia. Revolucionario y terrorista. Militar por pocos años, luego mercenario. En los últimos años, cansado de delitos menores, se afilió a una organización criminal en expansión. Acostumbrado a matar a sangre fría, con o sin pretexto. No miraba a nadie a la cara, solo a los ojos de sus víctimas.

Alto, fuerte, pelo corto y aceitado. Ojos negros y profundos como los pozos donde tiraba los cadáveres de sus víctimas. Con arrugas en la frente y una nariz grande y chafada por los puñetazos recibidos.

Bajó del vehículo y cogió una bombona de oxígeno del maletero. Se la puso como una mochila y se dirigió hacia la entrada del edificio. Recorrió el perímetro hasta encontrarse en la fachada. Los empleados, a distancia, miraban las proezas de los hombres que intentaban apagar el fuego. Los bomberos, delante de los camiones vieron a Gualtiero, con casco, bombona de oxígeno y vestido como ellos. Le señalaron la entrada. El francés asintió con la cabeza y entró corriendo. Subió las escaleras hasta el primer piso pero, en lugar que girar a la derecha donde se encontraba el incendio, giró a la izquierda.

El ambiente se había vuelto turbio, con oxígeno enrarecido. El aire irrespirable por el humo inundó los pasillos. Solo mediante una máscara y oxígeno consiguió a llegar al final, a su objetivo.

Miró un mapa, se encontraba en la “X”, en el punto exacto. Subió la vista y la placa en la puerta lo confirmaba.

“Regidora de infraestructuras”

Abrió la puerta, se encontraba despejado. La mujer no estaba. El plan seguía como estaba previsto.

Al fin y al cabo, todo había sido estudiado. Nada se había dejado al azar.

Cerró la puerta a su paso, después de asegurarse de que nadie le seguía.

Se acercó al cuadro en la pared, justo detrás del escritorio.

«Qué feo», pensó.

Lo apartó, dejándolo encima de una silla. Lo miró mejor y replicó en su fuero interno: «Es feísimo. Menudos gustos estos italianos».

Detrás se encontraba una pequeña caja fuerte. Sacó de su chaleco un fonendoscopio y empezó a auscultar. Movió la rueda hacia la derecha, luego hacia la izquierda, hasta encontrar el sonido metálico que esperaba.

El ruido de los bomberos en la otra parte del edificio llegaba hasta esa habitación.

El calor del traje le producía un tremendo sudor que le empañaba la máscara.

Movía la rueda de la caja fuerte con habilidad, alternado el sentido horario al antihorario.

«CLACK».

La cerradura se desbloqueó.

Abrió la puerta.

El interior estaba dividido en varios pisos. En estos se encontraban papeles, chequeras, cajas con fajos de billetes y llaves. Rebuscó hasta encontrar lo que buscaba y lo sacó. Lo puso en el escritorio, dentro planos y documentos. Era una vieja y descolorida carpeta en la que ponía: WEST STAR – ONU.

Miró el reloj, llevaba demasiado tiempo en ese despacho.

Cogió la carpeta y la introdujo en su abrigo rojo, ignífugo.

Luego buscó lo último que necesitaba, unas llaves. Eran dos aros enormes, del tamaño de una hamburguesa. Estaban repletos de llaves con plaquitas identificando cada puerta. Llaveros de colores, por zonas. Había muchas más de lo que se imaginaba. Puso todo en los bolsillos, cerró la caja fuerte y volvió a colocar el colorido pero horrible cuadro en su lugar. Dio un paso hacia atrás, y lo retocó para dejarlo recto.

Salió y bajó las escaleras. Los bomberos seguían en la zona del fuego, apagándolo. En las escaleras se cruzó con uno y este le preguntó, deteniéndole.

—¿Dónde vas?

El francés tragó saliva, confiando que no le viera el rostro por el vaho de la máscara.

—Salgo, no puedo más —replicó escondiendo el acento francés en medio de tanto ruido.

El otro bombero se detuvo mirándole a la cara, algo no le convencía. El tiempo se estiró para el francés. Comenzó a sudar aún más, con el peligro de ser descubierto. Puso su mano en el bolsillo, donde guardaba un pequeño revólver. No le hubiera importado lo más mínimo haberle matado, pero eso hubiera cambiado por completo el plan.

Cuando desde la zona del incendio llamaron al bombero.

—Sí, claro, descansa —dijo dándole una generosa palmada en las espaldas.

El bombero siguió hasta el principio de las escaleras y desapareció detrás del primer tabique.

El francés suspiró. Giró debajo de las escaleras. Sacó otra vez el mapa y tomó el segundo camino hasta la puerta trasera. Bajó la maneta y justo delante estaba su vehículo.

Dejó la bombona en el maletero, la carpeta y las llaves en la guantera y por último, salió del traje infernal de bombero. Se colocó en el asiento del conductor y arrancó el coche.

Dio un largo suspiro. Estaba acostumbrado a misiones peores, pero el temor al fallo siempre estaba vigente.

Recorrió el mismo camino desde el que vino y desapareció por la campiña.

Sintió alivio, todo había ido como esperaba. Era la primera pieza de un puzle que se iría componiendo, poco a poco, de la misma manera que un elefante comienza a correr. Primero cuesta arrancar, pero cuando ha cogido velocidad, nadie le detiene. O por lo menos, eso era lo que esperaban el francés y su banda.

Gualtiero deseaba llegar a la guarida, para comprobar junto a su jefe el botín. Una vez acabado el estudio de los papeles, pasarían al siguiente eslabón del plan, la financiación. Alternativa, incluso creativa. Y para esto se necesitaba otra vez de la experiencia de Gualtiero, para él era la más divertida, o mejor dicho, era su especialidad.

5

Fossoli, Modena.

Martes, 30 de septiembre, 1975

Veinticinco días antes.

¿Por qué?

La pregunta le quitó el sueño. No pegó ojo durante toda la noche. Vio centenares de veces la escena, una y otra vez.

Una y otra vez.

El techo, encima de la cama, era el lienzo en blanco donde se proyectaban sus recuerdos, sus miedos y sus remordimientos.

La mente fluctuaba entre lo que pasó y lo que pudo pasar. Luego se añadió lo que hubiera podido hacer.

El cóctel fue mortal. Una mezcla psicotrópica que le mantuvo despierto. Una noche en blanco. De vez en cuando se levantaba, iba hasta la cocina para beber agua y volvía. Al acostarse, miraba a Carla, su mujer.

La debilidad y los fantasmas.

Los intervalos de fortaleza son los momentos cuando las defensas bajan. En muchas ocasiones provocadas por eventos que tambalean nuestro mundo o incluso nuestro equilibrio interior.

Rabia.

Ira.

Decepción.

Lo que sentía en sus adentros era hasta peligroso.

Tampoco sirvió hacer el amor por la mañana con su mujer. Ella se lo pidió.

Ni siquiera en el acto sexual pudo dejar de pensar en el informador. No pudo. Con él se fue una parte de él y de su historia como Commissario.

Esa mañana se duchó y como siempre se fue a la central de policía de Modena.

El aire matutino era fresco, como la noche que acababa de pasar. El sol recién salido, despuntado del horizonte, comenzaba a calentar la mañana. El Commissario se detuvo en los escalones de su casa, respiró a pleno pulmón y dejó que el sol le calentara el rostro. Luego, encendió un cigarrillo y siguió.

Un enorme álamo protegía su coche particular del sol y de la humedad nocturna. Entró en el vehículo y dejó caer la ceniza en el cenicero lleno de colillas y polvo gris. Cada vez que lo veía, pensaba «ya lo vaciaré».

El estado le entregó un Alfa Romeo 2000 Berlina, cuatro puertas, rugido de león y color blanco roto, casi nata. Un coche potente, en dotación a la policía para perseguir a los criminales.

Malatesta, antes de ser Commissario, vivía en un pequeño piso en el centro de Modena. A los meses de conocer a Carla en el hospital, se fueron a vivir juntos. Una casita adosada, bonita, recién construida, en las afueras de Carpi, en un pequeño pueblo, Fossoli.

El recuerdo del informador no le abandonaba. Las imágenes se sucedían, una a una. Pasaban por su mente, como las filas de álamos a los bordes de la carretera. Al cabo de varios cigarrillos rubios sin filtro, llegó a la central.

El imponente edificio se convirtió hacía años en su segunda casa. Era asombroso, de cuatro pisos de alto y quince ventanas a lo largo. El cuerpo central tenía grandes ventanales y un largo balcón externo. Las dos alas laterales estaban compuestas por ventanas con persianas. El primer bloque horizontal era de color rosa y el segundo amarillo, los colores tradicionales de Modena.

Apagó el ultimo cigarrillo en el coche y se encendió otro para entrar en la central. La puerta de entrada disponía de diez escalones que llevaban al piso principal, algo tradicional en los edificios renacentistas.

En cuanto el Commissario puso un pie en la comisaría un policía vino a darle los buenos días.

—Buongiorno Cummissà.

Se trataba del agente Mengozzi, un buen hombre pero algo latoso, de mantener a distancia larga para coger a pequeñas dosis durante el día. Su pesadez era famosa en la central, por eso fue confinado a la entrada, gestionando visitas y repartiendo las llamadas de la centralita.

—Buongiorno Mengozzi —contestó rascándose el bigote.

—Cummissà, ¿ha leído en la página veinticinco lo que ha sucedido en Milano?

El Commissario se detuvo y le miró.

—Mengù. Pero si aún no me has dado el periódico de hoy, ¿cómo puedo haber leído esa noticia? —dijo, haciéndole pesar su incongruente pregunta de buena mañana.

En un día normal no se lo habría hecho, pero ese no lo era. Ni su estado de ánimo tampoco.

—Tiene razón Cummissà —respondió dándose cuenta de lo que acababa de decir.

Entregó el diario al Comissario y, justo cuando lo cogió y se dirigió

hacia su despacho, siguió.

—… ¿Y la noticia de Affi? Creo que es en la página cincuenta y dos, "Crónica nacional".

—¡Mengù! —esputó el Commissario, y cambió de tercio—. Por cierto, ¿ha llegado Barbiero?

—Sí Cummissà.

—*Bene*. Envíamelo a mi despacho.

—En seguida Cummissà.

—¡Y para ya de decirme Cummissà!

—Sí Cummissà —concluyó el agente haciendo el saludo militar, resonado el chasquido de los talones.

Acto seguido se enfiló en su garita que daba al vestíbulo de entrada y llamó.

Las duras suelas de cuero marcaban los pasos del Commissario por las escaleras, luego siguieron por el pasadizo del primer piso. Mientras lo cruzaba, caía la mirada en las puertas entreabiertas de los varios despachos de los agentes de policía. De estos salía un murmullo de llamadas telefónicas y máquinas de escribir.

Al final, el despacho del Commissario, la última puerta de la derecha. Era grande, diáfano y con muebles antiguos, casi de anticuario. No los eligió él, se los encontró. Eran de su predecesor, Davide Petruccini. De las paredes colgaban cuadros y calendarios del cuerpo de policía.

Las ventanas daban a la plaza. El olor a tabaco estaba muy presente en el aire, incluso para alguien adicto. Intentaba camuflarlo con una ventana entreabierta y ambientadores en forma de pino verde oscuro repartidos por las varias zonas del espacio.

Justo detrás del escritorio, un crucifijo moderno y una foto del Presidente della Repubblica de Italia, Giovanni Leone

Colgó la chaqueta de piel en el respaldo del sillón y se sentó. Papeles y notas estaban desperdigados en su escritorio. Apoyó el periódico y el paquete de cigarrillos.

Enfrente tenía dos sillas antiguas y contra la pared un pequeño sofá con dos butacas y mesa central.

Fue a abrir el periódico y en el mismo momento llamaron a la puerta.

—Pasen.

La antigua puerta de madera chirrió al abrirse.

—Ah, eres tú. Ven Bruno, siéntate.

El hombre cerró la puerta y sin decir nada se sentó.

—Buongiorno Commissario. ¿Y esa cazadora de piel? ¿Dónde tienes tu impermeable?

Malatesta se giró mirando el respaldo.

—Manchado de sangre, Carla intentará limpiarlo.

—¿Sangre? ¿De quién? ¿Estás bien? Haces mala cara.

—Deduzco que no te han informado de anoche —contestó el Commissario moviendo la boca de lado.

6

Bruno Barbiero.

Mano derecha del Commissario Malatesta. Inspector, compañero y amigo.

Se conocieron en la comisaría de Modena. Afrontaron situaciones complicadas siempre juntos, tanto en la parte profesional, como en la personal.

Un dandi.

Salir a la calle mal vestido no estaba en sus planes, ni siquiera en su concepción de vida. Nunca llevaba corbata, pero siempre camisa y americana. De herencia pudiente, de vocación policía. Pudo ser lo que se hubiera propuesto, pero optó por la justicia.

Su estatus económico le impidió encontrar pareja. Caía siempre, inevitablemente en pensar que las mujeres se acercaban por segundos fines. Hasta que encontró una chica que rompió el estatus quo y se convenció. La encontró en la central, policía, joven, desinteresada.

Bruno rozaba los cincuenta años. De físico cuidado, pelo blanco corto y buenos modales. Gafas de pasta negra y ojos marrones claros. Un hombre que gustaba.

—Sí, me he enterado. ¿Por qué no me dijiste que ibas a verlo?

—Porque habrías venido y tenías una cita.

—Sabes que lo primero es esto.

—Precisamente por eso, tienes que aprovechar la vida, casi se nos irá y la habremos pasado aquí dentro.

Hubo silencio.

—¿Qué pasó?

—Pasó que los planes se fueron al garete —contestó y levantó el teléfono—. ¿Quieres un espresso?

El compañero asintió con la cabeza.

—Mengozzi, por favor trae dos caffès a mi despacho por favor.

Escuchó la respuesta y colgó el auricular en el gris aparato que yacía en su escritorio.

—¿Entonces?

—Nos encontramos en el lugar de siempre, ¿te acuerdas? En el barrio de la “Sacca”, en la cabina de teléfono que le falta el cristal.

—¡Sí! Me acuerdo, sigue.

—Bueno, pues se acercó, cambiamos dos palabras como siempre y le dispararon. Seguramente desde un edificio. Alguien con un rifle o un fusil de precisión. Un trabajo de profesional. Con mucha precisión… mucha.

—¿Un fusil de precisión? ¿Solo para Mario? ¿Un franco tirador? ¿En serio? ¿En Modena? ¿Dónde llegaremos? Este mundo cada día está peor.

—Comprobamos la trayectoria, la distancia y la bala. No hay dudas: el trabajo de un profesional.

—¿Ahora entiendes por qué no he querido tener hijos? En un mundo así es mejor que no haya más generaciones —contestó el compañero.

—No me vengas con cagadas Bruno, lo que pasa es que eres un picha brava, no un moralista.

No hubo réplica.

La puerta se abrió de golpe y asustó a los dos policías.

—Mengozzi, ¿Cuántas veces he de decirte que llames a la puerta antes de entrar?

—Cummissà, tiene razón siempre me olvido —dijo volviendo atrás y cerrando la puerta.

—Mengozzi ¿Dónde vas ahora?

—Cierro la puerta y llamo.

Bruno aguantó la risa mirando la cara del Commissario y este se la devolvió con un aire de desesperación.

—Ven Mengozzi, ahora ya no hace falta. Deja aquí la bandeja.

El policía, en esporádicas funciones de barman, dejó sobre su escritorio la bandeja. Era pequeña, cabían a duras penas dos tazas de caffè con sus platitos, una azucarera. Era de color rojo y en los laterales aparecía la marca Caffè Molinari en amarillo. Era la fábrica de torrefacción de la ciudad que abastecía a la comisaría con sus maravillosos granos de caffè molidos.

—Muchas gracias, no necesitamos nada más.

—Nada Cummissà, cualquier cosa estoy a su disposición —replicó y cerró la puerta detrás de él haciendo un gran ruido.

—Bueno pero, ¿llegó a decirte algo Mario? *“Pace all’anima sua”* —dijo mientras cogía con la mano izquierda el espresso y con la derecha hacía el signo de la cruz.

—Solo una palabra: FERRARI —contestó removiendo el azúcar en la tacita de espresso.

—¿Ferrari? ¿Enzo Ferrari? —dijo el inspector extrañado.

El Commissario levantó las cejas.

—Toda la noche pensando qué quiso decir. ¿Qué sabemos de este hombre?

El compañero pensó. Miró detrás del Commissario por la ventana y acabado el caffè se levantó y hablando se fue hacia el cristal.

—Los periódicos publicaron hace meses la mala situación económica del constructor de coches deportivos. A pesar de los fantásticos coches y las victorias en competiciones, su tesorería tiene problemas. Primero, los americanos de la Ford se le acercaron, pero no llegaron a un acuerdo. Querían apartarle de todo. Al final prefirió vender por mil liras, un precio simbólico, a la Fiat y quedarse al mando de las carreras. Esta es la versión oficial.

El Commissario escuchaba y asentía con la cabeza.

—¿Y la no oficial?

—Pues verás. Mi tío trabaja en la Scuderia Ferrari. Me dijo que los americanos después de muchísimas reuniones en Italia y varios cambios de contrato, no les hizo nada de gracia que Enzo Ferrari renunciara a firmar al final. Le sentó como una patada en la entrepierna. Ya me entiendes…

—Sigue Bruno.

—El mismísimo Henri Ford tercero vino a Maranello para la firma y se lo tomó como una afrenta personal. Esta gente no está muy acostumbrada a recibir noes.

—Y de todo esto… ¿qué entiendes?

—¿Yo? Yo no entiendo nada, solo te digo lo que sé.

—Ya, pero Bruno, eres un tío inteligente. Un hombre ha perdido la vida para decirnos que algo le iba a pasar a una persona emblemática y famosa de nuestra ciudad. Además, me llamó él. Sabes cómo era Mario, nunca, jamás llamó. ¡Eso!… es lo que me preocupa, algo gordo se cuece y consiguió saberlo, pero procuraron que no lo supiéramos.

—¿Crees en una represalia? ¿Una venganza? —preguntó Bruno.

El Commissario levantó las cejas y se rascó el bigote. Cogió el paquete de cigarrillos y se encendió uno.

—Por el amor de Dios, podrías fumar algo más ligero. Pareces una chimenea y este despacho un secadero para ahumar quesos.

—Abre la ventana. Y siéntate por favor —dijo mientras respiraba la combustión del negro tabaco. Luego ojeó las primeras páginas del diario.

—Sería interesante que hablaras con tu tío y le preguntaras si ha visto algún movimiento nuevo en la fábrica. Sobre todo, no le cuentes nada. Que esto no salga de aquí.

—Claro. Le preguntaré esta noche.

—Bien. Sé que es una conjetura, pero qué te parece esto. Puede que Ford, por no haber cerrado el negocio, haya encargado a la mafia

americana que liquidase al “Commendatore”.

Bruno arqueó la boca.

—Me parece muy maquiavélico.

El Commissario emitió un sonido gutural.

—A mí también. Pero si no… ¿Por qué Ferrari en un informador de asesinatos o de robos?

Al compañero no le acabó de convencer.

—¿Y si voy a hablar con él? —preguntó el Commissario

—¿Con Ferrari? ¿Estás loco?

—No Bruno, no. Con tu tío.

El compañero levantó los hombros.

—Pregúntale si podemos verle esta tarde al salir de la fábrica.

—Voy a preguntarle. —Bruno miró el reloj y concluyó—. Esperaré que acabe el turno del mediodía. —Luego se dirijo hacia la puerta.

Se detuvo y se volvió a girar.

El Commissario estaba mirando al techo, fumando.

—Commissario, ¿estás bien?

Este le miró de repente, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, bueno, no. Quiero decir, bueno, llevo desde ayer con dos preguntas. —Se rascó el bigote y siguió—. ¿Quién ha matado al pobre Mario?

Hubo silencio.

—¿Y la segunda?

El Commissario dio la última calada del cigarrillo y lo apagó en el cenicero que rebosaba igual que el de su coche.

—¿Por qué no me mataron a mí?

7

Salida Rolo-Reggiolo.

Martes noche, 30 de septiembre, 1975

Veinticinco días antes.

Autopista Brennero.

Una tranquila noche de martes.

El tráfico, por la arteria de la autopista, era el de un día cualquiera. La hora punta de la vuelta a casa había pasado. La mayoría de usuarios de la arteria ya estaban en casa. Cenando pasta y deseando estirar las piernas en el sofá viendo la televisión en blanco y negro, con el único canal del que disponían.

Como cada semana la furgoneta amarilla de la empresa de transportes blindados Loschi, salió de Verona. Rumbo a Bologna. La autopista del Brennero, que unía estas dos ciudades, cortaba la más profunda campiña de la región. A los lados, campos y campos de cultivos y pocas casas de campesinos. En ciertos momentos, podían pasar kilómetros sin ver un alma viva. Esas fueron las condiciones perfectas para que el plan se llevara a cabo.

El Clan Chassepot: una organización criminal de origen francés, venida a Italia para delinquir, lucrarse y hacerse con el dominio del norte. El plan maestro había comenzado hacía días, pero necesitaban financiarse. Obviamente no irían a pedir dinero a un banco. Ellos no eran ni legales, ni de pedir; cogían lo que querían, por las malas o por las muy malas.

Eligieron un punto de la autopista donde crearían el infierno en la tierra.

Condujeron hasta el punto que habían estudiado, lejos de las salidas y de toda casa habitada. Detuvieron los coches en el sentido hacia Verona y una furgoneta destartalada en el contrario, hacia Modena. Bajaron neumáticos de los vehículos y los colocaron en los dos sentidos de la marcha. Una vez colocados, arrojaron gasolina y les prendieron fuego.

En el lado hacia Modena estaba Gualtiero Lambert y cuatro hombres. Armados hasta los dientes y con rifles de asalto en mano. Se colocaron delante de los neumáticos y esperaron.

A los pocos minutos apareció en el horizonte su objetivo, una furgoneta amarilla.

Los dos hombres en su interior se miraron a la cara y el piloto clavó los frenos. En el momento en que el vehículo se detuvo, comenzaron a recibir una lluvia de proyectiles. Primero dispararon a los neumáticos, luego a los cristales que aguataron los primeros minutos pero, con la insistencia del fuego, empezaron a desquebrajarse.

Mientras los compañeros disparaban, Gualtiero colocó un explosivo en la parte trasera del coche. Se apartó y lo hizo detonar. Las puertas traseras se abrieron como si el furgón fuera una lata de sardinas.

Los dos empleados de la empresa de valores fueron sorprendidos por la ola expansiva que los atravesó, produciendo un ensordecedor pitido en sus orejas.

Los franceses dejaron de disparar y se dirigieron a la parte trasera del blindado.

Los pocos coches que venían en la misma dirección, cuando sus ocupantes entendían lo que sucedía, abandonaban el coche y huían campo a través.

Gualtiero, el exmilitar, no tenía piedad. Disfrutaba con lo que hacía. El plan era demasiado importante como para dejar testigos del asalto, según él. Los componentes de la banda cogieron las cajas de dinero y llenaron de billetes todas las sacas que pudieron. Saltaron al otro lado de la autopista y cargaron el botín en el maletero de los dos coches.

Todo pasó en cuestión de minutos.

—¡Vamos Gualtiero! —gritó Vincenzo Bertrand, el jefe al otro lado de la mediana—. Déjalos, estamos tardando demasiado.

Gualtiero jadeaba. Miró a los seguratas en los asientos delanteros del vehículo, acurrucados, con las manos en la cabeza. Asustados, inermes, equivocados. Desorientados por pensar que todo había pasado, que el comando cogió lo que quería y que se habían salvado.

Cuando el exmilitar empuñó el arma y con los ojos fuera de sus orbitas soltó una tremenda ráfaga. Cogió de lleno a los dos hombres. Las balas atravesaron los delgados asientos. Se removieron los cuerpos, haciendo espasmos desacompasados. Soltaron el último aliento y luego, silencio. Solo el ruido de los neumáticos que ardían. Gualtiero disfrutó viendo cómo sus fáciles presas agonizaban. Toda la furgoneta se salpicó de sangre.

El magnífico e inútil final que el francés concedió a unos inocentes fue interrumpido por su jefe.

—¡GUALTIERO!

Escupió en el furgón como último acto de autoridad. Se colgó el arma y agarró las enormes sacas de dinero.

Pasó la mediana de la carretera. Al otro lado de la barrera

abrasante de neumáticos comenzaba a haber muchos vehículos detenidos, que no entendían lo que sucedía.

Los franceses arrancaron y se dirigieron hacia su escondrijo, dejando caos, desolación y muerte a su paso.

El jefe se giró hacia Gualtiero. En su rostro regía un aire de seriedad y de bronca.

—¿Te lo has pasado bien?

El paramilitar se rió.

—Aunque me den absolutamente igual esos hombres, lo que has hecho no estaba en los planes.

El asesino se giró con una sonrisa de satisfacción.

—Me vieron la cara. Menos testigos dejamos, más probabilidad tendremos.

—Tenías que haberte puesto el pasamontañas como los demás, ¡cretino!

—No me queda bien. Me estropea el tupé —dijo pasándose la mano por el pelo engominado—. Tranquilo, el plan es perfecto y todo sigue como habíamos establecido. Ahora comienza la fiesta.

8

Fábrica Ferrari, Maranello.
Miércoles, 01 de octubre, 1975
Veinticuatro días antes.

Rojo.

Las paredes eran de ese color. Del mismo color de los coches que salían de la fábrica de coches más famosa de Italia. Destacaba, sobre la puerta de entrada, la insignia luminosa de "Ferrari" de un amarillo vivo.

Una puerta con historia, de victorias y fracasos, de héroes y persistencia, de ilusiones y coches increíbles.

Todo nació de un sueño salido de la cabeza del fundador, el famoso Enzo Ferrari. Un hombre hecho a sí mismo que aguantó múltiples tempestades.

Era de noche. Una ligera neblina había bajado sobre la zona. El coche del Commissario Malatesta estaba aparcado debajo de una farola, al otro lado de la carretera. El humo de su tabaco salía de la ventanilla entreabierta. El aire fresco de la noche entraba en el vehículo. En el asiento del copiloto, el inspector Bruno Barbiero, mano derecha y compañero del Comissario. Estaban esperando que acabara el turno el tío de Bruno. Era su primera pista y se propusieron seguirla.

—¿A qué hora sale tu tío?

Bruno miró su reloj, un Casio plateado a pilas último modelo.

—En cinco minutos. ¿Cómo está Carla?

—Bien, seguramente la ascienden en el hospital —contestó el Commissario girándose.

—Me alegro. Dale recuerdos esta vez, no como siempre que te olvidas.

—Bruno, ¿Todos los días quieres que le de recuerdos a mi mujer? ¡Venga! —replicó tirando la ceniza en el cenicero casi embozado.

—Es asqueroso… y lo sabes —dijo mirando el cenicero.

—Bruno mírate a ti y a tu coche. Te pareces a Carla, ocuparos de lo vuestro —dijo molesto—. Lo sé, algún día lo dejaré. Por cierto, ¿qué tal con…? —preguntó el Commissario alargando su palma hacia arriba y bajando la cara.

—¿A quién te refieres?

—Venga Bruno, que no he nacido ayer. Se ve a un kilómetro que os gustáis. Miraditas, cruces de papeles, hablas con ella más que con cualquiera. ¡Como si no te conociera!

Bruno mira sus manos.

—Valeria Meazza.

—Valeria Meazza, exacto. La chica que viene del sur enviada de Roma por el departamento antidroga —respondió el Commissario y miró a su compañero como para que siguiera.

—Sí, sí estamos conociéndonos, no es un secreto.

—¿Cómo que no es un secreto? Si no saco el tema no lo hubieras dicho.

—Bueno, no sé, tampoco es oficial.

—¿Ha dejado un cepillo en tu casa? ¿Ropa íntima, unas chanclas, un pijama?

—Bueno, Commissario, no sé. Puede. A ver, a lo mejor alguna cosa, no me acuerdo.

—Bruno, Valeria deja el pijama en tu casa y no es un acontecimiento. ¿Tú? El solterón de oro de Modena. Vete a tomar por culo. —El Commissario dio una calada honda—. Bueno. Vamos a ver, entiendo perfectamente que no quieras cantarlo a los cuatro vientos, pero… a mí y a Carla nos la puedes presentar.

Bruno se puso rojo, se sentía incómodo él mismo en la relación que había nacido con la compañera de la central. Pero la providencia fue en su rescate.

—Allí están —dijo Bruno y salió disparado del coche.

Salían de la fábrica.

Uno tras otro, como hormiguitas. Se cerraban los abrigos, delatando la humedad que se encontraban fuera de los muros de la fábrica. Acababan de terminar el turno y se dirigían cansados hacia casa.

Algunos a buscar su vehículo, unos cuantos se colocaban debajo de la parada esperando el bus de línea y otros esperando que los vinieran a recoger.

Los rostros de los trabajadores estaban apagados, tristes. Los revuelos sociales que sufría Italia, no eran para estar alegre. Terrorismo, crisis petrolífera, inestabilidad económica provocada por los cambios geopolíticos. Los medios de comunicación difundían, con gran éxito, el pánico entre la población.

El agente Barbiero se colocó al borde de la carretera y cuando vio a su pariente, levantó el brazo para que viera su ubicación. Este cruzó la carretera que pasaba delante de las instalaciones productivas. El Commissario apagó el último cigarrillo, se arregló el bigote y salió.

—*Ciao Zio* —dijo Bruno a su tío.

—Hola Bruno, ¿estás bien?

—Sí, todo bien. Te presento a mi jefe, el Commissario Malatesta.

Los dos se miraron y se estrecharon la mano.

—¿Qué ha pasado?

—*Buona sera*, gracias por su tiempo. Pero el asunto que nos hace venir hoy es de alto secreto, así que tendrá que entender que no podemos explicárselo. Pero necesitaríamos su colaboración.

El hombre se encogió de hombros.

—Si puedo ayudar… —replicó girándose a ver la expresión de su sobrino, por si se había metido en algún lío.

Bruno sonrió.

—¿Usted ha visto algún movimiento raro, algún cambio de costumbre de los altos dirigentes de esta fábrica? Algo poco usual —preguntó el Commissario y concluyó haciendo un gesto con la mano— cualquiera, por pequeño que sea.

El tío pensó. Debido al frío mantenía las manos en el interior de su abrigo y aguantaba, en un hombro, una bolsa de piel falsa.

El aire expulsado por los tres hombres, debido al frío, era un de un blanco intenso.

—No. Dentro de unos días vendrá un actor americano a retirar un Ferrari que ha comprado, pero nada raro. Como siempre.

—¿Un actor?

—Sí, un actor de moda americano que quiere venir a recoger su coche.

—¿Y quién es?

—Clint Eastwood ha comprado un 365 GT4 BB, ya es el tercer Ferrari que compra y todos los viene a buscar personalmente. Ya no le hacemos ni caso. ¿Se refiere a esto?

—Puede, ¿nada más de anormal en la fábrica? ¿En las oficinas o incluso en el fundador?

El hombre miró al vacío, encorvó la boca y movió la cabeza.

—Mire. Desde mi posición tengo una ventana. Cada día veo llegar a Enzo a la misma hora, sin retraso. Cómo baja de su coche, cómo entra, incluso en los momentos de descanso, podemos ver la ventana de su despacho, y la verdad es que no he sabido ver diferencia en los últimos meses. No sé, no sabría decirle. ¿Hay algún problema?

—No, no se preocupe. Preguntas rutinarias.

—Bueno, desde que nos compró FIAT, estamos asustados por posibles despidos.

—De acuerdo, esto es todo, no quiero hacerle perder más tiempo. Estará cansado. Gracias por su tiempo y por su colaboración. Pero, por favor, si ve algo, por pequeño que sea, avise a Bruno.

—Gracias a usted Commissario —contestó y se giró hacia su sobrino—. Salúdame a mi hermano. Buenas noches.

El hombre se dirigió hacia el aparcamiento y desapareció entre los

coches aparcados.

Los dos policías entraron en el Alfa Romeo del Commissario. Se encendió un cigarrillo y se rascó la cabeza.

—¿Qué piensas? —preguntó Bruno

—Se ve una persona seria, que presta atención a su trabajo. La manera que mira a su alrededor es una mezcla entre interés y análisis del entorno. —Se detuvo y dio una calada—. Los detalles que explicaba, la rutina de Ferrari, no es chafardeo ni escaqueo, es interés. Las botas, la bolsa, el aseo de tu tío muestra una profesionalidad y un interés en lo que hace.

—¿Entonces?

El Commissario se giró.

—En esta fábrica no tenemos qué rascar. Es posible que me equivoque. Puede que no sea a Enzo Ferrari a quien le va a pasar algo. A lo mejor es otro Ferrari. No sé, un coche, otra persona, una calle, un lugar.

—Commissario, ¿sabe cuántas personas se llaman Ferrari?

El Commissario arrugó el ceño.

—Esta mañana al salir de tu despacho he cogido las Páginas Blancas y he mirado cuántos "Ferraris" hay en Modena. Dos páginas de personas que tienen ese apellido. Puede que sea otro.

El Commissario dio una profunda calada y puso en marcha el coche y concluyó.

—Tal vez. "Dichosos los que guardan sus estatutos y de todo corazón lo buscan". Salmo 119:2.

Bruno miró hacia arriba y resopló.

—Dale con tus frases de la Biblia. Venga vámonos.

—En fin, ya llego tarde a recoger a Carla. —Arrancó el coche—. A ver si mañana tenemos más suerte con los "Ferraris".

9

Jueves, 02 de octubre, 1975

Veintitrés días antes.

Abandonaron la guarida.

Recogieron todo y lo subieron en las furgonetas y a los coches. No dejaron nada. Lo que no querían llevarse, lo quemaron en bidones de hierro.

Era la noche después del atraco a la furgoneta porta valores.

El convoy se dirigió al nuevo escondrijo. Intercalados, cada coche salía con unos minutos de separación. No debían llamar la atención.

El primer coche, el Renault 4 de Vincenzo, fue el primero en arrancar.

Vincenzo Bertrand, el jefe.

Astuto, calculador y perspicaz. Implacable en las negociaciones y la estrategia. De sangre fría y ególatra. De origen italiano, nació en los suburbios de Marsella. Allí fue destripado de todo signo de humanidad y, a base de palos, convertido en un monstruo.

Fue deambulando por trabajillos en su joven edad, hasta probar en sus carnes la cárcel. Allí conoció todos los entresijos de la delincuencia moderna. Fue su universidad, le formó y concedió los mejores contactos. Durante esos años y entre esas paredes se juró que jamás volvería a entrar en una cárcel. Jamás. Su recuerdo más duro fue cuando un viejo carcelario cogió su joven carne y lo convirtió en su juguete sexual. Eso marcó un antes y un después en su vida. En su cuerpo, en su mente.

Después se juntó con gente cada vez más peligrosa y en consecuencia hizo atracos mejor planificados. Hasta que, ya con cuarenta años, encontró una oportunidad. Se juntó con un terrorista francés, exmilitar, también de origen italiano, Gualtiero Lambert. Una bestia, un *killer*. La mano ejecutora de su nuevo plan.

La ambición napoleónica de conquistar Italia.

Un país con poca delincuencia, sobre todo provincial. La Mafia existía, pero se quedaba a la altura de Nápoles, no se atrevía a subir, no conocía el territorio.

Vincenzo vio una oportunidad. Lo que aprendió en Francia para conquistar el centro y norte del país vecino. Creó la primera red internacional. Hizo lo que nadie había hecho, creó la internacionalización del delinquir.

La estrategia era simple, igual que en una empresa, necesitaba a los mejores. Uno en cada brazo operativo de la organización.

Autóctonos, que conocieran la gente, usos y costumbres y, sobre todo, canales de recepción de objetos robados en Italia.

Vincenzo, en pocos meses, organizó la mejor red de delincuencia de Italia y la mejor pagada. De la misma manera que un entrenador, quería a los mejores jugadores en su equipo.

Necesitaron a los más expertos en las diferentes disciplinas. En la recepción, en la compra de armas, en la conducción, reclutamiento, butrones, colocación de explosivos, y muchos más.

Todo para un plan maestro que había comenzado incendiando una simple papelera en el ayuntamiento de Affi. Allí, un sencillo fuego, arrancó la hoguera del primero plan que había organizado el jefe; el famoso y temido Vincenzo Bertrand.

La organización que creó la llamó el *Clan de Chassepot.*

Chassepot era el nombre de un fusil del siglo diecinueve, usado por el ejército francés contra las tropas de Giuseppe Garibaldi. Pensó que dar el nombre de un arma que dio superioridad a los franceses en tierras italianas le daría buena suerte.

Vincenzo era alto, de complexión normal, vestía elegante, como un caballero. Un ladrón de guante blanco, porque los guantes que se ensuciaban eran los de otros. Calvo y de facciones comunes, menos el bigote negro que resaltaba sobre la piel clara. Los ojos eran de lagarto, fríos, inexpresivos, marrones oscuro.

A su lado Gualtiero, la mano ejecutora del plan. El mejor que conocía en su especialidad. El que tenía que ensuciarse los guantes. Los dos sentados en los asientos traseros del Renault 5. Un joven italiano en sus primeras aventuras ilícitas se encargaba de conducir. Ejecutaba y no protestaba. Además, no entendía el francés, el chófer perfecto para el jefe.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—Cada día leo el periódico, Gualtiero —contestó el jefe

—Eres el único ladrón que conozco que lee el periódico.

—Gracias.

Gualtiero le miró y arrugó el ceño.

—Sí, en esta vida tenemos que ser diferentes. Yo leo el periódico.

—¿Y qué decía sobre el West-Star?

—Pues hace unos años hubo un artículo muy interesante en “Le Figaro” que explicaba que el Bunker más grande de Europa del Sur se cerraba por una explosión provocada por un cortocircuito. Menuda idiotez. No lo repararon, lo abandonaron. Hace varios años que no hay alma viva allí dentro. A lo mejor ratas.

Gualtiero lo miraba aguantando la carpeta azul que robó dos días antes. Las llaves, unidas por dos aros enormes, emitían sonidos metálicos en cada bache por el que pasaba el Renault.

—No tenía ni idea que existiese ese lugar.

—Perfecto, por eso lo he elegido, porque casi nadie lo conoce y menos gente como tú.

El otro le miró de reojo levantando una ceja.

—Al acabar la Segunda Guerra Mundial, la ONU decidió crear un bunker antiatómico para su centro de mando de su ejército en la parte del sur Europa. Estuvo construyéndolo por años, de forma secreta, parecido a Area-51.

—¿El qué?

—Es igual, déjalo. En fin, es un bunker, puedes hacer explotar dinamita dentro que nadie lo va a escuchar.

—Eres un genio, Vincenzo.

Este levantó las cejas y contestó.

—Lo sé, no hace falta que me lo digas. Habrá que entrar lo antes posible, cuanto menos ruido y luces, mejor.

—Es como una ciudad ahí dentro. ¿Crees que tendrá agua?

—Los militares lo dejaron todo intacto cuando hubo la explosión. Lo más probable es que encontremos alimentos por un ejército y para años, cisterna de agua potable, planos militares y documentos secretos. Pero no vamos a por eso, tenemos un plan. —Vincenzo se giró y le miró serio, con el carisma que le caracterizaba—. ¿Me oyes? Tenemos un plan, nada de distracciones, nada de improvisaciones, nada que perjudique al objetivo. ¿Me has entendido?

—Claro jefe —replicó inexpresivo.

—De claro nada, otra improvisación como la de anoche y estás fuera. Me da igual que seas el mejor. Si el plan es no matar a los conductores del furgón blindado, no se mata a los conductores. ¿Me has entendido bien? —El exmilitar miraba fuera de la ventanilla, en la dirección contraria al jefe—. No he oído tu respuesta.

—Sí, de acuerdo.

—Espero que sea así. Como no lo respetes, te mataré con mis propias manos.

Hubo silencio.

—Estamos llegando —dijo el joven conductor.

—No veo nada —replicó Gualtiero.

—Paciencia Gualtiero, paciencia. —Se quedó en silencio—. Ajá. Allí está.

10

Monte Moscal.

La carretera sin asfaltar que recorría el Renault, giraba alrededor de esta montaña verde. De pequeñas dimensiones y recubierta de arbustos autóctonos.

Se detuvieron justo delante, iluminados por la farola. Un enorme portón verde oscuro se iluminaba por el coche. Por ambos lados, comenzaba una valla de red metálica del mismo color que entraba en la vegetación y rodeaba la montaña. El perímetro cercado en su totalidad, aunque la oscuridad de la noche no lo permitía ver.

—Te toca —dijo Vincenzo.

El joven conductor bajó del coche con el enorme fajo de llaves y se dirigió hacia el portón.

Miró a su alrededor y fue probando las llaves que podían abrir la estructura. Una vez abierto el cerrojo, abrió las puertas de par en par. Subió al vehículo y arrancó.

Los faros del coche francés iluminaron una corta carretera hasta la colosal puerta del bunker.

Una pequeña farola proyectaba su tenue luz en la estructura que rompía la homogeneidad de un paisaje aparentemente no contaminado por la mano del hombre. Dos muros de hormigón nacían de la montaña y confluían en una estancia cubierta dentro de la roca de la montaña. Al fondo, otro portón metálico por el cual entraba justa, casi rozando el techo, una furgoneta de grandes dimensiones. A su alrededor, cables y tubos contorneaban la entrada. Encima, un cartel identificaba el acceso. ENTRADA ALFA.

—Sigamos —dijo Vincenzo, sin desacomodarse.

El chofer aparcó en un lado del espacio. Volvió a bajar y buscó la llave entre las muchas que podían ser. Una vez desbloqueado el portón metálico, lo abrió.

Apareció una larga galería, un túnel de hormigón con el techo redondeado. La poca luz que entraba no le permitía ver el final. Un escuadrón de murciélagos salió en estampida. El joven italiano se agachó, cubriéndose la cabeza con los brazos. Desprevenido, se llevó

un susto terrible. Los latidos de su corazón se dispararon. El miedo invadió su cuerpo con más rapidez que con la que se distribuye la adrenalina. Se preguntó qué hacía en ese lugar y por qué había ido.

En medio de sus dudas generadas por su estado de ánimo, se levantó y se giró. Las luces largas de un vehículo le deslumbraron, impidiendo ver quién era. Pensó en la policía, o peor aún, en sus padres.

Se abrió la puerta y bajó un hombre, solo identificó una luz roja a la altura de la boca. Un puro encendido, reconoció Andrea, el "chispas" del grupo.

Andrea Biraghi, un fenómeno. Bueno con los circuitos, superbueno con los cortocircuitos.

Un armario de hombre. Un hombre detrás de una barba con puro. El McGuiver del Clan Chassepot.

—¡Apártate mocoso, llegan los buenos!

Entró en el túnel con una linterna y sacando humo como un tren de carbón.

Se acercó al cuadro eléctrico y siguió las instrucciones que tenía del jefe: reparar el cuadro eléctrico.

Mientras Andrea reparaba la instalación, los siguientes vehículos llegaron con dos minutos de intervalo cada uno. Se fueron acumulando delante del acceso Alfa. En silencio y con las luces apagadas, disimulando su presencia.

Pasaron un par de horas y la magia se hizo.

Andrea, el mago de los circuitos, devolvió la luz a la oscuridad del bunker.

De golpe, la secuencia de encendido comenzó.

Vincenzo bajó del coche y se acercó al "chispas". Se detuvo en la entrada del túnel. Colocó las manos en sus costados y admiró la imponencia de la estructura subterránea. La vista se perdía, no alcanzaba a verse el final de la galería. Su profundidad parecía asomarse a un abismo, sin alcanzar el fin.

El jefe arqueó la boca e hizo un signo de afirmación con la cabeza al artífice del milagro.

Entonces se giró.

—Bien. Ya tenemos luz. Bienvenidos al bunker más seguro de Europa. Bienvenidos… al West-Star de la ONU. ¡Venga, vamos entrando! —dijo levantando un brazo dando la señal a los vehículos de que podían entrar.

El tranquilo búnker de la ONU dejó de serlo. Por tantos años abandonado, de repente estaba siendo invadido por fuerzas oscuras, contrapuestas a las que lo habían creado.

Los coches comenzaron a entrar. Las furgonetas rozaban el techo.

Vincenzo se giró mirando el convoy entrar. Rio.

«Tanto tiempo preparándolo, ahora aquí estás».

Subió en su Renault y este entró, por último.

—Gualtiero, esta noche nos instalaremos y mañana comenzará la siguiente fase —le dijo sin mirarle, observando cómo los focos del túnel iluminaban el habitáculo—. Mañana será otro gran día, iremos a visitar a nuestra primera víctima.

11

Modena.

Varios años antes.

Ver, observar, retener, deducir.

Lo tomó bajo el brazo.

Davide Petruccini, el Commissario de la policía, vio algo en el recién llegado agente Malatesta. No tardó en sentir que podía ser un buen sustituto para cuando él se jubilase. Aún faltaba tiempo, pero algún día llegaría. Tenía potencial, mucho, aunque él aún no lo supiera. Un diamante en bruto.

El Commissario tenía experiencia en ver agentes recién llegados de la academia, la mayoría ineptos.

Pero Malatesta tenía algo.

Algo que quería descubrir, formar, preservar.

Lo acogió y lo comenzó a formar. De la misma manera que se hace con un hijo, no, mejor aún, como a un nieto.

Le enseñó todos los trucos, todos los pasos que necesitaba un buen policía para ser mejor y crecer en el Cuerpo.

Una vez explicado cómo tenía que coger a los carteristas, hizo un paso hacia atrás. Una mañana quedaron en el centro de Modena.

Malatesta vivía en un piso compartido con estudiantes en el centro, el precario sueldo de agente en prácticas no daba para más.

Se dieron cita en la plaza central a las seis de la mañana.

Modena, un diciembre de los años sesenta.

El banco bajo la farola, plaza central, al lado de la “Guirlandina”, la catedral de la ciudad.

Tuvo que rascar la capa de hielo que se había formado. El frío de la noche dejó huella en todo el mobiliario urbano.

Malatesta, originario del sur, se presentó como una momia. Una cebolla veraniega, protegida por capas y capas de ropa. Gorro, guantes y bufanda de lana hechos por su abuela, le protegían las partes donde el grueso abrigo no llegaba.

—Buongiorno Comissario.

Malatesta tenía órdenes explícitas de no hacer el saludo militar fuera de la central, para no delatar quiénes eran.

Davide ya se encontraba sentado, minutos antes de lo acordado.

—Siéntate Malatesta.

El espacio del banco carecía de hielo, limpiado por el superior.

—¿Sueño?

—Un poco.

—¿Qué tal viniendo?

—Mucho frío —dijo tiritando.

El superior hizo un ruido gutural.

—¿Por qué me ha hecho venir aquí a estas horas?

—¿Por qué crees, Malatesta?

—Lo he pensado anoche y esta mañana. Puede que sea para una redada o para pillar algún maleante. O también algo de drogas.

—Nada de todo eso Malatesta. No estamos aquí para nada específico, es para que entiendas algo —dijo con un movimiento de manos.

Malatesta arrugó las cejas y miró a su alrededor.

La moto del superior no estaba cerca, no se veía. Venía vestido normal, como si fuera medio día. El joven agente se dio cuenta de que el superior no notaba prácticamente el frío.

—VER —dijo Davide girándose hacia la plaza—. ¿Qué ves Malatesta?

—No sé, una plaza bonita, oscura. Bueno, iluminada por farolas. Hielo. Pórticos iluminados, gente que pasa, bueno, poca. Espacio, una plaza de adoquines. Frío, mucho frío —dijo con voz trémula—. ¿No Commissario?

Este afirmó nada convencido, casi decepcionado.

—OBSERVAR.

Hubo silencio.

—¿Sabes la diferencia entre ver y observar? —El joven le miró sin que el otro quitara la vista de la plaza—. Ver es dejar que las cosas pasen delante de ti sin que te afecten, sin enterarte, sin que te inmuten. Observar es mirar, es enterarte, es capturar, hacer tuyo, es *tempus fuguit*. ¿Cuánto hace que ves por la ventana y no miras por ella? La diferencia es substancial. Es darse cuenta de lo que pasa a tu alrededor Malatesta. Nunca serás un buen policía solo viendo el mundo, tienes que observar el mundo, mirarlo, o te pasará delante el tiempo, los detalles, las pistas, te pasará la vida y no te habrás dado cuenta. En nuestra profesión, o estás atento a todo o eres un agente que valdrá para hacer informes en la comisaría con la máquina de escribir, o dirigir el tráfico el día que se rompe un semáforo y poco más.

Malatesta le miraba, como un nieto mira al abuelo.

—Volvamos a empezar. Observa ahora —reiteró indicando, alargando el brazo.

El joven se giró y agudizó la vista.

—Una señora en bici. Va con prisa. Lleva una bolsa de papel.

—Muy bien, sigue.

—Al fondo. El señor calvo y fumando. Camina por los pórticos, parece sin prisa, para resguardarse del frío.

Silencio.

—El señor poco abrigado, y pantalones blancos. Interesante…

El joven esperó, siguió mirando a su alrededor.

Una luz se encendió en una ventana.

—Seis y cuarto, esa persona entra en la cocina para un caffè.

—Bien, puede ser.

—¿Qué más ves?

—Otro señor en bici, este… lleva un gorro raro.

El Commissario hace una mueca de risa.

—Bien, está bien así. Ahora cierra los ojos.

Malatesta obedeció.

—RETENER. ¿Sabrías volver a ver todo lo que me has dicho antes con los ojos cerrados ahora? ¿O incluso, en un par de horas en la central?

El joven hizo una mueca con la boca y se encasquetó el gorro en la cabeza.

—Acuérdate Malatesta, nunca sabrás cuándo necesitarás esa información. No tenemos modo de ver la vida de otra forma si no es por nuestra memoria. Tienes que practicar la memoria y volver a ver lo que pasa. Quedarte con los detalles y grabarlos a fuego. Escrutar el presente para recordarlo en el futuro. Si no no tendrás manera de volver al pasado. Por lo tanto, observar no sirve de nada si no retienes.

El superior se detuvo y dejó espacio para que se asimilaran los conceptos.

—¿Preguntas?

Malatesta negó con la cabeza.

—DEDUCIR. ¿Quieres deducir Malatesta?

—No señor, por favor, hágalo por mí.

—Muy bien Malatesta vamos allá —continuó con voz de autoridad y de profesor—. La mujer en bici, tiene que estar. Lleva una bolsa de papel, probablemente de una compra del mercado, fruta y otras cosas. Se la llevaba a alguien antes de ir a trabajar. Es posible que trabaje en un hospital por la hora de los turnos y por el abrigo largo. Debajo debía llevar la bata de enfermera. Además va en dirección al hospital central. Ves, en esa dirección.

Siguió, ante el estupor del chico.

—El hombre en bici con el “gorro raro” que dices tú. Es un conductor de autobús que acaba el turno. Viene desde la estación de autobuses, por lo tanto, va en dirección contraria a su trabajo, este hombre puede estar en el contexto. La luz que se ha encendido a las seis y cuarto. Muy bien visto. Se ven aquí las puertas de la cocina y sí, la persona se iba a preparar una cafetera.

—Lo que me gustaría tener a mí, un buen caffè —casi se quejó el

joven alumno.

El Commissario se giró a ver al policía arrugado del frío, como una pasa.

—Un momento más Malatesta y nos vamos al bar a calentarnos y desayunaremos. Sigamos. El señor con los pantalones blancos. Es un pastelero que va al horno central, el que ves allí —indicó el superior —. Espera…

En efecto, el hombre mientras que hablaron, dio la vuelta a la plaza y luego la atravesó. Picó a la persiana y le abrieron.

—Visto. Pero ojo Malatesta, deducción. No es un panadero, porque si lo fuera lo habríamos encontrado a las cuatro de la mañana, para hacer el pan fresco. Este es pastelero, entra más tarde para los dulces y no es el propietario. El dueño entra en su horno de pan a las cuatro, a controlar y hacer la primera horneada.

Hubo silencio.

—¿Y por último Malatesta? ¿Quién falta?

—El calvo. El que paseaba tranquilo.

—Exacto. Ese es el que no debería estar allí. El que no tiene una profesión cara al público, desentona en el grupo. Este es del que tienes que sospechar y analizar. El que a las seis de la mañana no tiene prisa y va fumando, haciendo lo mismo que hacemos nosotros: observar pero por el otro lado de la ley.

El Commissario se levantó y siguió mirando al joven aprendiz.

—Malatesta, aprende. Uno: a ver —dijo mientras le miraba. Sacó la mano del abrigo y contó con los dedos—. Siéntate, sin prisa, tu trabajo no es detrás de un escritorio delante de una máquina de escribir, tienes talento, tienes que ver el mundo. Dos: observar. Tienes que analizar, mirar el mundo que te rodea. La gente pasa por la vida de puntillas y no observa qué pasa a su alrededor. Tú tienes que ver lo que los demás no ven. Tienes que recoger las migas, las señales, los indicios que los demás dejan de forma involuntaria. Tres: retener. No tendrás una segunda oportunidad, tienes que grabar en tu mente lo que pasa y llevártelo contigo. Y por último, cuatro: deducir. Tienes que entrar en los detalles y analizar la vida desde unos ángulos no convencionales. Analizar variables, detalles y posiciones, direcciones. Hacerte preguntas sin parar. Obsesionarte con las preguntas. ¿Por qué lleva lo que lleva? ¿Por qué hace lo que hace? ¿Por qué viene de donde viene? ¿Por qué ahora y no antes y no después? ¿Por qué camina por aquí y no por otra acera? ¿De qué trabaja? ¿Qué hace para vivir o subsistir? Preguntas. Preguntas. Preguntas. Cuando llegues a completar y perfeccionar este ciclo de deducción investigativa, entonces serás un buen detective, hasta ese momento tendrás que practicar y aprender. ¿Entendido Malatesta?

Apabullado y sorprendido, el joven Malatesta se sintió inundado de información pero al mismo tiempo agradecido. Nada de todo lo que aprendía al lado del Comissario Petruccini lo había oído jamás, ni siquiera de los sabios del pequeño pueblo del que provenía del sur de Italia.

—Venga, ahora nos lo hemos ganado. Vamos a desayunar.

Ver, observar, retener y deducir.

Desde ese día se convirtió en el lema, en el mantra de Malatesta. Todo cambió desde ese momento. Él, su entorno, la humanidad. Comenzó a penetrar en el mundo y analizarlo como nunca había hecho.

Malatesta siguió creciendo y aprendiendo de su mentor, hasta que un día en una redada antidroga, a principios de los años setenta, cayó herido. El Commissario Davide Petruccini murió un martes cualquiera, en una ambulancia llegando al hospital. A los sanitarios no les dio tiempo de nada, las consecuencias del disparo fueron letales.

Detrás de sí, dejó una central de policía y un mundo mejores de cómo los encontró.

«Ha valido la pena», se murmuró que había dicho a la enfermera en la ambulancia.

El día después, la mitad de la población de Modena se volcó a la calle por su funeral.

A los dos días, el capitán de la policía de Modena nombró como nuevo Commissario jefe al joven y preparado Malatesta.

«Estas eran las voluntades de Petruccini», dijo el capitán el día que le asignó el grado.

Así comenzó la carrera del Commissario Malatesta. De las cenizas de su mentor y con el bagaje más valioso, las cuatro palabras más preciosas que le dejó:

Ver, observar, retener y deducir.

2do ACTO

Mantén cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos.
EL PADRINO II

La peor lucha es la que no se hace.
KARL MARX

12

Parma.

Sábado, 04 de octubre, 1975

Veintiún días antes.

Luca Marrone.

Esa mañana, una como muchas, fue a trabajar a las seis. Un día frío, de los que le recordaban cuando las mismas mañanas de otoño de treinta años antes, las recorría en bici. Los nudillos blancos por el frío y los sabañones en los dedos. La humedad entraba por las fosas nasales y llegaba hasta los pulmones, pero no alcanzaban ni su corazón empresario, ni su voluntad.

Veinte años habían pasado entre la creación y la evolución de los supermercados en Italia.

El primero, una asociación de un empresario italiano y uno de Estados Unidos. Bernardo Caprotti y Nelson Rockefeller, en Milán, 1957. Primero fue incomprendido, luego arrasador. Fue el principio de una nueva época. Fue el principio de una nueva Italia.

Un simple supermercado, una nueva manera de entender la vida, el consumo y, por supuesto el tiempo.

Las familias compraban todo lo que necesitaba en un único lugar. Fue evolucionando con los años, como los hábitos de consumo de los italianos.

Las superficies comerciales fueron ampliando metros cuadrados y oferta de productos. De la mano de estas fueron naciendo y creciendo fábricas de productos alimentarios.

Despuntaron empresarios que supieron aprovechar la ola y consiguieron surfearla.

En veinte años, visionarios crearon imperios y acumularon fortunas.

Luca había nacido en la campiña de Parma, en el centro de Italia. Sus padres eran granjeros. Noventa y cuatro vacas dejadas por el abuelo. Más un problema que una herencia.

Luca era un buen estudiante, pero la familia lo absorbió en el negocio. Este no funcionaba del todo bien. Las miserias que pagaban los caseríos no cubrían las explotaciones. Sobraba leche y faltaba dinero.

Al joven granjero le vino una idea: vender directamente la leche.

Acopló una caja de seis botellas de cristal al manillar de la bici para llevar la leche fresca. Y se lanzó.

A principio nadie le compraba, pero la persistencia del chaval fue más fuerte que el tiempo.

Un día le faltaron botellas y acopló otra caja de seis botellas en la parte trasera de la bici.

Luego otra caja. Luego se quedó corto con dieciocho y compró una bici con motor.

Luego una Vespa. Cada día realizaba varias rutas por las poblaciones cercanas.

En verano y en invierno.

Con calor o con nieve.

El día de su cumpleaños o en Navidad.

Con fiebre o dolor de espalda.

Todos los días, ya que las vacas había que ordeñarlas a pesar de las festividades.

Hasta que compró una furgoneta, luego más vacas y montó una pequeña fábrica.

Hasta que se enteró que en Suecia habían inventado algo revolucionario. Fue en persona y descubrió el Tetrabrik y la leche pasteurizada. Fue la revolución de la leche.

Los mayores bancos italianos le financiaron y creó el primer centro de leche envasada en Briks de Italia. De allí su industria se expandió. Compró caseríos para comercializar productos lácteos, fábricas de pasta, de tomates. Compró el equipo de futbol de Parma e hizo agencias de viajes.

La fortuna personal ascendió de ser un pequeño granjero con noventa y cuatro vacas a ser una de las diez fortunas más grandes de Italia.

Luca Marrone.

Trabajador, excéntrico y multimillonario.

Se presentaba a trabajar cada mañana antes que nadie. Pelo engominado hacia atrás. Traje azul o gris, nada de extravagancias en el vestir. Camisa blanca y corbata de topos. Nariz aquilina y ojos hundidos. Pasión por la náutica y el golf.

Tenía el velero clásico más grande de Italia y un Swing que no pasaría a la historia.

Compró un palacete a las afueras de Parma, renacentista, y lo convirtió en su ostentosa morada.

No quería chofer, o por lo menos aún no quería tenerlo. Prefería

añadir a la lista de sus placeres diarios, conducir su Bentley.

Esa mañana, del 1975, cuando subió la calefacción de su brillante coche inglés, lo recordó. El frío y el tintineo de las botellas de cristal en los baches. En la persistencia que llevaba como mochila.

Los potentes faros del cupé iluminaban las serpenteantes carreteras de la campiña. Estrechas y con zanjas a cada lado.

Entró en su fábrica, cuando los camiones se marchaban a repartir. Las ventanas de su despacho dominaban la fábrica y, con las primeras luces del día, desvelaba la inmensidad de la Pianura Padana.

A las siete, como el reloj suizo que llevaba en la muñeca, entraba la secretaria con el croissant caliente y la pila de periódicos.

—Buenos días Priscilla.

—Buenos días Presidente. ¿Ha visto las acciones del grupo cómo cerraron ayer?

—¿Cómo podría no verlo? Parece que no me conoce. ¿Qué tenemos hoy?

La secretaria le recordó las varias reuniones de la mañana.

—Bien. Por favor llama al abogado Nurberto, confírmale que a las once estaré en el campo de juego como siempre.

—¿Algo más?

—No, gracias Priscilla, puedes ir.

La mujer, alta, guapa y rubia, sonrió y se retiró a su despacho. Los ruidos de los altos tacones no sonaron. La verde moqueta del suelo amortiguó el taconeo.

Pasó la mañana como muchas otras, pero se trataba solo de una ilusión.

Condujo hasta el campo. Aparcó el carísimo coche en el parquin del complejo del Golf de Parma. Entró por la recepción, a la derecha estaba el abogado Nurberto esperándole, apoyado en la barra del bar del centro.

—En perfecto horario, amigo —dijo el hombre mirándole, con una pierna plegada enseñando los taconcillos de sus zapatos—. ¿Estás preparado para que te repase?

Marrone se giró mirando detrás de él, primero por un lado y luego por el otro.

—¿Hablas conmigo? —le respondió.

El abogado rió.

—Claro, ¿con quién si no?

—¡JA! Yo he nacido preparado —confirmó levantando el índice y apuntándolo al adversario.

—Venga, vete a cambiar, que si no voy a ir solo.

Mientras el camarero del bar del Golf los interrumpió.

—Caballero, su cappuccino —dijo apoyándolo en el mármol.

—¿Pero espero que sea con la leche de ese buen hombre? —preguntó el abogado al camarero.

Este le miró como si le hablasen de astrofísica nuclear.

—Es verdad, ¿qué leche usáis? —preguntó acercándose.

El hombre entendió y sin saber quién era ese hombre de traje y pelo engominado enseñó el Brick de leche.

—MarroneLat. No sé, la que me dan. ¿Por qué? —preguntó encogiendo los hombros.

—Nada. Buena elección —dijo el patrón de la leche italiana.

—Luca, venga que vamos a llegar tarde.

El multimillonario desapareció por las escaleras. Las bajó y se fue a los vestuarios. Buscó la taquilla treinta y siete y la abrió. El espacio estaba vacío, nadie había en las inmediaciones. Era el único que a esa hora se cambiaba. El único ruido que sobresalía era una gota irreverente que de vez en cuanto caía de la alcachofa de una ducha enganchada al muro.

Comenzó a dejar el traje en la taquilla y vestirse con la ropa de Golf plegada y aseada. Cuando se sentó para abrocharse los zapatos, oyó algo. Un ruido, algo raro, venía del pasillo. Un fragor metálico que rompió el silencio habitual del sótano. Le dio mala espina. Miró el reloj, pensó que era la mujer de la limpieza. O incluso el abogado, cansado de esperar.

Desapareció.

Tenía que haber sido un error. Una impresión suya. Continuó abrochándose los zapatos y cerró la taquilla.

Salió con algo de temor del vestuario, mirando primero a su derecha, las escaleras que subían. Luego a la izquierda. Nadie.

Giró a la izquierda, una puerta metálica resguardaba los carritos de golf de los socios.

Sacó la llave del bolsillo y abrió la puerta. Encendió la luz y encontró su carro al fondo de todo.

«Será posible que el mío siempre esté al fondo».

Fue apartando los varios carros para llegar al suyo, cuando oyó detrás de él un ruido, el mismo que le había asustado antes. Se bloqueó. Su corazón de una forma inesperada se disparó. Sentía alguien detrás, una presencia.

«¿Es el abogado? Si lo fuera me habría dicho algo».

Se quedó quieto, no se reconocía. Un hombre tan seguro de sí, jamás se encontró en esa tesitura. El miedo se apoderó de él.

El miedo a lo irreal, seguramente a algo que su cabeza estaba creando.

—¿Signor Marrone?

El miedo se trasformó en pánico por medio de esas dos palabras.

Una voz inquietante apareció por detrás. No la reconocía. No era el abogado, ni nadie del centro.

Se giró lento, con miedo, con resignación.

Solo le dio tiempo a ver una figura negra con un pasamontañas y sintió un fuerte golpe en la cabeza. Luego, todo oscuro.

A las horas Luca se despertó.

El dolor de cabeza era superior al de la última resaca que podía recordar. La noche que su empresa salió a bolsa se emborrachó con Prosecco. Al día siguiente no era persona. La cabeza le dolía de la misma manera que si le hubiese atropellado un tren.

El dolor que tenía ahora era peor, mucho peor. Acentuado por el miedo y la incertidumbre.

Las fuertes luces le deslumbraron.

El espacio que se encontró era una habitación pequeña, más grande que una celda, era un dormitorio. Las paredes eran de color vainilla. La cama individual tenía una estructura de hierro. El suelo era de pequeños azulejos de color pardo.

En las paredes, carteles en lengua italiana e inglesa advertían que era obligatorio hablar en baja voz.

Se sintió perdido.

«¿Estoy en un hospital?»

Miró la puerta, no encajaba con la de un centro de salud público. Era de hierro, maciza, con fuertes cerraduras, casi blindada, hermética.

«¿Estoy en un submarino?».

Comenzó a gritar. A pedir auxilio.

Nadie contestaba. Ningún ruido venía de su entorno.

Pidió auxilio hasta que se quedó sin fuerzas. Su Rolex marcaba las doce de la noche. Se levantó y apagó las luces. Se acurrucó y a pesar de las jaquecas y del miedo se durmió. Sin saber dónde estaba ni por qué. Temía lo peor. Había pagado caro ser una de las fortunas más grandes de Italia y no tener chofer, no tener guardaespaldas.

Solo le quedó dormir y esperar alguna respuesta al día siguiente y que el dolor de cabeza le hubiera pasado.

13

Modena.

Lunes, 06 de octubre, 1975

Diecinueve días antes.

Le gustaba su despacho.

No era un lugar cualquiera, era el viejo despacho de Davide Petruccini. Pero a pesar de eso, se sentía cómodo en medio de objetos tan viejos. Tenía un aire naif, casi bohemio. El decorado podía parecerlo, pero el trabajo desde luego no lo era. Pasaba tantas horas en esas cuatro paredes como afuera, estudiando y entendiendo las calles.

La idea de Mario no se le quitaba de la cabeza. El confidente persistía como una idea fija. El funeral fue íntimo: el cura, él, Bruno y la tristeza. Nadie más. Desplegaron agentes de paisano por todo el recinto. Pero nadie apareció en la distancia, alguien involucrado en su muerte.

Los expertos en balística dedujeron que la bala que le mató fue disparada desde la ventana de un piso cerrado, con un cartel “En alquiler” en una ventana. La puerta reventada, sin trazas de nadie, solo un casquillo alargado, dejado como una tarjeta de visita.

Pasó el sábado y el domingo sin pisar la comisaría, con Carla. Ella tenía sus días de descanso del hospital. Los aprovecharon para irse a caminar a las Dolomiti. Aire fresco, senderos y comidas autóctonas. Quesos de alta montaña curados, embutido Spëck y “Vin Brulé” para compensar el rígido frío. Carla era una apasionada de las montañas, pero más de la buena gastronomía.

Fueron a misa, parada obligatoria para el Commissario. Una pequeña iglesia en Soraga, un pueblecito cerca de Modena, donde se hospedaron. Caminatas domingueras, iglesia y comilonas de altura, como un buen italiano.

Pero, inexorable, el lunes siempre vuelve.

Esa mañana, el Commissario Malatesta se presentó antes de lo habitual. Subió a su despacho y dijo que no quería ser molestado. Una vez colocado en el puesto de trabajo, se encendió un cigarrillo Nazionali y repasó sus apuntes en una libreta con tapa negra.

La puerta se abrió de golpe. Al otro lado, Mengozzi, tropezó abriéndola. Llevaba el periódico, recién llegado por el repartidor de la

prensa, bajo el brazo y el caffè en la bandeja roja. Cayó y se derramó parte encima de la bandeja y parte en el suelo del antiguo gres.

—Vaccaboia, Mengozzi —gritó el Commissario levantándose y alzando los brazos—. Será posible que cada día igual. Te digo que llames antes de entrar. ¿Cuántas veces te lo tendré que repetir?

—Lo siento Cummissà, no lo he hecho a propósito —dijo mientras con su pañuelo de tela secaba el caffè derramado en el suelo.

—Déjalo, déjalo Mengù, vete de aquí, me han pasado las ganas de tomar caffè. Deja el diario y vete.

—Lo lamento profundamente Cummissà.

El torpe recepcionista le dejó el diario encima de una pila de carpetas, en el escritorio de madera, y se apresuró al irse.

Cuando cerró la puerta y parecía que ya no le molestaría, volvió a entrar, de golpe.

—Cummissà, le quería decir una cosa.

El Commissario Malatesta resopló y soltó a peso muerto la cabeza hacia delante.

—Tiene que perdonarme, pero con las prisas y el caffè se me fue de la cabeza. Por favor mire la primera portada del diario de esta mañana, ha desaparecido el tío famoso de la leche.

—Mengozzi, gracias por ser el radio macuto de las noticias, pero por favor, ahora miraré el diario. ¿Puedes hacer el favor de irte? ¡Gracias! —dijo, disimulando interés.

—Sí claro, faltaría más. Me voy —concluyó hundiendo la cabeza en el cuello.

En cuanto cerró la puerta, el Commissario agarró el periódico, el Corriere della Sera. Lo abrió para ver la primera página. Desplegó el aglomerado de papel y noticias.

La foto central era clara, aparecía el patrón italiano de la leche, Luca Marrone. El titular sensacionalista, no adecuado a un periódico de tirada nacional y democristiano.

> ***Marrone secuestrado. ¿Nos quedaremos sin leche?***

El Commissario desgranó los ojos. La foto reportaba al empresario en una de sus últimas apariciones en público. Cogió su cigarrillo y echó una calada profunda. Lo dejó y abrió las páginas del reportaje central.

El periodista encargado del artículo daba informaciones varias y aproximadas. No hablaba de un rescate en ningún momento, todo era muy reciente. A la prensa no se había filtrado información. Apoyó el periódico en su mesa y se rascó el bigote mientras leía vorazmente.

El secuestro era supuesto por la prensa. La desaparición del empresario de los lácteos se realizaba de forma indiscutible el sábado en un campo de golf en la provincia de Parma. El diario del lunes reportaba la noticia del domingo.

«Hace mucho tiempo que nadie se atreve a secuestrar a nadie tan importante», pensó con el ceño fruncido.

Siguió leyendo. El periodista no daba muchos más detalles importantes, mucha paja, historia y nada trascendental.

Se rascó la cabeza y levantó el teléfono.

—Mengozzi, ¿ha llegado Barbiero? Ajá. Dile que venga cuando llegue. Por cierto, ¿dónde está mi caffè? Venga, venga, que moverte un poco le vendrá bien a tu trasero. Da igual lo que dije antes, ahora me apetece. Venga.

Y colgó. Luego siguió pensando, repasando las páginas del periódico y miró el reloj. Era pronto, pero probó a ver si encontraba a la persona. Sacó la agenda de contactos, buscó en la sección regional y con el índice se detuvo en un nombre. Al lado un número largo, lo marcó en el teléfono y esperó.

—Comisaría de Policía de Parma.

—Soy Malatesta, ¿puedo hablar con el Commissario Longobardi?

—Espere un momento que se lo paso.

14

Los tonos siguieron.

El Commissario de Parma no parecía estar en su despacho.

Después de una larga espera, contestó.

—Longobardi.

La voz parecía cansada y molesta de responder.

—Ue, ciao Leonardo. Soy Malatesta. ¿Puedes hablar?

—Carissimo, para ti siempre puedo hablar —el tono de voz cambió de tercio al acto—. ¿Tú también te has enterado?

—Por la prensa.

—Esos tiburones nos llevan acechando desde ayer. Esto es un sin vivir.

—Me lo imagino. ¿Qué ha pasado?

En ese momento entró Mengozzi sin tocar la puerta, dejó la bandeja con el caffè en el escritorio y se retiró.

El Commissario Malatesta se puso la palma de las manos entre los dientes y una expresión de, “lo que te diría si no estuviera al teléfono”.

—Pues el hombre como cada sábado iba a jugar a Golf con su abogado. Fue a cambiarse y le ha tragado la tierra. No se presentó a jugar y el abogado que le esperaba advirtió la desaparición. Fuimos y vimos en su taquilla todos los efectos personales, menos que el reloj o anillos, cosa que nunca se quitaba. Pero las llaves del coche, cartera, ropa de calle, allí estaban. Se cambió y el edificio se lo ha tragado.

—¿Tenéis alguna hipótesis?

—Ninguna, ya sabes, es muy pronto. Solo sabemos que fue substraído por la zona de los carros de golf, por la luz encendida y que su carro seguía al fondo del cuarto. Un misterio.

—¿Y no hay rescate? ¿No han pedido una cantidad?

—Nada. Ni carta, ni comunicación, nada. Pero ya sabes, las primeras horas son de aposentamiento y luego de comunicación.

—Ya, entiendo.

—Tenemos nuestro equipo con los teléfonos pinchados en casa del empresario y en su despacho —dijo el compañero de armas.

Hubo un momento de silencio.

—Malatesta, ¿por qué tanto interés? ¿Algún problema?

—No, nada, solo… digamos… interés. Cuenta con la comisaría de Modena, para todo lo que necesites en caso de emergencia.

—Muchas gracias, la verdad es que no sabemos cómo puede acabar todo esto, hace mucho que no tenemos un caso de esta envergadura. Pero se agradece. Eres el único que ha demostrado interés. Hablando de cosas serias, ¿qué tal estáis tú y Carla?

—Ella un encanto, yo sigo aquí luchando —dijo cortando el desvío personal—. Muy bien, te tengo que dejar, pero nos mantenemos en contacto. Un abrazo. —Y sin dar mucho más pie al otro de contestar, colgó el teléfono.

El Commissario Malatesta se echó hacia el respaldo, con el pitillo que le colgaba de los húmedos labios. Pensó en lo que esa situación podía ser, podía representar y podía generar.

Volvió a su mente su mentor, el Commissario Petruccini y su método deductivo.

«¿Qué deducirías Davide, de todo esto?».

El periódico seguía delante de él abierto. Se iba frotando el bigote. Levantó la mirada a las paredes, el humo bajaba con fuerza a sus pulmones. En la pared había viejos escudos de varias delegaciones policiales nacionales.

En los laterales de su escritorio, pilas de carpetas con documentos inútiles que jamás miró y jamás miraría. Y entre estas, una columna de periódicos, el último, el del viernes, plegado. Lo miró. Dudó si lo había visto, algo le llamó la atención. Lo cogió y lo desplegó encima del mismo día.

Al ver la portada, se acordó de haberlo ojeado. Se acordó de haber visto algo que quedó en su memoria. No sabía qué era, pero dejó fluir su instinto.

Pasó las páginas, primero la política, aparecía el presidente del Gobierno, de negro y con chepa.

Luego la sección de noticias internacionales. No era eso lo que buscaba, pero siguió girando páginas.

Crónicas nacionales, manifestaciones en Roma y bandas armadas revolucionarias, creando caos en la capital.

Giró la otra página y allí estaba, la noticia que no recordaba. Una idea latente, parpadeando en sus recuerdos.

El periódico decía:

> ***Brennero, asalto a la furgoneta porta valores.***
>
> ***Los ladrones realizan un golpe de película.***

El Commissario apuntó con el dedo.

—Retener. Aquí te tengo.

Arqueó la boca. En la foto de la noticia aparecía la autopista con neumáticos quemados y el furgón acribillado a disparos. El portón trasero reventado por una explosión. Un campo de batalla.

—Es verdad, el mundo está cambiando, nuestra sociedad también. Pero esto es demasiado, muchos sucesos en poco tiempo. Esto es un trabajo de militares.

En ese momento tocaron a la puerta.

El Commissario sabía que no era Mengozzi.

—Entra, Bruno.

El compañero abrió la puerta y asomó la cabeza. Su cara demostraba sueño y un aseo recién acabado.

—Buongiorno, ¿me buscabas?

—Entra, tengo que explicarte algo. ¡No sabes la que se está armando!

15

Modena.

Jueves, 09 de octubre, 1975

Dieciséis días antes.

Tapete verde.

Era el centro de la escena.

El Commissario Malatesta entró en el bar. Era el establecimiento donde le gustaría estar en sus últimos años de vida. El lugar de encuentro de los ancianos a jugar las cartas por las tardes, Briscola con exactitud.

Los gritos y los voceríos sobredimensionados creaban un ambiente divertido.

El espacio era un bar al uso, con paredes forradas de listones de madera y cuadros con puzles acabados. En una extremo, una televisión en blanco y negro todo el día funcionando.

El espacio estaba compuesto por mesas de madera desperdigadas. Una, con tapete verde, cerca de las ventanas, tenía cartas encima y muchos ancianos sentados a su alrededor.

Al otro lado de la barra un señor con pinta de expresidiario, camisa a cuadros de manga corta. En el bolsillo, varios bolígrafos Bic y un fajo de papeles usados. Palillo en boca y secando los vasos con un mugriento paño.

Al entrar el Commissario no le dirigió palabra, le saludó levantando la cabeza, el dueño hizo lo mismo mientras pasaba de un lado al otro de la boca el palillo ya hinchado.

Se acercó a los jugadores, en silencio. Estos, absorbidos en sus quehaceres, no se enteraron de la presencia del Commissario.

—Toma esta. ¿Y ahora qué haces?

—Ahora te coges esta.

—Tira una de bastos.

—No, una de espadas.

Las conversaciones eran acaloradas, como si en cada partida les fuera la vida. De la misma manera e intensidad los lunes por la mañana se encontraban a discutir el futbol y lo poco que les faltó para darle a la quiniela.

—Briscola.

La partida se acabó y comenzaban las críticas y las excusas.

El Commissario se puso detrás de la persona que iba a ver. Una vez acabado el juego apoyó sus manos en sus hombros. Este, se giró y le miró.

—Mira a quién tenemos aquí. ¿Hoy a quién te vas a llevar a comisaría? Llévate a Antonio —dijo el hombre apuntado a otro jugador—. Hoy no para de ganar, mejor que te lo lleves o nos dejará en ridículo.

Acto seguido se levantó y se abrazó con el Commissario.

—¿Qué haces por aquí?

—He venido a verte.

—¡Ya!, entiendo. Ven. Chicos, seguid vosotros.

Y los dos se separaron del grupo y se colocaron en una mesa cerca de la televisión.

—¿Cómo estás Eugenio? —preguntó Malatesta.

Eugenio Borsari.

Ochenta años, en ligero sobrepeso. Expolicía y mano derecha del difunto Commissario Davide Petruccini. Retirado y dedicado a la vida de jubilado estatal. Nietos y cartas al bar. Domingo misa y comida en casa con la familia. De ánimo activo, pero atrapado en sus años, en un aspecto de abuelo. Llevaba gafas de pasta negra y lentes redondas. Con el pasar del tiempo, el pelo engominado hacia atrás, retrocedía de la frente. De nariz pronunciada y labios finos. De aspecto, un anciano como muchos.

—¡Aburrido! ¿Cómo quieres que esté?

El Commissario rió.

—¿Piensas que me gusta esto? —dijo y bajando la voz, cambiando tercio, dando importancia—. Echo de menos nuestros momentos, la acción, las investigaciones, la comisaría, los casos, la adrenalina, ¡la vida! En fin… a Davide. Esto no es vida, esto es esperar la muerte.

Malatesta apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Yo también os echo de menos en la comisaría.

—Ya, pero mira cómo has cambiado, me acuerdo cuando Roma nos envió un pajarillo sin plumas y ahora eres un halcón —concluyó poniendo las manos en el hombro del otro. Luego siguió levantando el dedo índice y colocándoselo delante de la nariz—. Lo que nos costó formarte y quitarte el biberón. Pero creo que hicimos un buen trabajo.

Los dos se miraron.

—¿Qué quieres? Yo te invito.

—No, no quiero nada.

—Por un día que vienes, déjame invitarte. ¡Eh! —llamó la atención

del hombre detrás de la barra—. *Due Crodino*, por favor. Apúntamelos.

—Gracias.

El anciano sonrió.

—¿Cómo estás?—preguntó el anciano.

—Bien, nada que decir.

—¿Pero?

El Commissario levantó las cejas y aspiró por la boca.

—El revuelo social me preocupa, todo cambia. Me ha tocado vivir un momento complicado.

—…¿Pero?

—¿Perdona? ¿Me lo dices a mí que he tenido que vivir la post guerra? Los años después de la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial. ¿A mí? Te quejas que Italia ya está construida gracias a mi generación, ¿en serio? Estás en una época dulce. Cuatro palurdos que se manifiestan y salen con pancartas y políticos corruptos. Normal administración en nuestro país. ¿Pensabas despertarte un día y vivir en Suiza?

—Tienes razón. No obstante el miedo a lo desconocido, a lo nuevo…

—Claro. Y lo que vendrá, mi querido amigo.

El camarero colocó los dos aperitivos en la mesa y se fue sin decir nada.

Mientras daban el primer trago del líquido rojo con burbujas, en la televisión aparecía un informativo con las últimas noticias sobre el secuestro del empresario Luca Marrone.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó el Commissario al expolicía.

—Que no te preocupes, es un asunto de Parma. Pero no deja de ser un problema, como nuestros compañeros no consigan liberarlo a tiempo, nos vamos a quedar sin leche para hacer los cappuccino por la mañana.

Los dos ríen.

—¿Sabes algo?

—Estoy en contacto con el Commissario de Parma y siguen sin saber nada, no tenemos contacto con los secuestradores. Hay otra cosa, la semana pasada, un furgón de valores fue asaltado. Jamás he visto nada igual. Me da mala espina.

—Sí, lo vi, los tiempos cambian amigo mío y los delincuentes se especializan. ¿Qué piensas? —concluyó arqueando las cejas.

—Me temo lo peor, que estén relacionados. Tengo una mala… corazonada.

—Bueno, no vayamos a adelantarnos a eventos futuros Malatesta. Sigue haciendo lo que haces, que lo haces muy bien. Creo que si tiene que ser ya se verá.

Malatesta rió.

La conversación duró más de una hora y al final se marcharon, prometiendo verse más a menudo. Malatesta representaba para el expolicía la parte de Davide que le faltaba y se lo recordaba. Un nexo al pasado y un puente al presente.

Para Malatesta, el hombre era fuente de sabiduría y un hombro donde apoyar sus teorías.

El Commissario fue hacia casa, conduciendo con la ventanilla entreabierta, sacando el humo de sus cigarrillos. Pensando en el día y en las palabras del viejo hombre. Temeroso por lo que podía pasar y una palabra, que seguía taladrándole el cerebro: FERRARI.

16

West-Star, Affi.

Miércoles, 15 de octubre, 1975

Diez días antes.

Envuelto en una manta.

Se pasaba el día envuelto al único elemento para calentarse que sus secuestradores le dejaron. Llevaba casi una semana en esa habitación. Cubiertos con un pasamontañas, le acompañaban a la estancia de al lado para que se aseara y hiciera sus necesidades.

No sabía dónde estaba. Ese lugar era muy extraño. Todos los carteles estaban en inglés e italiano. No porque no entendiera el inglés, porque se resignó a pensar que lo habían llevado al extranjero. Pensó en Suiza, por el frío, por la humedad.

La estancia en la que lo habían incomunicado del mundo era de color ocre, con una franja verde de un par de palmos que empezaba del suelo. Un olor a humedad y a cerrado. Dos fluorescentes en el techo y una silla como austera mesita de noche.

Su único pasatiempo, acompañado de su manta, era reflejar sus pensamientos en las paredes. Ese y ver pasar el tiempo en su Rolex.

Los secuestradores entraban a dejar una bandeja de comida. No era el chef de su mansión, pero era lo justo para que subsistiera el hombre ya mayor. Comida enlatada, alguna verdura hervida y fruta en almíbar. Agua, sin más pretensiones. Soñaba con el caffè que le hacía por la mañana Priscilla, su secretaria. Su olor, y muchos más olores que comenzó a volver a imaginar, fruto de su ausencia.

Alucinaciones, recuerdos.

Solo.

Estaba y se sentía solo. El león de la leche italiana hacía décadas que no se sentía así. Reaccionó sin hundirse. Pero no dejaba de ser una situación difícil. Probó y recordó la misma soledad de cuando repartía la leche en bicicleta de adolescente. No le gustaba no controlar la situación.

Descubrió el silencio absoluto. Nada se oía. Los únicos ruidos que tenía en su habitación eran sus pensamientos que rebotaban en las paredes de su cráneo, mezclados con los miedos. Rotos por la llave en la cerradura cuando los secuestradores abrían la celda. Nada más. Luego otra vez, silencio, absoluto.

Le trataban dignamente, sin pretensiones, no hablaban delante del industrial de la leche, ni contestaban sus preguntas. Las respuestas más frecuentes a sus preguntas, era sentir en la cara el frío metal de sus armas.

Sentía que seguiría en esa habitación por mucho tiempo, nunca habría aceptado que su empresa pagara un rescate. Era mercancía de cambio, pero ¿para qué? ¿Por qué él?

17

Comisaría de Modena.

Miércoles, 15 de octubre, 1975

Diez días antes.

Llamó a la puerta.

—Adelante. —Se oyó desde dentro.

Bruno Barbieri pasó al despacho del Commissario. No era un miércoles por la tarde cualquiera.

Malatesta se encontraba detrás de su escritorio, con camisa y americana. Las gafas bajadas en la nariz delante de unos papeles, escribiendo.

Le miró por encima de las lentes. Cuando vio que era él, le hizo un signo con la mano y se quitó el cigarro de la boca.

—Ah, Bruno, pasa, estaba pensando en ti. Siéntate.

—No, si no te importa me iría, he venido a decirte que me voy antes hoy.

El Commissario se quitó las gafas y arrugó el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —dijo mientras se sonrojaba—. Es que tengo… invitados esta noche y me gustaría hacer algo de cena.

El Commissario se rio.

—Me lo podías haber dicho antes que venía ella —dijo extendiendo las dos palmas de las manos delante del otro policía.

—He acabado el informe de la joyería de la calle Milano. Lo he enviado a Roma como dice el procedimiento y ahora me voy.

—Claro, vete, ya tardas.

—Pero Commissario, una pregunta antes.

—Claro, dime.

—¿Luca Marrone? La prensa dice que ya está muerto, o que vete a saber cuánto han dicho de rescate. ¿La prensa está haciendo sus propias teorías? ¿Qué sabemos?

El Commissario Malatesta se levantó, cogió su cigarrillo y se fue a mirar por la ventana.

—No sabemos nada, tragado por la tierra. Ayer estuve tomando un caffè con el responsable del caso en Parma y no saben nada. Absolutamente nada. Es lo peor, la falta de información hace pensar en algo dramático. Pero también dicen que alguien tan importante y valioso no se lo dejarían morir entre las manos.

—Pero, ¿nadie ha pedido un rescate? —volvió a preguntar sorprendido.

El Commissario sacudió la cabeza.

—De momento y que sepan, nadie.

El otro hombre arqueó la boca, incrédulo.

—Me comentó el Commissario de Parma, pero esto tiene que quedar entre tú y yo, nada de "confidencias en la cama", ¡que ya nos conocemos! Ya me entiendes. Han llamado al FBI en Estados Unidos para pedir sus consejos y se ve que les han enviado varios posibles escenarios. Ya veremos en cual se encuentran.

—Ya, entiendo… ¿Y Ferrari?

El Commissario levantó los hombros.

—Nada, ya veremos. Por cierto…

—¿Qué?

—Vete, tienes una cena que preparar. Pero mañana puntual aquí como un reloj suizo.

—Que sí, pesado.

El inspector de la policía se marchó y cerró la puerta.

El Commissario se quedó delante de la ventana, mirando afuera. Fue acabando las ultimas caladas de su cigarrillo. Se repetía la palabra que al informador, dos semanas antes, le costó la vida.

Se dio cuenta que en dos semanas no había avanzado en nada, pero de la misma manera sentía de una forma inexplicable que pronto algo sucedería.

«¿Estaremos preparado para lo que viene? ¿Estaré preparado?».

Apagó el cigarrillo en el cenicero y los pensamientos de Ferrari desaparecieron de su mente, como el último hilo de humo del tabaco acabado.

Modena.

Miércoles, 15 de octubre, 1975

Diez días antes.

El plan seguía perfecto.

El tráfico de Milán era como siempre un problema para la ciudad. Los guardias urbanos sobresalían de cilindros a rayas en medio de las intersecciones que formaban las arterias principales. Llevaban cascos blancos y sacudían sus brazos para la circulación de los vehículos. El ritmo del pitido marcaba el avanzar de los coches en la capital lombarda.

El Renault verde se encontraba en medio del tráfico.

Salieron pronto del West-Union, vestidos de traje negro, camisa blanca y corbata oscura. Iban con el joven chofer italiano, detrás Vincenzo y Gualtiero, respectivamente la cabeza y el brazo del Clan de Chassepot.

Contrataron un casting en una agencia desconocida milanesa.

El trayecto de Verona a Milán por la autopista, Gualtiero estuvo durmiendo todo el rato, cabeza apoyada en la ventanilla y momentos de ronquidos. Vincenzo miraba a través del cristal, quince días encerrado en el bunker antiatómico le estaban pasando factura. Observaba la campiña véneta primero, y la lombarda después. La niebla: el denominador común de los dos paisajes.

El jefe del Clan repasaba en su mente el plan, para no dejarse nada a la improvisación. Necesitaban encontrar una persona. Entre sus manos, una revista italiana con una mujer joven y muy guapa en su portada.

Dejaron el coche en una intersección y continuaron caminando.

Los dos hombres caminaban con la nariz levantada, de la misma manera que se hace la primera vez por las calles de Nueva York.

Entre tiendas de ropa y los minutos contados, no pasó desapercibida una pastelería. Tenía cola en su interior. Las vitrinas dejaban ver en su interior un surtido de pastelitos recién hechos. La exposición de dulces y su variedad eran una tentación. Los dos franceses se detuvieron delante. Un cliente salió con una bandeja recubierta en papel blanco y cogida por unas cuerdas que la mantenían en equilibrio.

El perfume.

Si los dioses oliesen, olerían a esa pastelería.

Los hombres en traje se miraron y Vincenzo entró.

—Llegamos tarde —dijo Gualtiero.

—Da igual, no empezarán sin nosotros —dijo el jefe ya desde dentro.

El otro hombre le siguió.

En el interior sobresalían tonalidades de vainilla, de azúcares, de leche calentada, de licores, ligeras levaduras, de panes recién sacados del horno. Pero también tradición y pasión.

Esperaron y llegó su turno.

El francés no sabía qué elegir, después de tantos días encerrado y comiendo solo enlatados se lo hubiera llevado todo.

Seleccionó unos pequeños conos, más pequeños de un dedo índice. Rellenos de crema y otros de chocolate. Luego unos bollitos rellenos de crema de varios colores. Sabor crema, sabor chocolate negro y pistacho.

Se los pusieron en una bandeja con servilletas y pagaron.

Los degustaron por el camino hasta el casting. Los estirados milaneses que se cruzaban por la acera los miraban horrorizados, pensando: «¡Comer por la calle, pastelitos! ¡un pecado capital!».

El manjar de los dioses supo a gloria celestial. Vincenzo, después de tantos días sin probar dulce, se preguntó si la pastelería milanesa estaba a la altura de la francesa, o si solo era su abstinencia al dulce.

La audición fue rápida.

El jefe del Clan sabía muy bien a quien buscaba. Las chicas pasaron delante suyo rápidamente, más de lo que se esperaba la agencia.

Cuando las aspirantes al trabajo estaban acabando, el jefe detuvo la sucesión.

—Quieta —dijo a una chica.

Levantó la revista. Por un lado tenía a la chica de la portada y por el otro a la aspirante a modelo.

—¿Qué opinas Gualtiero?

Este miró a la chica y luego la portada.

—No se parecen en nada. Pero está muy buena —dijo en francés, para que nadie se enterase.

Vincenzo enrolló la revista, para que nadie entendiera nada.

—Espera, imagínate ahora esta chica con traje y con el pelo más sedoso, teñido castaño y las gafas que lleva nuestra mujer. ¿Ahora la ves?

Gualtiero arqueó la boca hacia abajo. El jefe le miró con cara de, «no sé por qué te lo pregunto».

—¿Cómo te llamas? —preguntó el jefe.

—Valentina.

—¡Contratada!

La joven mujer saltó de alegría, aunque no supiera para qué trabajo había sido contratada.

Los dos franceses pagaron a la agencia al contado y se reunieron con la chica en privado.

Las instrucciones eran claras. La joven mujer tenía que presentarse el sábado en el palacio de los deportes de Milán, por la mañana. “Camerino 4”, le indicaron cómo tenía que ir vestida y cómo tenía que llevar el pelo. El pelo era muy importante, el color, el peinado, hicieron mucho hincapié. Y las gafas que tenía que llevar.

—Yo no llevo gafas —dijo ingenuamente la mujer.

Los dos franceses se miraron a la cara.

—¿La puedo matar después? —susurró Gualtiero en francés y en todo irónico a Vincenzo, sin que la mujer se enterase.

El jefe le contestó con una mirada.

—Pues sin lentes señorita Valentina, sin lentes. Le pagaremos un millón de liras, para que se compre un traje, se arregle, unas gafas de esta forma sin lentes y vaya a la peluquería. ¿Le parece?

La mujer creyó que le había tocado la lotería. Confirmó el trato y se marcharon.

Los dos franceses salieron de la agencia satisfechos, porque el plan seguía tal y como estaba previsto.

Callejearon por Milán, aún empachados por los deliciosos pastelitos y regresaron por la tarde al escondrijo.

Modena.

Miércoles, 15 de octubre, 1975

Diez días antes.

Un buen sofrito.

Esa era la clave del éxito, decía su madre.

Bruno Barbieri tenía una invitada esa noche. Las pocas veces que cocinaba eran todo un evento.

El viejo apartamento heredado en el centro de Modena era parte de la puesta en escena. Techos altos, ventanas alargadas, edificio noble y estucado veneciano. El antiguo parquet en el suelo crujía al paso de sus huéspedes y calentaba el ambiente.

En las paredes colgaban cuadros de familia. Arte y cultura. Librerías con tomos polvorientos. Estancias grandes, desaprovechadas por una sola persona. En el salón, unos sofás antiguos, un tocadiscos y una colección de LP. En el aparato sonaba una ópera de Puccini, dando calidez a la estancia y suntuosidad.

Se respiraba cultura, nobleza pasada y nuevos aires de renovación llevados por la invitada.

De la cocina se percibía un burbujeo de sofrito y un olor a cebolla.

La cocina era el único espacio con muebles nuevos, de última generación de la época.

En los fuegos, Bruno, con camisa elegante y remangada, con delantal. Sujetaba con la mano izquierda un vaso de vino y con la derecha un cucharón de madera, removiendo.

La sartén, a fuego lento, tenía arroz, cebolla y aceite de oliva virgen.

La sinfonía de los perfumes y la música crearon una atmosfera cálida. La mujer completaba la velada.

—¿Qué se cena hoy, chef? —La mujer se acercó a Bruno abrazándole por detrás.

—El chef hoy ha preparado una receta de tendencia, Risotto con calabaza y queso Gorgonzola. ¿Qué te parce?

La mujer, sorprendida, se puso de puntillas y le besó.

—Mmm… sabes a vino.

—No, a Barolo, del 1953, añada perfecta para esta noche.

Valeria dejó al cocinero y se colocó debajo del marco de la puerta mirándole. Con el vaso en la mano, oliendo el vino e intentando descubrir los matices que lo hacían perfecto para esa noche.

Le veía removiendo el risotto, sintiéndose afortunada, imbuida en

la ópera y en la felicidad que acentuaba el vino.

Valeria Meazza.

Recién llegada a la fría Modena. Encontró en el compañero de la policía un refugio en una tierra nueva y poco hospitalaria. Su Roma no era así, ni la vida, tampoco la gente. Reflexionó mucho antes del paso, pero al final la trasladaron. Le costó entrar en la sociedad y en el trabajo, hasta que descubrió al bello modenese. Haciendo un caffè con él, se dio cuenta que sus intereses no eran solo profesionales. De un caffè, todo comenzó a hacerse más intenso.

Valeria venía de una familia normal, obrera en fábricas estatales, sin recursos. La policía de estado tenía una academia subvencionada en su totalidad y daba posibilidades a personas sin recursos de afrontar la carrera con salida segura.

No fue fácil. Primero: convencer a los padres de tomar esa vía, no vocacional, para quitar un peso económico a una familia de varios hermanos. Segundo: salir indemne de un patriarcado por ser ella una de las primeras mujeres en ir a la academia.

Pero lo consiguió y el premio fue esa copa de Barolo, entre otras cosas.

—Te ha salido genial —dijo la mujer con la boca llena.

—Gracias, ¿te gusta?

—Mucho, muchísimo. ¿Cómo lo haces?

—No sé, es una receta de mi madre.

—¡Nooo tonto! No me refiero al Risotto. A sorprenderme siempre, a mimarme tanto.

El hombre rio.

El Risotto de calabaza presentaba un colorido naranja, casi bronce. Los trozos de la hortaliza destacaban en medio de los granos de arroz. El Parmigiano Reggiano rallado emulsionaba la textura. El queso Gorgonzola fundido hilaba en el tenedor, mostrando los grumos consistentes. Aportaba melosidad al plato y un fuerte contraste con el suave sabor de la calabaza.

El Barolo armonizaba los sabores, redondeaba la experiencia culinaria y biselaba los ánimos.

—He pensado una cosa —dijo él después de un buen trago del vino.

La mujer no dijo nada, levantó una ceja, ya se imaginaba por dónde podían ir los tiros.

—Porque no dejas tu pijama y tus cosas en casa. Así, cuando vienes las encuentras y no las tienes que traer y llevar siempre. ¿Qué te parece?

Valeria no había bebido suficiente vino para esa pregunta, era aún

muy pronto.

—No me parece una muy buena idea. Prefiero que no.

—Pero vamos a ver. Qué diferencia hace dejar tus cosas, lo digo por ti… bueno y por mí. Sabes, me hace ilusión cuando no estás, ver tus cosas.

La mujer siguió comiendo, su expresión cambió casi imperceptiblemente.

Hubo un silencio largo, demasiado, incómodo.

—Bueno, oye, tampoco estás obligada, solo quería que te sintieras bien, nada más. Tampoco quiero estropear esta bonita velada.

—Pues sí, lo has hecho.

El hombre se bloqueó mirándola.

Ella soltó el tenedor y se cubrió la cara con las dos manos.

—Eh, eh, ¿qué te pasa florecita?

El hombre se acercó y la abrazó.

—No sé Bruno, es todo muy rápido. Primero esta ciudad nueva, donde nadie me quiere. Luego la central, en la que nadie me acepta y ahora tú. Todo es nuevo, todo demasiado rápido, no quiero equivocarme, ¿sabes?

La mujer abrazó a Bruno.

—Disculpa, es un problema que tengo; las personas que más me demuestran su amabilidad, las rechazo.

—¿Prefieres que sea un cabrón? Puedo hacerlo… bueno, creo que si me esfuerzo lo puedo lograr.

—No, por favor, no seas un cabrón, ya he tenido bastantes en mi vida que me han hecho daño, se han aprovechado de mí.

La conversación fue adelante y el Risotto se puso frío. El queso fue solidificando y el sabor fue evaporando.

—¿Por qué realmente quieres que deje mis cosas aquí?

—Porque eres la única que no lo ha querido hacer. La primera que no se quiere aprovechar de mí, de esto —dijo indicando con la mano su apartamento.

—¿Cómo iba yo aprovecharme de ti? ¿Qué dices? ¿Cómo pueden hacerlo?

—Cómo se nota que no has estado saliendo con mujeres de Modena.

—No gracias, ya tengo bastante con entender a los hombres.

Bruno se rió.

—¿Los hombres? ¡Serán las mujeres un caso de estudio, no los hombres!

—Lo que tú digas Bruno —contestó sonriendo.

Siguieron comiendo, en silencio, escuchando sus corazones y la ópera.

—Sabes, me molesta mucho que me llamen “terrone” a mis

espaldas. Es muy despectivo que alguien del norte de tu misma nación te insulte diciéndote eso por venir de una zona menos próspera. No entiendo que me lo digan de mí, que vengo de Roma, imagínate de regiones más al sur.

—No comparto esa terminología. Lo siento por ti. No le des importancia.

—Claro que se la doy, y duele.

—Te propongo un trato.

—A ver. —La mujer se acomodó en la silla del comedor.

—Tú dejas de molestarte porque te digan eso y yo dejo de preguntarte si dejas el cepillo de dientes — soltó con una sonrisa y levantando las cejas, pareciendo el gran trato de la noche.

—Bueno me lo pensaré —dijo maliciosa.

La noche siguió su curso. Acabaron en la cama, como cada encuentro. Después de haber hecho el amor, la mujer se quedó reflexionando sobre las palabras de Bruno. Observando el techo, iluminado por la luz de los faros. Se giró viendo el modenese, admitiendo sus cicatrices y las del hombre. Las mismas que venían reflejadas en los comportamientos de los dos. Tenía que pasar página con el pasado, con todos los pasados, como todas las personas, pero aún no era el momento.

Se sintió segura al lado de ese hombre que le abrió los brazos y su vida. Hacía tiempo que no se sentía así, o bien se preguntó: «¿Alguna vez me he sentido así?».

Cerró los ojos y durmió, plácida, profunda, embriagada de Barolo y de amor.

«¿Es esto eterno?», se preguntó.

Entonces fue cuando sintió una vocecita muy pequeña en su interior. Una sensación que nunca escuchamos, que nos dice lo que no queremos oír.

A ella le llegó de golpe, sintió que eso nunca sería para siempre. Pero, a lo mejor, se equivocaba. No acabó de creérselo, así que se durmió, enroscada en los brazos de Bruno.

20

Milano.

Sábado, 18 de octubre, 1975

Siete días antes.

Un pelo voluminoso.

Tirabuzones de ángel y carácter de demonio.

Zapatos de tacón y tejanos acampanados. Blusa blanca y americana azul.

Salió de la peluquería, como cada sábado a primera hora. Luego se dirigió a los eventos que tenía en la agenda.

Eleonora Manfredi.

Hija del patrón del acero, Erminio Manfredi. Tercera generación de metalurgia e industriales del metal. Tenían plantas de producción en Italia, tanto al norte como al sur, en países del este y Sudamérica. Un imperio cada vez menos en manos del padre. Las riendas las soltaba gradualmente a la hija. Inteligente, habilidosa y preparada. Hacía pocos años que volvió de estudiar en las mejores universidades de Norteamérica. Lista y con ganas.

El padre, ya mayor, no podía con un aglomerado de empresas en las que cada día había más empleados y más problemas.

Él siempre le recordaba: «En la vida hay tinieblas, mi niña, pero también hay luces. Y tú eres la luz de toda luz».

El abuelo, la clave del imperio. Montó la primera fábrica cerca de Mantova, con dinero judío y con contratos bajo el brazo, aprovechando la revolución industrial y la Primera Guerra Mundial.

Luego el padre consiguió contratos secretos con los nazis y los fascistas italianos.

La hija era diferente. Se propuso cambiar la dirección del imperio empresarial, quería limpiar el nombre y enterrar el pasado.

«Nueva imagen, nuevo rumbo», decía.

Tiempos que cambian y nuevas oportunidades.

Salió en varios periódicos con entrevistas atrevidas y en portadas de revistas de moda por su porte cosmopolita y rompedor.

Todo apuntaba que la mujer se encontraba en la cresta de la ola. En equilibrio, en la boca de todos, a lo mejor de demasiados, pero nunca a punto de caer… o casi.

Ese sábado había confirmado su presencia en una congregación de empresarios en Milán. Su presencia en el cartel del evento, la presidenta de los jóvenes empresarios, fue el reclamo más fuerte. La

mayoría de los empresarios de la ciudad habían oído hablar de la joven heredera, pero nunca la habían visto en persona. Ese día tenían la oportunidad de escucharla.

El palacio del deporte de Milán se encontraba lleno. Todo apuntaba que la Rock Star empresarial del momento, no los dejaría indiferentes. Y así fue.

El chofer de Eleonora la dejó en la puerta trasera, donde entraban las personas importantes. La recibieron los organizadores del evento. La acompañaron a su camerino, el numero 1, el más bonito y grande. Allí una maquilladora la prepararía.

Estuvo dentro repasando el discurso y el maquillaje.

El tiempo pasaba, tenía que esperar en el sofá que la vinieran a buscar. La intervención de Eleonora era sobre las 10:30, faltaban pocos minutos.

Las muchas conferencias del evento, una cada media hora, se habían retrasado. Primero intervinieron los típicos políticos que se querían poner sus medallas. Luego el primer empresario y a media mañana venían los pesos pesados, los platos principales.

Eleonora se encontraba en el sofá, con los ojos cerrados, tranquilizando la mente.

Cuando de repente la puerta se abrió. Entró un hombre de traje negro, con una carpeta en la mano.

—¿Eleonora Manfredi?

—Sí, soy yo —dijo abriendo los ojos y repasando al fuerte hombre.

—¡Sígame por favor! —concluyó con acento francés.

La mujer se levantó, cogió el discurso y le siguió por el pasillo.

A los pocos pasos se cruzaron con otro hombre vestido de traje negro al que le seguía una mujer. Estos iban en dirección contraria a la de Eleonora.

Al verse, las dos mujeres se sonrieron.

«Bonito pelo lleva. Esa mujer tiene un aire a mí. El peluquero es bueno. Lástima que camina como un cerdito», pensó la empresaria.

Una vez que se distanciaron, se giró a observar a la mujer que seguía al hombre, era la misma escena pasada por un espejo, casi un dejavú instantáneo.

«Puede que sea una presentadora. No me acuerdo de otra mujer en el programa de hoy. Sí, definitivamente parece un cerdito como camina, con esos zapatos de tacón».

Eleonora siguió al hombre hasta una puerta, parecía una zona externa del edificio, pero ella no era buena en orientarse, confió en su guía.

—¿Está usted lista? —preguntó el hombre a punto de abrir la puerta.

La mujer asintió con la cabeza mientras sonreía.

Entonces el hombre abrió la puerta.

Al otro lado del edificio, el hombre trajeado y Valentina llegaban a una cortina.

Esperaron.

—¿Disculpe? ¿Qué es lo que se precisa que haga? ¡No me lo habéis dicho! —preguntó la joven modelo.

—Toma. —El hombre le pasó unas hojas de papel.

—¿Qué es esto?

—Un discurso —dijo con un tono obvio.

—…¿Y?

—Tendrás que ir allí fuera y leer estas palabras y ya está.

La mujer miró el discurso con cara asqueada. Eran varias páginas escritas a máquina.

—¿Me habéis contratado para leer esto? —dijo levantando la nariz como si acabara de oler un excremento.

21

Desde el palco se oyeron aplausos.

Justo después, una voz femenina despidió a una persona y se escuchó:

—Bien, después de un grandísimo empresario como Paolo, en el cartel de hoy tenemos a una de nuestras joyas nacionales. Una mujer que está haciendo y va a seguir haciendo historia en el sector empresarial italiano. Una mujer que viene de un linaje de hombres de negocios que construyeron las bases siderúrgicas de nuestra nación. —La mujer siguió enunciando todo el pedigrí del siguiente orador—. En fin, hemos conseguido que viniera y que hiciera un agujero en su agenda. Damos la bienvenida con un fuerte aplauso a Eleonora Manfredi.

Detrás del telón:

—Venga, entra, es tu momento. Sobre todo, tranquila, no la cagues y solo lee el discurso. Si tienes algún problema, yo estaré aquí.

La joven modelo se encontró en una situación que no se imaginaba.

Sacó una sonrisa auténticamente falsa y salió hacia el centro del palco.

La presentadora vio en ella algo extraño, pero no podía detener la función. Dio la mano a la invitada y la hizo pasar al centro del escenario donde había colocado un atril con micrófono.

Valentina miró a su alrededor. La parte central del palacio de deportes estaba abarrotado de personas sentadas en sillas, mirándole y esperando que hablara.

Sonrió otra vez, incómoda, avergonzada.

Sintió un nudo en la garganta. Le sudaban las manos y le comenzaron a temblar. La voz no salía. Pestañeaba cada vez más fuerte.

«Solo lee el discurso», se acordó.

Colocó los papeles en el atril y comenzó a leer, empachada, insegura, temblando.

—Ho hooola a todos. Gracias por invitarme a este congreso de

empresarios. No sé si estoy a la altura del cartel del evento, pero espero que os pueda servir mi intervención. Mi familia viene de una estirpe de empresarios. Mi abuelo, mi padre y ahora me ha tocado a mí. —Valentina rió.

La presentadora, que se quedó en una esquina del palco con cara de circunstancias, miraba de un lado al otro. No entendía lo que estaba sucediendo.

—Yo he estudiado en América. Allí todo es muy grande, mi intención es importar esa grandeza aquí en Italia. Me pregunto: ¿Este país está preparado?

Los asistentes comenzaron a murmurar entre ellos. Algunos mirándose y otros revisaban el programa, sin entender bien qué estaba pasando y qué decía la mujer que supuestamente era la pieza clave del evento.

Valentina levantó la mirada del discurso y observó el panorama. No entendía nada de lo que sucedía. Se giró por donde acababa de entrar y el hombre en traje que le acompañó y entregó el discurso, había desaparecido. Se sintió perdida.

Continuó leyendo.

—Cre creo que es un reto para Italia, la incursión de nuevas técnicas y nuevos desafíos que los tiempos modernos nos llevarán a comprender mejor el sentido de las cosas y de las relaciones que tenemos.

La mujer siguió pasando las hojas escritas a máquina, entre el murmullo de los espectadores.

Minutos antes que Valentina comenzara a hablar en el escenario, al otro lado del edificio, Eleonora esperaba delante de la puerta.

—¡Vamos! —dijo el hombre que la guió hasta ese lugar desde su camerino.

Abrió la puerta y pasaron.

Delante de la mujer apareció un espacio abierto, un lugar que no era el escenario que se esperaba. Arrugó el ceño sin entender dónde estaba y por qué estaba allí.

El lugar que encontró después de la puerta, era un muelle de descarga del edificio, donde se descargaban las mercancías y se llevaban las basuras.

Delante de ella, más hombres y una furgoneta.

No entendió qué pasaba, pero sí entendió que esa situación no era

la prevista. De golpe tuvo miedo, raro en ella.

Entonces se giró y miró al hombre que la había llevado hasta allí.

La puerta por donde había entrado ya estaba cerrada.

—¿Eleonora? —le dijo el hombre de traje.

—¿Sí? —dijo girándose nuevamente

—Todo va a ir bien.

Entonces la mujer dejó de ver.

Su visión fue ofuscada por una capucha que colocaron en su cabeza.

Hubo un forcejeo y le colocaron una mano delante la boca, para impedir que gritara.

Varias manos la cogieron y la colocaron en una furgoneta, dejando en el palacio de deportes sus ilusiones y el discurso que tenía que dar.

Se despertó en una habitación fría, húmeda, color ocre.

Se preguntó dónde estaba, tenía que estar bajo alguna sustancia que le había provocado la pérdida de los sentidos. La cabeza le explotaba, no conseguía mantener los ojos abiertos. La luz era tenue en la habitación. Los volvió a cerrar y continuó durmiendo. No estaba en casa, ni siquiera en el camerino. Con un acto reflejo se introdujo la mano por las braguitas. Todo normal en sus partes íntimas, nadie la había tocado. Entonces se tranquilizó e intentó dormir. Las preguntas a las repuestas que intuía necesitaban lucidez, y esa la conseguiría durmiendo.

Modena.

Lunes, 20 de octubre, 1975

Cinco días antes.

Mengozzi entró tropezando en la puerta.

No mejoraba, siempre igual. Con el paso del tiempo empeoraba. El Commissario Malatesta entendió que los cabreos solo alteraban sus pulsaciones, no el comportamiento del compañero.

—Cummissà.

Esa palabra era la abreviación de Commissario, que solo usaba Mengozzi, por ser los dos del sur, de la región de Calabria. Si Italia fuera una bota, esa tierra sería el talón.

—Cummissà, tiene que ver esto, no se lo puede imaginar. *Madonna Santa*.

El Commissario saltó sobre su silla y le hizo pillar un buen susto, como de costumbre. Se pasó la mano delante de la cara y la detuvo tapando la boca. Mirando qué hacía.

El agente entró, se dirijo hacia un lado del despacho donde estaba una televisión pequeña. La encendió. En el canal estatal, un especial del telediario dando una noticia en primicia.

—Mire Cummissà, mire qué ha pasado.

La televisión tardó en calentarse y comenzar a emitir imágenes y sonido.

Malatesta se sentó, se encendió un cigarrillo.

De golpe la presentadora comenzó a hablar.

—…como venimos bien diciendo desde esta mañana. Recordamos a los gentiles telespectadores que estamos trasmitiendo en el canal RAI, un telediario especial, para comunicar un suceso gravísimo que está sucediendo en nuestra nación.

El Commissario se apoyó sobre el escritorio. Cada vez con más interés. El humo del tabaco se iba intensificando.

En la pantalla aparecía un hombre en traje y gafas de pasta gris, con forma rectangular. Detrás, un plafón que decía “comunicato speciale”.

—Esta mañana ha llegado a nuestra redacción y a la del periódico Corriere della Sera, una copia de un cassette VHS con una grabación que hemos valorado como inquietante. En la grabación aparece un individuo con pasamontañas, atribuyéndose ser parte de un Clan

francés de nombre Chassepot. Este grupo criminal se atribuye la autoría de dos secuestros. El primero que se efectuó hace dos semanas del empresario de la leche Marrone. Y el segundo de la empresaria Eleonora Manfredi, ocurrido hace solo un par de días.

—¿Quién? —preguntó el Commissario como si el televisor pudiera contestar.

—Eleonora Manfredi, heredera del holding Manfredi. Treinta años, soltera, estudios universitarios en California y además está muy buena —dijo entrando por la puerta Bruno Barbiero con el Corriere della Sera en mano.

—¿Tú lo sabías esto? —preguntó el Commissario a Bruno.

—No tenía ni idea. El cartero acaba de dejar el periódico en la oficina de Mengozzi. ¿Qué haces aquí y no contestando el teléfono, Mengozzi? —dijo Bruno chasqueando la lengua.

—He pensado en esto, en cuanto he visto este especial, he venido a enseñarlo al Commissario, que seguro le interesaba.

—Tú miras demasiado la televisión…

—Ssshhhhh —hizo el Commissario haciéndoles callar a los dos.

El telediario emitió el contenido de la cinta. El presentador desapareció. La imagen se desestabilizó y aparecieron unas rayas horizontales por toda la pantalla. Luego, un encapuchado con una hoja en mano que leía. Detrás ningún detalle, solo una pared, de color gris claro.

—Este es un comunicado especial para el gobierno italiano. Somos una organización que nos dedicamos al secuestro de personas. Durante las últimas semanas hemos cometido dos secuestros de dos personas ilustres de vuestra sociedad y vuestro tejido productivo. Estas personas están custodiadas, alimentadas y en excelentes condiciones. Garantizamos su incolumidad, de momento.

El hombre con pasamontañas parecía que leyera, pero no era seguro, ya que llevaba gafas. Lo único que trascendía de eso era el fuertísimo acento francés que el hombre intentaba disimular.

—Queremos una transferencia bancaria de un billón de liras en una cuenta numerada en Suiza. Hasta que no la recibamos, seguiremos secuestrando, uno cada quince días. Si no pagáis, aumentaremos la cadencia hasta que, o bien la opinión pública os hará pagar o vuestro tejido industrial se detendrá, sin vuestros líderes. Desestabilizará el

gobierno, y en consecuencia pagaréis.

El Commissario, de pie, tenía los ojos abiertos de par en par. El cigarrillo ya apagado se quedó enganchado en el labio inferior y la ceniza sobre la camisa.

—No nos encontraréis. Somos más astutos que vosotros, tenemos dinero, tiempo y nada que perder. Vosotros perderéis de cualquier manera. Así que, vosotros —dijo apuntando con el índice a la cámara — políticos italianos, antes pagaréis, antes esta pesadilla se acabará. Encontraréis el número cifrado donde hacer la trasferencia en esta cinta VHS. Hasta entonces, seguirán desapareciendo vuestros dirigentes. *Au revoire*.

El silencio en el despacho del Commissario fue petrificador. En la televisión volvió a aparecer el presentador y siguió hablando, repitiendo las mismas cosas y aprovechándose mediáticamente de la exclusiva.

El Commissario se dio cuenta de su cigarrillo, se lo sacó del labio y se limpió la ceniza de la camisa. Luego se sentó. Atónito.

—*Santa Madonna*. Pero la gente se ha vuelto loca, ¿o qué? —dijo Bruno Barbiero.

—Mengozzi, ya está puedes irte, gracias por la información.

—A disponer Cummissà, cualquier cosa me llama —concluyó y salió del despacho cerrando la puerta.

—Mengù — replicó el Comissario.

Este volvió a entrar.

—Dígame.

—¿Qué te parece? ¿Nos puedes traer dos caffès?

—Claro, a disponer Cummissà —dijo y se fue.

—Dame el diario Bruno. ¿Cómo han raptado a esta chica? Esta gente con tantos recursos, ¿no viajan con guardaespaldas, chofer, pistoleros? No lo comprendo.

—Pero espera, mira el artículo, el titular es estrambótico.

> ***"Modelo contratada imparte un discurso a cuatrocientas personas mientras hacían desaparecer a la joven millonaria".***

—Esto parece un rodaje de una película, *Cinecittà*. Ya bastante teníamos con la mafia y la criminalidad del pueblo, que tenía que

venir una organización desde Francia —dijo el Commissario sacudiendo la cabeza y siguió leyendo, averiguando más detalles del "modus operandi".

—Al final tenías razón tú —dijo Bruno—. ¿Me escuchas? ¡Malatesta!

—Bruno, un momento estoy leyendo. ¿Qué quieres?

—Creo que tienes razón tú.

—¿Sobre qué tema de los muchos que tengo razón?

Bruno hizo una mueca arrogante.

—Ferrari. Al final puede que tengas razón. Puede que fuera lo que Mario te quería decir.

—Sí, es probable —dijo encendiéndose otro Nazionali—. Creo que la opción de ir a visitarlo se hace cada día más probable. Pero tenemos que planificarlo, si es cierto, seguro que le siguen, están estudiando sus pasos. Nuestra presencia puede alterar sus planes y eso no podemos permitirlo, porque estamos jugando con ventaja. Y hay dos cosas que rigen tanto el amor como la guerra, que en las dos todo vale y que la ventaja es determinante.

Modena.

Lunes, 20 de octubre, 1975

Cinco días antes.

Pasaron horas.

Bruno Barbieri se quedó en el despacho del Commissario Malatesta repasando, analizando y procurando entender qué sucedía. Pero lo que más les preocupaba era lo que podía suceder.

Era media mañana, de un día de pleno otoño. A Modena la había tragado una niebla espesa. La luz del sol no conseguía penetrarla. La visión de los escasos cincuenta metros que distanciaba la comisaría con el edificio de enfrente, estaban tapados por la espesa neblina.

Era habitual en la zona, pero más en la época después de las festividades navideñas. La Pianura Padana se sumergía en un baño de rocío, producido por el manto blanquecino. La humedad penetraba en los huesos, en las casas, en los ánimos de la gente.

—Bruno, ¿tienes unas tijeras?

—Aquí no. ¿Por qué?

—Vamos a recortar los periódicos. Ve a buscarlas.

Bruno obedeció. Fue a su mesa y las cogió. Mientras pasaba por la sala de mesas compartidas con otros agentes e inspectores, lanzó una mirada de complicidad a Valeria. Esta, que hablaba por teléfono, se la devolvió procurando no perder el hilo de la conversación.

Bruno le guiñó el ojo y volvió a desaparecer.

—Aquí las tienes.

El Commissario emitió un sonido gutural.

—Quita ese cuadro de allí.

—¿Cómo?

—Venga, no tenemos todo el día.

Bruno se aproximó a la pared señalada y apartó el cuadro, dejando despejada la pared al lado del sofá y las butacas antiguas. Mientras, el Commissario apartaba muebles.

Una pared blanca quedó delante de los dos. De la misma manera que un pintor se detiene delante de un lienzo en blanco antes de empezar. Aunque no haya nada, ya ve el resultado final. Ve lo que va a haber en esa superficie.

El Commissario se quitó la americana y la dejó encima del respaldo de la silla del escritorio. Se remangó la camisa y descolgó el teléfono.

—¿Tienes hambre?

A Bruno no le dio tiempo a contestar.

—Mengù.

—Sí Cummisà, a sus órdenes—dijo el agente oyéndose de fondo que chasqueó los talones de los zapatos.

—Puedes llamar al bar de siempre y que nos traigan dos "tramezzini"[1] de atún. —Se detuvo y miró a su compañero y rectificó —. Bueno, mejor cuatro. Y dos caffès de los tuyos.

—Sí Cummissà. Ahora mismo.

—Gracias. —Y colgó el aparato.

—Bien, vamos recortando. Empieza por las noticias que te he dicho. Yo preparo otra cosa.

Los dos policías comenzaron añadiendo recortes y fotos al muro. Las pilas de periódicos Corriere della Sera en la mesa del Commissario fue reduciéndose hasta quedarse solo en carpetas de colores de casos. En la pared iban tomando forma, color, esquema, sentido.

Flechas de papel y fotos. Papeles con nombres y recortes. En una hora el lienzo cándido se trasformó en un collage digno del FBI.

En la parte superior dos hojas con títulos cubitales.

- CLAN CHASSEPOT
- FERRARI

De las dos colgaban fotos y artículos.

Añadieron casos extraños, que no podían tener ningún sentido, o sí, pero que a priori podían tenerlo.

Los casos más evidentes eran tres.

El primero, el asalto a un furgón con un golpe inédito. Jamás los delincuentes de la provincia se habían atrevido o confeccionado un golpe de ese calibre.

El segundo, el secuestro de Luca Marrone, el patrón de la leche en Italia. Desaparecido un sábado, hacía quince días.

El tercero, el secuestro de Eleonora Manfredi, heredera del imperio del acero en Italia. Sustraída de un lugar público al cabo de dos semanas justas.

Según lo que se leía en los periódicos, los tres estudiados en los mínimos detalles.

Por último, la aparición en televisión.

Abajo, otro papel, en el que ponía, ¿Cuál será el próximo?

Mengozzi entró por la puerta, sin pedir permiso y atrabancándose. La bandeja no se volcó, salvando los caffès.

—Cummissà, dónde se los dejo.

—En mi mesa, gracias. Escúchame Mengù, ¿en la tele han dicho algo más?

—No Cummissà, no hay novedades.

—Mantenme informado, si hay cambios o novedades, por favor.

—Claro que sí. A disponer. —Chasqueó los lustrados zapatos y se retiró, cerrando la puerta.

—¿Comemos? —dijo el Commissario a Bruno.

1

[Los Tramezzini son lo más parecido a los Sándwich, realizados con un pan de molde especial, más largo de lo normal y cortado a través. En su interior se unta de mayonesa para dejar el pan tierno por horas. Se añade por estratos, lechuga y tomate. Huevo duro y atún de lata en aceite de oliva virgen extra, unas alcaparras y se cierra. Se cortan en triangulo y se envuelven en papel film. Se conservan en frigorífico durante solo un día. En los bares de Italia hay de muchos sabores, pero el más característico es el de atún].

---

1 [Los Tramezzini son lo más parecido a los Sándwich, realizados con un pan de molde especial, más largo de lo normal y cortado a través. En su interior se unta de mayonesa para dejar el pan tierno por horas. Se añade por estratos, lechuga y tomate. Huevo duro y atún de lata en aceite de oliva virgen extra, unas alcaparras y se cierra. Se cortan en triangulo y se envuelven en papel film. Se conservan en frigorífico durante solo un día. En los bares de Italia hay de muchos sabores, pero el más característico es el de atún].

24

Cuatro palabras.

Ver, observar, retener, deducir.

Camisa remangada, sentado en su escritorio, observaba la pared.

En silencio, comía el tramezzino. A su lado, Bruno Barbiero, hacía lo mismo.

—¿Qué ves Bruno?

—El plan de unos pirados.

—No lo creo, saben muy bien qué hacen. Alocados, sí. Ambiciosos, también. Pero muy estudiado. Esta gente lleva mucho pensando qué están haciendo.

—Son unos pirados Commissario. ¿Quién hace un pulso con el estado? Unos pirados.

Se quedaron en silencio.

—Y tú, ¿qué ves?

El Commissario emitió un sonido gutural.

Acabó de masticar el delicioso bocado de atún.

—Sabes, cada día el jodido barista los hace más buenos. Son adictivos estos tramezzinos. Te lo voy a decir en serio, que para preservar la salud pública habría que hacer una inspección en la cocina del bar y comprobar que no pongan alguna sustancia prohibida que crea adicción… y de paso le pedimos la receta.

Bruno se atragantó pensando que al principio hablaba en serio.

—No, bromas aparte. Cada día están más buenos. Pero volvamos a lo nuestro. Estaba pensando: ¿Dónde llevan a los rehenes? Porque si lo piensas, en el comunicado en televisión, seguirían con el plan. Si no paga el gobierno italiano, dónde colocan a tanta gente sin que se delaten. ¿Cómo los alimentan? Es un punto interesante.

—¿Puede que en un sótano?

—Puede, pero alguien les vería llegar.

—Una casa en medio del campo.

—Puede, pero debería ser grande. Alguien se podría escapar. Los verían llegar, alguien vería compras en carnicería, fruterías o supermercados excesivamente grandes, que levanten sospechas. Creo que no van por allí los tiros.

Hubo silencio. Siguieron comiendo.

—Bueno vamos a lo que sabemos. ¿Cómo ha llegado la cinta de video a la televisión? Supongo que los inspectores de Milán ya lo estarán estudiando, no tenemos que ir a explicarles el trabajo. ¿Fue grabada antes o después del segundo secuestro? ¿Jugaban con ventaja? ¿Daban por hecho que la habrían secuestrado? Si no fue así, ¿Dónde lo grabaron? Por cierto, Bruno, ¿qué es una cinta VHS? ¿Una nueva tecnología? ¿Qué tiene de diferente con una Super 8? Y, ¿tienes idea de cómo se graba?

Bruno levantó los hombros.

—Pues deberías averiguarlo. —Dio otro bocado y siguió—. Otra cosa que deberíamos hacer es poner un mapa con los secuestros y marcarlos en la provincia. Mirar si siguen un patrón geográfico, porque el tiempo sí lo tiene. Cada sábado. ¿Una coincidencia? —dijo el Commissario arqueando los labios.

—Falta un hecho clave Commissario.

Este arrugó el ceño.

—Mario, la muerte del informador.

—Vaccaboia Bruno, tienes razón. —Luego se tomó un momento de reflexión.

Apoyó el tramezzino en la bandeja, apuntó el asesinato del informador y lo colgó en la pared.

—Ahora sí.

Volvió a comer y cuando acabó el segundo triangulo de pan, concluyó.

—Bruno, no nos queda otra cosa que ir a ver al Commendatore Ferrari. Es nuestra próxima baza.

El Commissario daba por hecho que jugaba con una información que le ponía en una posición de ventaja respecto a los encapuchados de la cinta, que se encontraban al otro lado del tablero. Pero la ventaja es algo efímero, cabía la posibilidad de que, si no la gestionaba bien, podría hundirlo. Pero así es la vida; no elegimos las cartas, tenemos que saber jugarlas, y el Commissario Malatesta echó de menos a su mentor Davide Petruccini. Aunque en su cabeza seguía viviendo en sus cuatro palabras: Ver, observar, retener, deducir.

Modena.

Martes, 21 de octubre, 1975

Cuatro días antes.

Ferrari.

Siete letras.

Un apellido, un coche, una leyenda.

«Pregúntale a un niño que dibuje un coche y él te lo hará rojo. Rojo Ferrari», decía el fundador.

La historia de Ferrari es la historia de Italia y de los grandes genios italianos.

Leonardo Da Vinci, Galileo Galilei, Marconi, Marcello Mastroianni, Giorgio Armani, todos fueron personajes que trascendieron a la historia con su paso, transformándola.

Enzo Ferrari, clase 1898, nacido en Modena. No destacó como piloto, pero nació con la pasión por la velocidad y los coches rápidos. Fue piloto Alfa Romeo, sin muchos éxitos. Debido a su carácter irascible y malhumorado, no duró mucho. Pero tenía un sueño: ganar, ganar y ganar. Hacer coches cada vez más rápidos. En el Alfa Romeo no consiguió destacar como piloto y sacar lo mejor que podía de esos coches. Así que en los años cuarenta, Alfa Romeo cerró su división de carreras obligando al modenense a fundar su propia empresa, la Scuderia Ferrari. Compró chasis y motores y los adaptó a sus ideas, a sus visiones. Cada año conseguía más hitos automovilísticos y satisfacciones. Pero solo de las carreras no se vivía. Todo cambió cuando un piloto americano encargó a Enzo un coche que pudiera conducirlo por la calle.

Al principio no quiso, pero las necesidades económicas le obligaron a venderlo. De allí, Ferrari comenzó a vender sus coches también en versión callejera, para ser usados fuera de los circuitos. La demanda fue tal, que llegó un momento en que los producidos para la calle, eran muchos más que los de las carreras. Así, los beneficios de estos primeros alimentaban las ansias deportivas del fundador.

Muchísimos pilotos murieron por culpa de la velocidad. Una de las más importantes fue la de Deportago, en la carrera de las Mille Milla del 1957. Murieron diez espectadores y el piloto, por una decisión equivocada de este.

En una rueda de prensa, un periodista le preguntó:

—Commendatore Ferrari, ¿por qué sus coches no frenan?
—Yo hago coches para correr, no para frenar.

Claros y oscuros de un genio.

De la misma manera que hubo muchas victorias, tuvo que lidiar con muchas derrotas. Entre estas, más accidentes, como el de Gilles Villeneuve, hasta que decidió retirarse y no salir más de Modena, dejar de viajar y llevar siempre gafas oscuras.

Luego llegaron los problemas serios, el Commendatore se quedó sin dinero. La crisis del petróleo a principio de años setenta. El estado italiano no daba dinero a industrias, entonces aparecieron los compradores. Primero la FORD, la industria automovilística más grande del mundo, dispuesta a inyectar una gran cantidad de dinero. A cambio se desvirtuaría la marca y su tradición. Todo lo que el fundador había hecho hasta el momento, se podía esfumar. Además, Enzo sería apartado de toda decisión empresarial, tanto de la industria de coches, como de las carreras. Así que después de varios contratos, viajes y reuniones, sacó en el momento adecuado y en ocasiones, su terrible carácter y rompió el acuerdo con los americanos. Meses después firmó con el Avvocato Agnelli la venta de la fabrica Ferrari a FIAT, la fábrica italiana de coches populares. Este último acuerdo le permitía mantener su cargo al frente de la Scuderia Ferrari, la división de las carreras.

Era un hombre rudo, de carácter contundente. Una agilidad mental sin precedentes, se enteraba de un error en un cálculo o en un diseño de un coche, antes que el ingeniero entrase por la puerta de su despacho. De la misma manera que era tan bueno para los números, era pésimo para las relaciones humanas. Y a empeorar esta faceta influyeron los años y, sobre todo, los famélicos y carroñeros periodistas italianos. Entre ellos la izquierda, socialistas y comunistas italianos, pagados por el estado, eran los más hambrientos de sangre del Commendatore.

Era un hombre de rutinas. Desde que dejó de viajar, las intensificó.

Todas las mañanas, el chófer con el coche oficial de la Fiat, un 131 cupé Mirafiori, color azul pálido con los cristales blindados, lo recogía bajo su casa. Vivía en un ático en el centro histórico de Modena. La primera parada era a la Barbería “Da Antonio”, en frente a los pórticos, en el centro histórico. Entraba solo, el chófer que también hacía funciones de guardaespaldas, se esperaba en el coche, observando a distancia.

Antonio, el barbero del Commendatore, le repasaba el pelo y lo afeitaba. Primero un paño caliente, luego pasaba la espuma con el pincel. Paso siguiente, aceitaba con las cuchillas de mango por todo el rostro, luego otra vez una toalla caliente y por ultimo un bálsamo. Cada día, de lunes a domingo.

Luego, se dirigían a la fábrica.

El trayecto de Modena a Marabello se recorría en unos treinta minutos.

Ese martes llegó como siempre a las 10:30 a la fábrica. El coche entró por el portón abierto y aparcó en el patio interior. El sonido de las maquinarias, martillos y los motores, creaban el sonido ambiental del edificio. Se giró a su alrededor, como si mirase todo lo que había conseguido hasta ese momento.

Entró por la puerta y subió por las escaleras.

Fue directo a su despacho.

Entró en la primera estancia, allí estaba su secretaria. Se encontraba detrás de su escritorio, con el teléfono entre el hombro y la cabeza, hablando.

Delante, una enorme Olivetti, una máquina de escribir de color verde menta. Se apresuró a colgar y se levantó.

Marinella llevaba un vestido color escarlata, muy ceñido, enseñando media pantorrilla. Un collar elegante de perlas y un cinturón marrón claro. En el pecho, un broche con el “cavallino rampante” que representaba la marca Ferrari y su devoción.

—Buongiorno Commendatore. Aquí tiene el correo de hoy, no se lo he podido dejar en su mesa, acaba de llegar.

Enzo Ferrari se detuvo delante de la puerta cerrada de su despacho, para escucharla.

Ella le entregó todo el correo.

—Ha llamado Lucrezio para las veinticuatro horas de Le Mans. Necesitaría hablar con usted.

—Seguro que no es nada importante, querrá entradas en nuestro box para su nueva amante.

—De acuerdo. Luego ha llamado, desde Torino, el Avvocato Agnelli. Quiere hablarle, no me ha dicho qué quería, pero parecía muy preocupado. Ha dejado recado de que le llame usted urgentemente.

Enzo no dijo nada, solo la miraba.

—¿Algo más, Marinella?

—Ah sí, lo más importante.

El Commendatore levantó las cejas.

—Dime, ¿qué esperas que me muera?

La secretaria hizo unos movimientos rápidos con la cabeza, indicando su despacho.

—Está la policía. Le espera.

—¿La policía? ¿Para qué?

La secretaria encogió los hombros.

—No lo sé, pero no me gustan esos dos tipos.

El Commendatore se puso en alerta.

—*Porca di quella miseria, solo ci mancava questa* —dijo disconforme de la visita, resopló ruidosamente y entró por la puerta de su despacho.

Allí estaban los dos individuos esperándole, en su despacho. Los miró y coincidió con su secretaria, a él tampoco le gustaron. Pero ya era demasiado tarde para salir de su despacho y decírselo.

Palazzo del Quirinale, Roma.

Martes, 21 de octubre, 1975

Cuatro días antes.

Aspirina.

Una en cada vaso.

Un vaso para cada mano.

Primero una, luego la otra.

El día comenzaba así para él. En bata azul, encima del pijama. Por la mañana, a primerísima hora. Antes del periódico, antes del pan, antes que Roma se despertara.

Pocos minutos de bici estática y luego ducha. Su mujer seguía durmiendo, plácidamente, despreocupada de todo y de con quién dormía.

Una vez duchado y puesto uno de sus mejores trajes, salió de casa.

La capital seguía durmiendo, en los últimos jirones de la noche, que se disiparía con los primeros rayos de sol. Una ciudad que movía los hilos de la política y del futuro de la nación.

Roma, capital de un imperio en decadencia otra vez. Políticos hegemónicos que se distanciaban del bien del país, negociaban el bien y el mal, de sus intereses.

Roma era la política italiana, pero mafia también. Entrelazadas, vinculadas. Nada se hacía sin el consenso de una o de la otra.

Juntas, pero separadas.

Juntas en la mesa, separadas en la televisión.

Caminaba lento… muy lento.

Decidió pasear por la capital hasta la iglesia más cercana a su domicilio presidencial, Santa María de la Victoria.

Las manos las guardaba juntas, detrás de la espalda. Avanzaba mirando a su alrededor. Esa mañana llevaba un vestido de color azul diplomático a rayas blancas. Pelo engominado hacia atrás. Los años se reflejaban en la retirada del pelo en la frente. Gafas de pasta negra y con montura cuadrada. Orejas de soplillo y de punta. El cuello ya inexistente, se había hundido en una pronunciada chepa. Cada año más grande y curva.

La escolta, mientras avanzaba, miraba a su alrededor. Por las calles, los edificios, por las ventanas que nadie intentase hacerle nada al Presidente de República Italiana.

El sol quedaba aún lejos a esas horas de la mañana.

Siguieron por la calle Venti Settembre abajo, lentamente. Cuando

la calle se abrió en una plaza donde, imponente, se levantaba la iglesia.

La escolta giró, siguiendo al ilustre hombre.

Parte de los hombres se quedaron fuera, vigilando la entrada, junto a los tres coches con sirena. Otros entraron en la iglesia.

El presidente se arrodilló en un banco a media altura de la nave central. Los santos y la Madonna le miraban.

El presidente rezaba, en silencio, inmóvil, cabeza agachada.

Eran años difíciles. Las culpas que las decisiones políticas se decidían junto a la mafia, se limpiaban en la iglesia.

El triunvirato.

Política, mafia e iglesia.

El presidente se sentía cómodo en ese lugar sagrado. Sentía que podía limpiar sus culpas, como si las pusiera en una lavadora a su disposición.

Después de un tiempo indeterminado, se acercó el párroco.

—¿A qué hora te has levantado presidente?

Alzó la mirada. La inexpresividad era habitual en él.

—A las cuatro y media.

—Tu predecesor se levantaba a las tres y media.

—Él era un santo, yo un pecador.

El cura esbozó una tenue sonrisa.

—También venía a esta iglesia y solo hablaba con Dios, nunca con el cura.

Entonces el presidente le replicó mirándole de reojo.

—Los curas votan, Dios no.

El cura volvió a reír.

—Maurizio, necesito confesarme.

—Claro, Giulio —dijo, y se encaminó hacia el confesionario.

El presidente fue detrás.

El hombre de iglesia entró en la estructura de madera, se sentó y abrió la puerta del lado derecho.

El ilustre hombre con chepa se arrodilló y juntó las manos.

Hicieron las plegarias habituales.

—Dime hijo, ¿en qué has pecado?

—Los hombres justos, toman decisiones justas. Y yo, no soy uno de esos.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué haría Dios si le chantajearan?

El cura dudó, hubo silencio.

—Dios nos pone pruebas.

—Ya lo sé, por eso soy un pecador. No es fácil hacer lo que se debe en contra de lo que se debería hacer.

—¿A qué te refieres?

—A lo que sucede cada día. Cada día la gente toma decisiones más radicales. Cómo podemos vivir y gobernar en un país que salen pecadores descontrolados por debajo de las piedras.

—¿Entonces?

—Entonces el bien de los muchos no podemos colgarlo al de los pocos.

—Ahora entiendo. Te refieres a secuestro de los empresarios, ¡no vais a pagar! Tienes razón Giulio, tienes razón.

—Querido Maurizio, no es suficiente tener la razón, necesitas a alguien que te la dé.

27

La oficina era un rectángulo.

Una larga mesa de reuniones, de castaño. A los lados, butacas con respaldo redondeado de piel roja tenue. La mesa recorría la pared derecha.

En el centro de la mesa una maqueta de una lancha de madera con motor Ferrari.

En la pared izquierda, unas estanterías con puertas de cristal, llenas de trofeos. Al fondo, delante de las ventanas, el escritorio del Commendatore. Para acceder a este, tenía que cruzarse con los dos intrusos.

El sol de la mañana se filtraba por las cortinas blancas que impedían ver el exterior. El olor a madera de los muebles predominaba.

El Commendatore Ferrari cerró la puerta detrás de él. Después de pensar que los dos tipejos en su despacho tenían cara de pocos amigos, avanzó dos pasos, ya no podía salir.

—Buongiorno —dijo el patrón de los coches de carreras y se quedó quieto a ver cómo reaccionaban.

Entonces uno de ellos, sentado en la mesa de reuniones, se levantó. Se le acercó y le alargó la mano.

—Buongiorno Commendatore Ferrari, soy el Commisario Malatesta.

Enzo le miró la mano y se la estrechó.

—¿Qué quieren?

—Déjeme presentarle a mi colaborador, inspector Bruno Barbiero —dijo mientras este se levantó y a su vez le estrechó la mano.

—Mucho gusto.

—¿Entonces? ¿Qué quieren? —replicó sin moverse de la puerta.

—¿Le importa si nos sentamos un momento?

Enzo Ferrari se sentó en la mesa de reuniones por el lado de la pared, teniéndoles en frente.

—Barbiero, tenemos un Barbiero en nuestra producción. Mecánico especializado en la prueba de motores.

—Sí, es mi tío.

Enzo soltó un sonido gutural.

Luego, abrió las manos y las movió hacia arriba.

—Commendatore, ¿está usted informado de los sucesos que están sacudiendo nuestro país?

—Parte de mi trabajo es estar informado —dijo tajante.

La imagen del Commissario Malatesta se reflejaba en las negras gafas que llevaba el anfitrión. No conseguía ver sus ojos, parte de la comunicación no verbal y de los matices característicos de las personas los sacaba de allí. Se veía él, eso le incomodaba mucho.

—Por favor, podemos ir al grano, no tengo todo el día.

El Commissario tragó saliva, el hombre imponía.

—Creemos que está en peligro. Pensamos que puede ser uno de los candidatos a ser secuestrado por la banda francesa.

Enzo Ferrari arqueó las cejas y luego rió hacia dentro.

—Bobadas. Nadie quiere secuestrarme, no sé de dónde ha sacado usted esa información. Además estoy protegido de todo lo que me pueda suceder. ¿De dónde ha sacado tal absurdidad?

El Commissario miró a la cara a Bruno.

—Tenemos información privilegiada que nos hace…

—¿Se puede saber de dónde ha sacado esta información? —interrumpió al Commissario.

—No puedo decirlo. Solo pensamos que puede ser el próximo objetivo.

El Commendatore observaba fijamente al Commissario, protegido detrás de sus gafas. Bruno Barbieri viendo las respuestas del hombre mayor, de casi ochenta años, prefirió quedarse callado. Optó por dejar hablar al Commissario, con más experiencia y más autoridad.

—¿Está usted paranoico señor…?

—Malatesta, Commissario jefe de la comisaría de Modena. No, solo hacemos nuestra labor —contestó molesto y siguió poniéndose firme —. Commendatore Ferrari, ¿se da cuenta que hemos venido para salvaguardar su incolumidad y la de un símbolo de nuestra comunidad y de nuestra nación? Tenemos miedo que le rapten. No jugamos, solo hacemos nuestro …

El Commendatore le volvió a cortar, fajante.

—No digas bobadas. ¿Qué pasa? ¿Que no tenéis nada mejor que hacer? En la comisaría de policía de Modena, ¿solo os dedicáis a ir a gestionar cosas poco serias? Estos desequilibrados que salen en la televisión no van a hacer nada. El gobierno se encargará de cogerlos y

meterlos en un psiquiátrico. Señor Malatesta, yo he viajado. Este país no son los Estados Unidos de América, y no estamos en Hollywood. Nosotros somos y estamos en Italia. Nosotros los empresarios necesitamos que nos dejen en paz y trabajar.

El Commissario arqueó la boca y se levantó.

—Estupendo, si es lo que quiere, le dejamos trabajar. Lo lamento, pero no puedo decir que "ha sido un placer" —dijo con retintín y concluyó haciendo un gesto rápido con la cabeza, en modo de saludo distante.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió y llamó a Bruno, que seguía sentado atónito. Este se levantó, se abrochó su americana de pana con pañuelo y saludó al Commendatore.

Enzo Ferrari se quedó inmóvil.

Bruno caminó hacia la puerta, pensó en decir lo que pensaba, pero no quería contradecir a su jefe ni hipotecar el trabajo de su tío. Se mordió la lengua, tenía que seguir sin estropearlo nada ni empeorar la situación. Para convencer estaba el Commissario, él solo era el escudero, no el protagonista.

Se convenció de que era lo mejor: salir por la puerta, cerrarla y que fuera lo que Dios quisiera, pensaba.

Ya estaba delante de la puerta, fuera estaba la secretaria y el jefe que le esperaban.

Estuvo a punto de salir por la puerta, cuando se giró.

«¿Qué estoy haciendo? No era lo que había decidido», pensó en sus adentros el inspector Barbiero.

El patrón ni se había inmutado.

—Commendatore Ferrari, con todos mis respetos —dijo volviendo al despacho—. ¿Quiere saber de dónde ha sacado esta información El Commissario Malatesta? Él a lo mejor no se lo quiere decir, pero yo sí se lo diré. Ha muerto una persona para hacer llegar su nombre al Commissario. Una persona ha perdido la vida por usted y el Commissario también estuvo a punto de perderla. Me sabe mal que usted se lo agradezca así, con este desinterés, con su desprecio. Desde el pedestal en esta urna de oro. Porque fuera de su despacho la gente vive y muere. En la vida real, en nuestra vida, nos jugamos el pellejo por personas como usted, cada día. Día tras día. Noche tras noche. Y a veces, hay agentes no vuelven a casa por llevar a cabo su labor. Murió uno de los mejores informadores de la policía de Modena para intentar salvarle. Tuvo que sacrificarse por un ilustre hombre de nuestra comunidad. Pero escúcheme bien, Señor Ferrari, escúcheme bien. Si Mario, el informador, hubiese sabido que esta era su repuesta, habría visto que malgastó su vida por un cabronazo y un desagradecido como

usted. Ahora se estará revolviendo en su tumba. Pero entiendo su postura desde su pedestal, Señor Ferrari, usted se encuentra por encima del bien y del mal. Así que por nosotros ya se puede quedar allí arriba. Ahora sí, adiós Commendatore.

Bruno Barbiero, soltó lo que pensaba y cerró la puerta.

El Commissario Malatesta se quedó mirándolo consternado.

Marinella se quedó boquiabierta, petrificada, delante de la máquina de escribir.

Bruno se arregló la americana, levantó la barbilla y se dirigió hacia su compañero.

—Vamos Commissario, ya hemos acabado aquí.

Mientras los dos policías salían de la sala, el teléfono de Marinella sonó.

28

—Diles que vuelvan a entrar.

Marinella colgó el teléfono y se apresuró a detener al Commissario Malatesta y al inspector Bruno Barbiero por las escaleras.

Les explicó que Enzo Ferrari les pedía que volviesen a su despacho. Los dos se miraron.

—Se ve que tus palabras han servido —dijo el Commissario y retrocedió.

Los dos policías entraron nuevamente en su despacho. Esta vez el Commendatore se encontraba detrás de su escritorio donde se apoyaba una gran lámpara de color rojo, como sus coches.

—Siéntense —dijo el patrón.

Los policías cogieron dos butacas de la mesa de reuniones y se sentaron.

—¿Cuán creíble es esta información?

—Bastante. No tenemos toda la certeza, pero deducimos que tiene una altísima probabilidad.

El Commendatore hizo un sonido de desaprobación, luego se tiró al respaldo de su sillón.

—¿Tiene idea Sr. Malatesta de cuántas situaciones complicadas he conseguido salir? ¿Tiene usted idea?

—Eso solo lo sabe usted. Soy conocedor de todo lo que la prensa ha publicado. Pero me lo puedo imaginar.

El Commendarore rió cínicamente.

—No. No se lo puede imaginar. La prensa, aves carroñeras que se alimentan de nuestras desgracias y excretan en nuestros logros.

—Señor Ferrari, no quiero hacerle perder tiempo. Solo necesito que me informe de su rutina —dijo el Commissario, con unas ganas tremendas de salir y fumar un cigarro tras otro. La abstinencia le estaba devorando.

Extrajo su libreta negra y comenzó a apuntar, mientras el fundador fue describiendo lo que hacía durante el día.

En medio de su explicación se levantó y apartó las cortinas de la

ventana que tenía detrás.

—¿Ve ese coche?

Los agentes se levantaron y vieron un coche en el patio. Era de dos puertas y color azul desteñido.

—Es un Fiat 131. Llevo chofer que hace también de guardaespaldas. Desde que Fiat nos adquirió, el Avvocato Agnelli me obligó a llevarlo. Ese coche lleva los cristales blindados.

Cerró las cortinas y se volvió a sentar.

—No me van a hacer nada. Mi chofer es un exboxeador. No se preocupen, estoy seguro.

—Precisamente porque se siente seguro, es usted un blanco fácil. Nadie está seguro Commendatore, no sabemos a quién nos enfrentamos. Se han llevado personas de formas rocambolescas. Ha nombrado Hollywood antes, pues esta gente no tiene nada que envidiar a algunas operaciones de James Bond.

—Ah, James Bond, ese irritante y arrogante inglés, con un gusto pésimo en coches. Cada vez que oigo la palabra Inglaterra y sus coches, me sale un sarpullido.

Al Commissario se le escapó una mueca.

—¿Lo dice por el Aston Martin que lleva?

—No saben nada los ingleses de estilo, menos de coches rápidos. Ya hace años que esos ingleses comen el polvo de nuestros neumáticos. Tienen aprendidas de memoria las matrículas que llevan mis coches en las partes posteriores.

—En fin, solo le pido una cosa Commendatore. Que nos deje seguirle a distancia por una patrulla camuflada. Necesitamos saber siempre dónde se encuentra y sus movimientos. Unas semanas. Si me equivoco, seré la persona más feliz de esta tierra, entonces le pediré disculpas y le daré la razón. Pero…

—¿Pero? —preguntó Enzo.

—Pero si tengo razón, tenemos que estar preparados.

El Commendatore se quitó las gafas y fue la primera vez que se miraron a los ojos.

—Detrás del éxito hay algo terrible. Los italianos lo perdonan todo: los ladrones, los asesinos, todo menos el éxito. Si esto que dice usted es verdad, al final perdonarán a los secuestradores, pero nunca perdonarán lo que he logrado.

—Nadie es profeta en su tierra —replicó el Commissario—. Gracias.

—Ojalá se equivoque Commissario —concluyó Ferrari y se volvió a colocar las gafas.

* * *

Los dos se subieron al Alfa Romeo que se encontraba aparcado en frente de la fábrica de coches deportivos. El primer cigarrillo después de salir del encuentro ya iba por la mitad. Fue salir del despacho y encenderse un Nazionali sin filtro. La nicotina volvió a entrar en círculo, después de tantos minutos de insufrible apnea. El humo entraba con avidez, para recuperar el tiempo perdido.

—¿Qué opinas? —preguntó Bruno.

El Commissario a punto de arrancar el coche se detuvo. Se apoyó en el respaldo del asiento y dio otra calada generosa.

—Es un hombre duro, curtido. De maneras toscas. Su agresividad y contundencia viene de las tortas que ha recibido de la vida. No le gusta que le lleven la contraria. Las gafas son su coraza, su escudo para la vida, para las personas.

Dejó la ceniza en el cenicero y dio otra calada.

—Enzo —dijo, y esperó—. El nombre lo dice todo de su carácter.

—¿Enzo?

—Sí, la etimología de las palabras es donde está la raíz de las cosas. Es un nombre que viene de la Edad Media. También conocido como Enzio. Deriva del nombre germano Heinz y su significado es El amo de la casa, El señor de su morada o El príncipe de sus tierras. No vayas en contra del dueño o saldrás escaldado. No me puedo imaginar qué es trabajar con este hombre. Si no hubiera sido por tu intervención, por tu incontinencia verbal Bruno, ese hombre podría estar ahora solo, frente a un peligro incógnito.

—No podías decirlo tú Commissario, tienes un estatus, no puedes decir lo que piensas, necesitabas un peón que sacrificar si salía mal.

El Commissario se rió y apagó el primer cigarrillo. Encendió otro.

—Tengo hambre Bruno, ¿sabes qué? Vamos a comer. Conozco una trattoria aquí cerca. Con la barriga llena, pensaremos mejor.

29

West-Star, Affi.
Martes, 21 de octubre, 1975
Cuatro días antes.

El búnker.

No era un color lo que predominaba en el refugio antiatómico. Ni siquiera una sensación, menos aún un olor. La ciudad artificial construida en la montaña estaba engullida en el silencio.

El silencio era el denominador común de todas las estancias.

Los invasores, a los pocos días, dejaban de percibir la humedad que desprendían las paredes. Pero el silencio, a pesar de los días que pasaban, permanecía inamovible.

—¿Te has puesto la camisa limpia? —preguntaba Vincenzo.

Gualtiero le contestó con una mirada de reojo.

—Tenemos que estar muy presentables esta tarde.

—¿Me estás diciendo que normalmente no lo estoy?

—Lo que quiero decir es que en la reunión de hoy no podemos fallar. Ya sabes que lo necesitamos. Eso y solo eso. No hay otro igual, el plan va de que lo consigamos.

—Lo sé jefe. Tranquilo que me he duchado y me he puesto mi mejor camisa.

Vincenzo suspiró. Se acercó al hombre y le arregló el nudo de la corbata, de la misma manera que hace una madre antes que el hijo salga de casa.

—Muy bien. Así estás perfecto —dijo el jefe, mientras le quitaba una pelusa de la americana.

—¿Vamos bien de tiempo? —preguntó Gualtiero.

—Considerando el tráfico de entrada en Milán, tenemos que salir en 5 minutos. Te espero en el coche —concluyó el jefe y salió por la puerta de la habitación de Gualtiero.

Los dos componentes del Clan Chassepot, salieron del West-Star. El

joven chófer italiano conducía el Renault con dirección a la capital lombarda. Acababa de empezar la tarde, en la autopista italiana comenzaba a haber tráfico. En los asientos de atrás, el jefe repasaba sus apuntes, entre un papel y otro, miraba por la ventanilla. Todo seguía como estaba establecido, el plan maestro se estaba cumpliendo. De igual manera, todas las fichas de dominó son importantes, pero la reunión en Milán era fundamental.

* * *

El frío era soportable, el silencio no.

Los dos rehenes encerrados, cada uno en una celda diferente, pasaban las horas como podían. Los secuestradores solo entraban para dejar algo de comida y volvían a cerrar la puerta. Sin hablar, sin contestar a ninguna pregunta.

Luca Marrone era un hombre fuerte, hecho a sí mismo, soportaba mejor el espectral silencio.

Eleonora Manfredi lo llevaba peor. Descubrió que la peor de las torturas era el aislamiento total. Abandonada a sus pensamientos.

Un día esos pensamientos encajaron. Recordó que dos semanas antes de ser secuestrada, desapareció otro empresario italiano. Eleonora no era de caer en la banalidad de las coincidencias. Gritar era inútil, los primeros días lo hizo hasta quedar afónica. Entonces se acordó de un sistema obsoleto. Su padre era un ferviente defensor del conocimiento holístico.

“Nunca sabes cuándo algo te servirá”, siempre le decía.

«De perdidos al río», se dijo la mujer, en sus adentros.

Agarró el vaso metálico de la comida y subió a una silla. Comenzó a dar golpecitos en las tuberías del agua. Lo hizo durante más de una hora en un lado y, ante la falta de respuesta, lo dejó. Pensó que era una tontería. Lanzó el vaso en la mesa, enfadada y se volvió a sentar en la cama.

Al cabo de un rato vio otra tubería en la otra parte de la habitación que iba en la dirección contraria a la primera.

«¿Por qué no? Total, no has quedado con nadie. No tienes nada mejor que hacer», se repitió.

Volvió a coger el vaso y la silla y repitió el mismo proceso en esas otras tuberías. El padre le enseñó el sistema morse. Emitía una secuencia que repetía en bucle.

. … - —- -.— / … —- .-.. .- .-.-.- / .—. .. -.. —- / .- -.— ..- -.. .- —..— / — . / …. .- -. / .-. .- .—. - .- -.. —- .-.-.- / .- .-.. —. ..- .. . -. / — . / —- -. — . / .—. —- .-. / ..-. .- …- —- .-. / —.- ..- . / .- .-.. —. ..- .. . -. / — . / -.-. —- -. - . … - . / .- / . … - . / — . -. … .- .—- . .-.-.- .-.-.

(estoy sola. pido ayuda, me han raptado. ¿Alguien me oye? por favor que alguien me conteste a este mensaje).

Después de repetirlo varias veces desistió. Bajó de la silla y tiró el vaso contra la pared opuesta, gritando. Lanzando un grito de rabia lo más fuerte que pudo.

Se acostó en la cama. Desesperada. Ingenua.

Se estaba a punto de dormir, cuando oyó algo. Un ruido metálico. Un sucederse de impulsos metálicos que provenían de lejos. Articulados, no eran gorgoteos del agua, era un mensaje, un mensaje de respuesta a su llamada.

Saltó de la cama y cogió la silla. Se acercó a la tubería y escuchó.

El mensaje ya había empezado. No conseguía entender lo que decía, iba muy rápido. Hasta que se detuvo.

—No no. Por favor, sigue no me dejes, continúa —gritó la mujer dando palmadas a la pared como si le pudieran escuchar.

Del otro lado de la tubería ya no venían mensajes. La mujer se desesperó, comenzó a llorar por la tensión, por la emoción, por la soledad.

— . / .-.. .-.. .- — / .-.. ..- -.-. .- / — .- .-. .-. —- -. . —..— / .-.. .-.. . …- —- / - .-. . … / … . — .- -. .- … / . -. -.-. . .-. .-. .- -.. —- / .- —.- ..- / -.. . -. - .-. —- .-.-.- / — . / . -. -.-. .- -. - .- .-. —- -. / ..- -. / … -… .- -.. —- / . -. / . .-.. / —. —- .-.. ..-. / -.. . / .—. .- .-. — .- .-.-.- / —. .-. .- -.-. .. .- … / .—. —- .-. / -.-. —- -. - .- -.-. - .- .-. .-.-.- / . … - —- -.— / … —- .-.. —- / -.-. —- — / .- / . … - —- -.— / -.. . … . … .—. . .-. .- -.. —- .-.-.- / / -.-. — —- / - . / .-.. .-.. .- — .- … .-.-.

Entonces el mensaje se reanudó. Eleonora, lo interpretó enseguida. El mensaje decía:

«Me llamó Luca Marrone, llevo tres semanas encerrado aquí dentro. Me secuestraron un sábado en el golf de Parma. Gracias por

contactar. Estoy solo, estoy desesperado. ¿Cómo te llamas?».

30

Se respiraba tradición.

Cuando entraron el Commissario Malatesta y Bruno en el establecimiento, se les abrió el apetito. La magia del perfume que venía de la cocina activó el hambre en los dos policías.

Se oía un gran ruido, de tenedores y vasos, platos y cucharas. La dueña gritaba desde el comedor al marido en la cocina.

Bajo ese bullicio en la trattoria sonaba una música celestial. La canción de Ornella Vanoni, el éxito del momento.

Sono triste tra la gente che mi sta passando accanto
Ma la nostalgia di rivedere te è forte più del pianto
Questo sole accende sul mio volto un segno di speranza
Sto aspettando quando ad un tratto ti vedrò spuntare in lontananza

Amore, fai presto, io non resisto
Se tu non arrivi non esisto
Non esisto, non esisto

Era una típica trattoria modenense.

Se encontraba a pocos kilómetros de Maranello, donde estaba la fábrica Ferrari.

La Trattoria Giovanni, era un espacio diáfano, repleto de mesas con manteles a cuadritos blancos y rojos. En los cuatro lados, sillas de madera con asiento de paja. Las paredes eran de ladrillo con el techo redondeado; una cuadra de caballos rehabilitada a restaurante. En la pared seguían enganchadas las anillas oxidadas donde antaño se ataban los equinos.

El suelo estaba formado por baldosas de terracota, deformes por el desgaste, típicas de la zona.

—¿Has estado alguna vez en esta trattoria, Bruno?

El compañero le miró y negó con la cabeza.

—Aunque no sea un restaurante elegante y a tu altura, puedes traer a Valeria alguna vez. Aquí se come la cocina tradicional de

Modena.

Mientras los dos policías miraban el ambiente y hablaban, la dueña los vio. La señora, en camisa de cuadros arremangada y delantal, les hizo una señal de acercarse. Llevaba el pelo recogido con un moño y las arrugas en su rostro fruto de tanto trabajo. Los dos policías se acercaron a la barra de mármol delante de una pared repleta de botellas de licores.

—Decidme chicos.

—Quisiéramos comer —contestó el Commissario.

—¿Cuántos sois?

—Solo nosotros dos.

—Pues mirad, vosotros mismos, esa mesa al lado de la ventana —dijo la señora indicando con la cabeza la dirección de la mesa sin dejar lo que estaba haciendo.

Los dos hombres se sentaron, miraron el papel que estaba en la mesa escrito a mano y decidieron qué comer.

A los pocos minutos se acercó la dueña y puso en la mesa una bota de vino y una botella de agua.

—¿Ya sabéis qué comer?

El Commissario lo tenía claro, no era la primera vez que venía.

—Mire, empezaremos con una *Tagliatella al ragú*[2] y después un *filetto di maialino all'aceto balsamico Mengazzol*[3] .

—Muy bien, excelente decisión. Si luego queréis postre o caffè ya me lo diréis.

La mujer retrocedió y con ímpetu entró en la cocina para transmitir a su marido el menú de los dos comensales.

El Commissario se encendió el último cigarrillo antes de comer, acercó el cenicero que reposaba en la mesa y las ideas empezaron a fluir.

—Tenemos que observar día y noche al Commendatore. No podemos dejar escapar esta oportunidad. Es como saber que un tren lleno de explosivos pasa por una estación y podemos detenerlo.

—Ya, pero ¿cómo?

—Esta es la gran pregunta. No sabemos cuándo, no sabemos dónde, ni tampoco por qué.

—Commissario, siempre y cuando Ferrari sea nuestro hombre y que Mario se refiriera a todo este pandemónium.

Mientras estaban discutiendo, la mujer de la trattoria dejó encima de la mesa una tabla de madera con dos lonchas de salami artesanal y unos cubitos de queso Parmigiano Reggiano.

—Para que vayan abriendo el apetito.

Bruno Barbiero, sonrió a la mujer agradeciendo el detalle. Cogió el vino y sirvió primero al Commissario. Era un vino de aguja, un Lambrusco de la zona. Los dos lo probaron y comenzaron con el

aperitivo.

—En cuanto lleguemos a la comisaría tienes que organizar unos turnos de seguimiento día y noche. Quiero una patrulla enganchada al culo de Ferrari. Tenemos que saber a qué hora se despierta, qué marca de caffè consume en casa, a qué hora va a trabajar. Qué hace antes de ir a trabajar. Qué come. A qué hora se va a dormir. Si tiene amante. A qué hora se va al lavabo todos los días. Necesitamos saberlo todo. Todos los detalles posibles serán importantes para adelantarnos a su posible secuestro.

Mientras estaban hablando, en medio del bullicio del restaurante, la mujer salió de la cocina con dos platos de pasta humeantes. Los dejó delante de los dos policías y se fue. La pasta con salsa de carne tenía un estupendo aspecto casero.

Añadieron una abundante espolvoreada de queso Parmigiano Reggiano rallado.

Antes que a Bruno le diera tiempo de decir *Buon appetito*, el Commissario ya había empezado.

Enroscó el primer tenedor de la pasta alargada y se lo introdujo en la boca.

La expresión del Commissario revelaba la delicia que acababa de ser servida en la mesa. La pasta fresca hecha en el restaurante con huevos frescos, presentaba una consistencia perfecta.

—*Mmmmmhhh. Al dente, perfetto Giovanni* —dijo el Commissario con la boca llena.

La carne seleccionada y estofada lentamente, junto a la sublime interpretación de la receta, despertaban a Bruno recuerdos de comidas familiares.

El Commissario Malatesta y el inspector se olvidaron del problema Ferrari. Devoraron el primer plato.

No era hambre, que seguramente también influyó en su voracidad, fueron las manos mágicas del cocinero.

—Agradezco tu intervención Bruno, sin tus palabras ahora no estaríamos en este punto. Has tenido mucho coraje, el Commendatore no es una persona fácil. Más, pensando que tu tío trabaja con él. Pero quien realmente debería estar agradecido es él.

—Es nuestro trabajo Commissario, tú me lo has enseñado —replicó con la boca llena.

Hubo silencio, los tenedores seguían enroscando la pasta.

—¿Qué has deducido de Ferrari? —preguntó Bruno.

El Commissario pensó. Había acabado la pasta. Cogió un trozo de

pan y acabó de recoger los últimos granitos de carne y eliminó el poco tomate que quedaba en el plato.

—He sentido un hombre que tenía poco que perder. Un hombre que ha sido sacudido por el destino y que no teme a casi nada. Aún así, siento que ha sufrido mucho y ha decidido cerrarse en banda. Un hombre hermético que no deja entrever sus sentimientos o sus pensamientos.

La dueña del restaurante se llevó los platos y colocó el segundo plato. La crema negra del vinagre balsámico de Modena recubría a la carne. Los dos policías comenzaron a comer el segundo plato. Siguieron bebiendo lambrusco y organizando los próximos pasos que tenían que hacer.

Mientras Malatesta se encontraba en la trattoria disfrutando de la cocina, su conciencia se dividía en dos. Por un lado, sentía que su raciocinio le atormentaba diciéndole que se estaba equivocando. Enzo Ferrari no era el Ferrari del informador. Por otro lado, su sexto sentido compensaba haciéndole sentir cuál era la dirección correcta. La lucha interna del Commissario pasaba por una decisión personal sin ser consultada con sus superiores. Eso era un arma de doble filo, si le salía mal, ponía en entredicho muchos años de intachable carrera. Si la información se filtraba, podía perder la ventaja que atesoraba. A pesar de todo, le reconfortaba su sexto sentido, que pesaba más que todo tipo de posibles consecuencias.

[2] [pasta con salsa bolognesa]

[3] [filete de cerdo al vinagre balsámico]

---

[2] [Pasta con salsa bolognesa]

[3] [Filete de cerdo al vinagre balsámico]

31

El pequeño Renault aparcó cerca del edificio.

Los dos franceses bajaron, se arreglaron la americana y comenzaron a caminar. Volvían a la capital lombarda después de menos de dos semanas. Esta vez para colocar otra ficha de dominó.

Las bocinas del tráfico retumbaban en los nuevos edificios de la zona. Brera, el barrio de tendencia en la capital de la moda italiana.

El milagro económico italiano estaba en pleno auge. Milán, a pesar de los revuelos sociales, era un polvorín económico de ostentación y nuevos ricos. La movida milanesa azotaba las economías de la ciudad.

El jefe y el brazo ejecutor del Clan caminaban por la acera en dirección a su entrevista. Se respiraba ostentación, tanto en las vitrinas como en los coches de lujo aparcados.

Llegaron al edificio. Vincenzo levantó la mirada. Los 25 pisos de altura le dieron vértigo.

De la puerta principal salió un hombre.

—Buenas tardes, me alegro que sean puntuales porque tengo muchas más visitas después de ustedes.

El agente inmobiliario que recibía a los dos franceses era un perfecto prototipo de milanés. Melena arreglada, traje entallado, camisa a rayas con gemelos y obligatorio pañuelo en el bolsillo. El hombre hablaba con un marcado acento de Milán. Reloj de oro y mocasines más brillantes que recién comprados.

—Muy bien pues vamos directamente a lo que hemos venido —contestó seco, el jefe.

El agente inmobiliario abrió la puerta y les hizo pasar. Cruzaron el vestíbulo, saludaron al conserje y subieron por el ascensor. Este se detuvo en el último piso, en el ático.

—Están de suerte. Este ático está muy solicitado. Pero llamaron primero ustedes y son los primeros a los que lo enseño.

«Menudo fanfarrón, por la cantidad que pides seguro que no hay mucha gente que quiera alquilarte este apartamento», pensó en sus adentros Vincenzo, el jefe, sin inmutar su expresión.

En el vestíbulo del piso 25 solo había dos puertas. Los dos habitáculos eran enormes, toda la planta del edificio partida en dos.

El milanés abrió la puerta y los hizo pasar. El ático era muy luminoso. El suelo era de mármol blanco y tenía muebles modernos de varios estilos y colores. La cocina estaba equipada con los últimos modelos de electrodomésticos.

El agente inmobiliario enseñó, en todo su esplendor, el inmueble. Los franceses estuvieron todo el rato casi sin hablar, solo se miraban entre ellos.

Una vez completado el tour, acabaron en la enorme terraza.

—Muy bien, ahora solo nos queda ver la terraza. A mi parecer es la mejor parte de todo este inmueble. Solo por esta terraza tengo una cola de gente que quiere alquilarlo. Si vais a hacer alguna cena de trabajo o de… —El hombre guiñó el ojo al jefe— placer, esto es el no va más.

Los tres hombres salieron a la terraza y miraron el horizonte. La vista era para cortar el hipo. A una altura de casi 100 m, las vistas de toda Milán eran preciosas. El atardecer pintaba las pocas nubes en el cielo con tonalidades rosas y naranjas. Era la hora perfecta para enseñar el inmueble a unos futuros inquilinos.

Pero los intereses de los dos franceses iban más allá. La terraza en la que se encontraban era precisamente la siguiente ficha de dominó del plan.

—Nos lo quedamos —dijo Vincenzo.

El agente inmobiliario levantó las manos y arqueó la boca.

—Perfecto, pues solo nos falta que firmemos el contrato y el apartamento es suyo.

En el momento de volver a entrar, algo les llamó la atención. En la azotea del otro edificio, comenzó a gran volumen una música de discoteca. Los dos franceses se detuvieron, se giraron y miraron hacia el lugar de donde provenía la música. Venía de otro ático en un edificio del mismo barrio. Se veían varias chicas bailando con vasos en la mano. Todo apuntaba que era una fiesta en toda regla. Dos hombres pinchaban música de discoteca y hacían cócteles.

—Vais a tener un muy buen vecino.

—Disculpe, ¿a qué se refiere?

—¿No saben quién es el inquilino de ese apartamento?

Vincenzo arrugo el ceño y miró al milanés.

—¿Debería saberlo?

—¡Por Dios! Es John Bellagio, el nuevo millonario italiano. ¿No lo conocen? Está en todas las revistas. Le llaman el enfant terrible.

Los dos franceses miraban la fiesta perplejos.

—¿Creen que les va a molestar? —preguntó el agente inmobiliario temeroso de que le cayera la operación por culpa del vecino fiestero.

El jefe ni siquiera le miró.

—No se preocupen, eso no es cada día. Lo importante es que no hagan cosas ilegales. —Se dio cuenta de que acababa de decir una tontería—. Bueno quiero decir, que el dueño no quiere que se hagan cosas raras en su inmueble, ¿ya me entienden no?

Vincenzo lo miró intensamente.

«Chaval eres afortunado, porque necesitamos este apartamento, si no ya estarías volando desde el piso 25» pensó el jefe y, sin dignarse a pronunciar una palabra, entró.

Los dos franceses salieron del edificio con el contrato bajo el brazo y las llaves en el bolsillo. Firmaron con nombres falsos y pagaron en metálico la totalidad que pedían, una fianza estratosférica y meses adelantados.

El apartamento en el barrio Brera era perfecto, no para ellos, para el plan. Lo usarían muy poco pero, para un truco, el mago necesita de una paloma blanca a pesar de lo poco que se quedará en el escenario. No importa lo que haga el mago porque haga lo que haga en su mano derecha, el truco se estará realizando en la izquierda. Y los espectadores quedarán boquiabiertos sin saber cómo narices lo hizo.

32

Morse.

El código fue inventado en el 1937. Creado por un estadounidense de nombre Samuel Morse. Una tecnología usada en su momento y abandonada. Sin embargo, en momentos de emergencia reaparece y recobra vida. Sale de sus cenizas para ayudar a los que lo invocan.

Eleonora era una mujer habilidosa, la formación holística que había recibido le sirvió para tener un pensamiento lateral. Eso le permitió pensar fuera de la caja y comunicar de una forma silenciosa e inesperada.

«Soy Eleonora Manfredi. Secuestrada en Milán el 18 de octubre. ¿Estás bien?¿Sabes quiénes son?», envió en mensaje morse la mujer.

A los pocos segundos el hombre, al otro lado de la tubería, contestó.

«Sí, estoy bien. No, pasamontañas. ¿Qué decían los periódicos en estos días?».

La mujer contestó subida a una silla y vaso en la mano, estaba llorando. Las lágrimas fluían en parte por la alegría de poder comunicarse con alguien pero también porque se daba cuenta de que no era la única en ser secuestrada. La situación en la que se encontraba no era para nada buena. Entre sollozos y lágrimas, encontró la fuerza para seguir comunicándose.

«Los periódicos solo tienen teorías, nadie sabe quiénes son. Hablan mucho de ti. Lo siento, no presté atención. Siempre piensas que algo así nunca te tocará. ¿Cuántos años tienes?».

Al otro lado el hombre contestó:

«No te preocupes, sé fuerte. 77 ¿y tú?».

La mujer contestó:

« 37 ¿Te han dejado salir alguna vez?».

«Solo al lavabo, nada más. ¿A ti cómo te tratan?».

La conversación siguió por varias horas. El sistema arcaico de comunicación no fue detectado por los secuestradores.

Vincenzo Bertrand y Gualtiero Lambert se habían dirigido a Milano. Cuando los jefes no están dejan el barco a la suerte los imprevistos. Las ocasiones aparecen cuando se baja la guardia. Y los subordinados desobedientes las aprovechan, como Albano Morisi. Alias *"Ciccio"*.

El joven miembro de la banda aprovechó que los dos jefes estaban fuera. Se dirigió hacia la celda de la mujer y comenzó su plan personal.

Era el tonto del grupo, la bala perdida de la familia Bertrand. El jefe había alistado en la operación a su sobrino para tenerle entretenido. El hijo de su hermana, sin trabajo hasta la operación en Italia. El tío le dio una oportunidad, a pesar de que algo le decía que no era buena idea. Los negocios nunca se deberían juntar con la familia. El jefe lo sabía muy bien, pero quiso dar una oportunidad al sobrino.

De piel clara, heredada de la familia de la Bretaña. Albano, de baja estatura, parecía que tuviese un balón de fútbol sala enganchado al cuello. Cabello corto, moreno y aplastado. El corte de pelo pronunciaba aún más el pequeño y esférico cráneo.

La expresión de su rostro aparentaba ser normal. Sin embargo, los ojos, el espejo del alma, eran espiritados, de loco, de desequilibrado.

Había nacido y crecido en una familia criminal, y él no fue menos. Su poca inteligencia le hizo caer en numerosas ocasiones en manos de la policía y pasar varios años entre rejas.

Abrió la celda, la mujer se encontraba subida a la silla. Esta, bajó de golpe en cuanto vio el cerrojo abrirse. Al joven criminal no le dio tiempo de entender qué hacía la mujer. Los dos se miraron. Ella con ojos de cervatillo asustado.

Él con una expresión en su rostro de lujuria, de gozo. Con ojos abiertos de par en par, deseaba lo que estaba viendo. El pasamontañas escondía sus facciones.

Se encontraron los dos, cara a cara, la mujer no entendía qué quería el hombre. Este llevaba una pistola en sus manos. No era la primera vez que alguien de ellos aparecía en su celda armado y con el rostro tapado, pero algo divergía. A pesar de la indumentaria en la cabeza, la mujer se asustó más por sus ojos que por el arma.

Esperó a que el hombre dijese a qué había venido.

Pasaron unos instantes quietos, una frente al otro, hasta que el hombre habló.

—Hola Eleonora —dijo mirándola de arriba abajo y se puso a reír —. Hoy te toca ducharte. ¡Vamos!

Mientras decía estas palabras, Albano escuchó un ruido metálico

que provenía del techo. Arqueó las cejas y levantó la mirada. La mujer se dio cuenta y para que no entendiese el sistema de comunicación que tenía con el otro secuestrado, se apresuró a salir.

—¿Dónde? —preguntó ella.

El hombre indicó el camino con un movimiento brusco de la pistola.

La mujer salió de la celda y siguió las indicaciones. La segunda puerta del pasillo estaba abierta y entraron. Lo que pudo ver, era un pasadizo largo lleno de puertas iguales, como si fuera una cárcel.

Entraron en un lavabo. El hombre le dio una toalla y se sentó en un taburete para ver a la mujer mientras se duchaba.

El lavabo de pequeñas dimensiones tenía una mampara mate, y azulejos de color azul. Hacía demasiados días que no veía ese color.

La mujer, una vez inspeccionado el lavabo, se giró hacia el hombre como diciendo «¿sales?».

Pero el joven secuestrador se quedó inmóvil, era justo lo que quería. Esperó que se fueran los jefes para hacer de la mujer su espectáculo privado.

El hombre se sentó encima del váter. No tenía ninguna intención de perderse ese momento. Su rostro, inquietante, delataba unas irrefrenables ganas de saltarle encima a la mujer.

—¡Venga, dúchate!

«Maldito baboso, esta… esta te la voy a hacer pagar», pensó la mujer en sus adentros con rabia.

Entonces se desnudó dándole la espalda al hombre y entró en la ducha. Todo el rato estuvo de cara a la pared, hasta que acabó de ducharse. Abrió la mampara lo justo para coger la toalla y se enroscó adentro. El hombre no se perdía un movimiento de la mujer. Una vez seca se volvió a vestir.

—Muy bien, buena chica, ahora de vuelta a tu celda.

El hombre, después de gozar de la función, la acompañó a su celda. Una vez dentro, antes de cerrar la puerta dijo:

—Nos volveremos a ver pronto, muy pronto.

Esas palabras sonaron en la cabeza de la mujer como un gatillo de alerta y de desesperación. Le transmitieron miedo y activaron en ella un sentido de vigilancia que jamás había tenido. Sintió que eso no se había acabado allí.

33

Modena.
Jueves, 23 de octubre, 1975
Dos días antes.

Necesitaban saber.

Necesitaban saber más cosas para tomar decisiones. Los sucesos que estaban azotando el pueblo italiano eran demasiado importantes como para no seguir investigando. El secuestro del patrón de la leche, la desaparición de la heredera del acero y el video enviado a la televisión eran mensajes claros. El mundo estaba cambiando, y el país transalpino más aún. La evolución de la humanidad seguía su curso, pero lo que estaba pasando a causa de esa nueva banda armada era muy preocupante.

El Commissario Malatesta y su mano derecha Bruno, se estaban dirigiendo a Milán. El Alfa Romeo del Commissario estaba recorriendo la autopista Brennero en medio de la campiña. Llevaban rumbo a la sede del periódico Corriere della Sera. Este había sido destinatario de una de las dos cintas que los secuestradores enviaron a los medios de comunicación. Necesitaban más datos. Para entender, para analizar, para prevenir.

—He estado tentado de no ir —dijo el Commissario—. Me imagino que la policía de Milán ya estará haciendo un gran trabajo.

—Seguramente Commissario, pero no está de más que vayamos nosotros también.

El Commissario, sin quitar los ojos de la carretera, emitió un sonido de incertidumbre.

—No me gustaría pisar los pies a nuestros compañeros de la policía que lleva esos casos. Pero siento que tenemos que ir.

Bruno no contestó, quedó en silencio.

—¿Quién tiene hoy el turno de seguir a Ferrari?

—Los agentes Brizzone y Lopiano —contestó Bruno Barbiero.

—Bien. Llevamos ya varios días detrás de él y creo que tenemos

suficiente información de todo lo que hace el Commendatore. Hace casi dos semanas que el Clan envió el comunicado a la televisión y al periódico… —dijo el Commissario y se cortó como si quisiera continuar.

Bruno le miró, como si esperara que dijera algo.

—¿Y?

—Nada. Consideraciones mías. La tranquilidad antes de la tormenta. Tenemos que estar preparados para el próximo sábado —dijo el Commissario y cambió de tercio preguntando— ¿Te apetece un caffè?

Justo pasaba delante de un cartel que señalizaba una estación de servicio.

Bruno asintió con la cabeza.

Malatesta salió de la autopista y entró en un "Autogrill". Aparcó el coche y entraron. Mientras el compañero iba al lavabo, el Commissario se encendió un cigarro y pidió dos caffès. Los hacían buenos en esos establecimientos, tal como le gustaban a él. Taza caliente, de bordes gruesos, peso de porcelana. Se encendió un Nazionale sin filtro y bebió en un sorbo el caffè aun hirviendo.

Dio una ojeada a la primera página de los periódicos mientras volvía su compañero. Pero nada le llamó la atención.

Regresaron al coche y reanudaron el viaje hacia Milán.

—¿Qué tal te va con Valeria? —preguntó el Commissario ya entrando en la caótica ciudad lombarda.

El copiloto le miró extrañado, y contestó.

—Bien, ¿por qué?

—Nada, simplemente por saber, como que a ti las mujeres te duran menos que a mí un cigarrillo, quería saber si continuabas con ella.

Bruno se rio.

—Seguimos, seguimos, quién sabe a lo mejor vamos a vivir juntos.

El Commissario abrió los ojos como si hubiese visto un fantasma.

—Caray Bruno, no pareces tú. Habrá que celebrarlo. Podría ser una buena idea que vinieseis a casa a cenar, de ese modo nos la puedes presentar oficialmente.

—Espera, no es nada oficial, lo estoy negociando con ella.

—Bueno, da igual, oficial o no, esa es la intención y es la que cuenta. Así que me gustaría que vinierais a cenar. Además, hace mucho que no hacemos una de nuestras cenas.

El Bruno miro fuera de la ventanilla y contestó:

—¿Por qué no? Podríamos, una vez que todo esto se haya acabado.

—Nunca se sabe en la vida, a lo mejor esto dura muchos meses. Hay que hacerlo antes. Hablaré con Carla y ya te diré. Hace años compré una botella de vino muy buena, me gasté una pasta. La dejé

en el garaje tanto tiempo que el día que quise abrirla con Carla era vinagre. Ahora no tardamos ni una semana en abrir las botellas de vino. La vida es eso Bruno, aprovechar los momentos, sin que estos se conviertan en vinagre.

El compañero no contestó, se quedó reflexivo pensando en lo que le acababa de decir su amigo.

Llegaron al periódico sin decirse ni una palabra más. Entraron por la puerta y en la recepción se presentaron. Les recibió una mujer detrás de un mostrador de madera. En su espalda aparecía un cartel enganchado a la pared con el nombre del diario.

La señorita con una falda cortísima y corte de pelo moderno, después de ver las placas, les dijo:

—Sí claro, llamo enseguida al director. Siéntense en esa salita y enseguida vendrá.

Los dos policías sentados, esperando al director, observaron el espectáculo delante de ellos. Por un lado: un ejército de periodistas con máquinas de escribir. Apretaban las teclas a velocidad de vértigo. Redactaban sumergidos y ofuscados en una niebla formada por el humo incesante de cigarrillos. Escribían con la misma voracidad que iban fumando, daban la impresión de funcionar a causa de la nicotina que aspiraban con avidez.

Por el otro lado, el de la pared, enormes maquinas semi rotativas sacaban la segunda edición del día. Cuando alguien salía por la puerta de cristal, dejaba escapar el ruido ensordecedor de la estancia.

A los pocos minutos entró un hombre en la sala de espera. Cigarrillo en la boca, pelo engominado hacia atrás, amplia frente y nariz pronunciada. Iba vestido de traje negro y corbata.

—Buenos días señores, soy el director del periódico. Me llamo Piero Ottone. ¿En qué puedo ayudarles?

—Soy el Commissario Malatesta y él es el inspector Bruno Barbiero, de la comisaría de Modena.

—Mucho gusto —dijo el director estrechándoles la mano—. ¿De Modena? ¿Qué habéis perdido en Milán?

—Lamento esta incursión, aunque parezca raro, venimos para ver lo que recibisteis el lunes pasado, la cinta de video que os hizo llegar el Clan Chassepot. Si es que aún la tenéis.

El director abrió los ojos de par en par.

—Hombre por fin, vengan por aquí.

—¿A qué se refiere con por fin? —preguntó el Commissario.

—Me refiero a que nadie de la policía ha venido a revisar lo que nos enviaron estos criminales.

El Commissario levantó las cejas, no podía dar crédito a lo que

escuchaba. El director y los dos policías atravesaron la intensa niebla de humo en medio de los periodistas. Bruno, que no estaba acostumbrado a fumar y le molestaba, atravesó la habitación tosiendo sin parar.

«Menos mal que no trabajo en esta cueva de locos», pensó en sus adentros mientras tosía.

—¿Cómo es posible que no haya venido la policía de Milán? —pregunto el Commissario

El director se encogió de hombros y abrió la puerta al final de la habitación. En esta había una placa que ponía “Director”.

Cerrando la puerta dejaron detrás la cortina de humo y el ruido de las teclas.

—Siéntense por favor —dijo el director indicando dos sillas, mientras se dirigía hacia un cajón de su escritorio y sacó un paquete de color marrón. Del que extrajo una cinta VHS.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el Commissario refiriéndose al cassette.

—Es la última tecnología en grabación doméstica. Recién estrenada en Estados Unidos. Es tan moderna que para poder reproducir su contenido tuvimos que ir a los centros comerciales “La Rinascente” y comprar un reproductor de estos chismes. Enchufarlo a una televisión de última generación y poderlo ver.

—Dios Santo. Menudo artilugio tan raro —dijo el inspector Bruno.

—Nosotros somos un periódico, no estábamos preparados para reproducir esto. Me imagino que la RAI, por ser la televisión nacional, sí estaban preparados.

—¿Y por qué han enviado a ustedes una copia y no solo a la televisión?

—No tengo ni idea Commissario. Se me han ocurrido muchas hipótesis, pero ninguna concluyente. Me imagino que la habrá visto el lunes pasado en televisión. ¿Quiere verlo otra vez?

—Sí, por favor.

El director se levantó, puso en marcha la televisión, introdujo el cassette en el reproductor y pulsó el play. Los pocos minutos de video se reprodujeron como arte de magia en la televisión, delante de los ojos perplejos de los dos policías.

—Director, permítame una pregunta. ¿Quién se puede permitir, no tanto reproducir esto, sino grabar con esta tecnología?

—Buena pregunta Commissario, me imagino que pocas personas y cuesta muchísimo dinero una cámara de video. En Italia aún no han llegado, no puedes comprarlas. De lo que entendí en el centro comercial solo se venden en Japón y en Estados Unidos.

«Qué interesante», pensó el Commissario.

Los pocos minutos de la grabación se reprodujeron y el Commissario que observó y retuvo todos los detalles del video.

—¿Puedo pedirle algo director?

—Claro, dígame.

—¿Puedo coger el sobre y el cassette?

El director le miró con expresión extrañada. Le pareció una pregunta algo bizarra, ya que no podía reproducirlo en su comisaría, pero accedió a dárselo. Introdujo el cassette otra vez en el sobre y se los entregó en mano.

El Commissario juntó las manos y dejó que el director lo depositará encima de ellas. Cerró los ojos y esperó sentir algo que con los ojos no podía ver.

34

Cerró los ojos y abrió la mente.

En los primeros momentos, el director le miró como un bicho raro. Bruno se percató y le hizo una señal con la cabeza como para que tuviese confianza en el Commissario.

Detrás de la puerta los periodistas seguían tecleando las noticias que saldrían en el periódico del día después.

El Commissario sujetaba la bolsa de papel con la cinta en su interior. Esperaba que algo sucediera, y así fue.

Poco a poco comenzó a ver la habitación donde fue grabada. Era una estancia oscura, con luz artificial y un hombre que hablaba, con pasamontañas. No era nítido, era una imagen gris, un espectro, un fantasma que hablaba.

Se vio teletransportado a un laberinto, no entendía qué era, solo veía un laberinto de pasillos y habitaciones.

Sintió frío.

Sintió soledad.

No consiguió ver a nadie más, ni entender dónde estaba. Solo apareció delante de él un chico joven, una figura gris, con las facciones marcadas. Hablaba, pero no entendía lo que decía. Le vio la cara, jamás la había visto antes. Este cogió el cassette, lo introdujo en el sobre y lo llevó a una oficina de correos. Atravesó campos con el coche hasta llegar a una ciudad.

Luego, la conexión con su sexto sentido se interrumpió. Algo falló o simplemente no consiguió entender nada más.

El Commissario intentó retomar la conexión, pero ya era en vano. Ya no lo consiguió. Entonces abrió los ojos, el director seguía mirándole extrañado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el director.

El Commissario le respondió con una sonrisa enigmática. Luego miró el paquete para ver de dónde provenía. Entonces vio que el sello era de la central de correos de la ciudad de Verona.

Malatesta arqueó las cejas.

—¿Nos lo podemos llevar? —volvió a preguntar el Commissario refiriéndose al paquete.

—Claro, pero déjenme una tarjeta de visita suya por si alguien viene a reclamarla que pueda hablar con usted.

Los dos policías dejaron la información donde se les podía localizar. Se llevaron el paquete, como si fuera un tesoro, y volvieron a la comisaría de Modena.

Regresando, condujo Bruno mientras que el Commissario iba apuntando ideas y preguntas en su libreta negra. Mientras escribía, las compartía con su compañero.

—¿Quién se puede permitir un equipo de grabación doméstico?

—Alguien que tiene tanto dinero como para llenar una furgoneta porta valores.

—Sí, es verdad, puede tener todo el dinero del mundo, pero también tienes que conocer esta tecnología y conseguirla en Japón o en Estados Unidos. ¿Te acuerdas lo que dijo el director?

—Ya.

—Sabes, me pregunto cuándo volverán a enviar la siguiente cinta. Porque esta es la primera y por supuesto no es la última.

—Lo que me ha extrañado a mí, Commissario, es que nadie de la policía de Milán haya ido a reclamar esa cinta.

—Sí, en parte tienes razón, pero yo creo que fueron a buscar la que llegó a la televisión y esta se les olvidó. De todas formas, haré un par de llamadas a algún contacto que tengo de Milán.

—Commissario, ¿qué sentiste en el despacho del director?

Este miró a su derecha, por la ventanilla. Contempló, por unos segundos en silencio, el atardecer que estaba pintando el cielo. De rojo, de rosa, de naranja y de otoño. El cielo y la paleta de hojas anaranjadas que caían de los árboles y que, con el viento, volteaban, enseñando su lado plateado antes de tocar el suelo.

—No estoy seguro Bruno, necesito estar solo.

El Commissario vio muy poco, pero el paquete llevaba muchísima más energía de la que acababa de notar. Necesitaba más tiempo y más tranquilidad para obtener una mejor conexión con su sexto sentido. Pero a pesar de eso, también sabía que el tiempo se estaba acabando. El Clan haría otro movimiento en el tablero de esa tácita partida y el Commissario era consciente.

Fossoli, Modena.
Viernes, 24 de octubre, 1975
Un día antes.

Fue incapaz de dormir.

Atormentado por lo que había sentido en el despacho del director del Corriere della Sera. Algo había notado pero no se había dado cuenta al momento. El cerebro, en ocasiones, tiene una recepción selectiva. A veces oye algo, no se da cuenta de ello y se despierta posteriormente.

Raras veces le pasaba; una idea, un detalle o bien una premonición satelizaba en su cabeza.

Atormentado, sí, por algo que no sabía qué era.

A las cinco de la mañana, cansado de removerse de un lado al otro, decidió levantarse de la cama.

«¿Qué es lo que no entiendo? ¿Qué es lo que no consigo ver de todo esto?».

Esas preguntas no le dejaron dormir esa noche.

Se duchó y bajó a la cocina.

Se encendió un cigarrillo sin filtro y colocó encima del fuego una cafetera.

Se sentó en la mesa y continuó pensando mientras se calentaba con el caffè. Pero no encontraba respuesta. Decidió irse a la comisaría. Dejó una nota en la mesa:

Carla, no he querido despertarte. No he pegado ojo en toda la noche. Me he ido pronto a la comisaría, nos vemos para la cena.

Te quiero.

PD: Te he dejado preparada la cafetera, solo tienes que encender el fuego.

Acto seguido se marchó.

Después de una hora entró en la comisaría.

Mengozzi aún no había llegado. Eso alegró enormemente al Commissario: no tener que afrontar discursos inútiles o escuchar sus habituales quejas.

El silencio de la mañana dominaba el edificio casi vacío. Cruzó el pasillo hasta su despacho, entró y se encerró en él.

Encendió la lámpara que tenía en el escritorio.

Se colocó en su sillón, se prendió un cigarrillo y se quedó contemplando el paquete que tenía en el centro del escritorio.

Él y el paquete, nadie más. Nada más.

Entre calada y calada, el Commissario observaba el envoltorio. Delante de él, quieto, en silencio, pero lleno de significado. Lleno de secretos.

En el sobre de color ocre había dos sellos debido al peso, estos presentaban una doble marca redonda por haberse enviado por correo. En su interior, el papel estaba acolchado con papel de burbuja para conservar intactos los objetos transportados.

Pasaba el tiempo y el paquete de Nazionali iba bajando. De la misma manera, el cenicero se iba llenando.

Entonces, solo cuando el Commissario sintió que era el momento, alargó la mano derecha y la colocó encima del paquete. Cerró los ojos y como en una meditación, esperó. Esperó y esperó, hasta que fue el momento. El momento vino y, de forma natural, su sexto sentido se conectó otra vez.

El Commissario sintió un fuerte mareo. Su respiración comenzó a intensificarse. No le gustaba, de hecho, no soportaba esa sensación que no controlaba. Aunque era necesario para avanzar no soportaba el don que tenía y que no acababa de controlar. Todo lo que no controlaba provocaba ansiedad en el Commissario. Tenía miedo de descubrir su futuro, el futuro de su mujer, de sus amigos, de sus compañeros. Cada vez que entraba en ese trance tenía el temor de descubrir cosas terribles, que pudieran pasar y que él no pudiera evitar.

Sentía el temor hacia lo desconocido, hacia la parte más irracional de la vida.

No había revelado a nadie que disponía de ese don, ni siquiera a Davide Petruccini. Sintió que fue un error no habérselo comentado, siempre lo posponía hasta que ya no tuvo la ocasión de explicárselo. Desde entonces no se lo explicó a nadie, excepto a Carla al cabo de muchos años. Bruno no tenía ni idea de lo que hacía cuando cerraba los ojos en esos momentos. Sin embargo no era tonto y algo se imaginaba. Pero de imaginarse algo a saber exactamente qué sucedía en su mente y lo que veía, había un buen trecho.

El mareo se intensificó. Viajó fuera de esa habitación en un viaje cósmico y sensorial. Y justo cuando estaba empezando tener respuestas de ese paquete la puerta de su despacho se abrió.

—¿Estás bien Commissario? —preguntó Bruno.

El Commissario sacudió la cabeza. Necesitó unos momentos para volver a entender dónde estaba. Miró el reloj, habían pasado dos horas desde que entró en trance.

—¿Qué pasa que ya no llamas a la puerta antes de entrar? ¿Haces como Mengozzi?

—Commissario, llevo 5 minutos llamando a la puerta, hasta que me preocupé y entré. ¿Estás bien?

Malatesta se frotó los ojos y comenzó a recordar todo lo que había sucedido durante ese trance. Delante de él seguía el paquete intacto, pero en ese momento la cinta de video estaba fuera de la bolsa. Perdió la noción del tiempo y también de lo que hizo. No se acordaba que había extraído la cassette VHS.

—¿Has desayunado? —preguntó Bruno.

Entonces, mientras intentaba recordar para contestarle a su compañero, una imagen se iluminó. Le atravesó una descarga eléctrica por toda la columna. Se acordó del detalle más importante que su sexto sentido le había regalado. Abrió los ojos de par en par, se le erizó el vello y miró a Bruno.

—Lo he entendido. Creo que sé lo que va a pasar —dijo el Commissario.

Cogió el paquete y salió disparado por la puerta.

—¿Pero qué bicho te ha picado?

—Ven conmigo Bruno, te lo explicaré en el coche.

3er ACTO

Hay tres maneras de hacer las cosas: la correcta, la incorrecta y la mía.
CASINO

Exígete mucho a ti mismo y espera poco de los demás. Así te ahorrarás disgustos.
CONFUCIO

36

Modena.

Sábado, 25 de octubre, 1975

El día cero.

Los días cualquiera ya pasaron.

Ya no quedaban. El destino los acabó, no tenía más. Cuando una cosa se acaba, se acaba.

Como la paciencia, de golpe se termina.

Como la vida, de repente se va.

Como la arena entre las manos, de un momento al otro, se escapa.

Así pasó con Ferrari, se acabó el tiempo para él. Nadie lo decidió por él, pero le pasó. El tiempo, llegó un momento, que no tuvo regreso ni voluntad.

Solo faltaba la esperanza, pero esta también se acabó, junto al tiempo.

Ferrari quedó solo, ante el destino, ante la voluntad de la providencia… o así pareció.

Un sábado como otros, para muchas personas de Modena, de Italia. Así quedaría en el recuerdo de muchas personas el veinticinco de octubre del mil novecientos setenta y cinco. Pero no para otras, entre las cuales Ferrari, que apuntaría en su calendario personal la tan controvertida fecha.

Una vez despierto, abría la ventana de su dormitorio, respiraba el aire fresco de una mañana de otoño. Luego se aseaba y su mujer Laura le preparaba un caffè y algo de desayuno.

Salió de casa como cada mañana, en la oficina le esperaban para gestionar los resultados de una carrera en la que la Scuderia Ferrari estaba compitiendo.

El chofer, delante del portón, con el moderno FIAT 131 color azul

desteñido le esperaba puntual. Impecable.

Ferrari contempló su casa desde la ventanilla del coche, junto a muchos más edificios del centro histórico de la ciudad.

Una patrulla de la policía de paisano controlaba los movimientos. Era un Alfa Romeo Giulietta, a distancia, con la intención de no ser detectada.

Pocas calles, recorridas con velocidad moderada, pero con firmeza. El conductor que también le hacía de guardaespaldas, se conocía el trayecto. Lo habría podido hacer con los ojos cerrados.

La ciudad de Modena se estaba despertando. Mujeres en bici volvían con el pan fresco y el periódico, sacudidas por el continuo temblor de las ruedas sobre el adoquinado del centro.

Hombres bien abrigados, como si ya fuera invierno.

Parejas que iban a desayunar a algún bar abierto y disfrutar del comienzo del fin de semana.

El coche aparcó delante de la barbería de siempre. El Commendatore salió del coche. Caminó hacia el local y entró.

Afuera, el hombre le esperó apoyado en el capó del vehículo, observando.

Todo normal.

Se encendió un cigarrillo y esperó con los brazos cruzados. Los músculos del exboxeador hinchaban las mangas del abrigo, transmitiendo confianza al ingeniero.

Da Antonio, la barbería, se encontraba delante de los pórticos de la ciudad, a dos pasos de la plaza principal de Modena. El chofer miró hacia su derecha, vio la “Ghirlandina”, la catedral que dominaba la plaza.

Ferrari recibió el trato de siempre.

Primero barba, luego paño caliente, espuma con pincel, afeitado y otro paño caliente con bálsamo, mientras se intercambiaban unas palabras. Antonio se había convertido en un confidente, en un psicólogo más que un barbero, casi en un amigo.

Acabó el servicio y se despidieron.

El barbero le abrió la puerta y el cliente salió. Dio un paso y se detuvo. Miró a los lados. Luego miró al cielo, gris claro, no vio el sol. Respiró y siguió hacia el coche.

En cuanto el Commendatore hizo el segundo paso, el chofer tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con sus botas. Dio la vuelta al coche para entrar por su puerta pero en cuanto se encontró delante del capó, una figura apareció delante de él. En un primer momento no le hizo caso, luego su cerebro desconectó el piloto automático y se enteró de lo que

estaba pasando.

Delante de él, un hombre con un fusil militar le estaba apuntando. Le estaba gritando, no entendía nada. El hombre llevaba el rostro cubierto, solo le entendía que se agachara. No pudo hacer nada.

Todo pasó en décimas de segundo.

Mientras tanto, un chirrido de neumáticos se oyó desde el final de la intersección. Un coche llegaba a toda velocidad, derrapando.

El exboxeador pensó que lo mejor era reaccionar, estaba para eso, pasase lo que pasase. Se detuvo, abrió los ojos de par en par por efecto de la adrenalina que comenzó a fluir por sus venas. El encapuchado gritó aún más fuerte pero cuando vio que el chófer se llevaba la mano al abrigo, le dio un fuerte golpe en la cabeza con la culata del rifle.

El exboxeador cayó con la frente abierta, delante de Ferrari, pálido y bloqueado.

De reojo, mientras caía ensangrentado, vio llegar un coche oscuro. Luego se desmayó.

El vehículo que apareció derrapando se detuvo delante de la barbería. Desde los pórticos apareció otro encapuchado, también armado con un fusil. Corrió por detrás del FIAT azul y agarró a Ferrari. Abrió la puerta y lo empujó dentro, sin importar su peso ni su edad.

Por detrás, a unos metros de distancia, a la patrulla de policía de paisano, justo le dio tiempo de entender qué estaba pasando y arrancó el coche. Tenía varios metros de distancia. Cuando llegó delante de la barbería, el coche de los secuestradores ya había arrancado.

El barbero vio la escena desde la puerta de su establecimiento. Petrificado. Con la boca abierta, pensando que tenía que ser una película.

Comenzó una persecución por las calle de la ciudad. Los neumáticos chirriaban sobre el adoquinado frío y húmedo. Afrontando las curvas, derrapando y sacando humo de las ruedas.

Cruzaron de lado a lado la plaza, delante de peatones asombrados. Sorteando bicicletas. Con la misma velocidad que se circula por una autopista.

Pasada la plaza, giraron a la izquierda por la arteria que cruzaba la ciudad; Via Emilia.

Los coches cogieron aún más velocidad. La patrulla de paisano llamó a la central avisando del suceso y que necesitaban refuerzos.

Los dos automóviles bajaban por la calle céntrica, esquivando los pocos coches y autobuses matutinos.

La falta de adherencia provocada por el asfalto húmedo y los estrechos neumáticos, complicaba la huida de los encapuchados. Mientras serpenteaban entre otros coches, a Ferrari le pusieron una capucha negra para que no pudiera ver el trayecto hasta donde le llevaban.

El coche de la patrulla, más potente y con menos hombres en su interior, no se despegaba del vehículo de los secuestradores. Este, viendo que no le distanciaba, activó un plan paralelo. El copiloto agarró la radio y dio una orden indicando al conductor que tenía que girar en una calle. Este dio un volantazo brusco a la derecha y se metió por “Via del Pozzo”. Una calle de cuatro carriles.

En el medio, el tren tranvía fue testigo de cómo los coches se iban persiguiendo.

La policía no podía disparar, ni siquiera a los neumáticos con el riesgo de alcanzar al ilustre rehén.

Siguieron zigzagueando por los coches que iban y venían en una mañana de sábado.

Cuando ya casi la policía le había alcanzado, una patrulla de la policía con las sirenas encendidas apareció al fondo de la calle que se acercaba.

—Perfecto —dijo el secuestrador en el asiento del copiloto—. Espera, espera, en esa calle de allí.

Los dos coches iban uno al lado del otro. Los conductores se pudieron mirar a los ojos. Los dos apretaron el acelerador hasta el fondo, a todo lo que daba el motor, estrujándose.

A los pocos metros antes de colisionar, el secuestrador indicó la calle donde girar. Y el piloto dio un volantazo a la izquierda, evitando ser interceptado por el coche de policía. Este tiró el freno de mano e hizo un trompo en medio de la calle.

La patrulla de paisano sorteó al coche policía, perdiendo segundos importantes y volvió a seguirle. Entró en la calle a la izquierda y el policía volvió a acelerar.

Era una calle estrecha, en contra dirección, sin tráfico, en un zona de oficinas.

Cuando iban por la mitad de esta calle y se veía el final, el copiloto dio la orden y justo a su paso, un camión de gran tonelaje salió de la calle de forma inesperada. Rozó el coche de los maleantes y cerró por completo el paso. El coche camuflado iba demasiado rápido, clavó los neumáticos, dejándolos cuadrados, pero fue en vano. La velocidad que llevaba no le permitió detenerse y chocó contra el camión.

Los dos agentes, con los cinturones puestos, recibieron un impacto fuertísimo. Detrás, en pocos segundos aparecieron varias patrullas de

la policía. Se fueron poniendo en fila y los agentes fueron bajando, empuñando sus armas.

Controlaron que los compañeros estuvieran bien y luego miraron el camión. Este estaba vacío, el conductor temerario se había escapado dejando la puerta del conductor abierta.

Al otro lado del camión, el coche de los secuestradores, giró a la izquierda y siguió la carretera paralela a la del desvío. Volvieron a tomar la "Via Emilia" dirección sur y al final se desviaron a la izquierda, por la autovía que rodeaba la ciudad de Modena.

Desaparecieron en el tráfico de un sábado. Los secuestradores, seguros de que ya no le seguían, se quitaron las capuchas y bajaron la velocidad. Se fueron camuflando entre otros vehículos.

El copiloto era Vincenzo y al volante Gualtiero. Detrás, otros dos paramilitares.

El secuestrado, con la capucha, estaba quieto, aceptando su destino y lo que le acababa de suceder.

No podía hacer nada, solo redimir cuentas a Dios y rezar. Iba hablando entre sí, diciendo plegarias que le ayudaron a soportar el viaje a oscuras.

A la hora, el coche entró en el búnker antiatómico de Affi, cerca de Verona. No obstante, dejó huella en la ciudad de Modena, en la sociedad y en su policía.

Entraron en el túnel, victoriosos. El rey, la tercera pieza del tablero, se posicionaba en una celda aislado del mundo. La partida de ajedrez se hacía cada día más compleja y la apuesta, más alta. De un lado los secuestradores, por el otro el gobierno italiano que tenía que pagar una cantidad desproporcionada de dinero. Pero en los otros dos lados, viendo la partida, estaba la opinión pública y, por supuesto, el Commissario Malatesta.

37

Se acabó la soledad.

Por lo menos por un momento.

Los secuestradores quisieron poner orden e informar a los rehenes de la situación.

Vicenzo disfrutaba con mandar y sentir en sus carnes el poder. Hizo tres equipos, cada uno tenía dos hombres, uno de ellos armado. Los dos con capuchas.

Los tres equipos fueron a sacar de sus respectivas celdas a los secuestrados. Pusieron una capucha a cada uno. Era la primera vez que salían de las celdas, que no fuera para ir al lavabo. Temieron lo peor, los pensamientos que pasaron por sus cabezas eran de mal presagio. No sabían a quiénes se enfrentaban. Y, peor aún, no imaginaban qué querían de ellos.

Los acompañaron hasta una estancia grande. Era la sala operativa de la ONU, donde se congregaban para deliberar solo las fuerzas aéreas.

Apartaron las largas mesas polvorientas. Posicionaron a los tres rehenes en círculo, en medio de la sala.

El primer equipo, que se quedó de pie detrás del primer rehén, levantó la capucha negra. Luca Marrone de repente vio la iluminación de la habitación. Un fajo de luz lo deslumbró, solo veía una sombra clara. Giró la cara, intentando protegerse. Arrugó la frente cerrando los ojos. En unos segundos recobró la capacidad, hasta ver con nitidez.

Se encontraba en un espacio iluminado por luces de neón. En el suelo había azulejos posicionados a forma de rombos transversales de color ocre. Tubos recorrían las paredes y carteles verdes. A los laterales, mesas de melanina gris y sillas acolchadas.

Delante de él; individuos sentados y encapuchados y cada uno con dos militares con pasamontañas detrás custodiándoles.

En una tarima alta un par de palmos, a su izquierda, un hombre, sigiloso con pasamontañas y con la barbilla alta.

El espacio tenía el techo alto, como de dos pisos y el olor era de

hospital, aséptico.

El hombre de la tarima hizo un gesto con la cabeza y otro militar quitó la capucha del segundo individuo.

Debajo, una mujer. También, deslumbrada por la luz.

—¿Eleonora? ¿Eres tú?

El jefe arrugó las cejas debajo del pasamontañas, sin que nadie se enterara.

—¿Luca? —contestó aún sin poder ver.

—Sí, soy yo, ¿estás bien?

—Sí, ¿y tú? —dijo abriendo los ojos poco a poco—. Ahora te veo. Me acuerdo de ti.

El jefe hizo la tercera señal y subieron la tercera capucha. Debajo, un hombre de casi ochenta años, con pelo engominado y enmarañado. También intentó protegerse de la fuerte luz de la estancia.

Los otros dos rehenes se quedaron en silencio, hasta que el hombre le reconoció.

—¿Dr. Ferrari? ¿Es usted? ¿Enzo?

El hombre miró a su alrededor, analizó todo antes de contestar. Los paramilitares, el espacio, los otros rehenes, las sinergias y las energías.

—Sí, soy yo. ¿Usted quién es? —contestó aún un poco cegado por la fuerza lumínica.

—Luca Marrone, patrón de MarroneLat. El dueño de la leche en Italia —dijo hinchándose el pecho—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —contestó mirándose—. Supongo que bien. ¿Y usted quién es?

—Eleonora Manfredi. Commendatore Ferrari, lamento mucho que esté usted aquí —contestó, mientras el jefe miraba impasible.

—Por cierto Commendatore, nunca le había conocido antes en persona. Pero me siento en deber de pedirle disculpas —dijo Luca.

Ferrari curvó las cejas.

—Disculpas, ¿Por qué?

—El mes pasado me compré la última Bentley. Preferí un coche inglés antes que uno nacional. No sabe cuánto lo siento.

—No se preocupe Sr. Marrone, nadie es perfecto. Mejor que compre esos armatostes británicos, lo más seguro es que usted no sabría apreciar mis coches —contestó presumido—. Por cierto, yo tomo leche Nestlé por la mañana, así que creo que estamos a la par.

—Bueno, ya está bien, callaos —intervino Vincenzo bajo el pasamontañas, con un marcadísimo acento francés—. Os doy la bienvenida a nuestras humildes instalaciones. Para los próximos meses esta será nuestra casa. Las reglas de convivencia son muy sencillas, en vuestras celdas no podéis gritar, tenéis que estar en silencio. No estáis

de vacaciones y tenéis que cumplir las órdenes que se os indiquen. Si respetáis estas mínimas normas no se os hará daño, nadie os tocará y seréis respetados por mis hombres. Quiero que sepáis que hemos pedido al gobierno italiano mil millones de liras como rescate por vosotros tres y muchos más que van a venir hasta que el gobierno no pague. Si realmente sois tan valiosos para vuestra nación como creemos, el gobierno pagará pronto seréis liberados. Si rompéis alguna de las normas de convivencia seréis sentenciados. Si ayudáis a un compañero a salir de aquí seréis sentenciados. Procuraremos que vuestra estancia sea lo más cómoda posible, dentro de las posibilidades que nos confiere esta infraestructura. Aquí se acaba nuestra primera reunión. Ahora volveréis acompañados a vuestras celdas y pasaréis allí la mayor parte del tiempo —dijo, e hizo el gesto a sus compañeros para que volviesen a poner las capuchas.

Los tres rehenes intentaron hacer preguntas y pasar más tiempo juntos pero fueron acompañados a sus celdas por la fuerza.

Vincenzo se acercó a Gualtiero, que se quedó fuera del plano de los rehenes. Se acercó con las manos detrás y sin mirarle le preguntó:

—¿Cómo es posible que Luca supiera el nombre y conociera a la mujer, cuando fue el primero en ser secuestrado y aislado?

Gualtiero levantó los hombros, sin darle importancia al asunto.

—Investígalo —ordenó.

38

Fossoli, Modena.

Domingo, 26 de octubre, 1975

El día después.

Malatesta.

Una vida pasada bailando en la línea de la legalidad.

Abrió los ojos, ya era domingo.

Un domingo controvertido. Un despertar con un sabor de boca extraño, agridulce.

Alargó la mano en la cama, Carla no estaba.

Resopló.

Se acordó que tenía turno de noche. Volvería a media mañana. Esa semana le tocaba guardia en el hospital de Carpi.

Se quedó un rato más en la cama, mirando el techo, hasta que las ganas de fumar se impusieron a la pereza.

Bajó a la cocina. El reloj no mentía, había dormido ocho horas seguidas. Un récord para la situación en la que estaba. Un logro para todo lo que estaba pasando. El peso de las noches pasadas en blanco cedió de golpe.

El primer cigarrillo era el mejor del día. Solo, en la cocina, saboreándolo, después de tantas horas sin su compañía. Apoyado en la encimera.

La tos era una compañera matutina inevitable, cuando la nicotina incrustada en sus pulmones, impedía el libre círculo del oxígeno.

Se rascó los bigotes y miró la radio. La encendió, para tener compañía. Dejó la estación de Jazz que siempre escuchaba su mujer mientras cocinaba.

Se preparó el caffè y se sentó. Ordenó las ideas y lo que tenía que hacer esa mañana, aprovechando que no estaba en casa su mujer.

Una vez alineadas, empezó.

Después de una hora parsimoniosa preparándose, salió de casa.

Se fue directo al quiosco, compró revistas y el periódico. Pagó y

regresó al Alfa Romeo.

Se encendió otro Nazionali y desplegó el enorme diario de color ocre.

El Corriere della Sera abría la primera página con un notición.

> **EL SECUESTRO FERRARI**
>
> Otro empresario desaparece. Probablemente de mano del Clan Chassepot
>
> ¿El gobierno pagará? O, ¿debe pagar?
>
> ¿Hasta cuándo desaparecerán empresarios? ¿Estamos a salvo?

El Commissario leía el diario con la ventanilla abierta. El humo salía. La fresca brisa de una mañana otoñal de la Pianura Padana recordaba la estación en la que estaba.

Entonces se dio cuenta de que la gente estaba comprando periódicos en masa. El garito, que exponía por los cuatro lados acristalados la prensa y las revistas, parecía un pequeño bazar de Estambul. En frente, un trípode exhibía la portada de los periódicos de más tirada. Los titulares sobre el hecho de más relevancia del día. Cada uno más sensacionalista que el otro.

Apagó el cigarrillo y se dirigió hacia Modena.

El corto viaje se hizo eterno. Tenía ganas de llegar a la comisaría.

Aparcó, cogió su cajetilla, las revistas y el periódico.

Entró y en la recepción estaba Mengozzi. A pesar de ser domingo, se encontraba en uniforme, corbata y americana, como un día cualquiera.

—Mengù, ¿qué haces aquí?

—Cummissà, mi mujer se ha vuelto al pueblo a ver su madre. Y lo siento —dijo abriendo los brazos como un niño—, en casa me aburro, aquí por lo menos soy útil.

El Commissario asintió con la cabeza, ya que a él también le pasaba lo mismo.

—Llego a saber que estás aquí, te traigo un croissant o algo.

—No Cummissà, estoy bien gracias.

—¿Se ha despertado?

—¿Quién Cummissà?

—Shhh, vaccaboia —contestó el Commissario con el dedo delante de la boca—. Mengù, nadie tiene que saberlo, por favor, es alto secreto. Por el amor de Dios, Mengù.

—Sí, sí, no se preocupes, es un secreto nuestro —dijo balanceándose de forma infantil—. No lo sé, no he bajado.

El Commissario miró el reloj.

—Bueno, considerando la hora, yo creo que sí. ¿Puedes preparar dos caffès y los bajas?

—Claro que sí, Cummissà —contestó chasqueando los talones y haciendo el saludo militar.

El Commissario bajó las escaleras. En los sótanos tenían las dependencias de los agentes que hacían la noche y que querían descansar. Eran las cuadras y los sótanos del viejo edificio rehabilitado de la Comisaría de Policía.

Acabando las escaleras un agente presidía la puerta, sentado, con los ojos que se le cerraban por el sueño y el aburrimiento.

Al ver al Commissario se levantó haciendo el saludo.

—Reposo Giovanni. ¿A qué hora te dan el cambio?

—En media hora Commissario —contestó el agente.

—Muy bien, buen trabajo. Vete, me quedaré yo con él, hasta que venga el siguiente turno. Vete a casa y descansa. ¿Sabes si se ha despertado?

—No he abierto la puerta, pero he oído que ha encendido la televisión por un rato.

—De acuerdo, vete.

El Commissario se despidió. Llamó a la puerta avisando de su entrada y abrió.

En el momento de entrar, se percató de que el aire estaba cargado, de no haber aireado durante la noche.

El perfume del invitado se había sobrepuesto al olor habitual de la estancia comunitaria.

Jamás habían usado esa estancia para eso. Pero estaban viviendo un caso excepcional y, como tal, necesitaban de actuaciones excepcionales.

El huésped de la comisaría estaba en el sofá, bajo una manta. Se percató que alguien entró, pero no se giró.

Estaba de espaldas, esperó que el hombre que había entrado se presentara.

—Buongiorno. ¿Qué tal ha dormido, Commendatore Ferrari?

39

Dos días antes.

Todo empezó el viernes.

El Commissario Malatesta sintió algo en el paquete. No tuvo suficiente en la oficina del director del Corriere della Sera, había más. Quiso descubrirlo.

Se puso en su despacho, solo, sin prisa, sin nadie. Solo ellos tres, el Commissario, el paquete y su tabaco.

La conexión fue profunda, necesitó tiempo pero al final sintió lo que había intuido. La misma sensación que no le había dejado dormir. Su intuición le pedía hacer lo que al final hizo. Le impidió dormir hasta que se dio cuenta.

Vio a los secuestradores, creyó en lo que iba a pasar y no se equivocó. La cadencia en los secuestros consiguió calmar la parte racional que no creía a su lado más sensitivo. Las fechas coincidían. No se lo acababa de creer, pero sí, era obvio y así parecía.

Necesitó una dosis de coraje que creía no tener. Hacer lo que iba a hacer sin que nadie lo supiera, ni siquiera un juez que lo autorizase.

«A veces hay que tomar responsabilidades, o las personas mueren».

Lo decidió, lo aceptó y lo ejecutó.

En el momento en que decidió cómo hacerlo, después de una idea brillante, entró Bruno. Y juntos se fueron a ver a una persona.

En el trayecto le explicó lo que sucedió en su despacho y qué iba a hacer.

Llegaron a casa del exinspector Eugenio Borsari. En situaciones normales se veía en el bar del pueblo, mientras los otros jubilados jugaban a las cartas.

Eugenio, extrañado les invitó a sentarse en su sala de estar.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el expolicía.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó el Commissario

El dueño de la casa miró a su alrededor.

—No, mi mujer se acaba de marchar al mercado y mi hija está

trabajando. ¿Qué pasa?

—Eugenio, si no fuera importante, no vendría a tu casa. Pero tenemos algo muy gordo entre las manos y no sé cómo preguntártelo.

—No sé a qué te refieres, dime… —contestó.

—Vamos a ver, por dónde comienzo… —el Commissario le puso en situación de los secuestros, del paquete, del informador.

—Muy bien y ¿en todo qué tengo que ver yo?

El Commissario suspiró.

—Cada vez que he venido a verte te he visto aburrido y algo deprimido. Creo que nos puedes ayudar en algo, en una misión, en una operación…

Eugenio le miró con el ceño fruncido.

Entonces el Commissario se levantó y se sentó a su lado, en el sofá y le contó todo el plan al oído. Mientras se lo iba contando, la expresión del exinspector fue cambiando. Primero perpleja, luego sorprendida y por último divertida.

Mientras, Bruno Barbiero le miraba y se daba cuenta de que cada momento que pasaba el plan del Commissario cobraba más sentido. El Commissario tenía razón: Emilio era el hombre que buscaban.

Una vez acordados todos los detalles y que Eugenio no podía comunicar a nadie lo que le acababa de decir, ni siquiera a su familia, el Commissario y Bruno se fueron.

Su segunda parada era la fabrica Ferrari, en Maranello.

Entraron en el despacho del Commendatore y le explicaron el plan. Este tomó por loco al Commissario y se negó a la idea que le propuso el policía. Necesitaron casi toda la mañana para convencer al ya anciano hombre. Su carácter áspero y tosco no permitía penetrar en su raciocinio y entender que era para su bien.

Al final, el Commissario pensó que no lo habían convencido ellos, sino algún santo de allá arriba. A lo mejor San Biagio, patrón y protector de Maranello, miró hacia abajo y les ayudó. Sin alguna intervención divina, seguramente no lo hubiese conseguido.

—…Y el dijo: A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de Dios, pero a los demás les hablo en parábolas, para que VIENDO, NO VEAN; Y OYENDO, NO ENTIENDAN —dijo el Commissario a Bruno, delante de la secretaria de Ferrari, justo saliendo de su despacho. Y concluyó—: Lucas 8:10.

Luego se fueron a la barbería en el centro de Modena, donde cada mañana iba a asearse el Commendatore. Explicaron el plan y la importancia de no revelarlo a nadie.

Luego volvieron a comisaría a plantearlo al resto del equipo.

El sábado, el día cero, después de organizarlo todo fue como se planeó, o casi todo. Pero lo principal estaba hecho.

El domingo, el Commissario se despertó y se fue a comisaría, bajó a los sótanos y allí estaba, parte de la misión estaba ejecutada. No sabía qué pasaría pero por lo menos el sacrificio de un peón, el informador, no había sido en vano. El “Rey” estaba a salvo y lo mejor era que muy pocos lo sabían.

40

En cuanto El Commissario Malatesta vio a Enzo Ferrari en el sofá de la comisaría, pensó: «Domingo de resurrección».

Se acercó.

—¿Cómo se encuentra Commendatore?

Ferrari estiró la espalda y se pasó la mano por el pelo, apartando los mechones rebeldes hacia atrás.

—¿Usted ha dormido en este sofá?

El Commissario negó mientras cogía una silla de la mesa del comedor y la ponía delante del ingeniero.

—Nunca.

—Entonces no sabe en qué condiciones tengo la espalda.

—¿Preferiría estar secuestrado? —dijo entregándole el periódico que llevaba en letras mayúsculas su nombre y una foto de repertorio.

Enzo le miró de reojo y arrugó el ceño. Le costaba aceptar que se había equivocado con lo que pensaba el Commissario. No era un trabajador suyo y aceptaba equivocarse. Pero tragó y acertó, aún que solo lo entendió sentado en el sofá de la comisaría.

Se sentía como un refugiado, un protegido de la mafia. En cierta manera lo era, no le gustó la sensación de sentirse apartado del mundo, de su mundo y de su rutina férrea.

Lo que tuvo que vivir no era tanto como lo que el Commissario le había ahorrado, confinándolo en la comisaría.

Mientras Ferrari leía la portada, el Commissario le repitió las normas.

—Para que no tenga tentaciones de llamar por teléfono, he cortado la línea de esta habitación. No recibirá ni realizará ninguna llamada. Nadie —dijo y volvió a decir como si fuera un mandamiento—. Repito, NADIE puede saber que usted está aquí. ¿Me ha entendido? No me interesa si se aburre o echa de menos a su mujer, a su amante, o a su perro. Nadie puede saber que se encuentra aquí encerrado. Si el mundo, fuera de esa puerta, se entera que no está secuestrado, será propagado por todos los diarios y en menos de veinticuatro horas encontraremos el cuerpo muerto de su doble en un arcén, mutilado o

degollado. ¿Me ha entendido? —Ferrari asintió—. Le llevaremos tres comidas, puede mirar la televisión, puede hacer lo que le plazca, pero todo aquí dentro y sin comunicarse fuera. —Entonces el Commissario le miró directo a los ojos y continuó—. Si llego a saber que ha llamado, ha salido o ha intentado comunicarse con el exterior, le aseguro que aplicaré toda la fuerza de la ley para que se arrepienta de haberme conocido y deseará haber sido secuestrado. ¿Me ha entendido?

Ferrari entrecerró los ojos y sin decir palabra asintió. La mirada fue un choque de trenes, pero la partida la dominaba Malatesta.

—Ahora bien, una vez entendidas las normas de convivencia en mi casa espero que pase un feliz domingo.

El Commissario hizo como para levantarse y recibió una pregunta.

—Espere. ¿Quién ocupa mi lugar en el secuestro? No quiso decírmelo el viernes, pero ¿ahora puede?

—Se llama Eugenio Borsari, es un exinspector de esta comisaría. Se había jubilado y siempre ha estado dispuesto a ayudarnos. Hace unas semanas fui a verlo y me percaté de su parecido, pero jamás me hubiera imaginado de cuánto. Parecéis dos gotas de agua, con vuestras diferencias. Los secuestradores, que no están acostumbrados a veros cada día, se lo han tragado por completo —contestó Malatesta y cambió de tercio, adoptando uno más tierno—. Quiero mucho a Eugenio, fue la mano derecha de mi mentor en esta comisaría, la persona que me enseñó este trabajo. Nunca me permitiría que le pasara nada. No tiene ni idea el conflicto interno que me causa haber enviado ese hombre en su lugar. Con cuarenta años de servicio, ya jubilado, con la vida resuelta. Nadie le obligó, solo la lealtad hacia la policía, hacia un juramento que va más allá de llevar una placa o una pistola. Algo que se lleva durante toda la vida, hasta que se expulsa el último aliento.

Hubo silencio.

—¿Cómo supo que iba ser el próximo?

—Eso no se lo puedo decir, digamos que ha sido una intuición y, seguramente mucha suerte.

—¿Suerte? ¿A mí me lo dice? —Ferrari se rió—. A otro se lo puede decir, pero ¿a mí? ¡A mí no! ¿Sabe qué contesto cuando los periodistas me preguntan, cómo ha ganado unas veinticuatro horas de Le Mans? ¿Se da cuenta que ganar una carrera que preparas durante un año, se corre por un día entero y mi coche pasa primero por la línea de meta con una ventaja de pocas décimas de segundo? ¿Se imagina la mole de trabajo que hay detrás? Pero lo peor, lo más denigrante es que los periodistas italianos quieren que les responda que ha sido el maldito azar. Que sea resultado de la suerte. ¡Ja, la suerte! Es insultante. La

suerte no entra aquí. Usted… no me quiere decir mitad de la historia.

El Commissario miró sus manos y prefirió no contestar.

Enzo lo entendió.

—Por lo menos me dirá, ¿cómo ha conseguido entender que era ayer y no mañana?

—Los secuestradores lo tendrán muy bien planeado y lo decían en la cinta enviada a la prensa. Ellos siguen un patrón. Cada dos semanas, en sábado, hacen el secuestro. Supongo que por una cuestión de agenda, de tráfico para escapar, porque los empresarios, en sábado tienen una vida profesional más liviana y no tan rodeada de gente, pero no es un domingo. Ese día siempre se está en familia, se va a misa, es más difícil. No sé, es lo que creo, es mi teoría.

—Entiendo —dijo mirándole con admiración—. Pero ¿quién será el próximo?

—Si lo supiera no estaría aquí. Si fuera adivino habría ganado la quiniela y estaría en una isla paradisíaca, mirando el periódico y leyendo cómo le han secuestrado a usted.

—No entiendo cómo el gobierno no paga para evitar esta situación.

—Tampoco soy un político, nuestra norma de la policía es de no pagar… así que imagino que el gobierno estará cumpliendo con sus protocolos. En fin, nosotros hacemos lo que podemos. Pero es verdad que no hay noticias ni declaraciones por parte del gobierno —dijo y se levantó.

Malatesta se acercó a la puerta y concluyó:

—Por favor, acuérdese de lo que le he dicho, y todo saldrá bien.

—¿Commissario?

—Sí, dígame.

—Quédese tranquilo que no voy a llamar a nadie, ni siquiera a mi perro, principalmente porque no lo tengo.

—Ya, hubiera preferido que me lo hubiese dicho de su amante, no de su perro —concluyó y le hizo el saludo militar.

El Commissario Malatesta salió por la puerta. El agente del segundo turno ya se encontraba en su lugar.

Intercambió unas palabras con el agente y se fue. Mientras subía las escaleras, un pensamiento le vino a la cabeza: Ese hombre de ochenta años estaría encerrado en esa habitación por mucho tiempo. Pero se sintió satisfecho, se dibujó en su rostro una sonrisa.

Salió de la comisaría y se detuvo en las escaleras. Se encendió un cigarrillo y después de tragar con voracidad una buena calada, miró al cielo y lanzó al viento unas palabras para su amigo Eugenio.

—Aguanta amigo mío. No sé cómo, pero vendré a rescatarte.

41

Modena.

Miércoles, 29 de octubre, 1975

Cuatro días después del secuestro.

Aplastó el paquete y lo tiró.

Abrió el cajón y rebuscó entre los numerosos objetos.

—Vaccaboia, tenía uno por aquí.

Siguió buscando, la abstinencia era una bestia que no sabía dominar. Hasta que lo encontró. Sacó la cajetilla arrugada de Nazionali sin filtro. Era la de repuesto.

Le sonó el teléfono antes que le diera tiempo de encenderse uno.

—Malatesta.

—Cummisà, ¿es usted?

El Commissario miró a su alrededor.

—Sí Mengù, ¿quién coño puede ser? ¿Qué quieres?

—Es el Procuratore Lo Carno, que quiere hablar con usted.

—¿Ha llegado? ¿Tengo que bajar o sube? ¡Que no se mueva! —dijo Malatesta.

El Commissario se vio en la nefasta tesitura de dar explicaciones a su jefe, el Procuratore della Repubblica della Regione Emilia Romagna. Sus palpitaciones se aceleraron abruptamente. Le cayó la ceniza en la camisa.

«Dios bendito, que no baje al sótano por favor. Solo faltaría eso, me corta el cuello, me diseca y me cuelga en su despacho», pensó.

—No, no Cummissà, que no, que no está aquí. Que lo tengo al teléfono, ¿se lo paso?

El Commissario estuvo a punto de gritar a Mengozzi lo que pensaba, pero consiguió retenerse. Cogió el auricular del teléfono que sujetaba con la mano y lo mordió por un segundo.

Se calmó, respiró y se tomó otro momento.

—¿Cummissà? ¿Está? ¡Le digo que llame en otro momento! ¿O

prefiere que le diga que se venga?

—Mengù, pásamelo. ¡Venga!

—Ahora mismo Cummisà.

Del auricular sonaron varios pitidos y finalmente se oyó al hombre.

—Procuratore Lo Carno. Soy Malatesta, buenas tardes.

—Malatesta, ¿cómo vamos? ¿Tenemos alguna novedad sobre el caso Ferrari?

—No tenemos nada de momento, pero tengo todos mis hombres barriendo la ciudad y alrededores. Seguro que pronto tendremos algo con qué tirar.

—Malatesta, le voy a ser sincero. ¿Tiene presente al Sr. Guazzino?

—¿Se refiere al Presidente de la Región Emiglia-Romagna?

—¡Ese! Pues tiene mis huevos encima de un tronco. ¿Entiende a qué me refiero?

—Sí. Le entiendo perfectamente.

—Bien, porque si están en esa posición los míos, en la misma situación están los suyos y los de sus agentes y el juez y el Carabinieri de Modena —dijo serio y concluyó con retintín—. ¿No sé si lo entiende?

—Perfectamente.

El Commissario no tenía un especial aprecio hacia el gordinflón que le estaba llamando, menos cuando le amenazaba con maestría de guante blanco. Nunca tuvieron una gran devoción recíproca. Pero se soportaban, desde que el capitán fue enviado, en exilio profesional, a Modena desde la capital italiana.

—Entonces espero que para el fin de semana tengamos alguna novedad que comunicar al presidente de la región y a los políticos de Roma.

—¿Algo más Procuratore?

—No, nada más.

—Gracias, buenos días —concluyó Malatesta y le colgó.

El Commissario resopló.

«Solo nos faltaría este viniendo en nuestra ayuda», pensó.

En una semana de investigaciones no había conseguido nada. Pero Bruno Barbiero estaba siguiendo una pista con potencial.

Se sentía fuerte el Commissario, le hubiera encantado enseñarle su baza, el as en la manga más grande que jamás había tenido. Rastreárselo por la cara, pero no podía. La seguridad del plan pasaba por guardarse su ego, de momento, para conseguir que la misión llegara a buen puerto, aunque no sabía a qué puerto se estaba dirigiendo. Ni tampoco en qué dirección se encontraba el puerto.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —contestó Malatesta.

—¿Se puede?

—Ohh, sí pasa Bruno, dame alguna buena noticia.

El inspector entró perfumado, a pesar de ser media tarde. Llevaba una camisa elegante a rayas, un traje oscuro con americana cruzada, pañuelo blanco, calcetines blancos y mocasines brillantes. Por encima; un abrigo desabrochado. Con actitud de caballero, espalda erguida, nariz de punta y facciones marcadas.

—¿De dónde vienes tan elegante? O a lo mejor tengo que decir ¿a dónde vas?

—Bueno, he prometido a Valeria que la llevaría a la ópera esta tarde. Si no te importa me iría antes.

—Claro, disfruta de la vida. Por cierto, el otro día me dijo Carla que el siguiente fin de semana estará en casa y no tendrá guardia. Me ha preguntado si queréis venir el viernes a cenar a casa. Le apetece conocer a la famosa Valeria.

Bruno tensó los músculos del cuello.

—¿Famosa? ¿Famosa por qué?

—Bruno, venga que no tengo tiempo, desde el día que Carla te salvó en urgencias que tus novias no duran más de un par de citas. ¿Cuántas nos has llevado a casa en estos años?

Bruno se giró para asegurarse que la puerta estuviera cerrada y dijo bajando un poco la voz.

—Te acuerdas la brasileña con… —Bruno, con las manos dio a entender la proporción de los pechos— dos melones así.

—Sí, sí. También me acuerdo de esa… sí. ¡Bruno, céntrate! En fin, ¡le confirmo que vais a venir! Ahora siéntate que tenemos cosas más urgentes.

El inspector Barbiero se sentó.

—Me acaba de llamar el capitán. —El rostro de Malatesta cambió al instante—. Me ha dado a entender… sutilmente, que tenemos problemas, ¡serios!, si no encontramos pistas sobre Ferrari.

—A ese le deberíamos llamar y deshinchar con un alfiler, a ese gilipollas —gritó Bruno levantándose—. Se merecería que viera quién tenemos aquí abajo, gracias a ti Commissario. No es justo que te trate así.

—Bruno, ¡siéntate! No es momento para eso. Vamos a ver, dime por favor qué has averiguado con las pistas del furgón porta valores asaltado en la autopista.

—Nada, poca cosa. Un trabajo de profesionales. Eso sí, hemos encontrado que la sustancia explosiva solo se encuentra a disposición en pocos lugares. Es material militar, mercado negro. También los proyectiles vienen de fusiles Kalashnikov y otros con un nombre raro, todo armas militares.

Malatesta pensó y dio una calada honda al cigarrillo.

—Humm bien, buen trabajo. ¿Por qué no llamas a…? ¿Cómo se llama?

—Ya lo he hecho —dijo interrumpiéndolo—. Dino Bentivoglio.

—Exacto —contestó sorprendido.

—Va a averiguar. Dice que hay alguien que últimamente está comprando mucho material. Dice que tanto material, es para casi un ejército. Un tipo raro, con acento francés. No sabe dónde está, ni quién es. Dice que intentará averiguar más cosas.

—Son ellos.

—Creo que sí.

—Pero eso es como buscar una aguja en un pajar. Pero hay que seguir esa pista, tenemos que tirar de ese hilo. Bien hecho. ¿Próximo paso con Dino?

—Me llamará él en un par de días. Averiguará y nos dirá.

—Acuérdate que es muy despistado ese hombre, no le pierdas la pista, pero con tacto Bruno, sin agobiar.

—Bueno, si me permites… —Bruno se levantó e hizo un paso del Walzer—. Tengo una cita.

—Desaparece de mi vista —dijo el Commissario haciendo un gesto con la mano para que se fuera.

—Eso se llama envidia.

—Cierra la puerta por fuera, anda.

El Commissario se quedó hasta tarde mirando documentos y pensar en su panel de indicios, fotos, recortes de periódicos y flechas con títulos. Todo se ataba y nada lo hacía a la vez.

Sintió el peso del cansancio. La nicotina ya no tenía efecto en sus neuronas, la concentración fallaba.

Decidió marcharse.

Como de costumbre, todas las veces que llegaba y se marchaba, pasaba por las mazmorras de la comisaría para visitar a Enzo Ferrari. Cada día que pasaba estaba más nervioso y se alargaba su barba. A Malatesta le parecía cada día más a un león en una jaula.

El tiempo apremiaba, y las presiones comenzaban a llegar desde Roma.

42

Fossoli, Modena.
Viernes, 07 de noviembre, 1975
Trece días después del secuestro.

Apagaron la radio.

Encendieron el tocadiscos que Carla había heredado de su padre. Pusieron un vinilo de jazz que guardaban para las grandes ocasiones.

La mesa estaba vestida de gala. Redonda, en el salón y al lado de la ventana. Puesta con el mantel bueno y la porcelana de las ocasiones especiales. Faltaba bastante para Navidad pero la atmosfera era casi parecida, por lo menos los ánimos sí.

La noche lo merecía.

Así esperaban Carla y el Commissario, abrir su casa y sus brazos a Valeria, la novia de Bruno, la chica que estaba apuntalando la estabilidad emocional del soltero de oro de Modena.

Todo apuntaba a una velada espléndida.

El Commissario, en tejanos y camisa blanca con jersey de color azul. Carla, más calurosa, en blusa, falda larga y delantal para evitar posibles momentos desafortunados provocados por manchas y salpicaduras de cocción.

—Cariño, abre el vino.

El hombre de la casa desenroscó la jaula metálica que aguantaba el tapón a forma de champiñón, como los del cava o el champagne. Al quitarlo, salió un resoplido de gas, de vida, de fiesta.

Vertió en dos copas y las llevó a la cocina.

—¿Brindamos?

Carla se giró y sonrió.

—Por Bruno y su elección —dijo Carla subiendo las cejas.

—Por nosotros —replicó él.

Las copas de cristal se tocaron como un pellizco, casi un beso de vidrio. Luego bebieron. No habían tenido tiempo de saborear el vino, cuando el timbre sonó.

—Voy yo —dijo el Commissario y abrió la puerta.

Allí estaban, en el rellano, encima de los pocos escalones que tenía la casa antes de entrar. La luz de la cálida bombilla de la entrada iluminaba a los dos enamorados.

Los enormes ojos de ella reflejaban sus pensamientos y emociones.

Radiante.

Preciosa.

El Commissario quedó deslumbrado. Acostumbrado a verla en uniforme, quedó sorprendido por la belleza y el porte de la mujer. Llevaba un vestido de fantasía última moda, que se detenía dos dedos por encima de las rodillas. Llevaba unas mallas color tabaco, que resaltaban sus piernas, largas y esbeltas. Las mangas acababan con puños en forma de campana. Diadema del mismo color del vestido.

El Commissario no dijo nada.

—¿Podemos pasar? —preguntó Bruno.

—Claro, entrad —dijo y abrió la puerta del todo para que pudieran entrar.

—Commissario, Valeria —dijo Bruno

—Hola Commissario —replicó ella encogiendo el cuello.

Los dos se dieron dos besos, como si fueran otras personas, nada qué ver con las que se veían cada día en la comisaría.

Carla salió de la cocina y, de la misma forma, quedó electrizada por la joven mujer. Se estiró el delantal y le pasó las manos para quitar posibles migas. Se aclaró la voz.

—¿Valeria?

Ella asintió.

Se saludaron, mientras Malatesta cogió el abrigo de los dos invitados.

—Pero qué bonito este vestido —dijo Carla—. ¿Dónde lo has comprado?

Valeria se sentía un poco avergonzada por los halagos que iba recibiendo. La joven demostraba la intención de caer bien y dar una buena impresión a los amigos de Bruno. Para la ocasión compró el vestido.

—Es una marca de moda, se llama NDA. Algo así como *Navigation d' Afrique*. Es una fábrica de Carpi, están triunfando. Lo compré en una boutique de Modena.

—Caray. No lo conocía, voy a ver en mi tienda si puedo conseguir uno parecido.

—¿A mí no me saludas? —preguntó Bruno a Carla.

Ella se puso a reír. Se dieron un fuerte abrazo, largo, intenso.

—Me gusta —dijo Carla al oído sin que la novia se enterase.

Bruno sonrió.

Empezaron con los aperitivos y antes de la cena, el Commissario, quiso hacer una foto del acontecimiento. Sacó la Polaroid y se hicieron una los cuatro juntos. Una vez revelada, la apoyó cerca del tocadiscos que inundaba de notas musicales a ritmo de jazz.

Se sentaron a la mesa.

Comenzaron a beber el vino. Malatesta iba directamente a la bodega de Santa Croce, para comprar el tipo de Lambrusco Grasparossa, a por el mejor. El color cereza, con los aromas a frutos rojos y las burbujas llenaban de cuerpo el vaso y el paladar. Un vino adecuado al menú.

—Carla es una gran cocinera, ¿sabes Valeria? —dijo Bruno apuntando a la cocinera—. ¿Qué ha cocinado hoy la chef?

—Bueno, sabéis que siendo viernes y este señor siendo cristiano, no puede comer carne. Así que el menú de hoy es muy sencillo —dijo señalando a su hombre. Espero que te guste Valeria, no sé si ha salido bien, pero lo he hecho con mucho cariño.

—Yo tampoco como carne en viernes… y no sabía cómo decirlo.

—Sí, hemos tenido un momento de tensión en el coche mientras veníamos —dijo Bruno.

—¿Momento de tensión? No te preocupes, a mí puedes decirme cualquier cosa. ¡Déjalo a este con sus excentricidades! —concluyó Carla mirando a Bruno—. Bueno empecemos.

El aperitivo estaba compuesto por unas tablas de madera con cuadraditos de Focaccia[4]. Escamas de Parmigiano Reggiano[5], con gotas de vinagre balsámico de Modena. Y, por último, Stracchino[6].

Los comensales degustaban el aperitivo, hablando de futilidades y bebiendo el espumoso.

Acabado el aperitivo, Carla retiró los platos. Al cabo de unos minutos, llevó una sartén con la pasta.

La expectación de los comensales se encontraba en las estrellas. Bruno se frotaba las manos y daba ligeros codazos a Valeria, como si quisiera decir, «¡ya verás ahora!».

La cocinera repartió. El plato con la pasta estaba servido.

El olor que desprendía era sublime.

El Commissario se rascó los bigotes y comenzó a salivar.

—Tiene una pinta maravillosa, perdone mi ignorancia, pero ¿qué es?

—Claro Valeria, son Tortelli de calabaza —dijo ante el estupor de algo que la joven mujer nunca había visto ni probado—. He vivido unos años en Mantova y ahora es época de calabazas. Con ellas se

hace esta pasta rellena. Siendo viernes la he acompañado con mantequilla y salvia. Si fuera otro día, los habría salteado con salchicha desmigada.

Los ojos de Valeria estaban abiertos de par en par, esperando que acabara de describir el plato para probarlo.

El Commissario le pasó un bol.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Parmigiano rallado. ¿Quieres?

—¿Quiero? —preguntó Valeria mirando la cocinera.

—Claro, si te gusta el queso rallado.

—Sí, por favor.

El Commissario espolvoreó la pasta abundantemente.

Por fin la joven mujer comenzó a comer. La explosión de sabores se derramó por la boca, luego por las papilas gustativas e irradió a todas las neuronas del cerebro.

Notó el sabor fuerte de la pasta y de la calabaza. Luego de la salvia y de la nuez moscada. De la esencia de mostaza, del queso y de la mantequilla que armonizaba todos los sabores.

La poesía culinaria envolvió Valeria y se sorprendió del manjar que estaba comiendo.

Quedó sin palabras, casi emocionada, con los ojos brillantes.

—Nunca había probado algo así —confirmó Valeria a la cocinera mientras los dos hombres hablaban de sus temas.

—¿De dónde eres Valeria?

—De Roma. Esto está extraordinario, Carla. ¿Nunca has pensado en montar un restaurante?

La anfitriona rio.

—No Valeria. No soy tan buena cocinando y prefiero salvar vidas —acabó haciendo una seña con la cabeza indicando a Bruno, refiriéndose al día que le salvó la vida y, gracias a eso conoció a Malatesta.

—Haces de comer para los dioses…

—No, qué va, hoy no sé porqué no me han salido del todo bien. Cuando quieres quedar bien, nunca te salen las cosas perfectas.

La joven mujer quedó sorprendida por la respuesta, pensó que si ese era el resultado de cuando no le salían bien, ¿qué sabor tendrían cuando le salían perfectos?

La cena siguió de la mejor de las maneras.

Llegaron al postre.

La cocinera puso en la mesa un bollo alargado y chato.

—Esto Valeria es un Bensone.

—¿Bensone? Tiene nombre de cantante.

Los cuatro se rieron.

—No, es un postre típico de Modena. Es muy seco, hay que comerlo empapándolo en vino, o lambrusco… mejor con Vin Santo. —Carla le guiñó un ojo.

—¿Qué vino quieres Valeria? —preguntó Malatesta.

—¡Vin santo! —contestó y Carla le volvió a guiñar el ojo.

—Lleva una mermelada —afirmó la joven mujer.

—Sí, exacto, de ciruela.

—Está exquisito, ¿pero esto también lo has hecho tú?

Carla se rio.

—No, esto lo compro, no tengo tanto tiempo.

Después del postre, siguieron hablando.

—Entonces Bruno, ¿cuándo iréis a vivir juntos?

Bruno casi se atragantó bebiendo un vaso de agua y Valeria abrió los ojos y se puso la mano delante de la boca.

—Bueno, no sé, la verdad es que a mí me gustaría —contestó mirando a su pareja.

La tensión se disparó en la mesa. La energía cambió.

Bruno quería que Valeria fuera a vivir con él y ella lo veía demasiado pronto. Las cicatrices del pasado seguían picando.

—Carla, propongo un brindis.

Los cuatro levantaron la copa.

—Propongo brindar por estos dos maravillosos agentes de policía y excelentes personas, que tengan un futuro próspero y… —el Commissario hizo una pausa y miró a los cuatro a los ojos— el mundo al revés.

Rieron sin entender el chiste y bebieron.

—A qué te refieres con “el mundo al revés”? —preguntó Bruno sin saber dónde se metía.

—Que es la primera mujer que no quiere ir a vivir contigo. Ella es la buena, que no se te escape —contestó el Commissario desvelando que llevaba una copa de más.

La noche pasó como un vaso de un buen vino en una comida agradable. La Polaroid quedó para siempre impregnada del momento. Las risas, las conversaciones, los sabores, todo quedó para siempre, un recuerdo indeleble, grabado en sus corazones.

Los cuatro desconocían lo que iba a pasar en los siguientes días, si lo hubiesen sabido, hubieran alargado hasta al amanecer esa preciosa velada. Si lo hubiesen sabido hubieran celebrado la vida hasta el

alba… pero no fue así.

Después de esa noche, solo quedó el recuerdo que provocaba escalofríos al evocarlo y una Polaroid, olvidada al lado del tocadiscos. El mismo que, de una forma silenciosa, puso la banda sonora a la cena más especial de esas cuatro vidas.

[4] [Pan fermentado con aceite de oliva virgen extra, romero y cocido al horno. Un panificado típico de Génova.]

[5] [queso de pasta dura madurado 36 meses, típico de la zona de Reggio y Emilia]

[6] [queso de pasta tierno, fresco y muy cremoso, casi líquido]

---

4 [Pan fermentado con aceite de oliva virgen extra, romero y cocido al horno. Un panificado típico de Génova.]

5 [Queso de pasta dura madurado 36 meses, típico de la zona de Reggio y Emilia]

6 [Queso de pasta tierno, fresco y muy cremoso, casi líquido]

43

Milano.

Sábado, 08 de noviembre, 1975

Catorce días después del secuestro.

Sábado.

Otro sábado de tempestad.

No de lluvia, de cambios.

Barrio Brera, Milano.

En el ático del edifico más moderno y glamuroso de la ciudad se estaba celebrando una fiesta. Las luces y sonidos se proyectaban hacia las estrellas. Un fajo de luz colorada, directamente desde donde estaba el anfitrión de la noche, hasta el cielo. La nueva sensación del momento.

En el ático todo era ostentación y alcohol, música y excesos. Hombres y mujeres de la élite milanesa. Los más guapos, los más ricos, los más vips participaban en las fiestas que últimamente montaba el nuevo rico aterrizado en la ciudad.

Los vecinos temblaban los sábados por la noche, las fiestas cada vez más ruidosas y que empezaban antes, alteraban el barrio entero.

Todo comenzó cuando un joven llegó de Estados Unidos. Rico y excéntrico, un nuevo rostro, considerado de los más influyentes en la lista Forbes.

John Bellagio.

Estados unidos lo escupió como el Enfant Terrible del momento. Rico, muy rico. Acababa de vender una sociedad de videojuegos a una multinacional. Inventó un aparato que se conectaba a la televisión y se podía jugar con cartuchos intercambiables. Se llamaba Atary. Revolucionó el mundo del entretenimiento con su invento y gracias a patentes, lo más importante.

No se tenía constancia de dónde procedía este brillante chico de treinta años, de origen italiano. Su pasado se perdía en el océano el día que emigró del país transalpino. Cuando regresó habían pasado

demasiados años y demasiados sucesos cómo para recuperar tal información.

Una vez convertido en el hombre del año por la revista Times, empresario del año por Forbes y otros reconocimientos, despertó el interés de su país natal.

«Nadie es profeta en tu tierra».

Así que el gobierno italiano le concedió el título de *"Cavagliere del Lavoro"*. Pocas personas, cada año, tenían la posibilidad de poder ser nombradas.

El día que se lo concedieron, ya estaba viviendo en Italia. Su equipo de marketing, concepto en Italia aún muy verde, envió una nota de prensa a todos los medios. Para la entrega, los medios esperaban al famoso Bellagio, aunque no sabían qué les esperaba.

La plaza de Roma se encontraba repleta de periodistas. Cuando faltaban cinco minutos para la ceremonia y aún no se había presentado, pensaron que era un bulo.

Entonces una avioneta sobrevoló la capital. De esta, un hombre se tiró. A los pocos segundos se abrió el paracaídas y fue planeando hasta aterrizar en la plaza. Se quitó el artilugio y siguió caminando para entrar en el edificio donde le esperaban. Los periodistas, boquiabiertos hacían fotos como si hubiese llegado un rock star.

Bellagio acababa de hacer su entrada en la sociedad italiana, fotografiada por los diarios más importantes.

John Bellagio, guapo y con ojos verdes como los billetes de dólar. Tez rojiza con pecas. Mirada pícara y felina. Pelo rubio y peinado hacia un lado. Delgado e irreverente. Llevaba un vestido de traje gris hecho a medida en Inglaterra, con camisa negra y corbata negra. Pañuelo blanco en el bolsillo, del que solo sobresalían tres puntas.

Una vez desabrochado el paracaídas, su actitud en caminar y acercarse al evento en su honor lo decía todo: "He venido a Italia a triunfar y lo voy a hacer por la puerta grande".

Retiró el galardón, dio una rueda de prensa. Después, a la salida del edifico estatal, le esperaba un Aston Martin DB5, el mismo de James Bond que hacía pocos años que dominaba las taquillas de los cines y todos los gentleman querían tener un parecido al personaje de las novelas de Fleming. Un caballero de otros tiempos, de otras tierras. Lo exótico siempre ha suscitado admiración.

Eligió que Milán fuera su casa. Roma era demasiado conservadora e institucional. Necesitaba trasgresión, nuevos estímulos, nueva vida.

Compró el mejor ático de la ciudad y todos los sábados daba fiestas. Se convirtieron en legendarias, si no estabas en la lista de

invitados, no eras nadie en Milán. John, un hombre sin compromiso, las mujeres caían a sus pies, por su elegancia, por su dinero.

Ese sábado fue diferente.

La fiesta comenzó antes. Duró toda la noche. Hacía frío en Milán, pero la terraza venía calentada por la música, por los bailes y el alcohol.

John se encontraba con un selecto grupo de amigos en los sofás internos, mientras afuera el resto de invitados seguían bailando. Cada vez que el anfitrión levantaba los ojos, todas las invitadas le lanzaban miradas. Pero esa noche ya tenía a su lado a la mujer elegida, solo faltaba un momento propicio para seducirla. Como era habitual, esperaría que la fiesta se acabase y entonces ella se quedaría a pasar la noche. Sin embargo, esa noche algo fue distinto.

Desde la terraza comenzaron a llegar voces y ruidos extraños. Los huéspedes del sofá se levantaron y se acercaron a la terraza. Los invitados no se lo podían creer, a medianoche el ático de enfrente con luces y música comenzó a lanzar fuegos artificiales, capturando la atención de todos los asistentes. Los juegos pirotécnicos de los vecinos llamaron la atención de media ciudad. Los cohetes que salían de la azotea llegaban a centenares de metros por encima de los rascacielos milaneses y creaban figuras preciosas, coloreando la gris noche.

Todos los invitados de Bellagio, con las narices hacia el cielo miraban los fuegos de colores. Mientras, John con la chica elegida, fueron retrocediendo sigilosamente. Desaparecieron sin que nadie se enterase.

El hombre se la llevó de la mano. Él comenzó a besuquearle el cuello por el pasillo. Le levantó la falda y comenzó a pasar sus manos por todo su cuerpo. Al entrar en el dormitorio, la mujer ya había perdido las braguitas y la noche prendía fuego de verdad.

Cuando entraron en el dormitorio, antes de que él pudiera encender la luz, cubrieron su cabeza con una capucha negra. Dos hombres le cogieron y le maniataron. La mujer no entendió qué sucedía. Sin darse cuenta se encontró en la cama, maniatada y con cinta americana en la boca. Solo consiguió ver una imagen torcida y sesgada. Pensando en lo peor, su corazón disparó los latidos. El miedo ofuscó su visión torcida. Los dos hombres de negro, iluminados por la luz del pasillo, arrastraban a Bellagio encapuchado.

La mujer se quedó en esa posición. Solo cuando los fuegos artificiales acabaron y terminó el champagne, los otros huéspedes les buscaron. Pero solo encontraron a la mujer.

Cuando llegó la policía ya no había rastro del Enfant terrible.

Su Aston Martin se encontraba aparcado en el garaje.

Entonces lo entendieron, el patrón seguía.

Sábado.

Empresario.

Había sido secuestrado por el Clan Chassepot.

Otro.

El cuarto.

La caza continuaba y la policía seguía a remolque de los sucesos, sin esperanza visible de atraparlos. Solo una persona podía, y pronto tendría su oportunidad.

44

Modena.

Domingo, 09 de noviembre, 1975

Quince días después del secuestro.

El cuadro era claro.

Pero a la vez, confuso.

El humo negro entraba en los pulmones del Commissario. Con avidez, con fuerza, con insistencia.

Delante de él, el cuadro con toda la información de los secuestros. Fotos, recortes, mapas. Nada coincidía y nada se ataba.

Las noticias de un cuarto secuestro acababan siendo dadas con el telediario de la noche.

«¿Qué es lo que no estoy viendo?».

Se rascó los bigotes y luego la nuca.

«El patrón es claro, ¿pero por qué ellos?»

—La pregunta es quién será el siguiente.

—¿Y dónde los llevan? —preguntó Bruno.

—Si miras, los secuestros no coinciden en una clara zona geográfica. Estos cabrones se mueven. ¿Y nadie les ve? ¡JODER! No puede ser. O son muy hábiles o son fantasmas —dijo el Commissario sacudiendo la cabeza mientras seguía fumando con avidez.

—Commissario, antes o después cometerán algún error, entonces estaremos allí para detenerlos.

—Ya Bruno, ya lo sé. ¿Y si no lo cometen? ¿Qué pasará si se llevan más empresarios? ¿Qué pasara de nuestra credibilidad como nación? Las noticias son claras, las bolsas están bajando, nuestro prestigio como país, nuestra hegemonía y responsabilidad ciudadana. Mira los periódicos, los empresarios extranjeros se van, dejan las sucursales italianas, la parte económica de este país está teniendo un bajón en inversiones extranjeras. ¡Normal! Si fuera empresario no estaría en Italia, sería consciente de que me podrían secuestrar. ¿Y sabes lo peor Bruno? —El inspector movió un poco la cabeza negando—. Que el gobierno no hace nada, no dice nada, no sale a la televisión. No

tranquiliza a la población —dijo el Commissario ya levantando la voz —. Solo nos aprieta a nosotros, la policía tiene que resolver este caso. ¿Pero qué se piensan? ¿Solos? ¿Cómo podemos? ¿Sabes por qué estamos aquí hoy Bruno? Porque el Procuratore Lo Carno me ha llamado y me ha hecho venir. Nos aprietan a nosotros sin darnos recursos.

El Commissario se tomó un respiro. Bruno Barbiero no se atrevió a hablar.

—Todo esto no tiene sentido. Suerte que tenemos tu pista. Por cierto, ¿te llamó el tipo del mercado negro?

Bruno se aclaró la voz.

—Es justo lo que quería decirte. Lo encontraron muerto ayer por la mañana. En su casa de Piacenza. Un tiro en la frente, pareció una ejecución. Commissario nos acercamos demasiado a esta gente y han borrado esta pista.

—¡JODER! —gritó el Commissario y retumbó en toda la habitación —. Era nuestro único gancho.

—Ya. El tema del furgón blindado, no sé cómo seguir.

El Commissario se puso las manos en la cabeza.

—Tienes que volver a seguir la pista. ¿Cómo sabían de ese furgón? Alguien tiene que haberlos informado. ¿Un topo en la agencia de transporte? Tenemos que hacer unos pasos hacia atrás. No podemos darnos por vencidos. Hay muchas vidas en juego, y la de Eugenio, por supuesto.

Bruno miró el reloj, era las diez de la noche pasadas, llevaban mucho rato en frente de una pared que no daba ningún tipo de solución.

—Vamos a dormir Commissario. Mañana más.

Malatesta movió los labios como si fuese a seguir, luego se giró hacia él y miró al suelo.

—Sí, mejor. Vamos Bruno, seguimos mañana.

Bajaron las escaleras de la comisaría, el Commissario encendió otro Nazionali. Modena tenía la habitual neblina que caracterizaba las noches de otoño. La plaza de enfrente estaba iluminada por las farolas de luz anaranjada, pero esa noche era más luminosa de lo habitual.

El Commissario miró hacia arriba. Una luna enorme se encontraba sobre sus cabezas. Redonda, clara como un faro que lanzaba su fajo de luz a los terrestres.

—Mira qué preciosidad —dijo al compañero.

Bruno levantó la vista y vio el satélite.

—Es verdad, el diario ayer lo decía, que hoy tendríamos una súper luna.

—¿Ya sabes los efectos de las lunas llenas, Bruno?

El compañero se rio.

—A ver Commissario, ilumíname. Nunca mejor dicho —replicó apuntando al satélite.

—Pues la luna tiene efectos en los humanos. Tenemos euforia y tendencia a los excesos, pero también se le atribuyen la plenitud y el logro. Cuando tenemos lunas así, en esta fase, se dice que todo el mundo se pone “lunático”, porque la energía que transmite es desbordante, mayor que la habitual. Así que ya sabes, si esta noche duermes con Valeria, seguro que rindes más —dijo guiñándole el ojo, luego bajó todos los escalones y dio otra calada.

—Nos vemos Bruno. A ver qué nos espera mañana de todo esto.

45

Roma.

Domingo, 09 de noviembre, 1975

Quince días después del secuestro.

Seguía trabajando en su despacho.

Montecitorio se encontraba casi desierto. Trabajaba en la penumbra. Una lámpara encima del escritorio iluminaba unas libretas. En una anotaba sus pensamientos, en otra las tareas de la próxima semana.

Estaba encorvado ante ellas, absorto en sus secretos. Sobresalían sus ambiciones y sus orejas de punta.

Se quitó las gafas. Limpió las lentes con un paño que tenía en el primer cajón. En cuanto se las volvió a colocar, alguien entró en su despacho. Las pupilas necesitaron más tiempo de lo normal en enfocar, era tarde.

Era el Ministro del Interior. Entró jadeando, su agitación chocaba con la parsimonia del Presidente del Gobierno, sentado, siempre tranquilo.

—¿Qué te pasa Mario? —preguntó el presidente, con una voz nasal que le caracterizaba, como si tuviera las fosas nasales apretadas por una pinza de tender la ropa.

—No sabes qué ha pasado Giulio —dijo el ministro mientras miró las libretas del escritorio.

El presidente, con lentitud las cerró.

—Perdona que te moleste Giulio, ¿te he interrumpido?

—Nada Mario. ¿Qué ha pasado tan urgente para entrar en mi despacho tan escandalosamente alterando una tranquila noche de domingo? —replicó lento.

—El cuarto Giulio, el cuarto. Ya van por cuatro.

—Mario, tranquilízate, ¿te acuerdas qué decía Napoleón a su criada? Vísteme despacio que tengo prisa. Por favor, articula una frase entera. Ya sabes, sujeto, verbo… en fin.

El presidente retrocedió en su sillón, apoyándose en el respaldo y

juntando las manos por las falanges.

El ministro respiró y deglutió ruidosamente.

—El Clan Chassepot, ya lleva cuatro hombres raptados. Ahora le ha tocado a un joven que viene de América. Un tal Bellagio.

El presidente hizo un sonido de perplejidad.

—¿Y qué más?

—¿No te parece bastante? Tenemos que pagar, Giulio.

—¿Te has preguntado por qué no raptan políticos? A lo mejor habría que encargarle algún trabajo a esta gente. Si son tan buenos, a lo mejor tendría algún encargo discreto que hacerles. ¡Qué lástima! Ya no tenemos hombres de honor en este país, ni siquiera en el sur. Los que resultan ser efectivos vienen de fuera. Italia ya no es la que fue una vez Mario —dijo con voz tenue, casi imperceptible, tanto que el ministro no lo entendió todo.

—¿Cómo dices?

—Nada Mario, consideraciones de un hombre que ha visto demasiadas cosas. ¿Cómo van las búsquedas?

—No tenemos nada. Ni sabemos quiénes son. Habrá que pagar, Giulio, o estos seguirán.

—Huumm, ya veremos. Sigue buscando. No podemos rebajarnos a estos chantajes, Mario. ¿Qué pasaría si las organizaciones nacionales se enteraran que hemos pagado a una mafia extranjera? Habría la revolución, crearíamos un precedente. Crearíamos un llamamiento a una barra libre de secuestradores. Imagínate, Mario. Daríamos vía libre a todos los que quieran hacerlo diciéndoles que aquí hay un gobierno que paga. Serviríamos en bandeja a la oposición un pretexto para que cayera el gobierno. No, en absoluto. Hay que hablar con ellos en privado. Búscalos Mario y cuando sepas quiénes son, hacemos lo de siempre, hablaremos… en lugares seguros.

—De acuerdo Giulio. ¿Y si no los encuentro?

—Los encontrarás Mario, los encontrarás. Ahora, por favor, ¿te importa que siga con lo que estaba haciendo? Tengo una nación que gobernar. Gracias —concluyó el presidente y volvió a sus labores de escritura.

El ministro se acercó y curioseó las libretas. El presidente las volvió a cerrar y le miró.

—Mario, ¿qué más quieres?

—¿Es aquí dónde escribes tus secretos?

Giulio contestó, de la misma forma que hace un abuelo a un nieto.

—Los secretos más importantes no se escriben mi querido Mario, ni siquiera se recuerdan. Quien no quiere hacer saber algo, no tiene que confesárselo ni siquiera a sí mismo.

Modena.

Lunes, 10 de noviembre, 1975

Dieciséis días después del secuestro.

Sonó el teléfono.

En seguida no se percató, pero ante la insistencia del aparato del diablo, el Commissario cedió.

—Malatesta.

—Cummissà, ¿es usted?

Cerró los ojos y se los rascó en silencio.

—Sí, Mengù, ¿Quién quiere que sea?

—Cummisà, con tantos botones de la centralita nueva, puede que me equivoque. Le está llamado el Procuratore Lo Carno y quiere hablar con usted en persona.

Hubo silencio. El Commissario pensó: «otra vez, nunca cambiará».

—Mengù, ¿entonces? ¡Pásamelo!, ¿no?

—Sí, sí Cummissà, ahora mismo, no sabía si se lo podía pasar ahora o en breve.

El agente de policía se lo pasó.

—Malatesta.

—Commissario buongiorno.

—Buongiorno Procuratore Lo Carno.

—Necesito hablar con usted lo antes posible.

—Sí claro, dígame.

—No. Necesito verle en persona, ¿puede venir esta misma tarde?

—¿A Bologna?

—Sí, es importante.

—¿Sobre?

—El caso de los secuestros. Nos vemos más tarde —concluyó y colgó el teléfono.

El Commissario miró el aparato con rabia, por cómo le había colgado tan abruptamente.

Acabó unas cosas y decidió ir solo a Bologna. Un amigo le había dicho que justo antes del Palacio de la Procura de la región, había una trattoria en la que se comía fantásticamente bien. Decidió probarla.

En menos de una hora estaba plantado en Bologna. Caminó hasta la Trattoria Anna Maria. El lugar era bastante cutre, dudó de entrar. Al abrir la puerta entendió que no se había equivocado. Un olor extraordinario le llegó y le reavivó los ánimos. Solo por ese olor, valió la pena probar.

Se sentó en una mesa. El hombre, ajetreado, le soltó una hoja de papel arrugada con los platos del día.

Era tarde para comer, solo quedaba una sola opción a elegir. El Commissario pensó, levantando una ceja; «para qué me dejas el menú si solo tenéis un plato disponible».

Pidió un poco de vino y el único plato, que por cierto le encantaba.

A los pocos minutos, la comida apareció en su mesa. Sorprendió al Commissario comiendo finísimos grissini al aceite extra virgen de oliva, acompañándolos con un vino de mesa de las colinas bolognesas, con un estupendo aroma y un color granate.

El plato de pasta humeante era un enorme bloque de *lasagna bolognesa*. Los varios estratos de carne se mezclaban con una cremosa bechamel donde resaltaba una leche fresca y un punto adecuado de nuez moscada.

«Manjar de los dioses», pensó en sus adentros con el primer bocado.

Se notaba la frescura de la carne y del perfecto balanceo de los ingredientes.

El plato fue devorado.

Acompañado con tarta de la casa y un licor para digerir. Caffè y Nazionali sin filtro.

Pagó y salió cogiendo una tarjeta de visita para la siguiente vez tuviera que ver a Lo Carno, que esperaba fuera en mucho tiempo.

Caminó el medio kilómetro para digerir.

«¿Qué querrá este hombre para solicitar verme en persona? ¿No podía decírmelo por teléfono?». Iba pensando con la barriga llena.

«¿Sabrá que tengo a Ferrari en las mazmorras de la Comisaría?».

Caminaba por la Bologna central, por los pórticos y viendo pasar los coches por las carreteras céntricas famosas, por los adoquines de que estaba pavimentada la ciudad. Peligrosos de noche y lloviendo.

Siempre le resultaba agradable pasar por el centro y ver las dos torres de la ciudad.

Llegó al Palacio de la Jefatura. Se acreditó en la entrada y le hicieron pasar.

Esperó casi una hora en los sofás, con una lucha interna de cerrar y abrir de ojos, deseando hacer una siesta que, por obvios motivos, no podía hacer. La pesada digestión influía negativamente en esta lucha.

—Commissario Malatesta, pase por favor —alguien dijo detrás.

—Siéntese, Commissario.

—¿Para qué me ha llamado, Procuratore Lo Carno?

El Commissario no se perdió en florituras. El otro levantó una ceja y se sacó un puro.

—¿Quiere uno Commissario?

—No gracias, si me permite yo también fumaré.

El otro lo aceptó con haciendo un gesto con la mano.

Sacó los cigarrillos y se encendió uno mientras el jefe se cortaba con la guillotina un Cohíba.

—Verá, estamos en tiempos difíciles y tenemos que adecuarnos, Commissario.

«Será para nosotros, jefe, no para usted, no creo que todo esto afecte a su estilo de vida», pensó Malatesta.

—Los secuestros que estamos teniendo, se realizan desde diferentes provincias y cada comisaría tendrá que gestionarla de forma singular e independiente.

El Commissario arrugó el ceño.

—¿Me está diciendo que no habrá un jefe de instrucciones para todos los casos?

—No —contestó encendiendo el puro.

—No lo entiendo.

—Efectivamente, no lo tiene que entender Malatesta, es así. Son las disposiciones que nos ha dado Roma y punto. ¿Preguntas?

—Sí, una. ¿Si esto era lo que quería decirme, ¿Por qué no me lo ha dicho por teléfono?

—Porque el teléfono es frío y hacía tiempo que no nos veíamos.

El Commissario miró fijamente al jefe y se guardó lo que pensaba. Tiró la última calada y apagó el cigarrillo en el enorme cenicero del escritorio del jefe y se levantó.

—Si es así, entendido el mensaje. Buenas tardes Procuratore —dijo y, sin dar tiempo de respuesta, se giró y se fue.

En el coche de vuelta, el Commissario fue deduciendo lo ocurrido.

Roma no quería tener una centralización de los sucesos y no quería pagar el rescate. El gobierno no aceptaba chantajes, pero no daba medios para que la policía fuera más fuerte y coordinada ante lo que estaba sucediendo.

No le acabó de extrañar del todo, Roma era así. Daba órdenes sin sentido, generados por burócratas rechonchos que se alimentaban de dinero público y que nunca habían pisado una calle, menos sabían los problemas reales del pueblo.

Malatesta tenía que seguir y escuchar su intuición, ahora más que nunca.

50

Affi, Verona.
Lunes, 10 de noviembre, 1975
Dieciséis días después del secuestro.

Echaba de menos su vida.

El sol, la compañía de su familia, los aperitivos, a los amigos.

El trabajo, sus ambiciones, sus anhelos.

La vida le puso un obstáculo importante.

Hacía pocos meses que había vuelto de Estados Unidos. Allá dejó amigos, algún amor pasajero y sobre todo una Eleonora más infantil e inexperta. La misma que salía en un avión con dieciocho años hacia la universidad. Las maletas llenas de ilusiones y miedos. A la vuelta, cargadas de hambre por comerse el mundo. Hasta tropezarse con esa gente con acento francés que la tenía retenida por cuál fin absurdo.

¿Por qué ella?

¿Por qué ellos?

¿Qué había hecho para merecer eso?

¿Volvería a ver la luz del sol?

¿O se quedaría para siempre entre esas paredes de una prisión de soledad?

Tenía esperanza en la policía y en la vida.

Esa noche se quedó dormida en posición fetal. Era una noche especialmente fría. En su celda perdía la noción del tiempo. Usaba solo su reloj interno, para cuando tenía hambre y cuando tenía sueño.

Entonces pasó algo que se temía, pero para lo que ninguna mujer está preparada.

En mitad de la noche, la cerradura se abrió. Los ojos de la mujer se abrieron, de golpe. El corazón de Eleonora intensificó los latidos.

La llave de su celda dio varias vueltas. La oscuridad de la habitación se rompió por la mitad. La sutil línea de luz que entraba en

la habitación se fue desplazando por la estancia, haciéndose cada vez más grande, hasta crear una sombra. En la pared opuesta a la entrada fue proyectada la sombra de sus temores. En ella la silueta de un hombre.

Entró, con una pequeña luz. Cerró la puerta detrás.

Petrificada. Sus pupilas iban mirando en la oscuridad, sin rumbo.

El hombre fue acercándose a la cama.

Dejó la pequeña luz en un mueble al lado de la cama. Se sentó en el colchón, a la espalda de la mujer.

—Hola preciosa. ¿Te acuerdas de mí?

Eleonora no dijo nada. Se hizo pasar por dormida. Comenzó a sudar, a pesar del frío que había en la estancia.

Albano hablaba con mucha saliva, se le acumulaban en los lados de los labios unas pequeñas bolitas de espuma blanca. Sus dedos, redondeados y planos, estaban siempre húmedos de tanto sudar. Las uñas comidas hasta el hueso. Su rostro tenía mucho vello. Las cejas formaban una única línea que recorría toda la frente.

Olía a sudor incrustado en la ropa, por ducharse poco.

La mujer entendió de quién se trataba. Reconoció la voz y el olor.

Las manos del hombre comenzaron a recorrer el cuerpo de la mujer cubierto por las mantas. Las esbeltas y deportivas líneas de la mujer excitaban al hombre. Se acordaba de cuando la vio, pocos días antes, mientras la obligó a ducharse mientras él la miraba.

Se estaba poniendo cachondo por momentos. Al ver que la mujer no hacía nada, introdujo bajo las sábanas su mano sudada. Tocó la espalda de la mujer. La asustó y sobresaltó.

—Tranquila, no te voy a hacer daño, vamos a disfrutar juntos de esta noche.

La respiración de la mujer era cada vez más intensa.

La mano recorrió la espalda, pasando por encima de un viejo jersey que hacía las funciones de pijama. La acabó introduciendo por la braguita, palpando las nalgas. Luego, viendo que su presa estaba quieta, introdujo sus dedos por su pubis. El hombre disfrutaba. Se le veía tranquilo. Ella tuvo la sensación que no era la primera vez que abusaba de una mujer.

—Cuanto más te resistas más disfrutaré… Eleonora.

Cuanto más entraban sus dedos, más le venían arcadas y más rabia sentía por lo que estaba sufriendo.

La mente la desvió de lo que estaba sucediendo. La llevó a su universidad al otro lado del océano. Una amiga noruega que fue violada por un desconocido. Revivió aquel suceso, todos los problemas que derivaron de esa situación terrible. Tanto físicos como psíquicos. No acabó el año y regresó a su país, perdió su pista. Revivió ese dolor,

la situación que partió la vida de su amiga. Ella no quería pasar por eso, por nada del mundo, ella tenía otros planes, nada que ver con eso. El miedo mutó en asco y este en rabia.

El cerebro volvió a esa pequeña habitación que era su cárcel. En el momento donde estaba siendo violada por los dedos de uno de los secuestradores. Volvió a sentirlos, entrar y salir.

Cogió fuerzas de donde no las había. El instinto de supervivencia cogió el timón e hizo algo que ni ella se esperó que hiciese.

Se giró de golpe, alargando el brazo. Sin mirar, sin medir, solo improvisando. No iba a permitir lo que estaba sufriendo.

El codo cogió al secuestrador en plena cara. La fuerza de la desesperación. Albano no se lo esperó y le dio de lleno.

La fuerza del codazo fue de tal magnitud, que el hombre acabó por el suelo. La mujer se dio cuenta de lo que acababa de pasar. Lo había hecho ella, sin darse cuenta. Necesitó unos instantes para procesar la situación.

La pequeña linterna había caído con el golpe. Iba rodando en el suelo, balanceando su luz. En el suelo de la habitación yacía el secuestrador, más sorprendido que dolorido. Un profundo corte abrió su ceja. La sangre bajaba hasta ofuscar la vista del ojo.

Eleonora entendió la situación. El hombre habría estado por poco tiempo más en el suelo, volvería, con más rabia e incluso le pegaría esta vez. No lo permitiría.

Levantó la mirada, la cerradura estaba abierta. Se lanzó hacia la puerta. Tropezó con las piernas en el hombre. Este intentó agarrarle las extremidades. La mujer se giró y le soltó una patada en la boca que le tumbó.

Se levantó y abrió la puerta.

Quedó cegada por la luz del pasillo. Cuando recobró algo de vista, dudó de dónde ir, hacia la derecha o hacia la izquierda. Tiró por la derecha.

Pasó delante de más puertas cerradas como la suya. En todo el pasillo se percató de que había carteles verdes en italiano y en inglés que marcaban la salida. Pero iba en la dirección contraria. Se detuvo y comenzó a correr en la dirección contraria. Tenía los ojos abiertos de par en par y las pulsaciones disparadas. Se encontraba en un estado de supervivencia. El temor se intensificó al pasar delante de su celda, con la puerta abierta. El hombre no dijo nada.

Al final del pasillo, había una bifurcación, tomó la derecha, siguiendo los carteles. Corría delante de puertas cerradas. Cada una con una placa que indicaban qué había dentro.

Desconocía cuánto llevaba corriendo, ni cuánto más tenía que correr.

Acabó en otra bifurcación. Por los calcetines comenzaba a subir el

frío del suelo. Eleonora ni se enteró.

Siguió las flechas, pasillo abajo, hasta que este acababa en una puerta. El cartel era claro, ponía SALIDA. El miedo que la invadió la hizo entrar en un efecto túnel que no le dejó ver ni dónde estaba ni detalles del lugar. Ni siquiera se dio cuenta de que el secuestrador, sangriento, le perseguía y le gritaba por detrás, por el laberinto de pasillos.

Abrió la puerta y entró en una zona extraña. Era una galería que hacía perder la noción de la longitud. No veía dónde acababa. Al lado, una fila de coches aparcados.

Se desesperó y comenzó a llorar. Entonces fue cuando se percató que detrás venían los gritos de su violador.

Miró detrás y jadeó de rabia. La puerta estaba abierta.

Miró la galería y corrió. Solo ella y su rabia que la empujaba. Más fuerte que el frío, más fuerte que el miedo.

Corrió y corrió.

Parecía interminable, se preguntó si iba en la dirección correcta.

Por detrás, Albano la seguía. Encontró la puerta que daba a la galería abierta y siguió.

Las voces se hacían más intensas por el eco del túnel. Este, iluminado por unas sutiles luces anaranjadas, parecía una galería de una autopista, pero sin tráfico.

Al cabo de muchos minutos corriendo desesperada, llegó a una puerta metálica en la que concluía la galería. Encima, una luz verde con el rótulo EXIT.

¿Un espejismo? ¿Era verdad?

Se acercó, intentó entender cómo se abría. Estaba cerrada. No tenía llave, no tenía botón.

—NOOOO —gritó sintiéndose en una jaula.

—Eleonoraaaaaa, ven aquí —gritaba el secuestrador.

La mujer aterrorizada se giró. Las voces proyectadas por la galería se amplificaban y lo peor, se acercaban.

La vida o la muerte.

Le faltaba muy poco para salir, necesitaba concentrarse, a pesar que llegaba su violador.

Analizó la puerta, no presentaba ninguna forma de abrirla, o por lo menos que ella entendiese. Miró de cerca toda la superficie y los elementos, pero no entendió cómo funcionaban.

Respiró. Intentó tranquilizarse.

Dio unos pasos atrás.

Las voces de Albano se acercaban.

Aparecieron en su cabeza las palabras de su padre.

«En la vida hay tinieblas, mi niña, pero también hay luces. Y tú eres la

luz de toda luz».

Siguió los cables de la luz. Llegaban a un cuadro eléctrico.

Las voces y los pasos se acercaban por detrás. La galería hacía una ligera curva, aún no se veía al hombre, pero faltaba poco.

Siguió.

Abrió el cuadro. En su interior había una palanca bajada. La subió, provocando un chispazo. La electricidad recorrió los cables, entrando en el sistema de apertura. Un sonido extraño vino de la puerta, como si un gigante se hubiese despertado.

Los pasos eran cada vez más fuertes, pero más lo eran los latidos de su corazón.

Comenzó a buscar el interruptor para accionar la apertura de la puerta. No estaba, ¿podía ser que no estuviera?

Hizo dos pasos hacia atrás.

—Venga Eleonora, ya lo tienes. Ya estamos fuera, concéntrate.

Volvió a mirar la puerta desde un ángulo diferente. Entendió que quien salía de allí eran vehículos y miró más hacia atrás, antes del cuadro eléctrico.

Allí estaba un interruptor rojo en forma de seta. Se acercó y lo apretó. Cuando vio al secuestrador que llegaba.

La puerta se desbloqueó y se abrió de par en par. Una sirena naranja se encendió y emitió un sonido ensordecedor.

—No no, por favor no te vayas, Eleonora.

Esas palabras fueron su último pistoletazo. Reanudó la carrera y salió, aunque cansada, buscando su libertad.

48

Superluna.

La luna altera a los hombres. Albano no fue menos. Sintió una atracción inexplicable hacia esa mujer, justo esa noche. Una noche de luna llena que afectó a su débil mente, rompiendo el equilibrio del búnker y del plan.

Justo fuera, la mujer saltó la verja. Tenía delante un campo y un camino de tierra.

Las voces del secuestrador seguían detrás. Decidió tirar por la campiña, campo a través.

El hombre consiguió ver la dirección que tomó Eleonora. Con el búnker abierto y expoliado, Albano se lanzó a perseguir a la mujer por el campo. Había roto una de las normas más importantes del clan y una de las reglas más férreas de su tío:

«Nunca se toca a los rehenes».

No solo la había incumplido, sino que se le había escapado.

Eleonora corría y corría, sin saber hacia dónde iba. La claridad de una luna extraordinaria iluminaba el camino hacia su salvación, o por lo menos eso era lo que esperaba. La voz estridente del secuestrador no iba lejos, por detrás de ella. No conseguía dejarla atrás.

La huida pasó por campos agrícolas y por matorrales, hasta llegar a una casita de un campesino. Era pequeña. Dio con los puños en la puerta de madera gastada.

—Socorro, ayúdenme, me están persiguiendo.

No tuvo respuesta. Solo escuchaba las voces de Albano que se acercaban. Acababa de darle una pista importante de dónde estaba.

Eleonora miró a su alrededor. Al lado de la casita había una viña, el campo de donde venía la voz de Albano y un río.

Respiró profundo. No tenía otra salida. La corriente era enérgica, la luz de la luna mostraba su fuerza.

Pensó: «de perdidos al río».

Decidió tirarse. Se acercó a la orilla, iba a saltar cuando le vino

una idea. Dio un paso atrás. No tenía tiempo.

Miró a su alrededor y vio justo lo que buscaba. Un bidón. Era azul claro. Abrió la tapa negra, tenía un líquido que lo llenaba hasta una tercera parte.

—Perfecto.

Cerró la tapa, se aseguró que estuviese bien cerrada y la acercó a la orilla.

—Quieta —dijo Albano.

La mujer se giró.

El hombre llevaba media cara roja de la hemorragia.

—Por favor, vuelve conmigo.

Eleonora se giró y vio cuánto faltaba para al río.

—Jamás, antes muerta que allí dentro.

—Te juro que no te voy a tocar más, por favor vuelve conmigo, me van a matar.

—¡Que te jodan! —dijo con desprecio y saltó.

La mujer acabó con el bidón en el agua.

El hombre hizo dos pasos como si pudiera cogerla, pero no llegó a tiempo.

La mujer desapareció en la corriente. La luz de la luna dejó de tener efecto y el bidón desapareció en la oscuridad de una noche otoñal.

Albano se quedó quieto, sin reaccionar, viendo cómo se escapaba una pieza importante del ajedrez.

Pero no se imaginaba las posibles consecuencias que esa pifia desencadenaría.

Se quedó un interminable tiempo mirando, sin saber qué hacer, hasta que decidió volver. Habían perdido a la mujer.

49

Fossoli, Modena.

Martes, 11 de noviembre, 1975

Diecisiete días después del secuestro.

Carla salió del lavabo.

La sonrisa era especial, radiante, diferente.

A Carla le tocaba el turno de la tarde. Se envolvió en su bata y bajó.

El Commissario estaba preparando el café, con la radio encendida y fumando. El olor a café impregnó la casa. Era pronto, el sol no había dado señales de haberse despertado.

Ella entró en la cocina, Malatesta se giró. Le cogió el cigarrillo y se lo tiró en el fregadero.

Le dio un beso largo, intenso.

Cuando los labios se separaron, ella no perdió un solo segundo.

—Creo que tendrás que dejar de fumar.

—¿Volvemos sobre el tema? ¿A las seis de la mañana? —dijo molesto—. Carla por favor, otra vez no.

—Creo que esta vez será a la fuerza —dijo la mujer gozosa, levantando las cejas y sonriendo.

El Commissario arrugó las cejas. Ella empezó a asentir con la cabeza.

—¡No! —contestó esta vez subiendo las cejas, incrédulo.

—¡Síiii!

—No me lo puedo creer —dijo, cogiéndola en brazos.

El Commissario la levantó y se besaron.

—¿Cuándo?

—Ahora. Quiero decir, antes en el lavabo, he probado un test nuevo que tenemos en el hospital de prueba. Mira. —La mujer sacó de la bata un plástico blanco y se lo enseñó—. Mira esto quiere decir que estoy embarazada.

—No me imaginaba que tardaríamos tan poco.

—Amore, no lo hemos hecho tantas veces. ¡Eres un campeón! —

dijo ella con voz de agotada.

La alegría desbordó a los futuros papás. Ante la noticia comenzaron a fantasear.

—Tendremos que comprar un coche más grande. Quitar la habitación de invitados y hacer una para nuestro bebé. ¿Será niño o niña? —preguntó él.

Ella puso la mano de él en su barriga, debajo de la bata.

—Siente la vida que está iniciando —dijo a su compañero y lo miró profundamente a los ojos. —Serás un papá excelente.

—Será un policía, la segunda generación de Malatesta en el cuerpo de policía.

Ella arrugó las cejas.

—También puede ser una niña y que sea bailarina.

—No, va a ser policía.

Entonces la mujer desvió el tema.

—Lo importante es que nazca sano.

—Cómo se nota que eres médico —contestó riendo

La cafetera llevaba un buen rato avisando que el café estaba listo. Parecía que incrementó el silbato para llamar la atención de los dos enamorados. El líquido negro ya estaba borboteando fuera, manchando la cocina.

—¿Amore?

—¿Sí? Dime.

—¡El caffè! —dijo ella señalándolo con los ojos.

—Vaccaboia —contestó girándose y apartándolo del fuego.

Los dos se sentaron a la mesa y él sirvió el caffè.

—¿Cómo le llamaremos? —preguntó ella.

Él lo tenía claro.

—Stefano, Stefano Malatesta.

—Me gusta, y Valentina si es niña —dijo ella.

—¿Valentina? —preguntó él.

—Sí, Valentina Malatesta.

El Commissario no se opuso, porque su esperanza estaba depositada en que tenía que ser un niño.

Pasaron una hora en la mesa pensando y desayunando. Luego, el Commissario se aseó y se marchó a la comisaría. Dio un beso a Carla y otro en la barriga. Comenzaban los primeros cambios de su vida, entre ellos dejar de fumar.

Salió de la puerta y compulsivamente encendió un cigarrillo. Dio varias caladas, con los ojos cerrados. Luego, subió al Alfa Romeo y se fue.

50

Affi, Verona.

Martes, 11 de noviembre, 1975

Diecisiete días después del secuestro.

La confianza.

El sobrino del jefe había quebrantado el valor más importante en una sociedad. Cuando se rompe o se pierde la confianza, todo el resto se cae. Es el valor que sujeta el resto, la columna de un templo y el mismo que le cayó en la cabeza a Albano. Una ficha de la partida de ajedrez había salido del tablero y había puesto en serio peligro la partida.

La culpa era de Albano, la responsabilidad del jefe, su tío.

—Pero, ¿cómo se te ocurre entrar en la celda de un prisionero? ¡Contéstame! —gritabaVincenzo.

En la oficina del comandante de la estación ONU, entre mapas europeos y banderas, estaba el jefe, Vincenzo, junto a Gualtiero. Este, de pie, apartado de la conversación, mirando y escuchando, casi disfrutando del espectáculo. Él sabía que antes o después eso habría ocurrido, el sobrino era una bala perdida y la cagaba siempre. A pesar que el jefe quiso llevárselo a Italia esta vez.

Albano, sentado al otro lado del escritorio, miraba al suelo, azotado por las palabras del tío.

Albano no contestaba. Solo miraba el suelo.

—Hay que ser memos para hacer algo así. ¿Te das cuenta que has puesto la operación en una situación difícil? ¿Quieres mirarme?

El sobrino le miró por un segundo. De vez en cuando se olía los dedos que habían tocado la mujer, para recordar que estuvo muy cerca de cumplir su fantasía sexual, saciar su ansia de poseer una mujer más.

En su rostro, las cicatrices del forcejeo. Una ceja con tiritas que procuraban aguantar la brecha y una costra en el labio inferior. Curas

improvisadas con el material de la enfermería, por la imposibilidad de salir del búnker.

—Te he dado un puesto en esta operación, te he dado una oportunidad, y ¿es así cómo me lo agradeces? ¿Por qué estabas en la habitación de la rehén? —preguntó el tío, subiendo de tono.

Aunque ya sabía por qué. Ya sabía cuál era el punto débil de su sobrino y el mismo delito que lo había llevado en varias ocasiones a ir a las cárceles francesas. Después de un largo tratamiento, la familia pensó que el problema ya estaba resuelto, estabilizado, incluso "normalizado", o por lo menos Albano conseguía gestionarlo. Los hechos demostraban que no.

—¿Querías follarte a la mujer, verdad? —dijo Gualtiero.

Albano giró la cabeza y se cubrió la cara con sus manos sudadas.

—Pensaba que esto ya lo habíamos hablado y superado, pero veo que no.

Hubo silencio, pero el jefe no dejó de mirarlo.

—Tendré que apartarte de la operación, te vamos a encerrar en una habitación y no podrás salir. Se acabaron los turnos de vigilancia, no eres de fiar. De momento esto es todo, vete.

—Pero tío, por favor…

—¡Vete!

Vincenzo llamó a otro de la banda que estaba fuera y dio las instrucciones de acompañar a Albano a una celda de aislamiento.

Vincenzo se ajustó en el sillón. Se pasó una mano por la cara.

—Yo te lo dije que no era una buena idea llevártelo.

—No hace falta que me lo recuerdes, ya lo sé. ¿Vale?

—Como prefieras, pero el plan ha sufrido un cambio importante y por ser tu sobrino no recibirá ningún castigo, ¿verdad? —dijo Gualtiero regodeándose en el error del otro componente del Clan.

Gualtiero comenzó a caminar alrededor del escritorio del excomandante del búnker.

—Ya basta.

—Uy, cómo tiene que ser de molesto, tiene que estar escociendo, ¿verdad?

—No puedo hacer nada, es el hijo de mi hermana. ¿Qué quieres que haga?

—Nada, simplemente darle las llaves de la instalación y de nuestras vidas. —Gualtiero se detuvo y concluyó en tono irónico—. De hecho, si lo pienso mejor, ya lo has hecho. Estamos todos vendidos si la mujer habla.

—Esa mujer ha muerto ahogada en el río. Y si hubiese sobrevivido a la corriente y al frío, no sabría dónde estamos, ni ha visto nuestras

caras. No va a reconocer nada. La operación sigue en pie —contestó el jefe a Gualtiero, para tranquilizarle a él y más importante, a sí mismo.

—Yo creo que tenemos que abandonar esta instalación. Está comprometida.

—Ni hablarlo. ¿Dónde iríamos? Levantaríamos sospechas tantos coches moviéndose, justamente es lo que esperan. A lo mejor pasarán meses o años en encontrar el cuerpo sin vida de la mujer, incluso no la van a reconocer por la descomposición. Tranquilízate. Además, tú no tienes que meterte, tu parte ya la has cobrado por adelantado.

—Es verdad. Me gustaría saber dónde has encontrado tanto dinero para pagarme. ¿Sabes? Yo creo incluso que eres la cabeza de la operación, pero no el mandatario. No eres un idealista Vincenzo, ya te conozco muy bien. ¿Quién te ha dado tanto dinero para empezar?

—No sabes nada Gualtiero. Tienes que ceñirte a tu labor y a ejecutar. Como bien has dicho, ya has cobrado y con creces. Así que, silencio y a seguir.

—Sí, pero no es una respuesta viejo amigo. Tú me debes unas explicaciones…

—Lo que tienes que hacer es callar y obedecer. No nos vamos a mover de aquí y tú, tienes que volver a tus misiones. La operación sigue.

Gualtiero, sentado en la otra punta del despacho, en un sofá de piel gris, con las piernas cruzadas, contestó:

—Creo que te equivocas, pero el cerebro eres tú, yo solo soy el brazo ejecutor. Ya veremos quién tiene razón —concluyó con tono desafiante.

51

Comisaría de Modena.
Martes, 11 de noviembre, 1975
Diecisiete días después del secuestro.

Se piensa mejor con la barriga llena.

En uno de los bares de al lado de la comisaría hacían platos de pasta para los policías, sabrosos y rápidos. Ese día comieron unos Paccheri[7] con tomatitos frescos, albahaca, aceite extra virgen de oliva crudo y queso Parmigiano Reggiano. A Bruno le encantaba raspar el tenedor con los dientes para quitar el queso que se quedaba enganchado al metal. De segundo una ensalada variada.

Recién volvieron de comer.

El Commissario y el inspector Bruno Barbiero entraron en sus respetivos despachos. El Commissario dejó la puerta abierta y antes de quitarse la americana, miró el plafón de los recortes y fotos del caso. Repasó unas ideas, unos indicios. Intentaba concentrarse cuando sonó el teléfono.

—Malatesta.

—Cummissà, ¿está en su despacho?

—Mengù, ¿dónde has llamado?

—A su despacho Cummissà.

—Y entonces, ¿cómo podría contestar si no estoy?

—Ah, sí, tiene razón.

—¿Pero no tenías que ir a comer Mengù?

—Sí Cummissà, pero estaba justo saliendo, me he entretenido con unas cosas que no quería dejar para después, ¿sabe?, así que esperando me acaba de llamar.

—¿Te han llamado? ¿Quién?

—No, no, es el Commissario de Policía de Parma, quiere hablar con usted.

Malatesta se puso la palma de la mano entre los dientes.

—Entonces a qué esperas Mengù, ¿cuántas vueltas tenemos que

dar para pasarme una llamada?

—Sí, tiene usted razón —contestó el agente y calló.

—¡Mengozzi! ¿me la pasas o no esta llamada?

—Sí, sí, ahora mismo.

—Malatesta.

—Soy el Commissario Longobardi de Parma.

—Sí, perdona por hacerte esperar. ¿Cómo estás? ¿Alguna novedad?

—Entiendo que si me contestas así es que no te has enterado.

El Commissario dudó.

—¿Enterado? ¿De qué? —preguntó temeroso.

—Eleonora Manfredi. La han encontrado.

—¡Vaccaboia! ¿Dónde?

—En el lago de Garda.

—¿Está muerta?

—No lo sabemos.

—¿Y sabes dónde la han llevado?

—Sé que está en el hospital de Bussolengo.

—Por todos los santos. Voy para allá.

—Te he llamado porque pensé que te podía interesar. Yo también voy para allá.

—Gracias. Nos vemos en el hospital.

El Commissario Malatesta colgó el teléfono. Mientras, Bruno oyó la conversación por la puerta abierta. Entró en su despacho.

—¿Qué ha pasado?

—Han encontrado a la Manfredi.

—¿Dónde?

—Nos vamos, te lo explico en el coche. Coge tu abrigo, nos vamos al lago de Garda.

7 [un tipo de macarrones cortos y anchos]

---

7 [Un tipo de macarrones cortos y anchos]

52

Lo que peor llevaba era la falta de información.

El Commissario Malatesta estaba acostumbrado a casi todo y se adaptaba a las situaciones peores. Sin embargo, no saber qué encontrarse, podía con él.

Conducía Bruno esa tarde. El Commissario se sentó a su lado, fumando y pensando que cada día se le haría más difícil fumar en casa. Eso le provocaba más ansiedad.

¿Podría fumar en la terraza?

¿A lo mejor solo por el embarazo, luego ya podría?

¿O también cuando la criatura fuera ya más grande? ¿Hasta el colegio o hasta la mayoría de edad?

Fumaba con ansia. La ventanilla abierta, se llevaba parte del humo, la otra parte se la respiraba el inspector que no tenía coraje en decirle nada.

—Carla está embarazada.

—¿Cómo? —preguntó Bruno mirándole con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Quieres mirar la carretera o nos estrellaremos! —dijo el Commissario apuntando con el cigarrillo la carretera.

—¿Y me lo sueltas así?

—¿Qué querías que te enviara un telegrama?

—¿Cuánto hace que lo sabéis?

—De esta mañana.

—Enhorabuena Commissario. ¡Cómo me alegro! ¿Estás feliz me imagino?

El Commissario esperó antes de responder.

La sonrisa de Bruno bajó un par de niveles de intensidad.

—Sí… —contestó, sin estar del todo convencido.

—¿Perdona? Eres papá y ¿no estás entusiasmado?

—Entusiasmado, Vaccaboia Bruno, tú me lo dices, que siempre te has escabullido de los compromisos, esperaba encontrar en ti un poco más de amortiguación moral.

—¿A qué te refieres?

—No sé, a ver, que sí que está superbien, Carla está en las nubes, y yo no te digo que no lo estoy, pero que tenemos un trabajo complicado, con riesgos, ya sabes.

Hubo silencio.

—¡Hay algo más! —contestó Bruno.

—Bueno, tendremos que cambiar costumbres, ampliar la casa, remodelarla, dejar de fumar.

—¿Te preocupa dejar de fumar?

—Bueno, también. Me preocupan muchas cosas. No sé, nunca he sido padre, me siento en una situación nueva, con responsabilidades, con cambios, en fin… no lo sé Bruno. No lo sé.

—Que sí Commissario, no lo dudes, que eso es precioso.

—Joder, parece que hable turco, que no te he dicho que no, es… diferente. ¿No? —concluyó el Commissario encogiendo los hombros y mirándole.

—Commissario, te entiendo. No sabes cuánto te entiendo.

—Vale ya está, solo quería oír eso, un poco de comprensión camarada, aunque sea falsa. No sentirme un ogro por tener dudas, inquietudes. *Porca miseria.*

Bruno se puso a reír y siguieron afrontando temas sobre el embarazo y ser papá. Hablaron tanto que llegaron a la salida de la autopista sin darse cuenta.

Una vez que tenían aparcado el coche, se encaminaron hacia el hospital. La estructura sanitaria se encontraba presidida por la policía. El Commissario se identificó y les dejaron pasar.

Llegaron a la zona de la UVI y hablaron con la médico responsable.

El Commissario se presentó y dijo porqué estaba allí.

Se llamaba Giovanna, una mujer joven y preparada. Rubia y con ojos intensos.

—Se encuentra en observación.

—¿Entonces está viva? —preguntó el Commissario.

El médico se detuvo un momento, luego contestó.

—Claro que lo está. ¿Quién le ha dicho que no lo estaba?

—No, disculpe, es que no teníamos ninguna información.

—La ha encontrado un pescador en la orilla del lago esta mañana. Estaba agarrada a un bidón. Si la hubieran encontrado más tarde, habría entrado en un principio de hipotermia. Ha sido afortunada. Es una luchadora, otra puede que no habría conseguido salir de una situación así.

En ese momento apareció por detrás el otro Commissario.

—Perdonadme, pero he encontrado tráfico.

—Giovanna, Commissario Longobardi de la policía de Parma —hizo las presentaciones Malatesta—. Tienen en observación a Eleonora Manfredi.

Los dos se estrecharon la mano.

—Señora, ¿sabe por qué estamos aquí el Commissario de Parma y yo? —dijo Malatesta.

La mujer los miró de reojo.

—Me lo puedo imaginar.

—Exacto, Giovanna, por los secuestros del Clan Chassepot. Tenemos que detenerlo y el único hilo que tenemos es esa mujer —dijo señalando la habitación de Eleonora.

—No creo que sea una buena idea que entren hoy. Acaba de llegar y está descansando.

El Commissario Malatesta asentía con la cabeza.

—Giovanna, mi mujer es médico de urgencias y ha salvado la vida de mi compañero, Bruno —dijo señalándole—. Entiendo perfectamente en qué tesitura se encuentra, pero necesitamos hablar con la mujer lo antes posible. Es el único vínculo que tenemos y lo peor, después de esto, puede que estén haciendo algún cambio, tenemos que actuar rápidamente. Señora, es nuestra oportunidad, no sé cuándo tendremos otra y cuántas personas más serán secuestradas antes de volvernos a encontrar en una situación similar.

La mujer entendió la urgencia.

—Déjeme un minuto, miraré un momento.

La doctora entró en la habitación de la Manfredi.

Los dos Commissarios se miraron a la cara, con una expresión de circunstancias.

A los pocos minutos salió.

—Pueden entrar. Pero solo un par de minutos. La paciente accede a hablar pero, por favor, con delicadeza.

—Claro. Gracias doctora.

Los dos Commissarios entraron, Bruno se quedó fuera.

Los dos policías que presidían la puerta, saludaron a los superiores que entraban.

La mujer estaba despierta. Su rostro presentaba ojeras y rasguños. Vestía una bata cándida. Tenía una manta encima de las sábanas y se encontraba incorporada en la cama.

A su lado se encontraban la madre y el padre. Al entrar los dos esbirros, sus expresiones cambiaron.

—Ha tenido que escapar ella, no habéis hecho nada. ¡Maldita sea! —dijo el padre levantándose pero su mujer lo detuvo poniéndole la mano encima de la suya y negando con la cabeza.

Entonces el padre de la paciente dejó de hablar y se volvió a

sentar.

—Lo sentimos mucho, señores Manfredi. Pero estamos aquí para hacer un par de preguntas a Eleonora. ¿Te parece que podrías contestar? —preguntó Malatesta.

Eleonora intentó sonreír y se ajustó en la cama.

—Lo intentaré. Ahora tengo un lío mental, no me acuerdo de mucho.

—Claro, lo entendemos —contestó Malatesta—. ¿Cómo acabaste en el lago?

Eleonora arrugó el ceño, respiró y comenzó a rebobinar lo que había pasado horas antes.

—Me acuerdo del agua, un flujo de agua. Puede que fuera un río y me tiré. —Se calló, siguió pensando y continuó—. Me perseguía un hombre, quería hacerme daño. Pero no consiguió cogerme, corría rápido por un túnel, era largo, muy largo, nunca acababa. Seguía corriendo sin llegar a ninguna parte. Luego encontré una puerta. No sé dónde estábamos. Lo siento, no me acuerdo de nada más —dijo la mujer, cubriéndose el rostro.

—Está bien Eleonora, los policías ya se van —dijo la doctora mirando a los hombres para que se fueran.

—Eleonora, solo una pregunta. ¿Estabas sola o había más rehenes?

—Sí, éramos más. Un día nos pusieron en una sala y nos explicaron quiénes eran y las reglas del secuestro —dijo entre sollozos, pero ya recuperándose.

—Eleonora, eres una luchadora. ¿Recuerdas los nombres?

—Sí —contestó y se tomó un momento—. Luca no se qué, de la leche y Enzo Ferrari. No me acuerdo de nada más.

—Ahora sí, fuera por favor.

—Gracias Eleonora, descansa —concluyó Malatesta y fueron echados por la doctora.

Ya en el pasillo, Malatesta fue el primero en hablar.

—Giovanna, ha sido de enorme ayuda para la búsqueda, no se lo puede ni imaginar. Pero necesitamos un último favor. —La médico le miró de reojo, precavida—. Necesitamos que ayude a su país y a las otras personas secuestradas. —Entonces ella arrugó el ceño—. Esta noche tiene que salir y hacer una rueda de prensa. Declarará que la paciente, Eleonora Manfredi, después de haber luchado entre le vida y la muerte, finalmente a las 18:37 ha fallecido por complicaciones debidas a su huida.

—¿Usted está loco? ¿Sabe qué me está pidiendo?

—Lo sé, lo sé —confirmó a la doctora y la cogió por los brazos—. Escúcheme bien. Esta gente es muy astuta y preparada, hasta ahora no

han dejado ni una pista. No han cometido ni un error. Han sido perfectos, tanto que íbamos tambaleando en la oscuridad. Pero ahora la partida ha cambiado, si mantenemos nuestra ventaja, claro. Es la primera vez que han cometido un error. Si les decimos que Eleonora ha sobrevivido, ponemos en peligro su vida y pueden tomar decisiones que nos volverán a poner en desventaja. Piénselo bien, no vamos a hacer ningún mal y nosotros, los policías, tendremos un as en la manga. Iremos un paso por delante. Tenemos un rehén escapado que nos puede dar detalles de dónde pueden estar los otros. —El Commissario Malatesta miró directamente a los ojos de la médica—. Está en sus manos. Si llegan a saber que esa mujer ha sobrevivido, lo más seguro es que cambien de escondrijo y, para la policía, será volver a empezar. O peor aún, puede que vengan aquí a matarla y poner en peligro el hospital. Por favor, entiéndalo, estamos en sus manos.

La médica entendió la situación, torció la boca y miró hacia la habitación de la paciente.

—Me lo voy a pensar Commissario, no le prometo nada. Necesito meditarlo.

—¡Gracias! Con eso me basta, sé que tomará la decisión más adecuada.

El Commissario Malatesta junto a Bruno y Longobardi salieron del recinto sanitario. Lo que podían hacer, sintieron que ya lo habían hecho.

—¿Crees que lo va a hacer? —pregunto el Commissario de Parma.

—No lo sé, ahora solo podemos esperar.

53

Bussolengo, Verona.
Miércoles, 12 de noviembre, 1975
Dieciocho días después del secuestro.

La vida es un suspiro.

En un momento se te puede ir, pero también volver. Te puede cambiar todo en un instante, en una fracción de segundo, sin enterarte.

La vida es frágil y maravillosa.

A Eleonora se la arrebataron y la recobró con uñas y dientes. Salió del búnker West Star gracias a una variable que nadie se había imaginado. Eso tuvo un efecto, una ola expansiva en dos direcciones. La primera generó el desorden dentro del Clan, provocando cambios, modificándolo. La segunda dio una oportunidad a quien estaba atento por verla y supo aprovecharla, y el Commissario era un policía que no la hubiera dejado escapar.

> ***MUERE LA REHÉN ESCAPADA***
>
> *Eleonora Manfredi muere esta noche por las heridas sufridas mientras escapaba.*

—Perfecto —dijo el Commissario sujetando el Corriere della Sera.

—Esto es un golpe maestro —contestó Bruno Barbiero.

El Commissario hizo una mueca con la boca.

—No nos precipitemos, ya lo veremos. Por lo menos ganamos tiempo. Puede que los secuestradores se enteren antes o después, pero de momento hemos amortiguado el golpe. Vamos.

Los policías de Modena entraron en la sala en que les estaban esperando. La comisaría de Bussolengo, la población donde estaba hospitalizada Eleonora, se convirtió en el cuartel general de las operaciones que estaban a punto de comenzar.

La sala era amplia, por el lado izquierdo, tenía ventanales que daban a una arboleda. El sol entraba tímido por la mañana. En la mesa alargada estaban sentadas varias representaciones de carabinieri, policías, bomberos y protección civil. Una reunión convocada por el Commissario Malatesta para avanzar con las investigaciones.

En la pared, un enorme mapa del Lago de Garda.

Enseguida cogió la palabra el Commissario.

—Buenos días, compañeros. Tenemos una oportunidad de coger a estos criminales y no podemos desaprovecharla. No podemos hacer un llamamiento en masa, ya que desvelaríamos nuestro plan. Lo más importante es que tenemos que actuar de paisano, así que os pido por favor, que nada de uniformes —dijo el Commissario y generó un murmullo general—. Aunque comencemos más tarde, os invito a cambiaros. Si perdemos esta ventaja, podemos jugarnos esta información. Si los secuestradores controlan el territorio, cosa que creo, pueden cambiar de escondrijo.

Los agentes se giraban y comentaban con el de al lado sus inconformidades.

—Bien, dicho esto, ahora miremos este mapa. —El Commissario dio la vuelta a la mesa y se dirigió hacia el cartel—. Eleonora fue hallada en este punto, en Pacengo, cerca de Peschiera sul Garda. La encontró un pescador de la zona que salió pronto a trabajar. La recogió y la llevó al puerto más cercano. Allí llamó a una ambulancia. Ahora, no sabemos si vino del norte o del sur, dependiendo de la corriente. La mujer antes de morir, dijo que llegó hasta allí por una corriente de un río. ¿Hay alguna manera de saber la corriente ayer por la noche?

—Imposible Commissario, puede haber venido hasta desde la otra orilla del lago.

—Pero eso es bastante improbable, los tiempos no son factibles —dijo uno de la protección civil.

—De acuerdo, el cerco se cierra. En estas dos áreas de búsqueda. —Señaló el Commissario. Malatesta con un largo puntero de madera, identificó las zonas de los dos afluentes del lago.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar —dijo un bombero.

El Commissario se giró a mirarle.

«Esperemos que no todos estén pensando esto, si no las búsquedas serán un fracaso», pensó.

—¿Cómo se llama, agente?

—Giorgio.

—Muy bien Giorgio. —El Commissario le analizó y pensó por un segundo—. ¿Tienes hijos?

El hombre levantó una ceja.

—Dos.

—Muy bien, ¿qué pasaría si uno de tus hijos estuviera secuestrado en ese lugar? ¿No lo buscarías por dónde fuese? Yo creo que si uno de nuestros hijos estuviera secuestrado, todos nosotros estrujaríamos la posibilidad, para poder encontrarlos. ¿No intentarías buscar esa misma aguja en el pajar? ¿No pedirías ayuda a tus compañeros?

El hombre asintió con la cabeza sin decir nada.

—Eso es lo que os pido a todos, buscar esa aguja y es lo que nos toca hacer. Como si nuestros hijos estuvieran en ese lugar.

El Commissario miró a los ojos a todos los participantes alrededor de la mesa, uno a uno.

Hubo un silencio general.

—Muy bien. Los afluentes más cercanos que hay en esa zona, son dos. El primero el Mincio, que pasa entre el lugar del hallazgo de la mujer y Peschiera sul Garda. Y el segundo el Tonalo que pasa entre Cavaion Veronese y Affi. Nos tendremos que separar y, de forma muy discreta, registrar todas las zonas. El primer equipo, es decir los que estáis sentado a la derecha de la mesa, os ocuparéis de la parte del río Mincio y los alrededores, campos, casas, etc. Los de la izquierda, el río Tonalo. ¿Está claro?

—Pero esa es una zona inmensa, Giorgio tiene razón, es demasiado grande, más aún si somos solo unas veinte personas —dijo uno de protección civil.

—Es cierto, es muy grande, pero aquí van las otras pistas. La mujer atravesó unos campos antes de tirarse al río. Y se acuerda de un túnel largo. —Entonces el Commissario miró fuera de la ventana con la vista al horizonte—. Es decir, buscamos una casa de payés, un túnel largo, una galería, un sótano con salida a un campo. Vosotros conocéis bien este territorio, id pensando y buscad un lugar con estas pistas.

Entonces se giró.

—¿Alguna pregunta más?

—¿Podremos comunicar con las radios?

—Buena pregunta. Sí, pero de la forma más discreta posible.

—¿Y si no encontramos nada?

El Commissario vuelvió a presidir la mesa, con la espalda al mapa y apoyó las manos encima de la mesa.

—Si usted piensa antes de empezar que no va a encontrar nada, no hace falta que se una a este grupo de búsqueda, es más le invito a irse. Quiero un grupo pequeño y comprometido con su territorio, con su comunidad y con la ambición de defender nuestra querida patria y sus habitantes. ¡Por favor, si usted no cambia su actitud, le pido que se

vaya!

El hombre bajó la mirada.

—Señores, esto no es fácil, nadie lo ha dicho. Pero es nuestro deber, lo que estamos llamados a hacer por nuestro deber de fuerzas de seguridad. Acordaos de esto: tanto si pensamos que lo vamos a conseguir, como que no lo conseguiremos, en las dos opciones tendremos razón. Una última cosa, no podéis desvelar a nadie, ni siquiera a vuestras esposas, esta búsqueda. Bien, esto es todo, podéis ir.

Los hombres se levantaron y comenzaron la búsqueda.

Entró corriendo en la sala un joven empleado del ayuntamiento.

—Perdonen, ¿quién es de ustedes el Commissario Malatesta?

—Es este señor —dijo Bruno indicando al Commissario.

—Por favor acompáñeme, tiene una llamada.

—¿Quién es?

—Una tal Eleonora, quiere hablar con usted.

54

El Commissario y Bruno entraron en el hospital.

Buscaron la habitación de Eleonora Manfredi y llamaron a la puerta.

Una voz contestó. La mujer estaba discutiendo con Giovanna, la doctora de urgencias.

—Por favor Commissario, dígale usted que no puede salir, acaba de ser ingresada. Es una locura señorita Manfredi. Ella no puede salir.

El Commissario se encontró delante de una escena peculiar y no quiso dar su opinión.

—¿Me pueden decir por favor qué pasa? —preguntó el Commissario

—Pues que Eleonora quiere salir veinticuatro horas después de haber sido ingresada.

—Commissario, me he enterado de que vais a hacer una búsqueda en el lugar donde me han encontrado. —Mientras decía esto, el Commissario se giró hacia Bruno arrugando las cejas—. Quiero ir a participar en las búsquedas.

—No me parece una buena idea señorita. En eso tiene razón la doctora.

—Gracias Commissario.

—¿Pero tampoco la podemos obligar a estar aquí dentro, verdad doctora?

Esta se sulfuró y la paciente adoptó una sonrisa maquiavélica.

—Como médico estoy obligada a imponer mi autoridad y a impedir que salga esta mujer de este centro.

—Aconsejar, no impedir.

—Usted —dijo la doctora, apuntando el dedo en la cara del Commissario— me ha pedido un favor de hacer una rueda de prensa falsa y se lo he concedido, ahora no me ayuda con esto.

—Pero es diferente doctora, todo tiene que ser para el bien de la paciente. Yo creo que es bueno que salga, si la mujer quiere salir.

—Vale, veo que estoy rodeada, es un complot contra mí —dijo levantando las manos y acercándose a la puerta—. No me pidáis más ayuda en el futuro y tú —dijo apuntando esta vez a la expaciente— no

vuelvas aquí diciendo que te encuentras mal, porque no te vamos a asistir. —Y cerró de un portazo la puerta.

Los tres, Eleonora, Bruno y el Commissario, se quedaron sorprendidos.

—Menudo carácter la mujer, no lo hubiera dicho —se le escapó a Bruno.

—No la culpo, una mujer que necesitaba atención personal y mediática y le hemos quitado sus días de gloria. En fin.

—Quiero ir. Si esos cabrones están allí fuera quiero ayudaros a encontrarlos.

El Commissario la miró y movió a un lado los labios.

Se rascó los bigotes.

—Esperadme aquí. No os mováis, os lo digo en serio.

El Commissario fue a su coche y volvió a la habitación del hospital.

Los dos estaban hablando sobre el plan.

—Ven Eleonora.

El Commissario se sacó del bolsillo un gorro de lana y se lo puso, escondiendo dentro su pelo. Luego unas gafas de sol.

—¿Qué piensas Bruno?

—Parece un policía antidroga.

El Commissario asintió con la cabeza, mientras que la mujer se miraba al espejo.

—Bueno creo que ahora mejor. Necesitamos personal de búsqueda y estas alistada.

—Pues vamos Commissario. Esta noche me he acordado de algún detalle más.

—Bien, luego nos lo contarás. Bruno, acompáñala por la puerta de atrás, yo os recogeré con el coche.

55

Las búsquedas dieron comienzo.

No se presentaba tarea fácil sobre el papel, pero cuando el Commissario se dio cuenta de lo que acababa de poner en marcha, sus expectativas bajaron en picado.

El Alfa Romeo del Commissario atravesó la campiña que costeaba el río Mincio. Eleonora, irreconocible, iba sentada en los asientos traseros. Delante, el Commissario y Bruno miraban la baja vegetación y los grandes campos de cultivo.

Recorrían la estatal que costeaba el lecho del rio.

La mujer intercalaba miradas por un lado y por el otro. El paisaje iba cambiando por momentos. Se alternaban extensiones de campos con matorrales de vegetación espesa. Vistas del río con los arcenes accesibles, con lugares totalmente inaccesibles, con terreno abrupto y difícil de pasar de día, impensable de noche.

Los kilómetros pasaban, sin tener un rumbo claro.

—Eleonora, ¿recuerdas algo?

La mujer se esperó a contestar.

—No Commissario, es todo tan diferente de día. Sí que es verdad que había mucha luz de la luna, pero no identifico nada.

—No te preocupes, tú sigue mirando. Cualquier detalle nos servirá, tómatelo con calma, y si hace falta, volvemos a pasar.

La mujer hizo una mueca que el Commissario vio en su retrovisor.

Siguieron avanzando todo lo despacio que les permitía el tráfico.

—Antes dijiste que recordaste algún detalle. ¿Te apetece compartirlo?

—Sí Commissario. Me he acordado de que había muchos tubos, muchos cables en las habitaciones. La puerta era fuerte, no parecía algo que tendríamos en casa, algo más bien profesional, muy bien hecho.

El Commissario hizo un sonido de afirmación y se rascó los bigotes.

—¿Me permite una pregunta?

—Dígame.

—¿Le molesta si fumo?

—Adelante, ¿pero es usted consciente de que es perjudicial?

—Déjelo, es una guerra perdida. Siga por favor —dijo mirando a Bruno, como dando a entender que él también se lo repetía.

El Commissario se encendió un Nazionali, bajó la ventanilla y comenzó a entrar humo en sus pulmones, era la dosis de nicotina que necesitaba. Mientras fumaba, fue pensando en el silencio del coche. Por un momento pensó que el bombero tenía razón, era una tarea titánica, igual que buscar una aguja en un pajar.

«Puede que estemos perdiendo el tiempo».

Después de unos instantes, la mujer reanudó sus recuerdos.

—Cuando me escapé, había muchas habitaciones, una detrás de otra. No sabría decirle cuántas, estaba concentrada en escapar, pero una tras otra, muchas.

—Entiendo.

—Espere Commissario, pare, quiero bajar. He visto algo.

El Commissario giró abruptamente el volante y frenó clavando las ruedas en una pequeña explanada que había al lado de la carretera. Levantó una humareda y los coches que le seguían le pitaron con la bocina. Un coche le gritó:

—Maldito torpe, ¿Quién te ha dado el carnet? —Y sacó el dedo medio por la ventanilla.

El Commissario no le hizo caso, pero Bruno se rio sin que este le viera.

La mujer bajó, comenzó a mirar a su alrededor.

—¿Te suena, Eleonora? —preguntó Bruno.

Un campo que venía de dirección contraria al río. Al final matorrales, y la orilla del río a la vista.

—Sí, de todo esto me acuerdo, pero no me acuerdo de haber cruzado una carretera, si no, no me habría tirado al río.

—Normal, Eleonora. Pero era de noche, estabas en estado de shock, puede que no te hubieras percatado de ella.

Eleonora no contestó, pero siguió observando a su alrededor.

Entonces la radio del Alfa Romeo comenzó a emitir.

—Bruno, ve tú por favor.

El inspector Barbiero obedeció.

—Hay algo más, Commissario —dijo la mujer sacudiendo la cabeza —. No está la casa de campesino, donde encontré el bidón de plástico. ¿Ve? —dijo apuntando hacia la orilla.

El Commissario se colocó las manos como una visera, cuando se acercó Bruno.

—Commissario, tenemos que irnos, el equipo en el otro río, puede que haya encontrado algo.

—¿Quieres venir? —preguntó el Commissario a la mujer.

Ella asintió.

—Vamos Commissario, tenemos que encontrarlos. Ahora o nunca.

Malatesta se sorprendió del carácter de la joven, después de lo que había pasado, tenía fuerzas para encontrar el lugar.

Entraron en el coche y arrancó derrapando sobre la gravilla.

56

Bassano del Grappa.

Miércoles, 13 de noviembre, 1975

Diecinueve días después del secuestro.

El temor existía.

Los grandes empresarios tuvieron que convivir con él. No era fácil, pero todos los personajes importantes de una Italia sacudida por los acontecimientos, tenían dos pensamientos.

El primero: «No me va a tocar a mí, hay muchos en Italia».

El segundo: «¿Qué día es hoy? Es miércoles, bueno vamos bien».

Se refugiaban en la probabilidad, en la estadística, pero ese no era un buen lugar donde esconderse.

Claudio salió de casa, confiado.

El chofer le recogió en su villa, como era habitual, a las nueve de la mañana. El Rolls-Royce estaba impoluto. Aún así, mientras esperaba, pasaba un plumero por la brillante carrocería.

El empresario salió de la mansión, vestido como siempre, tejano gastado negro, botas, chaqueta oscura y gorro negro del que sobresalían unos rizos rubios.

A pesar de la fortuna acumulada con su aglomerado empresarial basado en el textil, no lo aparentaba. Solo la comodidad del coche inglés podía desvelar su estatus, no su vestimenta. El chofer, en traje negro, iba extremadamente más elegante que el pasajero de atrás.

El conductor tomó la calle para salir del parque que rodeaba la casa.

Claudio Rosso.

El genio del tejano.

Nacido en una familia de agricultores, a los quince años se decantó por la Escuela de Moda. Con la máquina de coser de la madre, una vieja Singer, creó su primera prenda; unos tejanos de cintura baja, por

debajo del ombligo, con botones en vez de cremallera y con patas de elefante. Comenzó a hacerse sus propias prendas y las vendía a sus compañeros. Una vez acabada la Escuela de Moda, con diecinueve años lo fichó un grupo empresarial dedicado a la moda. En pocos años se convirtió primero en director creativo y luego se despidió para crear su propio sello de moda.

Era la época de los tejanos gastados, vintage y de colores. Consiguió vender trenes de tejanos en un mercado en el que aparentemente ya estaba todo inventado. Luego la expansión internacional y el patrocinio de equipos de básquet y fútbol de su zona, la región del Véneto.

Todo en pocos años, las revistas de moda le bautizaron como: el Genio del Jeans.

Antes que el Rolls-Royce acabase la calle interna de su inmensa propiedad, Claudio ya estaba hojeando los periódicos, en los asientos de atrás.

El vehículo se detuvo y se abrió el alto portón.

El conductor aceleró. Antes de que el coche tocara el asfalto de la carretera secundaria casi sin tráfico, dos coches se cruzaron delante cortándoles el paso y un tercero detrás para que no pudiera escapar.

El coche de lujo se detuvo.

En un abrir y cerrar de ojos, cinco hombres armados con fusiles de asalto y pasamontañas rodearon el coche.

El chófer entendió lo que sucedía y abrió la puerta. Salió con las manos levantadas, bajo los efectos del miedo, y comenzó a correr en la dirección opuesta a los encapuchados, dejando al empresario a merced de su destino.

Claudio Rosso se quedó con la boca abierta. No se esperaba que la famosa banda armada se molestara en buscarle, empresarios más importantes vivían en Italia como para que se fijaran en él. Pero menos se esperó que su fiel chófer se escapara tan vilmente.

—No te preocupes Aurelio, puedes irte —gritó a su empleado.

Los secuestradores sacaron a peso al empresario y le pusieron una capucha. Lo tiraron en el maletero del coche y, en pocos segundos, los neumáticos estaban chirriando y acelerando para abandonar la zona. El coche atravesó la región véneta y entró en la lombarda. Los coches se separaron y recorrieron solo carreteras secundarias para no dar con posibles controles.

El viaje le pareció eterno. Claudio, en el maletero y con la capucha en la cabeza, se mareó y vomitó todo lo que había desayunado. Cuando llegaron, le metieron en una celda. Una pequeña habitación de color

ocre y con una estrecha cama.

Se sintió en una película y usurpado de su vida. Pasó todo el tiempo estudiando el lugar y recordando cómo había llegado allí. Era imposible, podía estar en Milán, en Suiza, en Eslovenia, en Austria, en un barco, en cualquier lugar.

Llegó la noche, dos secuestradores entraron con la cena. Uno de ellos, el que se veía como el jefe, explicó las normas y quiénes eran, aunque Claudio ya lo sabía.

—¿Por qué yo? —preguntó el rehén.

El secuestrador se rio protegido por el pasamontañas.

—Porque eres el rey de la moda, sin ti la industria del textil temblará.

—¿Cuánto me vais a tener aquí dentro?

—Lo suficiente. Come ahora.

—Lo suficiente, ¿para qué? —dijo levantándose

El otro secuestrador le apuntó con el fusil.

—Lo suficiente para que tu gobierno pague —concluyó con acento francés y se fue.

57

La policía estaba lista para entrar.

Habían tenido una señal de unos gritos.

Todas las fuerzas de seguridad estaban fuera de una masía de campesinos.

La construcción daba la impresión de estar abandonada. Viejas piedras a la vista componían los muros exteriores. La primera planta estaba restaurada. En cambio, los pisos superiores, sin marcos en las ventanas, parecían abandonados.

La policía se detuvo en la entrada del camino que entraba a la propiedad. Había varias patrullas de la policía, además del personal de la reunión de la mañana vestidos de paisano. El jefe de la policía local estaba sentado detrás de una patrulla. Miraba con prismáticos.

El Commissario bajó del coche y agachado se le acercó.

—¿Qué tenemos?

—Hemos tenido un aviso de un vecino que vio llegar esta noche un coche y entró alguien, luego gritos. Esta casa no debería estar habitada —dijo el jefe de la policía.

Estaban cerca de un pueblo llamado Affi. El Commissario miró a su alrededor. La construcción se encontraba a menos de un kilometro del río Tanaro. Había campo y algo de matorrales. Podía respetar las indicaciones de Eleonora. Pero faltaba un elemento.

«Ver, observar, retener, deducir».

Malatesta miraba a su alrededor. Muchos detalles podían coincidir, pero muchos otros no. Se preguntaba si estaban haciendo lo correcto, si eran ellos o solo una falsa alarma.

—¿De dónde venían los gritos?

—No lo sabemos, desde que estamos aquí aún no hemos escuchado nada. Le esperábamos a usted Commissario.

Los policías estaban agachados detrás de los coches. El Commissario se giró y miró con los prismáticos encima del capó. Algo en su interior no le convencía, hasta que tuvo la respuesta. Miró a Eleonora, camuflada detrás de sus gafas y el gorro de lana. Esta sacudía la cabeza, diciendo que para ella no era el lugar correcto.

Entonces unos gritos de un hombre llegaron hasta donde estaban los policías con la misma fuerza de un tsunami.

Todos se miraron a la cara y decidieron entrar.

La policía se desplegó. Comenzaron a correr, extrayendo las armas, hasta la casa.

Unos agentes recibieron la orden de desplegarse por detrás y otros por delante.

—¡Policía, todos al suelo!

Entraron por la casa tirando al suelo la débil puerta de madera. El Commissario se quedó al resguardo, fuera.

La operación duró pocos minutos.

Al finalizar la incursión, salieron sin haber encontrado nada.

Delante de la casa, los policías ya no oían los gritos, no entendían de dónde habían venido. Entonces el Commissario vio una vieja puerta de madera roja, que estaba en el suelo, como si fuera una trampilla.

Sin decir nada, solo con señales, indicó la puerta.

En el momento que se acercaron, desde el interior sonó un disparo.

Entonces los policías abrieron las puertas con gran prisa y entraron.

Se oyeron unos gritos dentro, el Commissario se quedó fuera, dejó entrar a los policías de la zona.

Después de unos minutos y varios ruidos de altercados, salió el jefe.

—Malatesta, ¿puede venir? Creo que le tenemos.

Este subió una ceja, se rascó el bigote y tiró la colilla al suelo. Luego, entró por la puerta abierta.

Justo entrando había unas escaleras, un pasillo largo formado por viejos ladrillos, iluminado por una bombilla sujetada por un precario cable que la hacía oscilar. Un fuerte olor a moho picó las narices del Commissario.

Fue entrando, a punta de pistola, aunque el agresor ya estaba desarmado.

Al final del corto túnel, un par de puertas. El jefe entró por la de la derecha; había un hombre arrodillado y esposado. Llorando y sudado, farfullando algo en dialecto véneto cerrado, que no se acababa de entender.

Al final de la estancia oscura, una pared de ladrillos marrones mohosos. Por un lado, todo tipo de utensilios para la agricultura. Por el otro, el cuerpo de un hombre colgado por las muñecas a unas anillas oxidadas clavadas en la pared. Presentaba un disparo en la frente.

El Commissario no reconoció su rostro ensangrentado.

—¿Le conocéis?

El jefe de policía asintió.

—Es pariente de ese señor —dijo señalando al hombre que seguía de rodillas llorando—. Tenían una disputa por una herencia. Siempre ha tenido problemas mentales, pero nunca había hecho daño a nadie.

—Hasta hoy. Gracias, pero no es nuestro hombre. Con su permiso, nosotros nos vamos.

—Claro, seguimos en contacto.

El Commissario salió de la estancia, recorrió el pasillo, subió las escaleras y se encendió un cigarro.

Miró a su alrededor, la vieja casa y Bruno y Eleonora a distancia. Tragó una buena calada y volvió a mirar a su alrededor.

—Observar, Malatesta, y deducir. ¿Qué es lo que se me está escapando? —se dijo en voz baja.

Se sentó en una piedra y acabó el cigarrillo. Luego se encendió otro y miró hacia el afluente.

Todo era confuso, pero sentía que la respuesta la tenía delante.

—Delante, sé que estás aquí delante, ¿pero dónde?

Mientras pensaba, apareció Eleonora.

—No es lo que buscamos.

—Ya…

—Volvemos a estar en alta mar.

El Commissario no quiso admitirlo.

—¿Tienes alguna idea en la cabeza? —replicó la mujer.

El hombre, que miraba a su alrededor, se giró de golpe y se levantó. Los ojos del Commissario se abrieron de par en par. El mundo había desaparecido.

—¿Cómo has dicho?

La mujer se extrañó.

—Si tienes alguna idea —dijo titubeando

—¡No, no! No has dicho eso, has dicho si tenía una idea en la cabeza. ¡Claro! ¿Cómo no he podido pensar antes en eso? Eleonora eres un genio.

La mujer pensó por un momento que el Comissario estaba loco.

—¡Vámonos! Creo saber cómo podemos encontrarles.

58

El coche de su mujer estaba aparcado fuera.

—Cariño, estoy aquí —dijo al abrir la puerta de su casa.

—Sí, estoy cocinando —dijo Carla desde la cocina.

Eran las siete y media de una fría noche de otoño. La campiña de Modena se acababa de enturbiar con una fina niebla, casi elegante, casi romántica.

El Commissario miró detrás de él e hizo un gesto con la mano a la persona que le seguía.

Entraron en el vestíbulo y le hizo señal de que se quedara allí.

La cocina desprendía un olor especial, sonaba música jazz que aliñaba los platos, como un pinche.

El Commissario sacó la cabeza del rellano.

—¿Qué haces allí? ¿No vienes? ¿No me vienes a dar un beso?

El Commissario obedeció. Estaba nervioso. Se miraba las manos y no sabía qué decir ni cómo decirlo.

—Amore, ¿qué te pasa? Te veo raro.

El Commissario tragó saliva, ruidosamente. Movió la boca de un lado y se rascó el bigote.

—Verás, tengo que decirte algo.

—¡Qué ha pasado! —contestó deteniéndose.

—No, no, nada, tranquila. Es que verás, en el trabajo, ha habido un tema peligroso, lo hemos solucionado, pero… —Se abrió el abrigo, comenzaba a tener calor— …hay un problema y no sé cómo decírtelo. Verás… una persona….

Mientras, en el rellano se oyó un ruido.

Carla abrió de par en par los ojos y se acercó para ver. El Commissario se encogió de hombros, listo para recibir los gritos.

—¡Hola! —dijo sorprendida Carla y con una sonrisa falsa.

—Hola —contestó Eleonora Manfredi.

—¿Quién es esa mujer? —gritando, pero ya de vuelta en la cocina.

—¿Te acuerdas de la rehén del Clan Chassepot? ¿La que mataron?

—Sí ha salido hoy en el periódico, pobre chica.

—Pues no ha muerto. Es ella.

—¿Cómo?

—He obligado a mentir al hospital para la investigación, si no se me iba todo al traste.

—¿Qué has hecho hacer el qué? ¿Y no has tenido mejor idea que traerla a casa?

—¿Dónde la meto? No podía irse a ningún sitio, está muerta… bueno, en teoría —concluyó haciendo con los dedos el símbolo de las comillas.

Carla bajó la cabeza y se tapó la cara con una mano.

—Lo sé cariño solo por una noche, de verdad. Mañana dormirá en otro lugar.

—¡Ah! ¿También se queda a dormir? ¿Pero te has pensado que esto es un hotel? Espera, a lo mejor no me he fijado bien, encima de la puerta hay un cartel que pone Restaurante y Hotel Carla. Cada vez me la haces más gorda, esto no puede ser. No vamos bien, así no podemos formar una familia.

—Si queréis me voy, me busco un hotel por aquí —dijo Eleonora sacando la cabeza de la pared, enseñando las costras de su rostro.

—No, espera Eleonora —dijo el Commissario.

—Solo una noche, nada más y porque es una mujer que ha sufrido —dijo apuntando con el dedo a Malatesta y mordiéndose un labio—. Pasa Eleonora. Ven conmigo a la cocina, mientras que Malatesta preparará la cama de los invitados.

El Commissario rió disimuladamente y obedeció. La misma habitación que pronto se convertiría en la habitación del bebé, esa noche acogería una rehén escapada de unos secuestradores.

Las dos mujeres fueron a la cocina.

—¿Te gusta el vino? —preguntó la chef.

—Mucho.

No le dio tiempo de responder que ya tenía un vaso lleno de lambrusco.

Las mujeres comenzaron a hablar. Carla se disculpó. Intentó justificarse por un turno extenuante y su estado, su carácter estaba teniendo altos y bajos.

Comenzaron a hablar de temas fútiles, sin que Eleonora pensara de qué situación venia. Le gustaba ese ambiente.

El vino fue bajando de la botella, de la misma manera que lo hacían las notas de jazz.

Se sentaron a la mesa. Carla preparó para dos personas un poco de pescado que tuvieron que dividirlo para tres y añadir algún complemento más.

Eleonora quedó sorprendida de cómo cocinaba la mujer. El atún fresco a la siciliana salió de cine. Estaba hecho a la sartén. Acompañado con sofrito de cebolla y ajo, luego añadidos tomates cherry, alcaparras, aceitunas negras y abundante romero. El atún solo

estaba cocido “vuelta y vuelta” y acompañado de aceite extra virgen de oliva.

—Sublime Carla. Gracias, necesitaba un poco de calor humano y comer algo en condiciones.

Las mujeres se quedaron hablando mientras el Commissario recogió la mesa y lavó los platos. Después, Valeria siguió la sobremesa saboreando un limoncello y el hombre encendió la televisión. Cuando apareció la imagen, la magia se esfumó. El programa de entretenimiento en el primer canal de la RAI, era interrumpido por un flash informativo.

El Commissario no podía creer lo que veían sus ojos. La noche cambió por completo.

59

Se detuvo la emisión.

Acababa de comenzar la programación de entretenimiento en la mejor hora de la noche, cuando el conductor del programa pasó la línea al telediario.

—Buenas noches, interrumpimos la programación habitual para informar de un suceso que acabamos de saber. Este flash informativo es debido a que el Clan Chassepot, nos ha hecho llegar una nueva cinta de video que queremos mostrarles. Recomendamos la visión de estas imágenes a público adulto y a niños acompañados por sus padres.

La imagen del periodista desapareció y empezó a emitirse la cinta de video. Después de unos segundos de una imagen que se iba acoplando, apareció un hombre encapuchado.

A sus espaldas un muro sin ninguna referencia a lugares, ideales políticos, o banda armada. Un lugar estéril de significados icónicos.

—Buenas noches al pueblo italiano. Enviamos esta grabación en base a unos nuevos sucesos que han cambiado las cosas. Como bien sabéis uno de nuestros rehenes se escapó y murió a las pocas horas en un hospital. Nuestro plan sigue en marcha y nuestras reclamaciones al gobierno siguen firmes. Para que entiendan que no estamos bromeando les confirmo algo.

La voz del secuestrador cambió, era diferente había perdido el acento francés y adquirido otro incomprensible. Una mezcla de varias formas de hablar. Estaba claro, no era la misma persona del primer video.

—Hemos acelerado el proceso. Esta misma mañana hemos raptado al industrial textil más importante en Italia, Claudio Rosso. En estos momentos se encuentra bien y en nuestro poder. Así que tenemos al industrial más importante de la alimentación, al referente a nivel internacional de la automoción, el nuevo *enfant terrible* de la

tecnología y ahora el del textil. ¿Quién será el siguiente? ¡Puede que seas tú, que nos estás viendo! Efectivamente, te lo confirmo a pesar de tu escolta, de tu chófer o de los cambios de rutina, nadie está a salvo de nuestra organización. Por eso, esta mañana sin respetar las dos semanas habituales, hemos hecho un nuevo secuestro. Reiteramos la solicitud de que el gobierno italiano pague por estas personas y para que otras personas influyentes no acaben en nuestras manos. Hemos vuelto a apuntar el número de la cuenta corriente Suiza en esta misma cassette VHS. En el caso de que en dos días no recibiéramos la cantidad de 1000 millones de liras, seguiremos raptando. Pero a partir de ahora para que entendáis que vamos en serio, intercalaremos empresarios con políticos. A lo mejor raptando algunos de ellos tendremos más posibilidad de escucha. Y no creáis que estáis a salvo porque somos un ejército camuflado más preparado que las fuerzas del orden italiano.

Entonces el hombre se detuvo y, a los pocos segundos, dijo al que estaba grabando:

—Corta.

La imagen volvió al telediario que comentaba la cinta que acababan de recibir. A los minutos volvieron a la programación habitual dando paso al entretenimiento que estaba en el programa de la televisión.

* * *

Al otro lado de la televisión.

El Presidente del Gobierno italiano, se encontraba sentado en el sofá de su residencia, Palazzo del Quirinale. A su lado, su mujer. Los dos compuestos y con las manos sobre sus regazos.

—La televisión ya no es lo que era. Si seguimos así el gobierno se podrá ahorrar los fondos para la televisión pública, porque los delincuentes emitirán solo basura. Solo nos falta que hagan un programa los narcos de Colombia enseñando cómo se baila la salsa —dijo con voz nasal el presidente a su mujer.

—Querido, ¿qué piensas hacer con todo esto? ¿Te dejarás chantajear por estos energúmenos?

—No tienes que preocuparte, esto pasará como todo lo que pasa en Italia, se cansarán y los electores se olvidarán. Al final mis enemigos políticos y los jueces italianos dirán que los he contratado yo para hacerme publicidad.

El teléfono sonó y la mujer contestó.

—Sí, Sí. Se lo paso —dijo la mujer y pasó el auricular al marido.

—¿Quién es?

—Bergamotto.

El presidente miró de lado y sin girarse cogió el aparato.

—Dime, ¿Qué pasa de terriblemente urgente para que el ministro del Interior interrumpa un momento de descanso neuronal que estaba disfrutando, casi sin dolor de cabeza?

—Presidente, lo siento pero has visto en la RAI el comunicado del clan?

—¿Y?

—¿Te das cuenta que ahora vendrán a por nosotros? ¿No crees que deberíamos pagar?

—Me encanta el optimismo y la confianza que desprende mi ministro del Interior sobre las capacidades policiales para resolver esta cuestión.

—Giulio, deberíamos pagar para eliminar toda posibilidad de que nos toque a nosotros. ¿Y has pensado en las próximas elecciones?

—No voy a poner en marcha a la Banca de Italia para pagar a unos secuestradores, ya la tenemos en marcha trabajando para pagar la deuda pública, solo faltaría que pagásemos a criminales. Lo que deberías hacer es llamar a los jefes de la policía para que comiencen a justificar sus sueldo y no a mí. Buenas noches —concluyó el presidente caracterizado por su parsimonia y colgó.

4o ACTO

He cruzado océanos de tiempo para encontrarte.
DRÁCULA

¿De qué sirve confesarme, si no me arrepiento?
EL PADRINO III

60

Fossoli, Modena
Jueves, 13 de noviembre, 1975
Veinte días después del secuestro.

La frase retumbó en su cabeza.

El Commissario no consiguió pegar ojo. La frase que le soltó sin ser consciente de lo que podía provocar en Malatesta, fue una pelota de Flipper que rebotó en su cerebro.

«¿Qué tienes en tu cabeza, Commissario?».

La frase de Eleonora fue determinante, desconocía si podía ser una pista buena, pero era lo mejor que tenía. Por eso tenían que explorarla.

Bajó pronto a hacerse una cafetera y fue fumando con la ventana entreabierta. La bata le protegía del frío que entraba en la cocina. Sacó de la despensa el paquete de galletas Goldoni, grandes y rayadas. Le recordaban a su niñez, como las que hacía su abuela materna. Las remojaba en leche, ordenando lo que le esperaba en el día que justo empezaba.

El Commissario y Eleonora se prepararon y se fueron. En el coche, la mujer le agradeció por darle cobijo ese día tan raro y que tenía una mujer maravillosa.

Guardó para ella las palabras de la mujer, «¿volveréis esta noche? ¿Os espero para cenar?».

La misma mujer que al principio se rebotó con la idea de su marido, deseaba volver a tener en su casa a la huésped.

Recogieron al inspector Bruno Barbiero en la entrada de la autopista y fueron directos al encuentro que tenían programado.

La niebla complicaba la marcha. A pesar de ser las nueve de la mañana, el denso manto blanco impedía que llegaran los rayos de luz. Se veían treinta metros a la redonda.

Salieron por la salida de la autopista del Brennero y fueron hacia Verona sud. Entraron en la periferia de la ciudad. La niebla se fue intensificando cuanto más conducían hacia el norte. Los edificios más altos parecían ser tragados por unas inmensas nubes blancas.

Aparcaron el coche en un barrio popular de la ciudad.

—¿Tanto misterio y secretismo lo aguantarás hasta el final? —preguntó Bruno al Commissario.

—Paciencia y confianza. Lo veréis cuando lleguemos.

Apretó un timbre en medio de una caja repleta, de un palacio enorme. La mujer quiso ver el nombre, pero eran anónimos, solo códigos alfanuméricos.

—¿Sí?

—Soy Malatesta.

—Ok, sube —dijo la voz del interfono y abrió la puerta.

Los tres subieron por el ascensor y encontraron la puerta entreabierta en el rellano. El felpudo impedía que la puerta se cerrara por el viento de la escalera.

Los tres huéspedes entraron.

El apartamento era un lugar normal, sin nada que llamara la atención de los visitantes. Una voz de una habitación les llamó.

—Entrad y cerrad la puerta.

El Commissario abría paso. Cruzado el pasillo, abrió la puerta con cristales anaranjados.

—¿Cómo estás Oscar?

—Commissario, ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal? —dijo mientras se daban un abrazo.

—Te presento a mis compañeros, Eleonora, la mujer de la que te hablé ayer por teléfono y el inspector Bruno Barbiero.

—Mucho gusto —dijo Oscar.

—¿Qué es este sitio? —preguntó la mujer.

La estancia parecía el espacio más grande del apartamento. Solo había una librería que ocupaba toda una pared, dos butacas en el centro y un pequeño sofá en la pared frente a la librería. Nada más. Una ventana con la persiana bajada y parqué. Una luz tenue, absorbida por el oscuro color de las paredes. Olía a incienso, la varilla seguía en plena combustión.

—Eleonora, soy un hipnotista. Mi tarea es ayudar a superar fobias y ansiedades a las personas, gracias a la hipnosis controlada y las regresiones.

La mujer suspiró y lo entendió todo.

—¿Recuerdas tu frase Eleonora?

—Claro, ¿Qué tienes en tu cabeza, Commissario?

—Pero la respuesta no estaba en mi cabeza, está en la tuya. Lo que pasa es que, por motivos obvios, tu mente lo ha borrado. Pero siguen allí, aunque tú no seas consciente.

La mujer asentía con la cabeza.

—¿Te sientes preparada?

Eleonora hizo un profundo suspiro y contestó poco convencida.

—Vamos a por ello. Si tú crees que esto pueda servir…

—No vamos a perder nada —contestó el hipnotista.

La mujer se acomodó en una butaca en el centro de la estancia. Los dos policías en el sofá.

—Mírame Eleonora, atentamente.

Oscar le hizo un movimiento rápido con las manos y le susurró unas frases al oído. La mujer de golpe se relajó.

—Eleonora, ahora te sientes ligera y estas descansando profundamente. Cuando yo te diga, entonces te despertarás, pero solo cuando te lo diga yo, hasta entonces haremos un viaje juntos.

La mujer sentada con los brazos en los reposabrazos no respondió. Sus ojos se iban moviendo detrás de los párpados.

—Muy bien Eleonora, empezamos nuestro viaje. Volvemos atrás en el tiempo, dentro de tus recuerdos. Ahora retrocedemos cuando estuviste en la celda secuestrada. ¿Estamos allí Eleonora?

—Sí, estamos.

—Muy bien —dijo Oscar, cada vez más suave y más tranquilizador —. Ahora dime qué ves en tu celda.

—Paredes lisas, de dolor ocre. Los techos abovedados. Muchos cables, también tuberías. Unos sonidos raros, venían de la celda de al lado. Luca. Es Luca. Nos comunicábamos con señales morse. Una cama, donde dormía. Comida. Nos daban de comer en una bandeja.

—¿Qué comíais?

—Atún, guisantes, leche condensada. Pan seco. Carne enlatada. Pasta con tomate. Melocotones en almíbar.

El Commissario pensó, «todo conservas».

—Muy bien Eleonora, lo estás haciendo perfecto. ¿Qué más? ¿Cómo estabas? ¿Qué sentías?

—Frío, mucho frío. No, humedad, ciertos días sentía agua, como si tuviera un río debajo, un curso de agua.

—¿Qué más?

—Soledad. Mucha soledad.

—¿Había ventanas?

—No vi una sola ventana en ese sitio.

—¿Podían estar tapiadas?

—No, en la habitación y en los lugares comunes, no había un solo agujero.

—Fantástico Eleonora. Qué más viste, ¿te acuerdas de algún detalle? Cualquiera es importante.

La mujer se calló, los ojos seguían moviéndose detrás de los párpados, en todas direcciones.

—Había algo muy raro.

El Commissario levantó las orejas, sintió que eso podía ser importante.

—Por todos sitios habían carteles verdes.

—Muy bien, ¿Qué ponía en esos carteles verdes?

—No me acuerdo —dijo apretando los dientes.

—Es importante Eleonora, concéntrate y dime qué ves en los carteles verdes. ¿Había dibujos? ¿Había palabras? ¿Un texto?

La mujer estuvo pensando un rato, apretando los dientes y mirando por todos los lados con los ojos.

—Había dos palabras: "SALIDA" y otra, pero no me acuerdo.

—Venga Eleonora casi estás, concéntrate, qué había en los carteles verdes.

—SALIDA y EXIT —soltó algo exhausta de pensar.

—Excelente Eleonora, lo estás haciendo muy bien. Ahora, ¿qué paso el día que te escapaste?

La mujer comenzó a tener un llanto liberatorio.

—Entró un secuestrador.

—¿Qué hizo el secuestrador?

—Puso sus sucias manos dentro.

—¿Dentro dónde?, ¿dentro de tu ropa?

—No, dentro de mí.

—¿Y luego qué pasó?

La mujer, que respiraba con gran intensidad, aflojó el llanto y sobresaltó la rabia.

—Le di un codazo. Bajó de mi cama. Intenté escapar pero me cogió por un pie, entonces le solté con toda mi fuerza una patada. Escapé por la puerta, y corrí. Corrí lo más rápido que pude, pero me seguía, corría y me seguía. Está a punto de cogerme, tengo miedo.

—Estás a salvo Eleonora, no te va a coger. Lo estás haciendo muy bien Eleonora —dijo Oscar, mientras miraba al Commissario para ver si detenerse o seguir—. Ahora dime, mientras corres para salir, qué ves.

—Un pasillo, muchas puertas, el pasillo no acaba, corro y corro y todo es igual. Puertas y puertas iguales. No puedo irme, no puedo marcharme.

—¿Por qué no puedes marcharte?

—Porque dejo a Ferrari y a Luca, soy una cobarde, me voy, estoy escapando —gritaba entre sollozos y acelerando sus recuerdos.

—No, te estás poniendo a salvo, para ayudarles desde fuera Eleonora. Sigue ¿qué más ves?

—Una puerta y estoy fuera.

—¿Fuera de dónde?

—Fuera y entro en una galería. Un largo túnel. Al lado, una fila de coches aparcados.

—¿Ves alguna matrícula?

—No, salgo corriendo —gritaba entre un llanto que se iba incrementando.

—¿Ves algún coche?

—No, salgo corriendo y corro y corro. Me duelen los pies sobre el asfalto detrás tengo la voz del asqueroso que me persigue. Al final llego a una puerta enorme y consigo abrirla.

—¿Qué hay fuera?

—Un espacio, una zanja, un portón y lo salto. Me duelen los pies. Tengo frío.

—¿Te giras a mirar qué es eso? ¿Si es una casa? ¿Un edificio? ¿Qué es?

—No, sigo corriendo.

—Te acuerdas de escaleras o algún peldaño.

—No, solo corro entre campos y arbustos. Hasta que me tiro al río.

Entones, apiadado del llanto de la mujer y que llevaban demasiado tiempo, el Commissario le hizo señal de cortar.

—Muy bien Eleonora, ahora cuando yo te diga, poco a poco irás despertando y regresarás aquí con nosotros. Solo cuando te lo diga yo. Muy bien, mírame, a la de tres cuando oigas chasquear mis dedos entonces despertarás y te acordarás de todo. UNO, muy bien, mírame, mírame, DOS, mírame Eleonora, cuando te despierte te acordarás de todo, TRES. —Y chasqueó los dedos.

La mujer se despertó y se encontró empapada en sudor, desorientada, sin entender qué había sucedido, dónde estaba y cuánto tiempo había pasado. Con los ojos llenos de lágrimas, Oscar le acercó unos pañuelos de papel.

Siguió aterrizando emocionalmente mientras el hipnotista le tranquilizaba, que todo había pasado y lo bien que lo había hecho.

El Commissario y Bruno se levantaron.

Oscar se llevó fuera de la sala al Commissario, mientras el otro policía se quedó con la mujer.

—¿Qué piensas? —preguntó Malatesta.

—La he visto muy bien, es una mujer muy fuerte.

—Ya, pero los recuerdos, me he quedado aún más confundido.

—Pues yo no.

—¿No? —preguntó el policía sorprendido.

—No, y creo que conozco a alguien que nos puede ayudar —dijo ante el estupor del policía.

61

La imprevisibilidad.

Si pones una gota de agua que baje por el dorso de tu mano, cada vez que lo pruebes recorrerá un trayecto diferente.

Es estadísticamente imposible que realice el mismo trayecto dos veces.

Las variables más disparatadas e incomprensibles alteran su camino en todo momento. La superficie, el viento, la velocidad, la presión atmosférica, todo… Todo influye.

Predecir su trayectoria, es como ganar la lotería, con las mismas probabilidades.

El Commissario era esa gota de agua. No era consciente de ello, las variables lo desviaban. Sin saberlo, era un muñeco que creía que seguía su intuición.

El coche entró en una estrecha calle interna. En los lados, dos filas de álamos daban la bienvenida. Llegaron a las afueras de Verona, donde vivía un amigo de Oscar.

Aparcaron en medio de la explanada. Enfrente estaba la casa rehabilitada. A un lado un granero, también restaurado. En todo su alrededor, plantas, jardines y después extensiones de campo.

Los cuatro bajaron del coche.

Oscar se acercó a la casa y nadie contestó al sonar el timbre.

—No está en casa, venid —dijo haciendo una señal para que le siguieran.

Entró en el granero, apartando una enorme puerta de madera gastada por el tiempo y por el uso. Detrás, un tractor con mucho polvo acumulado y un espacio que se abría a los visitantes.

—¿Roberto?

—¿Sí?—contestó una voz desde una parte realzada.

Entonces el Commissario levantó la mirada y vio que había un altillo. Percibía un olor a polvo y a un imperceptible olor a excrementos fosilizados en el tiempo.

El pequeño edificio tenía una altura de veinte metros, con unas

imponentes vigas que sujetaban la vieja cubierta. Debajo, el gallinero y el establo, que habían dejado de tener esa función.

—Oscar, ¿eres tú?

—Sí tío, ¿cómo estás? Vengo con unos amigos.

—Fantástico, subid, venga.

Los cuatro subieron por una escala de madera, uno a la vez, por miedo que se rompiera.

Al Commissario se le abrió un museo delante de sus ojos. Mesas y mesas de pequeños objetos bélicos, cascos, pistolas, palas, gorros y medallas. Donde no había mesas, en el suelo aparecían fusiles, pistolas, municiones de tanques o de aviones sin explosivos. Maniquís con antiguos uniformes militares. Pequeños cañones. Ametralladoras. Un arsenal de varias épocas y múltiples guerras.

—Bienvenidos a mi pequeño mundo —dijo Roberto abriendo los brazos enseñando su espacio.

Todos quedaron boquiabiertos.

El Commissario se acercó y se apretaron la mano.

—Commissario Malatesta, jefe de Modena —dijo y presentó a Eleonora y a Bruno—. ¿Qué es esto?

Roberto chasqueó los talones e hizo el saludo militar.

—Es un museo, Commissario —se adelantó Oscar—. Mi tío lleva treinta años coleccionando objetos, fue sargento en el ejército, sección Alpini.

—Mire Commissario, esta es una pistola nazi. Se dice que fue abandonada por un general de las SS, en la huida de nuestra patria. —Enseñó la pistola como si fuese una reliquia de valor inestimable—… Y mire esto. Este es un casco de la Primera Guerra Mundial…

El hombre enseñó su museo como si fuera Disneyland, con la ilusión de un niño, a unos invitados nuevos.

El hombre siguió varios minutos hasta que el Commissario lanzó una mirada a Oscar.

—Tío, tío, ¡para! No han venido a ver tu museo, sino por otra cosa.

El hombre le miró desubicado y dejó el objeto en su lugar.

—¿Ah, no? —contestó rascándose el poco pelo que le quedaba en la cabeza.

Roberto era un hombre de unos sesenta años, jubilado del ejercito varios años de antelación.

Llevaba una camisa de cuadros, con camiseta blanca debajo y un sin mangas de plumas rojo.

—¿A qué habéis venido?

El Commissario y Oscar se lo explicaron.

—Tenemos estos indicios, que como explica Eleonora, es un lugar extraño. No sabemos dónde puede estar. Pero creo que tú puedes saber dónde es.

—A ver, un momento, repasemos los indicios.

—¿Me permite fumar? —preguntó el Commissario casi ya encendiendo el cigarrillo

—¡Nooo! Por el amor de Dios. Hay municiones aquí.

El Commissario se quedó sorprendido y guardó todo.

—Disculpe —contestó.

—A ver, recordadme los detalles:

—Estamos hablando de un lugar, creemos bajo tierra, no tiene ventanas, no tiene escalones en la salida. Los pasillos, tienen muchas habitaciones. Pasadizos largos, muy largos. Para entrar o salir un túnel del mismo modo, largo, y una puerta enorme para entrar.

—¿Algún detalle más?

Los hombres pensaron.

—Unos carteles verdes —dijo la mujer—. Llevaban escritas dos palabras, SALIDA y EXIT, en italiano y en inglés.

El hombre se acordó de algo.

—¿Inglés?

—Inglés —dijo la mujer asintiendo con la cabeza.

—Creo que lo sé. Qué curioso.

—¿Qué es curioso tío?

—Pues que se llame como él —dijo su tío apuntando al Commissario.

El hombre se dirigió a una librería y sacó una especie de libro, que parecía más bien un manual. Resopló para quitarle el polvo. Y todos lo miraron con curiosidad.

—Aquí lo tenéis —dijo levantando el libro—. Vuestro sitio.

—¿Qué es esto? —preguntó el Commissario.

—Un manual que escribió un exempleado de la ONU.

—¿West-Star? ¿Qué diablos es esto?

—Es un búnker antiatómico que construyó la ONU hace veinte años. Nadie lo conoce. Fue desalojado por un problema técnico, se quedó sin luz. Pero me parece que es vuestro lugar. Allí es un lugar perfecto para pasar desapercibido, nadie lo conoce, puedes meter a tanta gente como quieras y nadie se enterará. Pueden gritar y pedir auxilio y nadie los escuchará. Está a la altura de tierra, pero está enterrado. El Clan Chassepot, el que sale en la televisión con todos esos secuestros tiene que estar allí dentro.

—¿Enterrado? —dijo el Commissario mientras hojeaba el documento.

—Está excavado en la montaña.

—¿Cómo?

—Cavaron en la montaña para que esta le protegiera de un ataque nuclear.

—Entiendo, pero tiene que estar en los Alpes, es muy lejos.

—Nooo, está aquí al lado. Casi a orillas del Lago di Garda.

Cuando nombró ese detalle, el Commissario miró las caras de Eleonora y Bruno.

—Roberto, Oscar, habéis dado en el blanco.

Las caras de los componentes se alegraron.

—Muy bien Roberto, usted es militar. ¿Ahora qué?

Roberto se giró, cogió un viejo fusil, se le iluminaron los ojos.

—Militar y Alpino. ¿Ahora? ¡Ahora comienza la fiesta!

62

El plan se iba fraguando.

El primer anillo que se soltó fue Eleonora que, al escapar aceleró el proceso, los errores, la improvisación y todo lo demás. A pesar de que supuestamente había muerto, fue una pista importante. Pero dejar el West-Star era inasumible, demasiados riesgos, demasiadas variables entraban en juego.

El gobierno italiano no daba señales de vida. Los rehenes estaban cada día más inquietos y difíciles de controlar.

Los secuestradores no eran Vincenzo, él solo era el jefe. Todos los componentes, mitad franceses y mitad italianos, comenzaban a ver que era un plan magistral, pero no funcionaba.

Vincenzo era diferente de Gualtiero. Sangre caliente y gatillo fácil. El perfecto pistolero, pero no el perfecto secuestrador. La paciencia, no era su virtud.

Albano era el familiar que nunca se debería llevar a un secuestro, ni a un atraco, ni a un cumpleaños. Hubiese resultado más económico llevarlo a Bali, bajo una palmera, en lugar de tenerlo en una banda criminal.

Pero todos los planes, aunque parezcan perfectos, tienen fallos, brechas de posibles resquicios de descontrol.

La imprevisibilidad.

Vincenzo lo sabía y le costaba aguantar las riendas de la situación. Lo que estaba presenciando, era una prueba de ello.

—Tenemos que matar a uno y grabarlo y enviar la grabación a la televisión. ¡Que sepan quiénes somos y qué sabemos hacer.

—¿Pero qué estás diciendo? —dijo mirando a su alrededor—. No Gualtiero, si lo hiciésemos, los tendríamos a todos encima, hasta a la opinión pública, más todavía. Tenemos que ceñirnos al plan. Ahora los secuestros serán cada semana. Y el próximo será el ministro. Tal y como está planeado. Te lo repito, ¡nos vamos a ceñir al plan!

—No Vincenzo, te quieres ceñir a un plan que ya ha cambiado. Eres un gallina, no tienes los huevos de apretar un gatillo, de sacrificar un rehén para el bien del plan.

—No te permito que me digas esto —le contestó con el dedo apuntándole—. Vincenzo, ¿Qué es esto?

—Es una decisión…

—No, es un motí…

—…es una sentencia de muerte para un bien común. ¿Es que no lo ves? —preguntó Gualtiero tocándose con la pistola la cabeza—. Se te ha ido de madre, tenemos que enviar un mensaje fuerte. No somos unos gallinas. No he venido de Francia para quedarme aquí mirando.

«Lo tenía que haber supuesto, era imprevisible en una situación así», pensó en sus adentros Vincenzo.

La escena era kafkiana. La estancia, el comedor del búnker, con los rehenes en círculo. Arrodillados, con las manos atadas detrás de la espalda y una capucha en la cabeza. Todos temblando, escuchando los delirios de Gualtiero, el príncipe que quería arrebatar el trono a Vincenzo.

—Por favor Gualtiero, baja esa pistola y razonemos. No podemos cambiar las reglas del juego ahora.

—Claro que podemos. Si vemos que el partido no funciona, el entrenador cambia a los jugadores en el campo. Vincenzo, tu táctica no funciona. Hay que cambiarla. Tú siempre lo has dicho: cuando un ramo está podrido, hay que quitarlo.

—Pero nunca de nuestro equipo, ni de nuestro plan. ¿Te acuerdas que al principio estábamos todos de acuerdo?

Gualtiero Lambert andaba girando alrededor de los rehenes. Nervioso, sin descanso, sin paz. Tenía una pistola en la mano. Hablaba y seguía caminando. Sudaba por las consecuencias que tendría su acto, ya había decidido que uno no saldría con vida de la habitación, pero no tenía claro quién.

—A lo mejor Ferrari, quién se iba a dar cuenta de que un viejo decrépito no estuviera más en el mundo. O no, a lo mejor el tío este de la leche. Total, todas saben igual, si no compras una, compras otra —dijo, mientras con el pie empujaba al anciano haciéndolo caer al suelo.

Luego, apuntó y disparó.

El disparo retumbó en la estancia haciendo un estruendo terrible y creando un efecto de caja harmónica.

Luca Marrone se encogió, sin ver lo que sucedía, pensó que su momento había llegado. Esperó sentir dónde le había alcanzado el disparo.

El proyectil se clavó en el alto techo.

Gualtiero se puso a reír.

—Suelta el arma. Eres un peligro para el grupo y para el plan —dijo Vincenzo apuntándole con un arma—. Suéltala o te disparo yo de inmediato.

Los otros secuestradores, con pasamontañas, que rodeaban a los rehenes, no sabían qué hacer ante la lucha de poder. Albano se acercó a su tío.

—Gracias sobrino, retírale la pistola a Gualtiero.

El jefe se sorprendió al verse apuntado por el fusil que empuñaba el pariente.

—Bájala tú tío.

Primero se sorprendió, luego le salió una sonrisa cínica.

—Me siento el rey Lear —dijo levantando las cejas y bajando la pistola que apuntaba.

—El rey ¿qué? —preguntó Albano.

En el momento más tenso de la situación, cuando hubo un cambio de poder en el poder, pasó lo que Vincenzo se temía pero que era casi imposible.

Dos fuertes ruidos. Uno sucedido al otro. Un estruendo sacudió las paredes y la montaña. Desplazó a los miembros de la banda, mirándose a la cara, sin entender lo que sucedía.

63

Unos momentos antes.

El plan estaba claro.

Tenían el mapa del búnker desplegado en el capó. Había fotos del interior y muchos detalles de las secretas instalaciones abandonadas por la ONU. Pero sobre todo, llevaba un plano que ayudó a programar la incursión. Todos estaban a su alrededor.

El Commissario Malatesta, con un bolígrafo en una mano y una radio en la otra, daba órdenes. Habían llegado patrullas de policía de Modena, de su comisaría, agentes de Bussalengo, la más cercana y, por supuesto, estaban los Alpini armados hasta los dientes. Antes de desplazarse al búnker, Roberto, llamó a amigos y militares retirados del ejército, expartigianos. Que, de jóvenes, habían contribuido a la liberación de Italia de los alemanes. Todos armados. Como niños con zapatos nuevos, de vuelta a unas colonias de verano para verse con los viejos amigos.

El comando que se había generado, improvisado por el Commissario y por Roberto, estaba listo para entrar, solo faltaban los últimos matices.

Decidió entrar por los dos flancos, por la puerta Alfa y por la Beta. Un grupo de partigianos con Bruno y su equipo de Modena se dirigían hacia la Beta. El resto entrarían por la Alfa. Vieron que detrás de las puertas blindadas, había la galería de varios kilómetros que debían recorrer con los vehículos para realizar una incursión más acelerada.

—Roberto. ¿Tú y tus compañeros tenéis una idea de cómo entrar por las puertas blindadas?

Roberto miró un compañero y le dio la palabra.

—Filippo ha trabajo en la estructura por varios años.

—No se puede acceder desde fuera, es imposible.

El Commissario dio una calada honda y se rascó los bigotes.

—¿Ninguna forma? No me lo creo.

—Bueno, ninguna, ninguna tampoco —dijo Filippo, encogiendo los

hombros y mirando a Roberto.

—¿Cuál? —dijo Roberto.

—Bien, podríamos hacerlas saltar por los aires.

—¿Cómo dices? —preguntó el Commissario.

Roberto abrió una maleta que llevaba en el cuello y sacó unos cilindros color granate y con mechas largas, en ellos ponía TNT.

—Bueno, a lo mejor lo conseguiríamos con un poco de dinamita.

—¡Vaccaboia! No quiero saber dónde lo has conseguido… —dijo el Commissario apartando el explosivo de su vista.

—No se preocupe Commissario… digamos que es parte de mi jubilación del ejército.

—Valeria, cuida de él, ¿quieres? —dijo el Commissario señalando a Bruno.

Los dos equipos se separaron. Bruno y el Commissario Malatesta sincronizaron los relojes.

—Yo también quiero entrar —dijo Eleonora Manfredi.

—No, tú quédate aquí. Ya estuviste allí dentro y ya tuviste bastante. No quiero que te pase algo justo ahora —contestó el Commissario e hizo un gesto con la cabeza para que un policía se quedara con ella.

Esperaron el momento adecuado y las dos puertas, con una frecuencia de pocos segundos, fueron perforadas por una carga sobredimensionada de explosivo. Los agentes, a distancia y rezagados detrás de los coches, vieron cómo las puertas se abrían de par en par.

El Commissario dio la orden y entraron con los coches rápidamente.

En la cabeza de Roberto, reflotaban los recuerdos de *“La Liberazione”*. Cuando las emboscadas, las estrategias de guerrilla entre montañas, estaban enfocadas para deshacerse del invasor, de los nazis.

En el recorrido en coche por la galería iluminada por los faros de los coches y los neones colgados en el techo, Roberto cantaba una melodía.

Una mattina mi son svegliato,
oh bella, ciao! bella, ciao! bella, ciao, ciao, ciao!
Una mattina mi son svegliato
e ho trovato l’invasor.

A Roberto se le fueron añadiendo otros alpinos y policías, haciendo casi un coro de libertad.

O partigiano, portami via,
o bella, ciao! bella, ciao! bella, ciao, ciao, ciao!
O partigiano, portami via,
ché mi sento di morir.

E se io muoio da partigiano,
o bella, ciao! bella, ciao! bella, ciao, ciao, ciao!
E se io muoio da partigiano,
tu mi devi seppellir.

La canción inspiraba coraje y resistencia.

Llegaron al final del túnel. Los coches de la policía obstruyeron la salida de los vehículos del Clan Chassepot, la mayoría con matrículas francesas. Ese detalle fue lo que dio a entender al Commissario que iba por el buen camino.

La puerta que accedía al entramado de pasillos estaba abierta. El equipo del Commissario estaba formado por veinte hombres entre policías y partisanos.

Entraron y se fueron dividiendo por los tres pasillos, por las tres bifurcaciones que tenía el búnker. Fueron avanzando, todo estaba silencioso, demasiado silencioso.

Hasta que un hombre encapuchado, asustado, salió de un lugar que decía “W.C.”.

El hombre se giró y se quedó de piedra viendo a la policía. La policía tampoco se lo esperaba. Todos se quedaron quietos por unos segundos, cuando el Commissario gritó:

—¡POLICÍA, QUIETO!

El encapuchado sacó una pistola y antes de poder disparar, una ráfaga de balas le alcanzó.

Al otro lado del búnker, Bruno junto a sus hombres, entraban en el pasillo. Se dividían por los tres pasillos. Comenzaron a abrir las puertas, la mayoría estaban cerradas. Las que estaban abiertas, tenían las luces apagadas y se encontraban vacías.

También por el lado de la entrada Beta, todo era silencioso.

—Esperad —dijo Bruno, deteniendo la incursión de su equipo—. Escuchad.

—No se oye nada —contestó Valeria.

—Exacto, ¿no te parece extraño? Tienen que habernos oído llegar

por la explosión.

—¿Dónde dijo que estaba el núcleo del búnker?

—No me acuerdo si era por el tercero o por el segundo pasillo.

Entonces Bruno cogió la radio e intentó comunicarse con el Commissario.

—Commissario, ¿me oyes? —No obtuvo respuesta—. ¿Commissario?

—Las paredes son demasiado gruesas como para difundir las ondas.

—Nada, avancemos.

El equipo de Bruno, de cinco personas, ya dividido por la entrada, siguió avanzando por el segundo pasillo. Entonces escucharon unos disparos al otro lado del búnker, cogiéndolos desprevenidos. Todos se asustaron, poniéndoles más en alerta.

—Yo te protejo —dijo Bruno a Valeria mientras le miraba a los ojos.

—¡Ja! ¿Tú a mí? No te acuerdas qué dijo el Commissario. ¡Quédate cerca guapo!

Y siguieron avanzando.

Los disparos seguían oyéndose desde el otro lado del búnker, luego también en el tercer pasillo donde estaba la otra parte del equipo de Bruno. Cuando dos encapuchados salieron por detrás del grupo de Bruno.

Valeria casi instintivamente se giró y junto a otro los derribaron sin darles ocasión de disparar.

—¿Qué te he dicho? ¡Quédate a mi lado!

Mientras decía esto, otro secuestrador salió y comenzó a disparar. El equipo se tiró al suelo y Bruno disparó varias veces cogiéndole en el pecho y en una pierna.

—Ves, hacemos un buen equipo —dijo el inspector a Valeria.

La mujer contestó con un sonido extraño y mirándole de reojo.

—Por cierto, si vivieras conmigo, te cuidaría no solo en el trabajo. En casa también. Sería más fácil.

—No sé quién cuida de quién, creo que tienes una visión tergiversada de la realidad.

Mientras discutían, el silencio que encontraron cuando entraron, ya no existía, había sido sustituido por disparos y cadáveres en el pasillo.

—Tenemos que seguir hacia el núcleo de este maldito lugar —dijo Valeria.

* * *

—Estamos con la mierda hasta el cuello. Y es todo culpa tuya, Vincenzo —dijo Gualtiero—. Esos disparos allí fuera es la policía, ya nos han encontrado. Te lo dije, joder, te lo dije —gritaba desesperado.

Todos los miembros del clan que estaban en el comedor estaban desesperados.

Los rehenes seguían en el suelo, temblando por no entender qué sucedía.

Albano aguantaba el fusil apuntando a Vincenzo.

—Escúchame Gualtiero, nada está perdido. Tenemos que activar el plan Estambul.

Entonces, Gualtiero, se detuvo y miró al jefe. Este le miraba con las cejas levantadas y asintiendo con la cabeza.

—Es nuestra última baza. Ya sabías que esto podía suceder y si pasaba teníamos en la manga el plan Estambul. —Gualtiero tenía la respiración acelerada—. No tenemos otra.

—¡Cállate! Déjame pensar. —Se pasó la mano por el rostro y por el pelo para pensar.

Se giró hacia el jefe, y dijo.

—Está bien. Activemos el plan Estambul.

Francia.

Varios meses antes.

La madera chispeaba.

Las gruesas paredes de piedra resguardaban del frío de la Provenza invernal. Los campos de lavanda habían sido substituidos por unas extensiones de marrón acristalado, por la congelación nocturna.

La vieja casa resguardaba los componentes de una organización criminal que planeaba expandirse al país transalpino.

Los planos en las paredes, anotaciones, objetivos, posibles situaciones, todo se planteaba en la habitación con el fuego encendido.

Entre comida y comida, el plan cobraba cada vez más forma, en los cerebros y en los papeles.

—Si mantenemos la calma, pase lo que pase Gualtiero, saldremos victoriosos —decía Vincenzo mientras acababan de completar la comida con un surtido de quesos marinados con vino tinto de la zona.

—Es fácil decirlo ahora, pero ya sabes que no todos los chicos sabrán mantenerla ante el peligro.

—Ya lo sé, pero ¿eres consciente que en la guerra hay que sacrificar hombres?

Gualtiero, el brazo armado y la mano derecha de Vincenzo, levantó los hombros.

—Si peta el plan tenemos dos opciones. Rendirnos… —dijo y alargó con un silencio mirando a su compañero para saber si estaba dispuesto.

—¡Jamás! —dijo Gualtiero clavando la punta del cuchillo en la mesa.

—…O sacrificar peones.

—Eso me gusta más. No quiero acabar otra vez en la trena.

—Lo sé, y no acabarás si me escuchas. Para eso tenemos el plan Estambul.

El otro hombre arrugó el ceño.

—¿Qué gilipollez es esta?

—La gilipollez que te salvará —dijo Vincenzo.

Luego sacó un plano hecho a lápiz por un extrabajador del búnker antiatómico.

—Pongamos por caso que nos encuentren, cosa que es bastante difícil y con poquísima probabilidad si respetamos y hacemos cumplir todas las normas que te ido explicando en estos días.

—Sí, ya lo sé, me lo has dicho miles de veces, sigue, sigue.

—Pero imaginémonos que la policía nos localiza y consigue entrar. Te repito, es una probabilidad muy remota, sin embargo hay que contemplarla. Bien. Si entran por el acceso Alfa, saldremos por el Beta, y viceversa, si entran por el Beta, saldremos por el Alfa.

Gualtiero se rascó la cabeza.

—Ya. Pero y ¿qué pasa si entran por los dos accesos?

—Exacto. Aquí se pone en marcha el plan Estambul y habrá que sacrificar parte del equipo. Acuérdate muy bien de esto Gualtiero: En Italia la vida es diferente, siempre hay una puerta trasera. Para todo. Para la política, en los bancos, en los restaurantes, en las situaciones, en las amistades, en las situaciones más banales, los italianos buscan la puerta de atrás. Siempre hay otra forma que tú no ves, pero siempre está allí, solo hay que saber verla. Por eso me gusta tanto Italia.

—Qué cabrón eres.

—Supervivencia amigo mío, solo mero instinto de supervivencia. En fin, lo que te decía: el búnker tiene una tercera salida, una de emergencia, que nadie sabe que está, ni siquiera aparece en los planos oficiales.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque, por seguridad, los constructores y la ONU no quisieron que apareciera. Pero la persona que me ha dado estos planos construyó esa estructura, sabe muy bien lo que dice.

Gualtiero se rio.

—¿Estás seguro? Creo que te han timado.

—Segurísimo. Es más, firmó un contrato de no poder revelar nunca lo que vio allí dentro. Pero no han inventado nada. Los antiguos egipcios ya lo hacían. En las pirámides, los arquitectos que construían los edificios, no podían salir vivos de allí por el riesgo de divulgar una información tan valiosa, como llegar a la tumba del faraón y poder sacar todos los tesoros. Ellos mataban, ahora se hace firmar un papel.

Gualtiero miró el plano y replicó.

—Visto lo visto, era más seguro el método de los egipcios.

—Pienso lo mismo. Pero, gracias a eso, ahora sabemos que ese lugar tiene una salida de emergencia.

—¿Cómo sabes tantas cosas Vincenzo?

El jefe le miró de reojo.

—Sigamos. En esta remota situación, tendremos que activar primero la sirena interna que avisa de un ataque atómico y apagaremos todas las luces solo dejando las de emergencia activas. Los policías quedarán perdidos, nosotros con poca luz sabremos donde ir, porque practicaremos cómo salir en esas condiciones, estudiando y aprendiéndonos el trayecto. Los policías quedarán despistados, desorientados, no sabrán qué estará pasando ni qué hacer.

—Me está gustando este plan. Y luego, ¿los podremos matar a todos?

—No, esa distracción nos servirá para escapar.

—¿Escapar?

—¡Escapar! Si eso pasa, nuestro plan habrá saltado, pero solo el primero, ya tendremos otros. Pero tenemos que hacer como los magos, crear una distracción para salir y sin que nos identifiquen. Entrenaremos a nuestro equipo a reaccionar como locos ante esa situación, dándoles unas falsas esperanzas. Que se dirijan al piso superior para juntarnos y salir juntos. En el momento en que suenen las sirenas, todos tendrán que salir a los pasillos con los fusiles para disparar a los policías y luego escapar por una de las salidas. Pero cuando se den cuenta de que era una maniobra evasiva, nosotros ya estaremos al otro lado de la frontera. Creerán que reaccionar así les salvará, pero solo nos salvará a nosotros.

—¿Y si nos siguen?

—Les pondremos unas sorpresitas por el camino.

Gualtiero se puso a reír, entusiasmado.

—Y, tengo una pregunta. ¿Cómo sabremos que vienen por los dos lados?

—Simple, por los disparos que recibiremos, que vendrán de las dos direcciones.

—¿Todo esto ha sido idea tuya?

Vincenzo le miró con una expresión distinta, que Gualtiero conocía bien.

—Un mago nunca desvela ciertas cosas.

El jefe del proyecto no desveló todo, solo lo que necesitaba escuchar. Evadió la pregunta, porque algo más había debajo, o bien, alguien más.

—Pero tranquilo, esto nunca pasará, el gobierno italiano pagará el rescate más grande de la historia, está demasiado bien hecho como para no funcionar. Italia no podrá quedarse sin los hombres más importantes de su industria. —Se levantó con el vaso de vino y gritó —. ¡Ataque a Italia!

—¡A por la pasta! —replicó Gualtiero con su vaso.

El jefe salió de la habitación si decir nada más. Gualtiero se quedó pensativo, acabando de comer los quesos delante de la chimenea. No le interesaba quién más había detrás, solo quería el segundo pago, su parte de la recompensa de los secuestros. La primera, el adelanto, ya estaba a buen recaudo.

65

Gualtiero dejó de apuntarle.

Las cosas no habían ido como se esperaban, pero Vincenzo tenía razón, el único salvoconducto era el plan Estambul. Y tenían que hacerlo rápido.

—Albano, coge a Ferrari y llévalo al piso superior, luego nos veremos allí —dijo Gualtiero.

Este le miró con controversia, su actitud y sus órdenes sufrieron un giro de ciento ochenta grados.

—Pero Gualtiero, yo quiero ir con vosotros.

—Nosotros venimos también, ve delante y en diez minutos saldremos todos juntos por la salida Beta —dijo engañándole.

Gualtiero tomó una decisión instantánea. Apartó las diferencias con Vincenzo por una cuestión de supervivencia. Cuando nos sentimos acorralados o en una situación extrema, el instinto criba las pajas del grano. A pesar de las divergencias con el jefe, se dio cuenta de que era el único que podía sacarle de esa ratonera.

Cuando nos ponen contra las cuerdas, nos acordamos de las prioridades, olvidando nuestras manías de grandeza o ego, y nos damos cuenta cuáles son las prioridades de verdad. Soltamos amarres, rebajamos plomos y vamos en la dirección que toca, la que realmente necesitamos.

—Venga, haz lo que te he dicho —confirmó a Albano.

Este dejó de apuntar a su tío, levantó al rehén y se lo llevó. Abrió la puerta del comedor y tomó el pasillo, dirección a las escaleras. Al anciano le costaba seguir el paso.

—No puedo caminar con esta capucha, quítamela por favor —decía tropezando todo el rato, con las manos atadas por detrás.

El secuestrador, accedió a quitarle la capucha. Para el anciano fue un alivio, podía ver lo que sucedía estando en manos de un inútil como ese secuestrador.

Los disparos venían de todas las direcciones, en la lejanía. El olor a

pólvora saturaba el aire, hacía entender que estaban en medio de una guerra que acababa de comenzar.

Mientras se dirigían hacia las escaleras, hombres encapuchados iban saliendo de las estancias y se dirigían hacia el piso superior, ejecutando las ordenes de Vincenzo:

«Si aparece la policía, saldremos todos juntos desde el comedor y hacia la salida Beta».

Cuando estaban en la mitad del pasillo que llevaba al piso superior, a pocos pasos de las escaleras, se encontraron con un grupo de policías.

—¡Quietos, Policía! Baja las armas, estás rodeado.

Al acabar de decir esas palabras, las luces se apagaron y se encendieron las de emergencia. Todo el búnker antiatómico se tiñó de una luz rojiza, intensa, que incrementaba aún más el pánico entre los rehenes. Luego, se activó una ensordecedora sirena. Albano se vio con el paso cortado hacia el punto de encuentro. No supo qué hacer, seguir o volver donde los jefes que, seguramente, estarían llegando.

«No puedo fallarle a Gualtiero. Estará llegando, tengo que aguantar».

Se quedó apuntando al seso de Ferrari, viendo a la policía.

Al otro lado, resguardados por una columna y por la curva del pasillo, estaba el Commissario Malatesta.

—¡Quietos! Es uno de los nuestros, ese rehén es un policía infiltrado.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Roberto.

El Commissario se quedó viendo a su amigo, pensando y valorando la escena. El expolicía, aguantado por el cuello y apuntado por Albano, dijo:

—Commissario, dispare, que no se escape este hijo de perra.

Al otro lado del búnker avanzaba el otro grupo de policías.

Dejaron una estela de cadáveres por el suelo.

Los policías de Modena, Bruno y Valeria con otros Alpini, iban avanzando por el pasillo central, hasta encontrar una puerta que ponía “comedor”.

Se dispusieron a entrar, la mujer se agachó delante de la puerta, lista para abrir. Enfrente, los hombres apuntando.

Valeria miró y los hombres le hicieron una señal con la cabeza, indicándole que abriera la puerta. Ella la abrió y se retiró.

—¡Quietos! ¡Policía! —dijo Bruno mientras irrumpía en la estancia.

La estancia estaba vacía, la sirena ensordecedora no dejaba

escuchar los gritos de auxilio que provenían de dentro.

A los pocos pasos, el inspector Bruno Barbiero vio en el centro del espacio a dos hombres arrodillados y encapuchados.

—Quietos, no se muevan —dijo apuntándoles.

En cuanto se acercó oyó los gritos de auxilio.

Valeria y el resto de Alpini entraron, apuntándoles. Entonces Bruno bajó su arma y quitó las capuchas de los dos hombres, eran Luca Marrone y Claudio Rosso.

—Estamos bien, gracias a Dios que estáis aquí —dijo uno.

Los hicieron incorporar y les quitaron las bridas de plástico que les ataban las manos.

—Han cogido a un rehén.

—¿A quién han cogido?

—Los secuestradores. Los jefes de la banda han cogido a uno de nosotros y se lo han llevado por una salida de emergencia —dijo Luca Marrone, el patrón de la leche.

—¿Salida de Emergencia? Mierda, por dónde han ido.

—No lo sabemos, es lo que hemos oído —confirmó Claudio Rosso.

—¿Por la salida de emergencia? ¿Pero no había solo dos entradas?

—Es verdad —dijo el extrabajador del búnker, poniéndose una mano delante de su frente— Pero no se puede acceder desde fuera, solo desde dentro.

—Es igual. ¿Sabes dónde se encuentra? —preguntó Bruno.

—Creo recordar. ¡Venid!

—Por favor, Valeria, quédate aquí, cuida de los rehenes.

—No, en absoluto. Voy contigo —contestó la mujer, entonces miró a un alpino y le dijo—. ¿Puedes quedarte tú?

El hombre asintió. Bruno torció la boca, pero aceptó irse.

—Vamos —dijo el alpino que sabía el camino.

El equipo corrió por los pasadizos sorteando cadáveres y disparando a los pocos hombres encapuchados que quedaban vivos en medio de esa matanza.

La sirena seguía sonando, impidiendo escuchar las voces de los compañeros, solo sobresalían los disparos en medio de tanto caos.

El grupo llegó a una puerta, encima de esta ponía “uscita di emergenza/ emergency exit”.

—Aquí está —gritó el alpino, mientras abría la puerta.

Una vez abierta, Valeria hizo por entrar, cuando Bruno la cogió con fuerza por el brazo y la retuvo en el pasillo.

—No, entro yo primero —confirmó Bruno y entró.

Luego entró otro policía. Mientras entraban, el extrabajador del búnker, tocó a la mujer en la espalda y esta se giró.

—¡Mira! —gritó el hombre.

Valeria se giró y vio llegar a otro equipo que se había separado en la puerta principal. Entendió que tenía que decirles que estaban sobre la pista de los jefes del Clan Chassepot y que tenían que unirse a ellos como refuerzo.

La mujer fue hacia ellos corriendo pero, cuando consiguió atraparlos, detrás de ella hubo un tremendo estruendo, tan fuerte que hizo reventar las puertas de acceso a la salida de emergencia.

La explosión había venido de la salida de emergencia. Todos los policías que se encontraban en las inmediaciones de la puerta cayeron al suelo por la fuerza de la ola expansiva.

Valeria se encontró encima de un compañero.

Dejó de escuchar la sirena, en sus oídos solo había un pitido, fuertísimo que cubría los instantes antes de entender lo que acababa de suceder.

Se incorporó, tosió y se sacudió el polvo de la cara. Entonces, en medio de la niebla de cementos y de escombros, entendió lo que había sucedido y de las consecuencias de esa explosión.

La expresión de su rostro cambió, se aterrorizó al pensar lo que podía haber sucedido, pero saltó de pie y se fue acercando a la zona del suceso.

Corrió con el corazón que le retumbaba en su interior, pensó en lo peor. Pensó que estaba viviendo una pesadilla, no podía haber sucedido, no a ella, no a él.

Una gota de sangre comenzaba a bajarle por la nariz.

El tiempo se detuvo. Se había equivocado, tenía que estar ella en primera fila, no dejarle entrar solo.

Siguió corriendo. Los pocos metros le parecieron una eternidad.

Entonces se asomó por la puerta. Una nube de polvo en suspensión dificultaba la visión. Tosió. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de la galería, vio la escena y gritó:

—¡BRUNOOOOO!

La tensión subía.

No sabía cómo saldrían de esa situación.

El Commissario Malatesta no había sido entrenado para afrontar esas situaciones, solo le quedaba su instinto y el sentido común. Pero cuando estás en guerra, el sentido común no salva vidas, las salvan otras habilidades bien diferentes que no tienen nada que ver con la suerte o el raciocinio.

Tenía entre sus manos la vida de su amigo Eugenio Borsari, que se había hecho pasar por Enzo Ferrari. Aceptó la idea descabellada sin pestañear y los dos sabían que no era una misión fácil, pero era mucho mejor que jugar a las cartas por las tardes.

El momento había llegado.

Estaban uno frente al otro, el Commissario y el falso Commendatore, y en medio un secuestrador. El color ocre de los pasillos había sido sustituido por la luz roja de emergencia. Los disparos por los pasillos continuaban sin cesar.

La situación era muy tensa.

—Dispara Commissario, fríe a este cabrón —dijo el rehén.

—Déjale ir y todo va a ir bien —dijo el Commissario avanzando un poco—. Mírame, estoy avanzando sin arma. ¿Me ves? He dejado mi pistola. Por favor, déjame hablar contigo.

—Quieto. No avances maldito esbirro —contestó el secuestrador con acento francés.

Acto seguido, apareció detrás de la columna el Commissario y detrás un policía que seguía apuntando al francés.

—Espera, déjale ir, cógeme a mí, soy el Commissario Malatesta, el jefe de la policía. Cógeme a mí.

El secuestrador se colocó detrás del expolicía que le hacía de escudo, apuntándole a la nuca.

El Commissario avanzaba lentamente, seguido por agentes que apuntaban al secuestrador.

—Quieto, no avances. ¡Te he dicho quieto!

—Commissario, se llama Albano —dijo Eugenio.

El Commissario arrugó el ceño.

—Albano, ¿qué dice? —contestó el Commissario.

—¡Cállate! —dijo el secuestrador apuntándole.

—Sí, Albano, el del fiambre —concluyó Eugenio.

Acto seguido cogió toda su fuerza junto a su rabia y dio un pisotón al secuestrador. Le cogió de pleno el dedo gordo del pie derecho. Este, desprevenido, soltó un grito camuflado entre la sirena ensordecedora.

Luego el expolicía se agachó rápidamente y soltó un codazo en los genitales del francés hacíendole encorvar del dolor.

La policía aprovechó la ocasión y disparó al secuestrador.

Albano se encontró en el suelo, con tres balas en su cuerpo. La expresión de su rostro cambió, dejándole sorprendido y congelado. Sangraba en varios puntos, se convulsionó y dejó de respirar. El expolicía le miró y sintió alivio, luego se giró hacia el Commissario que ya estaba delante de él. Se abrazaron.

—Pensé lo peor. Disculpa por haber tardado tanto.

—No te preocupes por mí, tenemos que rescatar a los demás.

No les dio tiempo a los policías de disfrutar del momento, porque un fuertísimo ruido de una explosión llegó al pasillo donde estaban.

Se agacharon.

La tierra bajo sus pies tembló.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? —dijo el Commissario.

—No tengo ni idea, pero ha venido de aquí —dijo Eugenio.

Comenzaron a correr, en la misma dirección de donde había venido el secuestrador. Pensaron lo peor, pero se quedaron cortos.

* * *

El fin de todo héroe no es silencioso, pero sí imprevisto.

La ola expansiva retumbó por las paredes del búnker ocupado por los secuestradores. El último acto de unos franceses que habían venido a desestabilizar el país, la vida de muchas personas en el nombre de algo que no acababan de entender.

La misma ola que despeinó las almas de todos los liberadores que entraron.

El Commissario no sabía dónde corría, seguía su instinto, seguía lo que creía el origen de una explosión que seguía sonando en su cabeza.

La nube de polvo gris que apareció en el pasillo cubría la luz roja que lo iluminaba. Más se acercaba, más sentía el desaliento y la tristeza. No podía explicárselo en palabras, solo sentía que se estaba acercando a lo peor.

Habían venido para liberar a los rehenes y habían quedado

atrapados.

Todos los presentimientos que tenía en su interior se confirmaron cuando llegó al final del pasillo y vio al equipo que entró por el acceso Beta.

Estaban delante de la puerta donde salió la explosión.

Dejó de correr, miró quién estaba en el pasillo. Todos miraban la puerta, algunos tapándose la boca, otros llorando o llevándose las manos a la cabeza.

En ese momento la sirena dejó de sonar. Los tímpanos comenzaron a recuperar el sonido ambiente. El pitido comenzó a bajar.

Un policía de su comisaría se acercó con el brazo extendido y la palma de mano abierta, para impedirle que viera. Sus ojos estaban rojos. Las lágrimas que bajaban por las mejillas se empastaban con el polvo de cemento de la explosión.

El agente abrazó al Commissario Malatesta por un segundo y luego le apartó.

Los miedos más feroces le devoraron, hasta que se asomó lentamente a la puerta y se confirmaron.

La peor imagen que había tenido hasta ese momento.

El pasillo se había derrumbado. Estaba cerrado por escombros caídos desde el techo, provocados por la tremenda explosión.

Valeria estaba arrodillada, mirando al suelo.

Entonces los tímpanos comenzaron a escuchar a la mujer, cómo lloraba y los gritos entre sollozos.

Gritaba el nombre de su amor. Una vez tras otra. Pero el Commissario, con la respiración cortada, no veía a su amigo.

Sintió el dolor, como una lanza en su pecho, fuertísima. Era tan fuerte que casi le impedía respirar.

Se acercó a la mujer y cuando intentó levantarla, vio lo peor, justo lo que no entendía y lo que se temía.

Los escombros yacían sobre el brazo de su amigo. Se veía la mitad de su brazo que salía de un montículo de escombros. Reconoció su reloj, polvoriento y con el bisel partido. La explosión y las piedras detuvieron la hora, un efecto que marcaría para siempre la hora de su muerte.

Aún se veía la manga de su traje, siempre perfecto, ahora gris del polvo de la explosión.

La mano quieta, ensangrentada y mojada por las lágrimas de la mujer.

Valeria se levantó y abrazó al Commissario.

Se aferró a él, de la misma manera que se hace a una cuerda con el precipicio debajo.

Seguía llorando desconsolada, abrazándole cada vez más fuerte.

El Commissario sintió el amor de la mujer, que sentía por su

amigo. Los dos corazones abrazados intentaron apaciguar el dolor que sentían por la muerte del inspector Bruno Barbiero.

Para él, el compañero de mil aventuras policiales, de las que siempre se habían salido. Todas menos la última.

Para ella, el hombre, el compañero que finalmente había encontrado y que nunca admitió que podía ser la persona adecuada. Por miedo, por cicatrices, por el pasado que predominaba en el presente.

—Tenía que estar yo… —dijo la mujer entre sollozos—. Me paró y entró él. Podríamos estar juntos debajo…

De la boca del Commissario no consiguió salir ni una palabra. Intentó sacarla de allí. Ella hizo unos pasos y regresó a tirarse por la última vez encima de lo que quedaba de su amor.

Cogió su mano y sintió que ya estaba fría. Entonces entendió que ya no había nada que hacer.

Se dejó levantar por el Commissario y salió del pasillo.

Dicen que las ánimas tardan en dejar los cuerpos. A pesar que estos estén fríos y que ya no tenga vida en la tierra, el alma tarda en irse. Se queda, viendo su cuerpo, lo que fue su casa por tantos años. Mira a su alrededor, quién hay y lo que sienten.

El Commissario sintió el alma de su amigo que se encontraba en el pasillo enrocado. Cerró los ojos, sintió por última vez su presencia y su energía.

«Gracias amigo mío. Nos vemos al otro lado, guárdame sitio allá donde vayas».

Entonces un aire pasó por su rostro y dejó de sentir su presencia.

Cerró el puño con tanta fuerza que casi cortó la circulación de los dedos. Sintió rabia, ira, venganza, como nunca antes lo había sentido.

Se secó las lágrimas y salió del pasillo, la caza a los secuestradores acababa de comenzar.

67

«El consuelo es una alucinación».

Pensaba el Commissario en su interior.

Sentado en el capó de su coche, iluminado por las sirenas de las ambulancias.

Llevaba tres Nazionali, uno tras de otro.

Tenía el rostro afligido, arrugado y el corazón encogido. En el lugar más buscado de Italia, habían encontrado a los secuestrados, menos uno: John Bellagio. Se lo habían llevado como salvoconducto de salida.

No era del Commissario entrar en un lugar sin el permiso del jefe de la policía, sin la autorización de un juez. Tomó una decisión y, en parte, no salió como quería.

El humo entraba con voracidad en sus pulmones.

La acumulación de los acontecimientos que se habían sucedido, hicieron que el Commissario Malatesta tomara una de las peores decisiones. La misma que llevó a morir a su amigo y compañero Bruno Barbiero.

Eleonora Manfredi, la mujer secuestrada y Eugenio Borsari, el sosia de Ferrari, se acercaron al Commissario. Iban cubiertos con mantas. La noche otoñal era fría, pero no tanto como el corazón del Commissario.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la mujer al Commissario.

Este expulsó la calada y se rascó el bigote.

—Teníamos que haber esperado a los refuerzos —dijo sacudiendo la cabeza

—No Commissario. Había un motín de unos secuestradores, querían matar a uno de nosotros. Querían comenzar con Ferrari —dijo levantando las cejas—. Si no hubierais entrado es probable que no estuviera aquí ahora.

—Da igual, teníamos que esperar a los refuerzos, las fuerzas especiales.

—No te fustigues ahora, no es culpa tuya que haya muerto Bruno, entiendo cómo te sientes —dijo la mujer apoyando la mano en su hombro.

—¡Tú no sabes cómo me siento! —esputó el Commissario apartando la manos de la mujer—¿Qué sabes de la vida real? Tú que has vivido siempre entre algodones y sin problemas.

La mujer se sorprendió e hizo un paso hacia atrás. Se entristeció.

—Malatesta, no es justo, no es culpa suya que haya muerto Bruno. Si no fuera por ella, no estaríamos aquí, jamás hubieras encontrado este lugar —contestó el expolicía.

El Commissario se tapó la frente, perplejo.

Resopló y miró al suelo.

—Disculpa Eleonora. No es un momento fácil. Por favor acepta mis excusas —dijo sin mirarle a los ojos.

La mujer asintió sin estar muy convencida.

—Os dejo solos —replicó y se fue.

—No es justo que la trates así.

—Lo sé, tienes razón, pero Bruno era un compañero extraordinario, no me creo que haya muerto.

Continuaron hablando los dos hombres, hasta que el Commissario cambió de tema.

—¿Dijeron algo de John Bellagio?

—El jefe y el segundo se lo llevaron como rehén, como escudo para llevárselo.

—¿A dónde iban?

—O no lo dijeron o no se oyó.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Me puedo imaginar que a Francia.

—Si han llegado a Francia, perderemos su pista y no les podremos atrapar jamás —dijo el Commissario, mientras seguía fumando—. ¿Llegaste a verle la cara en algún momento?

—Jamás.

—Eugenio, ¿te dieron un cojín en la sala?

—¿Cojín? ¿A qué te refieres?

—En la sala donde os tenían, me comentaste dentro que era el comedor, había un cojín en el suelo.

—¿Un cojín? ¿Para qué?

—No lo sé, quizá porque eras el más anciano y te dieron un cojín para que no estuvieras con las rodillas en contacto con el suelo.

—Jamás, esta gente era respetuosa, pero no tanto.

El Commissario se rascó el bigote, cuando justo salió una camilla del túnel. Detrás Valeria que lloraba desconsolada.

El Commissario se acercó.

—Le quiero acompañar hasta que pueda —dijo al Commissario.

Este la abrazó. Cuando se separaron le dijo:

—Te prometo que les perseguiré hasta que consiga matarles con mis propias manos. No me voy a dar por vencido hasta que los haya

encontrado, te lo juro, como si fuera la última cosa que voy a hacer.

La mujer asintió, pero poco le importó las palabras del Commissario, era demasiado fuerte el dolor por la pérdida de Bruno.

Subió en la ambulancia y cerraron las puertas. Las sirenas fueron desapareciendo en el camino que rodeaba la montaña del búnker. Malatesta la vio desaparecer, mientras que su dolor se iba intensificando. Cerró los puños, hasta que las uñas entraron en su carne y brotaron unas gotas de sangre.

La vida era caos.

La explosión deflagró las vidas de las personas en ese búnker, alterándolas para siempre.

Generando ira y la peor de las condenas; la venganza.

Eleonora se acercó a la camilla, el cadáver estaba tapado. Quiso levantar la manta y verle la cara. El camillero se lo impidió, no estaba permitido. Por detrás se acercó Malatesta, hizo un gesto al sanitario y este quitó la mano.

La mujer lo entendió.

Levantó la manta, debajo había un cadáver con tres agujeros de balas.

Se ayudó con las dos manos y quitó el pasamontañas. Delante, un hombre con una costra en una ceja y otra en el labio. La cabeza era pequeña y oval, con pelo corto aplastado. Estaba pálido, estaba frío, era Albano.

—Es él —dijo ella.

El Commissario apoyó su mano en su hombro.

—Vámonos.

La cogió y abrazándola se encaminaron hacia los coches.

—Piensa. El destino. Si este hombre no se hubiese encaprichado de ti, tú no te hubieras podido escapar.

Hubo silencio entre los dos.

—Sabes Commissario, creo que algún día le perdonaré —dijo, luego esperó un momento y concluyó—. Pero hoy… hoy no.

—No, tienes razón. Hoy no es un buen día para perdonar.

68

Modena.
Sábado, 15 de noviembre, 1975
Veintiún días después del secuestro.

Todo era negro.
El día, tapado por nubarrones que amenazaban llorar.
Las personas, vestidas de luto.
El ambiente, oscuro de tristeza.

En el funeral del inspector Bruno Barbiero, había media Modena y toda la comisaría.

En primera fila a la derecha, los padres, y a la izquierda el Commissario con Valeria abrazada por Carla.

Los llantos casi no dejaban avanzar al cura delante de tanta multitud. La Guirlandina, la catedral de Modena, repleta de gente hasta la plaza por no caber.

La ceremonia fue breve pero intensa.

Luego se acercaron al cementerio donde fue enterrado en el mausoleo familiar.

Fueron momentos terribles, tanto para los familiares como para los amigos y compañeros de la policía.

La caza a los hombres había comenzado, pero las esperanzas de cogerlos eran efímeras.

La ceremonia acabó. Al finalizar las últimas palabras del cura delante del mausoleo, las nubes comenzaron su personal duelo. Los oscuros paraguas se abrieron y los asistentes se despidieron entre la lluvia.

—¿Cómo estás? —preguntó Eugenio Borsari al Commissario, una vez acabada la ceremonia.

Malatesta miró a su alrededor y se apartaron del resto de policías y parientes.

—Mal.

—¿Has hablado con Bellagio?

—Aún no, desde que lo dejaron en la frontera con Francia no me ha dado tiempo. Me gustaría ir mañana, tengo un par de preguntas por hacerle.

—¿Puedo venir contigo?—preguntó el expolicía.

—Me ayudaría mucho. Pero antes de ir a Milano necesitaría otro favor, que pasáramos por el búnker. Quiero ver unas cosas.

—Cuenta conmigo Commissario.

Casi se despedían y se acercó Enzo Ferrari, el auténtico, el Commendatore, que había acudido al funeral, rodeado de guardaespaldas.

—Le doy el pésame Commissario. Ojalá no hubiese sucedido así todo esto.

—Gracias Commendatore.

—Así que este señor es mi sosia.

Los dos hombres se acercaron y el parecido era extraordinario. No eran parientes, pero su semejanza podía haber sido fruto de una separación en un parto de gemelos.

—Gracias—dijo Ferrari dándole la mano al sosia.

El otro se la estrechó.

—Es nuestro trabajo. Ha sido un placer Commendatore.

—Commissario, me gustaría hablar con usted un día de estos. Llame a Marinella, mi secretaria, y quedamos para comer la semana que viene. ¿Le parece?

—Cuente con ello —contestó Malatesta.

El Commissario se despidió de todos. Iba mirando a su alrededor, por si viera alguien o algo que no tuviera que estar en esa ceremonia, pero nada le llamó la atención. Solo había sufrimiento y lágrimas y la ensordecedora ausencia de su mejor colaborador, de uno de los mejores policías que había conocido y, por supuesto, su mejor amigo; Bruno Barbiero.

69

Affi, Verona.

Domingo, 16 de noviembre, 1975

Veintidós días después del secuestro.

A carne viva.

El Commissario no tenía la piel fina, tampoco la sensibilidad era su fuerte. Sin embargo, la muerte del inspector Bruno Barbiero despertó en él algo que nunca había sentido.

No sabía describirlo, no sabía identificarlo, ni siquiera explicarlo.

Solo lo sentía.

Era un fuego dentro de él que iba creciendo. Le estaba comiendo. Sabía que lo que sentía había venido para quedarse, a pesar de su carácter.

Ese fuego, que por minutos aumentaba, era la venganza por su amigo.

Sentía que estaba trabajando en su interior, como un escultor esculpiendo el bloque de mármol que era su carácter.

El Commissario Malatesta jamás volvería a ser la misma persona.

Apretaba las manos en el volante, aún con las heridas que se había provocado con las uñas, ese dolor le recordaba que su amigo ya no estaba.

Se giró en la autopista, camino al West-Star. En el asiento del copiloto estaba Eugenio. Pero la memoria le hacía ver a Bruno. Las dos imágenes se sobreponían, la realidad con un holograma, como una capa gris que se solapaba.

El Commissario fumaba, de forma irracional y compulsiva, más de lo habitual.

El tráfico matutino de un domingo era casi nulo, uno cualquiera para los demás. La manta blanca que la noche había cubierto los campos cerca de Modena, dificultaban la visión en la autopista Brennero. A la salida, por la influencia del lago di Garda, esta

desapareció.

Llegaron a la primera parada de día, en Affi.

El acceso al West-Star se encontraba presidido por la policía y el ejército italiano. Se presentaron y les dejaron pasar.

Recorrían el túnel.

Los neones enganchados en el techo iban pasando en el cristal del coche, iluminado los rostros de los dos policías de un naranja pálido.

Aparcaron.

—¿Te sientes con fuerzas? —preguntó Eugenio Borsari.

El Commissario Malatesta asintió con la cabeza y el otro abrió la puerta.

El ambiente era terrible. Sintieron una pesadez en sus almas. Las luces rojas de la emergencia nuclear ya no estaban. El silencio fraguaba sus pensamientos. El polvo en suspensión de la explosión había bajado, ensuciando el suelo.

Diferenciaba mucho de sus recuerdos, no parecía ni siquiera el mismo lugar.

Caminaron hacia el comedor, donde hacía unos días, Eugenio, el falso Ferrari, casi fue sentenciado.

En los pasillos, se encontraban siluetas de los cadáveres dibujadas en el suelo. Con números y otras señales de la policía científica. Tuvo que pasar mucho tiempo, para fotografiar y recoger todas las pruebas posibles.

La puerta estaba abierta, en su interior todo estaba igual.

Los dos hombres revivieron los momentos antes de la deflagración. Mirando a su alrededor y recordando personas, sensaciones, diálogos.

El Commissario se acercó al centro y le enseñó el suelo.

—¿Ves lo que te decía? —dijo señalando un cojín, que seguía allí y con un cartel que lo enumeraba como prueba—. Si esto no te lo dieron a ti, que supuestamente eras el más viejo, ¿a quién se lo dieron?

—Con toda esa confusión no me acuerdo quién tenía cerca. Nadie hablaba, solo ellos nos decían qué hacer. La tensión era tan grande que no me acuerdo —dijo el expolicía poniéndose las manos en la cabeza.

—No te preocupes. Pero esto es mucho más importante de lo que creemos.

El Commissario acabó de mirar el comedor y siguieron con la visita.

Inspeccionaron salas, habitaciones y el almacén de armas. Las cocinas, aún con comida a medio hacer. Las despensas, llenas de comida enlatada, para aguantar varios años encerrados.

Entraron en lo que fue la celda de Eugenio.

Hacía frío, mucho frío. Miraron a su alrededor.

—Veintitrés días has estado en esta celda —dijo el Commissario—. ¿Qué sientes ahora?

—No la veo con los mismos ojos, ahora siento pena, pero libertad. Ahora puedo decidir irme… antes no.

—¿En ningún momento te comunicaste con los otros presos?

—Yo no. Pero sabemos que Eleonora y Luca Marrone hablaban en morse.

—Y tú, ¿qué hacías aquí dentro todo el día?

—Pues mira, esto —dijo, y le acompañó al lado de la cama.

Apuntó el muro con el dedo. Aparecían unos dibujos y unos jeroglíficos casi incomprensibles. Entre ellos unos que se leían mejor:

POR AQUÍ HA PASADO ENZO FERRARI.

—Muy astuto.

—Por si lo hubiesen visto, no podía poner mi nombre real.

La pared de al lado de la cama estaba llena de dibujos.

—¿Con qué los hacías?

—Con la varilla de mis gafas.

El Commissario vio el resto de la habitación. Inspeccionó la puerta y la cerradura interna.

Al fondo de la habitación había otra puerta.

—¿Dónde va esa puerta?¿Entraron algún día por allí los secuestradores?

—No, esa puerta tiene que estar cerrada por el otro lado. Jamás entraron.

El Commissario miró el plano y vio que era una puerta que daba a un pasillo.

Luego se marcharon a la siguiente “celda”.

La de Marrone y de Eleonora, no tenían nada de importante.

—¡Qué curioso! Luca y Eleonora, a pesar de ser los primeros rehenes no escribieron nada en las paredes —dijo Eugenio.

—Supongo que porque tenían otra válvula de escape para el día a día, hablar con alguien. Eso los hacía menos propensos a dejar una huella, a pasar el tiempo dejando una marca. Como los hombres neandertales en las cuevas. La escritura fue un acto involuntario, casi reflejo y te diría necesario para sacar lo que tenías dentro —concluyó el Commissario.

Pasaron a la habitación de Claudio Rosso. La suya era un festival, comparado con lo que acababan de ver. Tenía casi todas las paredes

grabadas. Vestidos, tejanos, hombres, mujeres de todo tipo y toda posición. Nada escrito, solo dibujos. Desfiles de moda y nuevas ideas. Desprendían una incontenible creatividad.

—Mira esto —dijo Eugenio—. Este tío es una olla a presión de ideas. Cómo podía estar aquí dentro. Es increíble lo poco que estuvo y todo lo que creó.

La habitación no tenía nada más.

Salieron y buscaron la que en el informe era la del último rehén por inspeccionar, el cuarto en orden secuestrado, John Bellagio.

Les costó encontrarla, en el plano quedaba algo escondida, en otro pasillo.

Abrieron la puerta con mecanismo desde fuera y entraron apartando la espesa y pesada puerta metálica.

La habitación estaba en orden. Aseada como las otras.

Todo parecía normal, sin nada más, una cama, un pequeño escritorio y un armario vacio, como todos. Al fondo una puerta, también estaba cerrada.

—Vámonos Commissario, o llegaremos tarde —dijo Eugenio.

El Commissario asintió con la cabeza y se fueron.

Ya fuera, Malatesta se giró para ver una última vez la habitación, con perspectiva.

70

Milano.

Domingo, 16 de noviembre, 1975

Veintidós días después del secuestro.

El Alfa Romeo aparcó.

Para encontrar un aparcamiento, les costó varias vueltas por el barrio donde vivía Bellagio.

Caminaron por las aceras entre los ricachones de la capital lombarda. Giraban con coches de lujo y abrigados del frío. Las colas de las pastelerías más refinadas salían de sus establecimientos. Era tradición de los domingos, acudir a comidas de amigos o familiares con una bandeja de dulces.

El Commissario quedó aturdido por el dulce perfume que salía de los establecimientos.

Después de casi tres kilómetros y varios cigarrillos, llegaron al rascacielos. El conserje avisó al dueño del ático de la presencia de su visita y este aceptó que subieran.

Se abrieron las puertas del ascensor y entraron en el ático.

La puerta estaba abierta, un sirviente le esperaba.

—El señor está en la sala de estar —dijo indicando la dirección.

Los dos hombres atravesaron el ático. La decoración era excéntrica y llena de extravagancias. La sala donde se encontraba el anfitrión estaba rodeada de cristal y una enorme terraza.

Cuando llegaron, John Bellagio estaba cuidando sus bonsáis.

—¿Saben cuántos años tiene esta pequeña criaturita? —preguntó, algo insolente.

Los dos se miraron a la cara.

—No Señor Bellagio, no tengo ni idea —contestó el Commissario.

—Casi mil. Es un Bonsái Goshin, de 800 años. ¿Imagina cuántas generaciones lo han cuidado? —dijo mientras iba dándole de beber con un cuentagotas—. Nosotros solo somos unos cuidadores, solo custodiamos, no poseemos nada.

El Commissario se giró y analizó la estancia. Encima de los armarios se encontraban todo tipo de plantitas verdes japonesas, pero el hombre estaba cuidando la más grande, en el medio de la estancia, en un lugar privilegiado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el Commissario

Este detuvo sus tareas de jardinería y le miró por primera vez.

—¿Cómo puede sentirse un hombre que ha sido secuestrado y liberado en medio de un descampado? —dijo, severo, a la pregunta incómoda.

—Entiendo que usted tiene que encontrarse en un estado de confusión —confirmó el policía—. Por cierto, no nos hemos presentado somos el Commissario…

—Sé perfectamente quiénes sois —dijo cortando al Commissario.

Eso no le acabó de gustar.

—¿A qué debo su visita?

—Venimos a hacer un par de preguntas, si no le molesta.

—¿Por qué debería molestarme?

El Commissario rió mirando fuera.

—Entiendo que está acostumbrado a contestar con preguntas, ¿verdad?

—Si son preguntas obvias… calcule usted —dijo dejando el delantal de cuero a un sirviente junto a sus herramientas en un carrito para que se lo llevase.

Bellagio se sentó en un extremo del largo sofá, cruzó las piernas y alargó los brazos encima del respaldo. Luego, indicó a las visitas se sentaran.

—¿En qué puedo ayudarle más?

—¿Cómo fue su secuestro?

—Pues lo expliqué a sus compañeros de la comisaría de Milán, ¿Por qué no mira el informe? Allí lo tiene todo explicado —dijo aburrido—. Por favor… no me haga perder el tiempo.

—¿Considera la visita de la policía una pérdida de tiempo?

—No, pero repetir las cosas sí.

—¿Tiene usted poco tiempo?

—Es lo único que no puedo comprar.

—¿Está a punto de irse? —preguntó el Commissario

Cuando entró, su capacidad analítica y de escrutinio de la zona, vio de reojo una habitación con la puerta abierta en la que aparecían unas grandes maletas.

—Veo que usted es observador.

—Más de lo que se imagina.

Bellagio chasqueó la lengua.

—Me voy de este país, creo que fue un error venir aquí. Me vuelvo a Estados Unidos.

—¿Lo ha comunicado a la comisaría de Milano?

—Por supuesto, el Commissario es amigo mío, ha venido varias veces a mis fiestas.

—¿Y está seguro de que se podrá ir?

Bellagio levantó las cejas.

—¿A qué se refiere? —contestó.

—Que primero tendrá que hacer una visita obligatoria a un lugar especial de nuestro querido país.

Bellagio se rió.

—¿Ah sí? ¿Y dónde sería este lugar?

—¡La cárcel! ¿Verdad, Maurizio Zanella… junior? —contestó el Commissario.

Unas horas antes.

Se detuvo.

Le vino a la mente Davide Petruccini. El mentor que le abrió las puertas a observar el mundo y dejarlo de ver. A observarlo y analizarlo.

Se giró.

Miró la habitación, un sentimiento de haber visto la celda de Bellagio de una forma superficial. Desde esa perspectiva, desde la puerta, algo cambió.

La voz del viejo Commissario le susurraba al oído. Algo se dejaba y tenía que descubrirlo, un detalle que no podía pasar por alto.

—¿Qué pasa Malatesta? —preguntó Eugenio.

No contestó, estaba absorto en sus visiones. Eugenio se colocó a su lado.

—¿No ves nada de diferente en esta habitación? —preguntó el Commissario.

Hubo silencio, de contemplación.

El Commissario, a pesar de las advertencias que le dieron, se encendió un cigarrillo, llevaba demasiado tiempo allí dentro sin fumar. Se rascó el bigote.

—No, me parece todo igual. No falta nada.

—Exacto, no falta nada, ningún objeto falta, todo está igual. Menos un detalle amigo mío —dijo mirándole a los ojos y, sin dejar de mirarle, concluyó—. Mira los muros.

Eugenio frunció el ceño y se giró a mirarlos. Sus ojos se iban haciendo cada vez más grandes, el expolicía iba pillando lo que quería que viera el Commissario.

«Ver, observar, retener y deducir».

Las palabras de Davide resonaban en las cabezas de los dos hombres al unísono.

—No me lo puedo creer. Están lisas.

—Exacto. El cojín, las paredes y… —dijo el Commissario.

Sacó el plano.

—La habitación en la que estamos no aparece en el mapa. Algo debe tener. Si desde esta puerta no se puede abrir, ves que no tiene los mecanismos de apertura como las otras, por algún otro lado se tendrá que abrir —dijo señalando la puerta que estaba en la habitación de Bellagio.

Salieron de la estancia en busca de algún otro acceso. Recorrieron los pasillos, entraron puerta por puerta, pero nada, no había ningún

acceso. Hasta que volvieron a la celda de Bellagio. Miraron la puerta, se percataron que tenía una marca de una pegatina adhesiva que había sido eliminada. Pero algo vio el Commissario, algo ponía, el relieve de las letras con el tiempo se había quedado impreso, creando una fina marca.

—Espérame aquí —dijo el Commissario.

Corrió hasta la salida del búnker, cogió una pequeña linterna que guardaba en el salpicadero y volvió corriendo.

Entró en la celda jadeando.

—Algún día tendré que dejar de fumar —dijo a Eugenio.

Encendió la linterna. La luz reflejaba unas letras, las dictó y Eugenio las apuntó en un papel. Juntas marcaban una palabra:

BLAST DOOR 2

—Creo que significa algo así como puerta de seguridad, blindada.

—Un búnker dentro de un búnker —contestó Eugenio—. ¿Y cómo abrimos este mamotreto?

—Ven, puede que lo sepa.

Los dos hombres salieron disparados corriendo pasillo abajo, hasta el final. Entraron por una puerta que decía: “Sala de control”. En esta había varios muebles con monitores apagados de cámaras de circuito interno. Un cuadro eléctrico de las entradas, que las abrían y las cerraban. Otro de todas las luces y otros sistemas. En el centro uno pequeño en el que indicaba: “puertas armadas”, en italiano e inglés. Debajo: PUERTA 1, PUERTA 2 y PUERTA 3.

—¿Probamos? —peguntó el Commissario

—Por Bruno —contestó el otro.

El Commissario se detuvo y le miró a la cara. Le sorprendió lo que acababa de decir.

Entonces asintió con la cabeza y apretó el botón verde de la PUERTA 2.

Al fondo del pasillo se escuchó un ruido tremendo y una sirena que sonaba, alertando que se estaba abriendo.

Corrieron fuera y entraron en la celda de Bellagio. La pesadísima puerta blindada numero 2 se había abierto por completo. El espesor de hierro macizo era de un palmo y medio.

Los dos se miraron y se sonrieron.

Entraron en la segunda estancia.

El corazón del Commissario latía tan fuerte que se podía oír desde fuera, pero él ni se enteró, estaba concentrado en el descubrimiento.

Se abrió delante de ellos una habitación casi de hotel. Una cama de doble plaza y un escritorio con ordenador de última generación. Iluminación con lámparas de cristal y una pequeña base de grabación

de vídeo, silla y focos, para su edición. En una pared un plafón, lleno de recortes de diario.

—¡Bingo Commissario! ¡Has dado en la diana por completo!

Malatesta no contestó, solo miraba. Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Ahora se explican más cosas.

—Mira, ¿Qué es esto? —preguntó Eugenio.

—Aquí era donde grababan las cintas de video VHS.

—¿Los secuestradores?

—No, Bellagio.

—Hijo de perra, tenemos que ir en seguida.

—Espera, déjame ver una cosa Eugenio.

El Commissario miró todos los recortes enganchados. Eran todos del Corriere della Sera, del caso del Clan Chassepot, de los secuestros, del robo al furgón blindado y alguno más. Pero esos no eran los que llamaron la atención del Commissario, sino otros, unos más antiguos que estaban en medio, los importantes, los que realmente eran los que interesaban. El resto era paja, lo importante eran esos tres artículos, con el papel color ocre, de haber pasado mucho tiempo. La fecha era de quince años atrás y hablaba de un caso que resonó en la Italia a caballo de los cincuenta y sesenta.

La foto que aparecía, a pesar de ser gastada y con poca definición, reconocía unos parecidos muy claros a la vista del Commissario.

Entonces entendió todo.

La habitación quedó iluminaba por la perspicacia del Commissario.

—Vamos Eugenio, nos queda nuestra última parada de hoy, y esta nos explicará muchas cosas.

Milano.

Domingo, 16 de noviembre, 1975

Veintidós días después del secuestro.

El Commissario lo miró con rabia y con desprecio.

Apretó los puños y aguantó las ganas de tirarle un gancho tan fuerte que le habría desfigurado.

El hombre estaba delante del Commissario y a pesar de lo que le acababa de decir, no cambió su sonrisa de insolente.

Llevaba el pelo rubio peinado de lado, ojos azules cobalto, un traje gris con corbata, sin americana, solo un chaleco. Miraba al policía, sentado en el sofá, disfrutando de la situación.

—Maurizio Zanella. Tenía que ser tu padre, si no me equivoco. ¿Verdad? —dijo el Commissario.

—Siga por favor, me fascina que alguien lo haya visto y que recuerde el caso. —Demostraba interés en los descubrimientos del policía

—Su padre era un empresario brillante, tenía de todo, hasta que tuvo la mala suerte de ser secuestrado.

—¡NO FUE MALA SUERTE!… esbirro de mierda —soltó el propietario de la casa, levantándose—. No sabes nada de esa historia. Yo la viví en primera persona, con mi madre, a su lado. ¡JODER! No sabes nada.

El hombre gritó y los dos policías se levantaron también.

—Fue mala suerte que le cogieran a él. Yo me acuerdo que la policía hizo todo lo que pudo.

—No se hizo nada, no me vengas con estas. ¿Quién te piensas que eres? ¿Que lo sabes todo? Hazme el favor. La policía cayó en la desidia y el gobierno italiano le dejó morir. Los secuestradores pedían bien poco, una cantidad que mi madre había podido conseguir sin mucha dificultad. Estaba todo organizado y el gobierno intervino para no entregar el dinero. De esa forma decidieron la condena a muerte de mi padre. El gobierno de tu puto país mató a mi padre.

—Entonces necesitabas enviar un mensaje. ¿Y qué te hacía pensar que esta vez habrían pagado?

—Si no hubiera sido por esa putita que se escapó, el gobierno habría pagado, la industria italiana comenzaba a tener problemas. ¿Es que no lees los periódicos?

—No me puedo creer que hayas organizado todo esto solo por una venganza.

—Vengar a mi padre ha sido mi mantra durante toda mi vida.

Cuando conseguí todo ese dinero, sentí un vacío. Mi madre había muerto de pena unos años después que los restos de mi padre fueran encontrados disueltos en ácido en una bañera de una cabaña en los Alpes.

Bellagio esperó, hubo silencio mientras se miraban a los ojos.

—Solo tenía una palabra en mente… —dijo al Commissario con los ojos rojos y con rabia—. ¡Venganza!

—Para tu venganza, entonces la mía —dijo el Commissario y sacó la pistola y lo apuntó en la frente—. Has matado a mi mejor amigo y al mejor inspector de mi comisaría. Con tu jueguecito de niño vengativo has matado a muchas personas y has puesto a Italia en un caos que ni siquiera te das cuenta.

—No Malatesta, no lo hagas. No vale la pena.

El Commissario apretaba los dientes y empujaba la pistola en la frente del hombre que estaba detrás de todo el secuestro Ferrari y de los otros industriales.

—No vale la pena, baja el arma.

—Eso, Commissario, baje la pistola y váyase de mi casa. Usted no puede hacer nada.

—¿Que no puedo hacer nada? Te voy a reventar los sesos, maldito hijo de perra.

—No dispares, nos lo llevamos y que cumpla mil años de cárcel de máxima seguridad. No vale la pena, ni siquiera por la venganza de Bruno.

El hombre se puso a reír.

—Que equivocados estáis, yo no voy a cumplir ningún año de cárcel señores. Soy ciudadano americano y con protección diplomática. ¿Sabes Commissario? En Estados Unidos, si tienes mucho dinero, la puedes comprar.

En ese momento entraron unos hombres vestidos de negro. Tenían más la pinta de matones, que de guardaespaldas.

—Os aconsejo que os vayáis, o mis chicos os lanzarán escaleras abajo.

El Commissario apretó aún más fuerte, hasta que la marca se hizo aún más roja.

—Habéis perdido la partida esbirros. Os aconsejo que os vayáis.

—Creo que te has equivocado en muchas cosas maldito yanquee. Aquí no estamos en Estados Unidos ni en Hollywood, no te vas a ir de aquí de rositas.

El dedo del Commissario se estaba haciendo cada vez más blanco por la presión que ejercía en el gatillo. Apretaba los dientes cada vez más fuerte.

Al Commissario le vinieron a la mente todas las aventuras que vivió con Bruno. Su amistad, los consejos que le daba, sus amores

pasados y el último, Valeria. Las veces que iban a almorzar, las ilusiones, su estilo con que vestía. Le entró aún más rabia cuando recordó que le salvó Carla y, por su herida, conoció a su mujer. Un tren a alta velocidad de recuerdos que pasaba por delante de sus ojos.

Hasta que el estruendo del disparo cortó la secuencia.

Bellagio cayó al suelo, con una bala en la frente.

Los ojos de Malatesta se abrieron de par en par.

No se había dado cuenta de lo que había hecho, pero sí de las consecuencias que eso llevaría.

Bellagio yacía en el suelo.

El Commissario se sorprendió del disparo.

Miró su pistola, no salía humo, seguía fría.

No lo entendía. El cuerpo del americano tenía un agujero en la cabeza, pero no era frontal, venía de la izquierda.

Entonces se giró y miró a su compañero.

Eugenio aguantaba una pistola humeante. Temblando, incapaz de creer lo que acababa de hacer.

Entender lo que acababa de hacer su compañero, fue como un rayo que atravesó el cuerpo del Commissario.

El expolicía cambió la expresión de sorpresa a resignado, mientras bajaba la pistola.

—¡Eugenio! ¿Pero qué has hecho? —gritó el Commissario— ¿Te has vuelto loco? ¿De dónde has sacado esa pistola?

El expolicía, sin mirarle, descargó el arma. Tiró hacia atrás el cañón, quitó la bala que estaba en la recamara y sacó el cargador. Colocó todo en la mesa delante de los sofás y se sentó.

El Commissario quedó boquiabierto.

Los matones se acercaban desconcertados.

—Quietos, estáis arrestados. De rodillas con las manos detrás de la cabeza.

Luego se agachó a la altura de su amigo.

—¿Qué has hecho Eugenio?

—He hecho lo que tú no podías hacer.

—¿A qué te refieres?

—No podíamos dejar escapar a un bastardo así. Tu habrías acabado tus días en la cárcel. ¿Yo? Mírame, no tengo familia casi, y soy un anciano, no me van a meter en una cárcel —dijo sacudiendo la cabeza—. No sabes cuántas cosas he visto en mi vida Malatesta. Delincuentes y violadores que salían a la calle por jueces que se olvidaban de tramitar una sentencia y mil cosas más. ¡No! No podía dejarlo pasar, este tío necesitaba ir a la cárcel, pero nunca habría ido. Ahora por lo menos ha pagado y no cometerá más delitos. Los policías necesitaríamos algunas excepciones más como esta en nuestro trabajo, seguramente si así fuera, el mundo sería un poco más justo.

—O a lo mejor un poco más salvaje. No Eugenio, tenemos que cumplir las leyes y las normas, o esto sería el oeste. Aunque yo estuve a punto de dispararle cegado por la venganza —dijo bajando la cabeza, reconociéndolo.

—Puede ser, pero eso da igual y nunca lo sabremos. De momento, hay un criminal menos en la calle —concluyó Eugenio mirando fuera de la ventana.

—Eugenio, no tenías que matarle, habríamos encontrado otra solución.

—La única solución, amigo mío, la tiene clavada en su retorcido cerebro. Ninguna otra habría solucionado nada.

El Commissario se quedó sin palabras.

—¿Por qué me miras así? Coge el teléfono Commissario y llama a la policía. Ellos saben qué hay qué hacer.

Se generó un silencio extraño entre los dos policías. Un silencio que jamás se había producido. Eugenio se veía como un autómata que, acabada su labor, se había apagado para sufrir el peso de la eternidad y de la justicia.

No le dio tiempo en llamar que Eugenio se giró:

—"Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre". Isaías 32:17 —dijo solemnemente mirando a los ojos al Commissario.

El Commissario Malatesta, atormentado por haberle pedido que fuera con él, replicó:

—"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" —dijo, suspiró y concluyó—. Mateo 5:6.

CONCLUSIÓN

La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce.
JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Los finales felices son historias sin acabar.
SR. Y SRA. SMITH

74

Varias semanas después.

Sudaba compulsivamente.

El Commissario no podía más, llevaba casi dos horas en el hospital esperando su turno. Carla, tranquila, leía un libro. “La reina de Saba”. El thriller más vendido del momento.

El sudor bajaba por el cuello de la camisa. Sufría, pero se lo había prometido a Carla. Dejar de fumar era el paso más complicado del embarazo y de tener un hijo.

La enfermera abrió la puerta y dio el visto bueno para entrar.

—Suerte que trabajas en este hospital, sino estaríamos aquí hasta mañana.

El ginecólogo los hizo pasar, los futuros padres se sentaron.

Les hizo unas preguntas protocolarias e hizo pasar a Carla a una camilla. Enchufó el aparato y al cabo de un rato comenzaron a verse rayas verdes en el negro monitor, luego formas.

El Commissario seguía sudando a goterones y sufría la abstinencia. El médico, sin decir nada, lo encuadró.

Siguió con el aparato, inspeccionando, hasta que tuvo una imagen nítida.

—Mirarle, aquí lo tenemos. Los pulmones, bien. Todos los órganos internos también, las piernas, los brazos. Va a ser un bebe sano Carla. Enhorabuena.

—¿Sabes si será una niña o un niño? —preguntó ella.

—Bien, vamos a ver.

El hombre intentó tener la imagen más nítida, recorriendo la barriga de la mujer ya bastante pronunciada.

—Sí, Carla. Será un niño. Enhorabuena.

Los dos padres se abrazaron por la noticia preciosa que llegaba a sus vidas.

—Bien, límpiate Carla y te puedes vestir.

Luego, se sentaron de nuevo frente al escritorio.

—Bueno, ¿cómo lo vais a llamar?

—Stefano Malatesta —dijo el Commissario.

Carla le cogió la mano y le miró.

—No, espera, tengo una idea mejor cariño.

Carla y el Commissario se miraron a la cara.

—Creo que deberíamos llamarlo de otra manera.

El Commissario arrugó el ceño.

—Bruno doctor, mejor Bruno —dijo ella mirando a los ojos al Commissario.

Los dos padres sonrieron melancólicos, tristes.

—Bonito nombre. ¿Así se llama su abuelo?

—No —contestó el Commissario—. Así se llamaba mi mejor amigo, el inspector Bruno Barbieri. Era un amigo de la familia, de esta forma seguirá viviendo en nuestras vidas, de otra manera, pero seguirá.

—Qué bonito. Seguro que tendrá algo de él, involuntariamente. Así que… —el doctor leyó el apellido del padre— disculpe señor… Malatesta. De esta forma el niño se llamará Bruno Malatesta. Sí, queda bien —dijo sonriendo. Luego cambió de tercio—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Claro —respondió.

—Usted quiere ver crecer a su hijo? Ya sabe, adolescencia, universidad, matrimonio, hijos… y todo eso.

El Commissario, aún sudado, miró a Carla sin entender.

—Claro doctor, sino para qué tendríamos un hijo.

—Muy bien, entonces tendrá usted que dejar de fumar. Con el ansia y con la crisis de abstinencia que tiene, no va a llegar a ver su hijo en primaria.

El Commissario se quedó mirando al doctor, petrificado, sin palabras, sin aliento, sin posibilidad de respuesta.

Los padres salieron a los pocos minutos. El Commissario, en un acto reflejo, al salir del recinto sanitario, sacó su paquete de Nazionali y se encendió un cigarrillo.

Su mente fraguó las palabras del doctor. Miró el cigarrillo y en un acto que sabía a futuro, lo tiró al suelo. Lo pisó y tiró el paquete en la papelera.

Ese fue el último día que el Commissario Malatesta tocó un cigarrillo. Las palabras del médico hicieron una brecha en su corazón. Quería ver cómo su hijo, Bruno Malatesta, llegaba a graduarse en la academia de policía, su mayor ambición, siguiendo con la generación familiar.

Roma.

Alguna semana antes.

Tocó la puerta.

La bicicleta estática hacía un ruido tremendo. El plato que creaba resistencia giraba al compás de las pedaladas del Presidente.

—Adelante. Está abierto —dijo el Presidente del Consiglio, pedaleando.

—Presidente, tengo una noticia clamorosa.

—A ver qué ha pasado ahora.

—Han liberado a los secuestrados.

—¿Todos?

—Todos, el último en la frontera con Francia hace poco.

—Pero qué te han dicho, ¿que los familiares han pagado?

—No, ha sido una incursión policial.

—Mmm.

El Presidente se quedó perplejo y no dejó de pedalear.

—Presidente, ¿no está contento?

—Convoca un consejo extraordinario de ministros. Esto nos puede traer problemas.

—Me parecía una buena noticia, Presidente.

—Tenemos que prepararnos, puede que me culpen a mí, pueden atribuirme también esto, ya los conozco yo a los periodistas italianos. Excepto de las Guerras Púnicas, para las que era muy joven, me han culpado de casi todo. Tiempo al tiempo y ya verás que me acusarán también de esto.

Luca Marrone.

Las navidades del 1975 las pasó en familia, justo en el lugar que más añoró en sus días de secuestro.

A menudo se despertaba de noche con la sensación de tener una capucha en la cabeza y de oír la señal morse que venía de la celda de al lado.

La leche le aportó la vida que tenía, pero no era toda su vida.

Pasados unos meses del suceso, soltó las riendas del conglomerado de empresas que llevaba su nombre. Lo gestionaron los hijos por unos años, luego, hicieron banca rota.

Luca vio la quiebra de MarroneLat desde las Seychelles, en su velero, con las cuentas en Suiza lo suficientemente llenas como para verlo con una cierta distancia, no solo geográfica. La quiebra le dolió más que su secuestro, pero era la vida. Así quiso hacerlo y así no supieron gestionarlo sus hijos.

La luz de sus ojos se apagó décadas después, en una clínica en cuba. Sus últimos pensamientos fueron que se daba por satisfecho, se iba contento, había aprovechado todo lo que pudo de la vida. Sus últimas palabras fueron:

«He ordeñado la vida hasta la última gota».

Jamás volvió a ver a Eleonora, representaba su vida anterior y por ello, cortó todo contacto.

* * *

Eleonora Manfredi.

Después del descubrimiento del búnker, se fue a vivir unos meses a la India, para encontrar otra vez su centro. Nadie sabía dónde estaba. Conoció un amor imposible allí que quedó en eso, utópico, en dos continentes diferentes y dos culturas opuestas.

Volvió a Italia justo para el bautizo de Bruno Malatesta.

Siguió las huellas empresariales de la familia, en la industria del acero y más sectores. Fue la primera mujer directora de una asociación industrial italiana.

Eleonora sigue viva, sus hijos estudiaron en las mejores universidades americanas y actualmente trabajan para que la empresa siga para más generaciones.

De noche, antes de acostarse, a pesar de todos los años que han pasado, aún piensa en la noche que se escapó y de todo el miedo que tuvo. Desde entonces, cuando tiene problemas, aunque aparentemente sean muy negros, piensa en lo que le hizo pasar la vida, conecta con los momentos del 1975 en el West-Star, entonces ya no hay problemas equiparables. Y tal como dice ella:

«Después de West-Star, no hay problemas, solo situaciones que resolver. El resto es solo hacienda y la muerte, y de eso nadie se escapa».

* * *

Claudio Rosso.

Cuando salió del búnker sintió que la vida se puede acabar en un instante. Un día estás y otro no estás. Ya no quiso perder el tiempo.

Su miedo a perder la vida lo volcó en trabajar más, en hacer más desfiles de moda y más largos. Incrementó su leyenda y consolidó el título “Enfant terrible de la moda”.

Envió un colaborador al búnker, a su celda a hacer fotos de todos sus dibujos. Las ideas que tuvo allí dentro de ese “retiro espiritual”, como así lo llamaba él, para quitar dramatismo al asunto. Fueron las creaciones de más impacto en sus ventas y en las tendencias de la moda.

Claudio recibió el premio Honoris Causa por la universidad de Bologna y sigue al frente de sus empresas. Jamás cambió su atuendo, tejanos negros gastados y cazadora con camiseta.

Sigue vivo, cansado, pero con el terror que la vida le vuelva a enviar a otro búnker, pero esta vez definitivamente.

***

Maurizio Zanella Jr., alias John Bellagio.

No dejaba de ser un pobre diablo, un perro que perseguía su rabo,

corriendo en círculo.

Toda su fortuna fue donada al ayuntamiento de Milán y se invirtió en un centro de desalojados y familias con pocos recursos. Tuvieron fondos por muchos años y para ayudar a numerosas familias en dificultad.

Llamaron al centro, una vieja fábrica de principios de siglo, Casa Zanella. A la carretera de enfrente le cambiaron el nombre, adoptando el de “Via Maurizio Zanella”, en honor al padre muerto en las manos de secuestradores.

En una pequeña sala, crearon un museo, donde explicaban el secuestro Zanella y el contexto sociocultural. La historia del hijo no fue jamás contada, se quedó en una voz de pasillo que murió con las últimas personas que lo sabían.

La providencia se encargó de que Maurizio junior hiciera más por su padre y por la comunidad, de muerto que de vivo. Pero esto nunca lo supo.

* * *

Eugenio Borsari.

El juicio fue breve. Pasó unos años en casa con arresto domiciliar. Sus amigos le echaron de menos para jugar a las cartas. Cuando finalmente volvió, la mitad ya habían muerto. Él se enfadó con ellos, por no haberle esperado.

El primer año, el Commissario Malatesta, fue a visitarlo periódicamente, cada semana. Luego, cada vez con menos periodicidad, cada dos meses, llevándole a Malatesta junior.

Sus hijos nunca entendieron lo que hizo y así lo abandonaron a su suerte.

La justicia. A Eugenio la justicia le salió muy cara, a pesar de haber hecho lo que tenía que haber hecho, según él, la sociedad critica sin conocimiento de causa.

Murió solo, pero en ningún momento pensó que se había equivocado, sus últimas palabras fueron:

«He servido a Italia y a la policía hasta el último día, incluso cuando no estuve de servicio. No sé lo que habría hecho Bellagio, en el futuro, solo sé lo que hizo con menos de treinta años. Pero es más

seguro para el mundo que esté muerto a que esté vivo».

Eugenio siempre lo comparó con Hitler. Si lo hubiesen matado en cuanto hubiese llegado al cargo de primer ministro alemán, habría sido un mártir y defendido por la democracia, sin ser consciente que se habría evitado el mayor holocausto de la historia y la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la crítica que recibió, nunca se llegó a saber qué habría hecho un millonario criminal, libre por el mundo.

***

Clan Chassepot

Una vez que dejaron a Bellagio en la frontera con Francia, siguieron hasta una cabaña en los Alpes. Vincenzo y Gualtiero se tomaron unos días de descanso. La misión no había ido cómo se esperaban, pero ellos ganaban de cualquier manera en que hubiese acabado. Cobraron por adelantado una suma asquerosamente grande para llevar a cabo la misión. Cuando escaparon, ya tenían el dinero a buen recaudo.

Jamás tuvieron más encontronazos después del último día del West-Star. Quizá porque jamás volvieron a delinquir juntos.

Gualtiero se compró, en los años ochenta, un Ferrari en metálico y la gendarmería le detuvo. Se quedó en la cárcel por mucho tiempo, por robos y condenas atrasadas.

Vincenzo siempre llevó una vida más discreta y lejos de la ostentación mundana. Prefirió investigar en inversiones y libros. Humanismo y paseos por los Alpes.

La vida se los llevó en el 1982, justo el mes que Italia ganó el mundial.

Dos hermanos de armas y diferentes en el alma.

Se les atribuye algún otro robo, pero poco se sabe. Nunca fueron ángeles, ni siquiera una vez retirados o en la cárcel.

Maranello.

Algún tiempo después.

Asomó la cabeza.

—Ya puede pasar —dijo Marinella con una encantadora sonrisa.

Era un precioso día de diciembre. En Maranello, el sol dominaba el cielo azul sin una sola nube, pero no conseguía calentar con sus tímidos rayos, las rígidas temperaturas de la campiña modenense.

El Commissario Malatesta se levantó y siguió a la secretaria del Commendatore.

Ella llamó a la puerta y la abrió, haciéndole pasar.

El Commendatore estaba mirando por la ventana, al patio de su fábrica.

—Siéntate, Malatesta.

El Commissario movió una silla de la enorme mesa y se sentó.

Ferrari se giró.

—No, aquí por favor —indicando delante de su escritorio.

El Commissario se levantó y se sentó en la silla indicada. Enzo se sentó a su derecha, al mismo lado del escritorio.

—¿Cómo estás? Has dejado de fumar, me alegro enormemente.

—Sí, me ha obligado mi mujer. Es duro seguir sin Bruno, pero contento de haber resuelto un problema.

—Me he enterado de que tu mujer está embarazada. Enhorabuena. Commissario, déjemelo decir, no sé qué mundo dejaremos a tu hijo. No sé si volvería a tener hijos, cada día está peor.

—Bruno también decía lo mismo, también lo decían en la época del renacimiento y en la antigua Roma, y antes también. Así que creo que hay que seguir luchando, siempre habrá desequilibrados.

Enzo Ferrari se quitó las gafas de sol, algo excepcional.

—Precisamente te llamaba por esto. Tengo una propuesta para ti. Quiero que seas el jefe de mis guardias del cuerpo. La policía me ha puesto un séquito de muchos agentes, pero nadie tiene tu experiencia. Yo… te quiero a ti.

El Commissario miró al suelo y se puso a reír.

—Es una de las propuestas más alentadoras que me han hecho doctor Ferrari.

—Por favor, llámame Enzo.

—Lo siento, pero no puedo dejar el cuerpo de policía, es mi vida y no entiendo otra vida sin estar en él. Gracias, de verdad, por la oferta pero no puedo aceptarla… Enzo.

El Commendatore se levantó y se fue a mirar por la ventana. No era la respuesta que se esperaba. Era demasiado anciano para recibir noes.

—Lo que sí le prometo es que los agentes que estarán encargados y el mando desde la central, pasaran bajo mi control estricto y personal. Es lo que le puedo proponer y prometer, más no puedo.

—Entiendo lo que me dices, aunque no lo comparta —dijo y se acercó otra vez al Commissario—. Si es lo que quieres, acepto tu declinación a mi oferta. Gracias por haberme salvado la vida y haberme tenido protegido en su subterráneo tantos días.

Los dos se estrecharon la mano y se despidieron.

Cuando el Commissario estuvo a punto de abandonar el despacho del Commendatore, este le llamó.

—Commissario.

—¿Sí, Enzo?

—¿Se acuerda cuando me preguntó el primer día por los periodistas y por los éxitos?

—Sí, perfectamente.

—Solía decir una frase.

Malatesta esperó y luego contestó.

—¿Cuál?

—Detrás del éxito hay algo terrible. Los italianos lo perdonan todo: los ladrones, los asesinos, menos el éxito.

—Sí, me acuerdo de su frase. ¿Y?

—Además de los ladrones y los asesinos, ahora tendré que añadir, los secuestradores —dijo Ferrari y se volvió a colocar las negras gafas de sol.

El Commissario rió sutilmente, le hizo el saludo militar con la mano, chasqueó los talones y salió del despacho.

Fue la última vez que le vio sin gafas.

* * *

Enzo Ferrari.

En el 1978 sufrió la pérdida de su mujer Laura Domenica Garello. Poco después se fue a vivir con la que era su amante, Lina Lardi y su segundogénito, Piero.

En el mismo año, el Commendatore enfermó de una grave patología en el riñón, cosa que le llevó permanecer mucho tiempo en la cama.

En el 1988 murió rodeado de su familia.

Su vida marcó un antes y un después en Italia, en las carreras de coches y en la industria del automóvil.

La amistad con el Commissario Malatesta perduró hasta el final de los días del ingeniero.

78

Carpi, Modena.
Hoy en día.

Sonó el teléfono.

Bruno Malatesta alargó la mano hasta la mesilla de noche y lo descolgó.

—¿Sí?

—Despertador. Son las diez de la mañana.

—Gracias —contestó y colgó.

Se giró. A su lado el pelo de Rita cubría la almohada del hotel. Hacían muchos días que no se veían y pasaron toda la noche haciendo el amor, recuperando.

Sintió paz. Otra vez a su lado, la pelirroja le trasmitía serenidad, la misma que hacía tiempo que no probaban juntos. Se dio cuenta que ella era muy importante en su vida.

Se despertaron tarde, la mujer había llegado de los Pirineos hasta Modena con el padre de Bruno.

Las canas del italiano se colaban por la barba larga de semanas.

La mano de ella le pasó por el rostro. Abrió los ojos y dijo:

—Te queda muy bien la barba así, te da un toque de guitarrista callejero de Nueva Orleans.

Bruno sonrió y no le quitó la vista de encima.

—No me mires tanto que me vas a gastar —dijo apartándole el rostro.

Luego Rita de Angelis se levantó y se fue al lavabo. Se duchó y salió en su albornoz. El desayuno estaba servido en la mesa de la suite.

—Me recuerda algo, me parece haber vivido ya esto.

—Es verdad, en Montecarlo, hace años. Como pasa el tiempo —confirmó ella

—¿Qué tal el viaje con mi padre?

—Excepcional. No sabía que es un héroe nacional.

—No me digas que te ha explicado la historia del secuestro Ferrari

—dijo tapándose los ojos.

—Eh, me ha encantado. Deberías tener más respeto a tu padre, es un gran tipo. Ha ido a salvarte el culo a España y en Italia es un héroe.

Bruno Malatesta miró hacia arriba mientras servía zumo de naranja a su compañera.

Siguieron comiendo hasta que no quedó nada en la bandeja.

Cuando el móvil de Bruno sonó.

Miró a su alrededor, para ver dónde lo había dejado. Lo cogió y miró la pantalla. Sacudió la cabeza, no podía creer lo que veían sus ojos.

La pantalla indicaba que Jean De la Cruz le estaba llamando.

Apretó el botón verde.

—No me lo puedo creer. ¿Eres tú?

Ante el estupor de Bruno, los dos viejos amigos mantuvieron una larga conversación.

Cuando colgó, Rita le avasalló a preguntas.

Bruno le explicó quién era y que hacía años que no se veían, desde que sus vidas se separaron después del Rally Costa Brava. Jean a París y él a Marbella.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—Pues que se viene a Hoznayo a correr un Rally Festival.

—Y eso, ¿qué es?

—Pues un concurso de velocidad sin cronómetro, una exhibición, vaya. Hoznayo es la cuna del motor en Cantabria. Son unos locos. Hay un ambiente increíble y van los mejores pilotos y coches del mundo —dijo entusiasmado.

—Cómo te lo conoces. ¿Ya has ido?

—No, me han hablado muy bien de ello.

—Qué bien —dijo Rita, no muy convencida y esperando la segunda parte—. ¿Entonces?

Bruno carraspeó la voz, se rascó la cabeza y lo soltó.

—Entonces nos vamos a Cantabria, Hoznayo. Me ha pedido que le ayude, como mecánico. No tiene a nadie —dijo, y luego se arrodilló implorando misericordia y comprensión—. Por favor, no sabes cuánto me gustaría que le conocieras, a él y a su mujer. Verás, te encantarán. Por favor, no te enfades. Sería desviarnos mientras bajamos hacia Marbella, desviarnos un poquito hacia Cantabria. Chupado. Nada, muy poco. ¿Qué me dices?

La mujer resopló y sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer. ¿Después de todo lo que nos ha pasado en estos días, aún tienes ganas de esto?

—Por favor, será divertido… ya verás.

—Pero no tenemos ropa limpia, llevamos días fuera, mírame, qué pelos tengo, no estoy presentable… tus amigos…

—Eso da igual, eres preciosa. Y la ropa, no sé… nos paramos en algún centro comercial a comprar y la lavaremos en los hoteles. Allí tienen servicio de tintorería. ¿Qué me dices?

Hubo un silencio de misericordia.

Entonces Rita subió los hombros y concluyó.

—En fin, si es lo que quieres, iremos a Hoznayo.

Bruno la abrazó entusiasmado.

Las vueltas que da la vida.

Todo seguía una ruta en el mapa de la providencia. Los elementos se comportaban en sincronicidad para que este plan se llevara a cabo.

Bruno y Rita se fueron a Cantabria mientras volvían de Italia, pero no tenían la menor idea de lo que les esperaría a su llegada.

¿Te ha gustado?

Descubre “Festival de Muerte”, la septima entrega del Detective Bruno Malatesta.

El cadáver de un importante político. Dos ricas familias enfrentadas. El festival más famoso del año, pronto se tiñe de sangre.

Cuando la fiesta está a punto de empezar, la muerte se convierte en el espectáculo y la venganza del protagonista.

Un enemigo incómodo eliminado delante de un público inesperado.

Bruno Malatesta acude al evento deportivo llamado por una vieja amistad; Jean De la Cruz. Pronto, la muerte visitará el pequeño pueblo turístico para alterar aparentes y tranquilas vidas.

La policía acusa de homicidio a un viejo amigo. Todas las pruebas apuntan hacia él. A Bruno, no le queda otra que confiar en su instinto y ser cauteloso con las falsas apariencias de un pequeño pueblo lleno de viejos recelos.

¿Logrará el detective resolver un caso aparentemente imposible? ¿Y Conseguirá salvar a su amigo de una condena social prematura?

Bruno tendrá que hurgar en una vieja venta de tierra y desenmascarar al verdadero asesino.

Festival de Muerte es la séptima entrega del Detective Malatesta. Una novela negra ambientada en Asturias, cargada de intrigas, misterio y falsas apariencias.

Hazte con ella en Amazon

NOTAS DE AUTOR

¿Qué es ficción y qué es realidad?

¿Dónde se encuentra esa sutil línea?

No es fácil definirla y trazarla con exactitud pero, por lo menos, lo intentaré hablándote de los dos hechos que constituyen los pilares de esta novela.

El primero es el evento central de la historia. El suceso que inspiró la historia y en torno al cual yo, como novelista, he confeccionado todo un contexto que después he ido agrandando. El propiamente dicho, ya en el título, *Secuestro Ferrari.*

El segundo es el lugar central de la novela, la guarida de los secuestradores, el West-Star Onu.

Hay un tercero, si queremos añadirlo, y es el contexto socio político y cultural de los años ’70 en Italia.

Pero vayamos por partes.

El primer punto es el Commissario Malatesta.

En realidad se llama Giuseppe Zaccaria. Era el “Sottoufficale” de la policía de Modena.

A este referente de la policía le conozco, de hecho, desde hace muchos años. Para eso tenemos que ir atrás en el tiempo.

Yo tenía 6 añitos. Vivíamos en el mismo bloque de casas adosadas. Mi familia en la de la izquierda y el Commissario en la de la derecha.

Fue coordinador de las guardias del cuerpo de Pavarotti, Lady D, Dalay Lama, Michael Douglas, y de muchos más, cuando visitaban nuestras tierras.

En serio, una eminencia.

Pero también de Ferrari.

Pero para entender todo esto tenemos que hacer un salto aún más atrás en el tiempo, es decir, hasta el 20 de octubre del 1975. Hasta el

caso real que dio origen a la historia y a la leyenda de Giuseppe Zaccaria, conocido también como “Pino” o “Zac”.

Ese día, el “Commissario” junto al Maresciallo Ramondino Natale, estaban realizando un reconocimiento rutinario por las calles de Modena. Era la calle que precisamente pasaba delante del barbero de Enzo Ferrari; Corso Canal Grande para ser exactos. Esta llegaba a la plaza central de Modena. Por el lado izquierdo de la vía, hay pórticos.

La barbería estaba regentada por Massimo D’Elia, el peluquero de confianza del Commendatore.

El día patrullando la ciudad era calmo, hasta que el comisario se percató de dos individuos sospechosos bajo los pórticos. Él me confesó que en el 1975 conocía de vista a todos los maleantes de la zona o, por lo menos, todos los que tenían un patrón. Esos dos individuos no eran de la zona. Luego entenderemos quiénes eran y que en ese preciso momento estaba Ferrari en la barbería.

No reconociendo a estas dos personas, el Commissario decidió pedirles la documentación. Mientras se iban acercando, identificó en la mano de uno de ellos un tatuaje típico de los reclusos de las cárceles del sur de Italia.

Al identificarse como policías los dos maleantes escaparon. Después de una persecución y de un forcejeo primero y una lucha a puñetazo limpio después, los policías consiguieron detener a los dos bandidos. El Commissario señaló que fue también gracias a la ayuda de los dos guardaespaldas de Ferrari, Sr. Valentini y Sr. Tagliazzucchi y de la intervención de la patrulla “Pantera” de la policia Brancati Salvatore. También me reveló que uno de los que le golpeó era exboxeador profesional.

Una vez arrestados e identificados los individuos, se entendió el plan.

Eran dos delincuentes peligrosos y buscados por la policía de Italia. Se acababan de asociar a una nueva banda armada que quería hacer del país transalpino su patio personal de juegos y lucrarse de nuevas técnicas de violencia y criminalidad que allí aún no existían. Se trataba del “Clan de los Marsilleses”. Eran originarios de Marsella.

El Clan Chassepot de la novela se originó a partir de esta temida y violenta banda francesa.

Tal y como explico en la novela, era una verdadera organización empresarial dedicada al crimen. Había reclutado a los mejores delincuentes de Italia para llevar a cabo sus planes.

La tendencia más lucrativa, o moda del momento (1975), a la que

se querían dedicar eran los secuestros. Querían poner de rodillas al país atacando a las personalidades más influyentes.

Si el primer secuestro hubiera tenido éxito, esa tipología de crimen se habría extendido como la pólvora.

El plan era perfecto. Pero no calcularon un elemento; la providencia neutralizó el plan colocando a Giuseppe Zaccaria en su camino justamente el día en que estos dos criminales asociados al Clan querían llevar a cabo el clamoroso secuestro Ferrari.

Otro elemento real.

Ferrari, después de ese episodio, quiso que El Commissario Zaccaria dejara su trabajo y se incorporara a su cuerpo personal de guardaespaldas.

Zaccaria no aceptó.

Su amor y lealtad hacia la policía eran mucho más grandes que el deseo de dinero y/o notoriedad.

Pero sí quedó como supervisor externo, ya que era la policía quien coordinaba los movimientos del Commendatore.

Aunque parezca asombroso, esta anécdota no se encuentra en los libros de historia. Creo que es una historia lo suficientemente increíble como para nombrarla. Te dejo una foto del Commissario Zaccaria, de la época.

Su cara ya lo trasmite todo…

El segundo elemento, es el West-Star Onu.

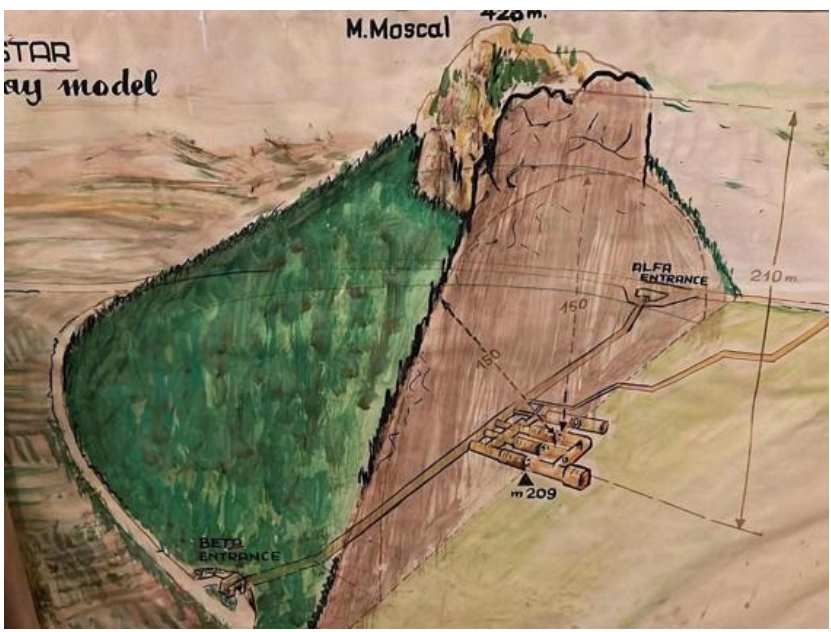
Como has podido leer en la novela, es un búnker antiatómico que construyó la ONU. Cuando se acabó la Segunda Guerra Mundial y comenzó la guerra fría entre URSS y USA, la ONU creó varias instalaciones militares para tener una cobertura sobre todo el mundo en caso de ataque y post invierno nuclear.

Eran bases militares escondidas. Auténticas ciudades situadas en el subsuelo o en el interior de montañas. Podían albergar centenares de personas por años, completamente autosuficientes.

Pero por un problema eléctrico fue abandonada en los años ’70-’80.

Luego fue recuperada y vendida al ayuntamiento de Affi, cerca del Lago de Garda, al norte de Italia.

La foto a continuación la he encontrado en el libro: *West Star, Affi centro strategico della Guerra Fredda*, de *Leonardo Malatesta*. Para rizar el rizo el hombre más experto en estas instalaciones, historiador y catedrático de historia se llama Malatesta. Cosas de la vida.



Y por último el contexto histórico.

El más importante te lo he explicado; el “Clan de los Marsilleses”. Pero también era un momento convulso socialmente, con la muerte de políticos como Pasolini, a manos de las “Brigate Rosse”, una organización o banda armada comunista.

Política corrupta. Los políticos estaban relacionados “supuestamente” con la mafia, como el Presidente Giulio Andreotti. Acusado en muchos juicios por mafia, aunque siempre salió libre de

culpabilidad.

Una Italia que renacía de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial y una expansión económica increíble, como la explicada con la historia de Marrone y los supermercados. Anécdota real.

Los secuestrados están inspirados en personas reales.

Luca Marrone se inspira en Calisto Tanzi y su empresa ParmaLat.

Hay muchos paralelismos, y muchos aspectos de ficción.

Claudio Rosso está inspirado en Renzo Rosso.

El empresario de la marca Diesel y el revolucionario del tejano.

Eleonora Manfredi está inspirada en Emma Marcegaglia.

Heredera del holding del acero italiano, entre otras cosas.

John Bellagio o Maurizio Zanella no existe, es pura ficción personal.

Y, por último, todas las recetas que aparecen en el libro son reales, regionales y autóctonas de mi tradición culinaria Emiliana. Escribiendo recuerdo y revivo la querida y tanto añorada Emilia Romagna, Modena, y mi ciudad natal, Carpi.

SOBRE EL AUTOR

Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, empresario y conferenciante.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros. Ayuda con sus obras a miles de personas para superar fracasos empresariales y personales y en no sentirse solos.

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados, un libro revolucionario por su estructura, son 37 historias que giran alrededor de un elemento arquitectónico mágico, las ventanas.

Ahora con la **Serie MALATESTA,** ha iniciado el camino del escritor de novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

AGRADECIMIENTO PORTADA FERRARI

La portada original de esta novela tenía que ser otra. Pero no me acababa de convencer. Luego, pedí varias versiones más al portadista, hasta que me envió otras propuestas, entre las cuales esta. En principio no me gustaba y tuve una dicotomía, así que David, mi lector beta me dijo, “que elijan tus lectores”,… y así hice.

Hoy, *El Secuestro Ferrari* lleva la portada que en su momento fue elegida por las personas que a continuación vienen enunciadas. ¡GRACIAS!

Leticia M Sanz
David (cruce de caminos)
Pedro Villagra
Eva alton
Pili (lectora beta)
Anna Maria
Marcello
Pablo Poveda
Raquel Mañero.
Pilar
Rocío M
Sandra F.M.
David Gómez
Sonia Flores
Manolipl1969.
Raquel PI.
Eva Alton.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi padre, que es mi “as en la manga”, tanto en la historia como lector pre-beta.

Gracias a mis lectores beta, Pili, Manel y David, vuestros consejos son inestimables.

Gracias a Pablo, que con la linterna sigues enseñándome el camino desde tu altura.

Gracias a Pedro, por hacerme soñar en grande.

Gracias Eva, por tus consejos y por apuntalar conversaciones, emociones, ideas.

…y a ti, para hacer que este sueño sea real.